

LA CARAVANA
DE LOS SUEÑOS ROTOS

Gemma M. Azuar

LA CARAVANA DE LOS SUEÑOS ROTOS

Gemma M. Azuar

Autora: Gemma M. Azuar

Primera edición: diciembre de 2023
ISBN: 9798861978385
Impreso en Estados Unidos
gemma.m.azuarescritora@outlook.com

LA CARAVANA
DE LOS SUEÑOS ROTOS

Gemma M. Azuar

PRÓLOGO

Las caravanas de migrantes desde Centroamérica hasta Estados Unidos se iniciaron en octubre del año 2018. Comenzaron con un grupo numeroso de hondureños que abandonaron su país huyendo de la pobreza y la violencia. A partir de esa primera caravana, se sumaron otras desde países vecinos como Guatemala y El Salvador, convirtiéndose desde entonces en una forma habitual de migración para los centroamericanos.

Durante ese mismo año y en los sucesivos, coincidí como profesora y tutora de muchos adolescentes migrantes que provenían de estas caravanas, con los que llegué a establecer una relación cercana y especial. Así, desarrollar esta historia surgió en mí como una necesidad, algo que debía hacer para encontrar algo de paz en mi alma y no sentir que estaba cerrado los ojos ante los hechos que me habían sido contados. Hechos que cambiaron mi percepción de ciertas situaciones, de ciertas personas y, en resumen, del mundo a mi alrededor y de algunas de las injusticias que ocurren sin que nosotros, la gran mayoría de las personas, sepamos lo que está pasando realmente.

Esta historia es ficción, pero es una dramatización basada en vivencias reales. Sí, muchas de las cosas que se narran en esta historia de ficción han sido sufridas por uno o más de aquellos alumnos migrantes o por personas conocidas por ellos. Vivencias que te hielan la sangre, que te abren los ojos. Que te cambian la vida.

Dedicado a mis valientes alumnos.

Primera Parte

LA CARAVANA

CAPÍTULO I
Ciudad de México, año 2030

Un nuevo día amanece en la capital. El ruido del tráfico resuena en las calles desde hace rato, las voces de los transeúntes son cada vez más numerosas y el cielo intenta clarearse a través de la espesa nube de contaminación que persiste en la ciudad. Luis lleva bastante rato despierto, echado en la cama y mirando al techo, repasando mentalmente cada uno de los pasos que tiene que dar cuando se levante; una serie de cambios que alterarán radicalmente sus costumbres y su rutina diaria. Intenta no moverse, no quiere despertar a su mujer, Andrea, todavía profundamente dormida a su lado.

Es a las ocho en punto cuando el despertador comienza a sonar. Se gira hacia Andrea y le besa en la mejilla, apagando el estridente sonido después, prácticamente saltando de la cama para ir al baño. Andrea, aún acostada, acaricia su incipiente barriga de embarazada y sonríe para sí misma al escuchar el agua de la ducha correr. Hoy es un día importante para toda la familia. Sobre todo para él, para Luis, es un día clave en el calendario de su vida.

Es el día que lleva años esperando, desde antes de haberla conocido a ella, cuatro años atrás. El día en el que el plan que Luis tiene en mente va a comenzar a hacerse realidad, y del que le habló ya en su primera cita. El plan que ella apoya al cien por cien y en el que pensaba involucrarse en cuerpo y alma hasta que el médico le impidió viajar durante el último trimestre de embarazo. No puede acompañarle, pero al menos puede apoyarle e intentar hacerle las cosas más fáciles. Lo hace con los más mínimos detalles para que no tenga que pensar en cosas superfluas y se centre en lo importante; por eso Andrea se levanta mientras el agua sigue corriendo en la ducha y se dirige a la cocina a prepararle el desayuno.

En veinte minutos Luis está preparado: duchado, afeitado y vestido. Andrea le recibe café en mano, dándole un beso en los labios tras una sonrisa tranquilizadora. Luis está nervioso, se le nota incluso en la forma en que camina, arriba y abajo por la cocina, siendo incapaz de sentarse más de unos segundos seguidos. Andrea se acerca a la nevera y mira el calendario colgado en ella, con el día señalado con rotulador rojo, rodeando el número que coincide con el día presente. Todos los días anteriores habían sido tachados uno a uno, poco a poco; ha sido una larga y casi interminable cuenta atrás.

—¿Irás directamente al abogado? —le pregunta ella sentándose, logrando que Luis se siente frente a ella mientras se bebe su café con

leche y se enciende un cigarro, ya que el estómago no le acepta sólidos por los nervios.

—Primero me pasaré por las oficinas de la empresa a dejar la copia del último proyecto y a despedirme del jefe. Está avisado de que en principio serán dos semanas, pero ya le dije que la cosa podría alargarse. Debo dejarlo todo bien atado.

—No te preocupes tanto. Si algo ocurre, siempre puede contactar contigo. Ahora debes concentrarte en lo importante.

—Lo sé. Por eso, de ahí iré al abogado a recoger todos los papeles, para comprobar que todo está en regla y no haya problemas. Después vendré a casa a preparar la maleta y relajarme un poco. El vuelo no sale hasta última hora de la tarde.

—¡Me hubiese gustado tanto ir contigo, amor! —Andrea alarga la mano por encima de la mesa para coger la suya de manera afectuosa.

—Y a mí también. Pero el bebé y tú sois lo primero. Tranquila, estaré bien.

—¿Tu amigo te esperará en el aeropuerto?

—Sí, me recogerá allí, en eso quedamos.

—Bien, mejor que alguien vaya contigo.

Luis mira la hora en la pantalla de su teléfono; ya pasan unos minutos de las ocho y media. Apaga su cigarrillo, apura el café que le queda y se pone en marcha, dispuesto a salir de casa. Eso sí, no sin antes darle un beso y un fuerte abrazo a su mujer; sentirla entre sus brazos consigue calmar su espíritu, tan alterado ese día.

—Gracias, amor —le dice en voz baja mientras todavía se aferra a ella. —Gracias por entenderlo.

HONDURAS
Octubre 2018

Dicen que es cuando uno llega a adulto cuando aprende a valorar la niñez y sus preciosos momentos. Es entonces cuando valoras a aquellas personas, por aquel entonces cotidianas, que un buen día desaparecieron sin tú saber que no volverían a cruzarse en tu camino. Es cuando rememoras con nostalgia cosas tan simples como objetos de la casa de tu madre con los que convivías a diario sin que entonces te llamaran la atención: la gran cama con el cabezal de madera ajada en la que dormía mi viejita y que solo me dejaba usar cuando andaba enfermo. El áspero tacto del sofá verde colocado en medio de nuestra pequeña sala, con un muelle amenazando con atravesar la tela justo bajo la almohada central; y aquellas películas que mis hermanos y yo veíamos en el viejo televisor mientras nos sentábamos en él, con su roce asfixiante e incómodo. La piel nos sudaba en pocos segundos, por lo que siempre acabábamos sentados en el piso, amontonados unos sobre otros. Son, además, olores: el de mi madre calentándonos leche para acompañar las baleadas recién hechas antes de ir a la escuela; el olor de la cocina los domingos, el único día de la semana en que mi madre, Carlos, María, Raúl y yo nos sentábamos todos juntos para almorzar, lo poco que teníamos y lo felices que llegábamos a ser con ello. Toda aquella sencilla y simple felicidad a mi alcance, viviéndola a diario sin saber que se escurriría de entre mis dedos para no volver jamás. Y eso ocurrió demasiado pronto, apenas tenía quince años cuando todo aquello se esfumó de mi vida. Todavía era un niño cuando aprendí a valorar y a echar de menos; algo que, por ley natural, debería haber ocurrido muchos años después.

Mi vida en El Progreso era como la de cualquier otro niño hondureño de familia trabajadora. Mi padre, Alfredo, era un tipo alto y fuerte, atractivo a pesar de ya estar al final de la treintena. Mi madre, Esmeralda, en aquella época se conservaba muy bien para haber parido a cuatro hijos antes de los treinta; ya no mantenía la figura de su juventud, sus curvas femeninas se habían difuminado debido al exceso de peso que a menudo prosigue a la maternidad, pero conservaba el brillo en sus grandes ojos oscuros, la belleza de su largo cabello negro y su amable sonrisa.

Vivíamos en el barrio de San Miguel, bastante cerca de los campos de cultivo donde mi madre trabajaba. Nuestra casa estaba en un lateral de la calle, justo al final de esta; y a diferencia del resto de

casas de la cuadra, la nuestra era de un color amarillo lo suficientemente claro como para no calentarse en exceso por el cálido clima de nuestro país, prácticamente sumergido en un verano perpetuo. Así, no había homogeneidad en el aspecto de aquellas calles carentes de asfalto y que se inundaban con facilidad en época de lluvias, cuyos andenes eran pasajes de maleza y árboles variados. Eran calles colonizadas por humildes viviendas cubiculares, algunas rectangulares, de finas paredes de ladrillo recubiertas de cemento, algunas con una capa de pintura de color encima, otras ni siquiera eso.

La nuestra se diferenciaba por ser algo más grande, ya que mi padre, que era albañil de profesión, la había ido ampliando con los años. Pero en vez de hacerlo hacia los lados, lo que era imposible por estar la casa del vecino, lo hizo hacia atrás, aumentándola en profundidad. Así que, vista desde el frente, no era diferente a las del resto de la zona, no llamaba la atención. Pero mi padre aprovechó que detrás de nuestra casa no había nada, solo vegetación salvaje, para añadir un cuarto en un momento dado, cuando yo aún no había nacido, pero sí Carlos, María y Raúl. Años después, cuando María empezaba a dejar de ser niña, mi padre se enfrascó en construir otro nuevo cuarto para ella sola. Pero aquel cuarto nunca fue terminado, ni siquiera llegó a dejarlo encerrado entre cuatro paredes, quedando solo parte del suelo de ladrillos; suelo que con el paso del tiempo fue colonizado por la misma vegetación salvaje que nos rodeaba y que parecía reclamar el espacio que era suyo y que mi padre había amenazado con quitarle.

Nuestra niñez transcurría en paz. Yo me consideraba un niño feliz, el hijo pequeño de una familia de cuatro hermanos con los que jugaba y compartía travesuras y peleas. A pesar de nuestras carencias, salíamos adelante en un ambiente de cariño, con unos padres que siempre estaban ahí para atendernos. Pero aquello se acabó de repente cuando un buen día, teniendo yo seis años, mi padre llegó a casa dispuesto a hacerse la maleta para marcharse.

Fue algo totalmente inesperado, sobre todo para mi madre, que ni se podía imaginar que mi padre se había echado una novia, una joven amante de apenas veinte años, y había decidido que mi madre, que en aquel entonces ni siquiera llegaba a los treinta, ya estaba demasiado mayor para él. Una situación que se producía con bastante frecuencia a nuestro alrededor, cuando te enterabas de que algún tipo había abandonado a su familia por una mujer joven, cansado del descuidado cuerpo de la esposa que fue madre demasiado pronto y que había parido niño tras niño, echándose a perder en pocos años. Y aunque aquellas situaciones nos eran más familiares de lo que nos gustaría, mi madre nunca creyó que a ella pudiese ocurrirle algo así, porque

pensaba que el amor entre mi padre y ella era fuerte y sincero.

Fue muy triste ser testigo de todo aquello, más siendo demasiado pequeño para llegar a entender todas las connotaciones secundarias de aquella situación. No era solo el hecho de que nuestro padre se hubiese encaprichado de una mujer que no era nuestra madre, sino que el padre que habíamos conocido hasta ese día desapareció de la noche a la mañana. Y no solo porque agarró sus cosas y salió por la puerta, sino porque los últimos momentos en los que tuvimos contacto con él parecía otra persona totalmente distinta. De repente habían desaparecido el amor por los hijos, las bromas y el cariño, mi padre parecía hipnotizado por lo que fuera que aquella mujer le ofreciese. Las consecuencias de aquello fueron malas para nosotros, los hijos, pero para mi *jefa*[1] fueron devastadoras. La escuché llorar, gritar, llegó incluso a abofetearle para, a continuación, rogarle de rodillas que no se marchara. Pero se marchó, y como era de esperar, nunca más volvió, ni siquiera quiso volver a saber de nosotros. Y nosotros, que en aquel entonces éramos solo unos niños, logramos salir adelante gracias al coraje de mi madre, Esmeralda Díaz, un nombre que pronuncio en voz alta y con gran orgullo.

Nuestra vida empezó a complicarse desde el mismo día en que mi padre nos abandonó. Mi madre se vio, de la noche a la mañana, con la responsabilidad de sacar adelante a cuatro *güirros*[2], todos nosotros en edad escolar. Así, el más mayor tenía doce años y yo, el menor, solo seis. Mi padre huyó de cualquier responsabilidad, desentendiéndose de cualquier tipo de ayuda económica para nosotros. Durante los primeros años pudimos sobrevivir gracias a la ayuda de algunas vecinas, que nos cuidaban al salir de la escuela mientras mi madre trabajaba. Por la mañana lo hacía en los cultivos de palma, y luego, por las tardes, encontró un trabajo a media jornada en una *maquila*[3] algo lejos de donde vivíamos.

Fueron años duros. Sin embargo, mi madre estaba empeñada en que debíamos estudiar, se negaba a hacer como muchas otras familias que se olvidaban de las obligaciones escolares de sus hijos y los ponían a trabajar siendo todavía unos niños. Quería algo distinto para nosotros, algo mejor, y quizás podría haber sido así, por lo menos para Raúl y para mí, los únicos de los hijos que mostrábamos interés por los estudios. Raúl, desde bien pequeño, decía que quería ser doctor, y, de hecho, era el más brillante de nosotros, siempre con algún libro entre manos y obteniendo grados sobresalientes. Yo también era buen estudiante, aunque nunca llegué a su nivel; en mi caso, estaba fascinado con las computadoras. Mi sueño era poder empezar a trabajar para ahorrar y comprarme una, aprender a utilizarla y acabar dedicándome a crear videojuegos. Quería plasmar los personajes, las

historias de aventuras y los mundos imaginarios que mi cabeza ideaba.

En su empeño por hacernos estudiar, mi madre no tuvo éxito con mis hermanos mayores. María acabó la secundaria por expreso deseo de mi madre, pero en cuanto tuvo su título en mano se puso a trabajar con ella en la plantación. Con Carlos la situación fue aún peor. Ni siquiera terminó la escuela, siendo frecuente que se saltara las clases y reprobara todo. El problema de Carlos con los estudios venía de antes, de cuando mi padre todavía vivía con nosotros. Este, viendo que el camino de los estudios no estaba hecho para Carlos, cuando apenas tenía once años lo puso a trabajar con él en la construcción. Por ello, el que mi padre nos abandonara fue doblemente duro para Carlos: por una parte, perdió el trabajo que había empezado a aprender con tanta ilusión junto a nuestro viejo, ya que, tras marcharse, no quiso relacionarse más con nosotros porque aquello implicaba problemas con su nueva mujer. Por otra parte, y como consecuencia de aquello, un profundo sentimiento de rencor y odio hacia él surgió en Carlos. Aquello marcó el comienzo de la caída de mi hermano en un círculo que destruiría su vida, ya que su referente, el hombre que había sido el pilar de nuestras vidas, había preferido a una mujer cualquiera antes que a su propia familia.

Así, solo Raúl y yo seguimos con nuestros estudios. Acudíamos al instituto Perla del Ulúa, que quedaba algo lejos de casa, pero a mi madre le gustaba aquella escuela. Nuestra rutina era siempre la misma: acudíamos a la escuela por la mañana y al mediodía volvíamos a la casa a comer. Luego, por las tardes, trabajábamos en el taller mecánico de uno de nuestros vecinos, sacándonos unas monedas que siempre eran bienvenidas en nuestro hogar.

Aquellos años, viéndolo desde la distancia, fueron realmente los mejores de mi vida, cuando estábamos todos los hermanos juntos y con nuestra madre, cuando mi mayor preocupación era sacar buenos grados para que mi viejita no se enojara, cuando soñaba con ir a la universidad algún día. Pero todo aquello, los sueños que Raúl y yo teníamos para nuestros futuros, todo lo que nuestras inocentes cabezas habían planeado para los años venideros quedaron en nada. Y la causa principal no fue otra que nuestro propio hermano mayor: Carlos.

La fatalidad acabó por destruir nuestro hogar el año en que yo cumplí quince años. Hacía ya mucho tiempo que mi padre se había marchado, toda una década en la que podíamos contar con los dedos de una mano las veces que nos habíamos cruzado con nuestro padre, todas ellas por casualidad, él siempre acompañado por su nueva familia. Fueron unos años difíciles con gran sacrificio por parte de mi madre. Trabajaba junto con María, que ya tenía diecinueve años, en

los cultivos de palma. Por las tardes, ambas tenían otro trabajo en la maquila. Mientras, Raúl, dos años mayor que yo, y yo mismo, seguíamos acudiendo al instituto Perla del Ulúa.

En aquel entonces Carlos ya tenía veintiún años, pero hacía tiempo que había desaparecido de nuestras vidas. En los meses previos a la marcha de mi padre, cuando aún no se avecinaba el temporal, Carlos había empezado a tontear con una de las *maras*[4]; con apenas doce años ya trapicheaba con droga, haciendo recados para ellos. Y con la marcha de mi padre, aquello se convirtió en su única faena diaria ante la desesperación de mi madre, testigo directo de cómo, al ir pasando el tiempo, se iba alejando cada vez más de nosotros. La peor consecuencia del abandono paterno fue la falta en casa de la figura masculina que Carlos tanto necesitaba. Mi hermano estaba fuera de control.

El rumbo de nuestras vidas dio un giro radical un miércoles a finales de septiembre del dos mil dieciocho. Aquel día, como cualquier otro día en el que Raúl y yo teníamos clase, habíamos ido a la escuela. Al salir a mediodía esperé a mi hermano bajo el árbol de mangos junto a la puerta de acceso que daba a la calle, mientras agarraba uno de sus frutos y me lo comía gustosamente bajo el caluroso sol de mediodía.

—¡Flaco!

“Flaco” era el apelativo cariñoso con el que Raúl se refería a mí. Me lo gritaba desde la lejanía, en cuanto me distinguía entre la marabunta de estudiantes que dejaban la escuela, y siempre solía aparecer acompañado por alguna chica. Recuerdo la de aquel día, una chica bajita, algo rellena y con pechos enormes, mi hermano el tunante caminando con ella con un brazo sobre su hombro, su mano colgando justo a la altura de los pechos de la joven, amenazando con rozarlos por el bamboleo de su caminar. Cuando Raúl se plantó ante mí con ella, tuve que disimular mi sonrisa ante su mirada triunfante para que ella no se diera cuenta y se sintiera ofendida con ello.

Comenzamos la vuelta a casa. La chica nos acompañó durante parte del trayecto, pero unas cuadras antes de llegar a nuestra calle Raúl se despidió de ella con beso y magreo incluidos, contentándola con la promesa de llamarla más tarde. A partir de ahí seguimos el camino a solas. Mi hermano nunca dejaba que ninguna chica le acompañara hasta cerca de la casa, porque mi madre siempre estaba allí a la hora del almuerzo y no quería que ella se enterara de que andaba con una o con otra. La única vez que mi madre le vio con una chica se puso tan preguntona que Raúl se cuidó muy bien de que aquello volviese a ocurrir.

Caminábamos por nuestra calle, esquivando los charcos de agua

estancada que habían quedado en el camino de tierra por las lluvias de los días anteriores y que siempre dejaban la zona de San Miguel prácticamente intransitable. No recuerdo bien de lo que íbamos hablando, pero la conversación se cortó de repente cuando escuchamos, como si de un animal sufriendo se tratara, el grito desgarrador de una mujer. Un grito que fue seguido por un lloro cargado de dolor y desesperación, mientras nosotros lo escuchábamos en silencio intentando averiguar de dónde provenía.

En ese momento vimos salir a dos policías de nuestra casa al final de la calle, se dirigían a su *carro*[5] que estaba aparcado a cierta distancia. Salimos corriendo para la casa, entrando en ella para descubrir que los gritos de dolor eran de nuestra propia madre que lloraba hecha un ovillo en el suelo mientras María la abrazaba, llorando también, aunque ella lo hacía en silencio. Mi madre no se dio cuenta de que estábamos allí, seguía llorando mientras se mecía a sí misma adelante y atrás, como si hubiese perdido totalmente la razón. Fue nuestra hermana la que se percató de que estábamos allí observándolas, asustados y en completo silencio, intentando entender aquella extraña situación.

—Es Carlos…—alcanzó a decir con un hilo de voz. —Los *chupos*[6] lo encontraron muerto cerca del río, lo mataron de un tiro en la nuca.

Habían sido los de la mara. ¿La razón? La policía lo tenía bastante claro, estaban seguros era de que lo habían ejecutado: había sido un ajuste de cuentas. Y a pesar de lo mal que mi hermano nos lo había hecho pasar, mi madre le lloró como nunca antes la habíamos visto, porque su hijo primogénito, su Carlitos, se había ido. Aunque la realidad era que nuestro Carlitos, el hijo de Esmeralda, había muerto hacía mucho tiempo.

Todo debería haberse quedado así, otra familia hondureña que pierde a uno de sus hijos a manos de las maras. Este hecho era más común de lo que mucha gente creía; en el extranjero se escuchaba hablar del cartel de México, de los colombianos y el tráfico de cocaína, pero casi nunca se hablaba de las maras.

Existen distintas maras en Honduras, las dos más importantes son la mara Salvatrucha y la mara 18, rivales entre ellas. No solo dominaban ciudades grandes como San Pedro o el mismo El Progreso, durante aquella última década se habían extendido como una plaga por todo el país, teniendo el control del tráfico de drogas, de armas, incluso de mujeres y niños. Y para los jóvenes hondureños, sobre todo los de familias humildes como la nuestra donde había que trabajar de sol a sol para subsistir, era una manera de verse arropados y protegidos, de ganar dinero, tener drogas, mujeres y, sobre todo, poder. El poder de caminar con la cabeza en alto por las calles, sabiendo que la gente te teme. El poder de saber que puedes tomar cualquier cosa que desees —un carro, una moto, e incluso una mujer — sin que nadie se atreva a objetar.

En Honduras también desaparecían mujeres, sobre todo muchachas jóvenes que tenían la mala suerte de que algún miembro, o varios, de alguna mara se encapricharan con ellas y se las llevaran a la fuerza. Si la muchacha tenía buena suerte, la hacían suya de forma indefinida, pero la mayoría de las veces eran violadas hasta que se cansaban de ellas y las vendían, y en el peor de los casos, las mataban, dejando sus cadáveres en cualquier cuneta, sin miedo a que alguien les denunciara, porque nadie se atrevía. Vivíamos con ese miedo, el miedo constante que solo las personas que viven en un ambiente así pueden llegar a entender.

No podía estar seguro de si mi hermano había cometido esos mismos actos atroces. Me intentaba engañar a mí mismo pensando que no, que, a pesar de su afiliación con la mara, en el fondo de su corazón todavía recordaba tener una hermana y una madre. Pero ya habiéndose ido de la casa, a veces volvía con sus compañeros a comer y emborracharse, exigiendo a mi madre que cocinara para ellos y les sirviera, tratándola como si fuese una sirvienta cualquiera. Y a veces

traían mujeres, y no tenían ningún pudor en *coger*[7] en la cama de mi madre incluso con la puerta abierta, sin importar que el resto de la familia estuviésemos allí. En cuanto Carlos y sus compañeros se presentaban en la casa, mi hermana escapaba por la pequeña ventana del baño, buscando refugio en casa de la vecina. Allí se quedaba hasta que íbamos a buscarla, una precaución necesaria para evitar que alguno de aquellos hombres la tocara.

Aquellas indeseables visitas acabaron un día en el que Carlos llegó con un tipo al que no conocíamos, después de varios meses sin saber nada de él. Cuando lo vimos, nos quedamos de piedra al ver su aspecto intimidante: con el cabello totalmente rapado, había aumentado su número de tatuajes, ya no teniendo solo en los brazos y espalda, sino habiendo tatuado también sus manos, su cuello y su cara, llevando un enorme número 13 en una mejilla, las iniciales MS en la otra, todo ello señas de identidad de los integrantes de la mara Salvatrucha. El otro hombre era más mayor y corpulento que mi hermano, con tatuajes en cada parte visible de su piel. Su presencia daba bastante miedo, incluso Carlos parecía intimidado a su lado.

Mi hermano, mirándonos como si no nos conociera de nada, hizo como en otras ocasiones: forzó a mi madre a cocinar para ellos. Mientras, Raúl tuvo que ir a comprarles cervezas, yo siendo testigo de cómo cada uno de ellos consumía cocaína que sacaron de una bolsa que habían dejado sobre la mesa de la sala, y fumaban *mota*[8] sin cesar.

En ese momento llegó María, que venía de pasear, y al tipo grande le gustó. Yo no entendía exactamente cómo funcionaba la mara, pero sí entendí, por cómo aquel tipo de cabeza rapada y cara llena de tatuajes miró a mi hermano y después señaló a mi hermana, haciendo que Carlos se pusiese en pie al momento y se acercara a María agarrándola por la muñeca, que el tipo estaba en un escalafón superior al de él, y a Carlos le tocaba obedecer.

—María, ven, te voy a presentar a un amigo.

Recuerdo la cara de pánico de mi hermana y la fuerza con la que Carlos la agarraba, porque ella intentaba liberarse y no podía. Mi madre lo escuchó todo desde la cocina y estalló, apareció gritando improperios a mi hermano, empujándolo con fuerza para que soltara a mi hermana, el tipo aquel riendo ante la escena. Y Carlos, avergonzado, por primera vez puso la mano sobre mi madre.

Primero fue una buena cachetada, luego otra, y otra, comenzó a golpearla cada vez con más fuerza, con toda la rabia que contenía en su interior, con un dolor y rencor que pagó injustamente con ella. Yo me lancé sobre él, y en respuesta recibí un buen golpe de su parte que me tiró al piso. Justo en ese momento regresó Raúl, que dejó caer las

cervezas al encontrarse con la grotesca escena: nuestra madre en el suelo con una ceja cortada, la boca sangrándole; Carlos, desatado, pateándola; yo, todavía aturdido por el golpe, intentando levantarme, y María, histérica, gritando en una esquina de la sala. Raúl reaccionó al segundo saltando sobre él, empujándole con fuerza para separarle de ella, empezando después a golpearle, yo ya repuesto ayudándole, dos güirros de trece y quince años enfrentándose a su hermano de casi veinte. Nuestra reacción hizo reír más aún al tipo, que pronto se cansó del espectáculo y le dio la orden a mi hermano de irse de allí.

A Carlos no le costó mucho esfuerzo el quitarse a dos micos de encima, conmigo bastó con un empujón. Raúl se llevó como recuerdo un fuerte puñetazo que le hizo más daño en su ego y su persona, por haberlo recibido de su hermano mayor, que en la cara en sí. Porque aquel tipo, aquel hombre con el cabello cortado al ras y tatuajes en todo su cuerpo, aquel hombre de mirada fría y llena de desprecio, aquel ya no era nuestro hermano. Mi hermano perdió su esencia en el momento en que mi padre se marchó. A partir de ahí solo quedó lo peor de él, que con el tiempo se hizo más fuerte, acabando su maldad por dominarlo por completo.

Después de aquello, no volvió. Habían pasado casi dos años, años en los que no supimos absolutamente nada de él, como si no existiera. Hasta el día en el que la policía vino a darnos la noticia. No había muerto muy lejos, apenas a diez kilómetros de nuestra casa, aunque la distancia entre nuestras almas era insalvable. Y a pesar de la distancia que existía entre nosotros en ese momento, la infranqueable distancia que desde hacía tiempo existía entre su espíritu y los nuestros, mi madre quiso darle un entierro cristiano, recordando al hijo que una vez fue. Y por supuesto, mi padre, que fue avisado, no acudió al entierro.

Las sorpresas no acabaron ahí, las cosas todavía iban a ir a peor. Ocurrió el mismo día del funeral, los tres hermanos volvíamos a la casa mientras arropábamos a nuestra madre, desecha en su dolor. Al llegar, nos encontramos la casa con la puerta abierta; dentro nos esperaban dos tipos, por su apariencia enseguida dedujimos que eran de la mara.

Todo era por una deuda de dinero, así se lo dijeron a mi madre. Carlos había hecho algo mal, había robado parte del dinero ganado con el contrabando de drogas, y venían a comprobar si estaba escondido en nuestra casa. Por supuesto, mi madre les dijo que hacía años que no veíamos a Carlos y que no sabíamos de lo que nos hablaban. Su respuesta fue contundente: destrozaron nuestra casa poniéndola patas arriba, incluso rajaron los colchones y los sillones, mientras nosotros nos abrazábamos los unos a los otros cabizbajos en

una esquina de la sala, aterrorizados ante la agresividad en el registro.

La búsqueda del dinero fue en vano, pero lo compensaron en parte llevándose nuestro viejo auto cuando se marcharon. Era un armatoste de hierros que habíamos comprado barato y en el que durante meses Raúl y yo habíamos estado trabajando, reemplazando algunas piezas por otras que encontrábamos en autos abandonados, limpiando otras, hasta que conseguimos ponerlo en marcha. Aquellos bestias nos lo arrebataron. Se llevaron el carro y se llevaron todo el dinero que encontraron en la casa, incluyendo los pocos ahorros de aquel mes que mi madre guardaba en un sobre bajo su colchón y que aún no había llevado al banco. Y ojalá se hubiese quedado solo en eso, y no en lo que vino después.

Aquel día pasó a ser una repetición de lo que ocurría cuando Carlos nos visitaba tiempo atrás: los dos tipos se quedaron en la casa hasta bien entrada la noche exigiéndonos comida, bebida y sin parar de fumar mota. Pero aquellos dos tipos no tenían ni el más mínimo ápice de compasión por nosotros, no había ni la más mínima señal de empatía o misericordia al vernos aterrorizados por su presencia. No tuvieron piedad en, una vez hubieron llenado el buche y andaban bien *tomados*[9], agarrar a María a la fuerza entre los dos y meterla en la habitación de mi madre.

—¡No, por Dios! —gritó mi hermana entre lloros sabiendo lo que iba a pasar.

—Por favor… —suplicó mi madre agarrándose a la pierna de uno de ellos.

En Raúl y en mí salió el instinto de defensa por nuestra hermana, íbamos directos a abalanzarnos sobre ellos, pero uno de aquellos tipos fue más rápido que nosotros, sacó un arma que llevaba en el cinto y se la colocó a Raúl en la frente, apuntándole con una sonrisa maliciosa de victoria.

Dieciséis minutos. Dieciséis largos minutos en los que mi hermana fue mancillada por primera vez, dieciséis minutos en que me rompí al sentirme insignificante e impotente al no poder hacer nada por ella, incapaz de protegerla. Y sé que mi madre y Raúl sintieron lo mismo. Los primeros minutos la escuchábamos sollozar a través de la puerta, a ellos les oíamos reír. Poco después de ella solo obtuvimos silencio, de ellos asquerosos gruñidos animales. Mi madre, arrodillada llorando mientras se golpeaba el pecho con el puño cerrado, maldiciéndoles en voz baja, en aquel momento murió un poco más de lo que ya había expirado con la muerte de Carlos. La vida iba matando poco a poco a Esmeralda, castigándola sin justicia ni sentido.

Nunca olvidaré la visión de mi hermana cuando abrieron la puerta una vez se dieron por satisfechos: María yacía desnuda boca abajo en la cama, le habían arrancado la ropa a la fuerza. Lloraba en

silencio, sin casi ni pestañear, inerte como una muñeca sin vida. Fue entonces cuando decidieron marcharse, una vez saciada su ansia animal, habiendo acabado ya con la última cerveza y ya no quedando harina para hacer otra tanda de baleadas. Pero antes de marcharse, el más grande de los dos se acercó a mi madre, que lloraba desconsolada mientras abrazaba a mi hermana y la tapaba con una *cobija*[10], escondiendo sus vergüenzas, para hacerle una advertencia:

—Vieja, procure tener siempre comida y bebida en la hielera. Siempre.

Mi madre no dijo nada, solo fue capaz de asentir mientras tragaba saliva pesadamente. Aquello era una amenaza, una promesa de que volverían en cualquier momento, sin avisar. Se volverían a comer nuestra comida, beberían hasta embriagarse, nos robarían todo el dinero y cualquier cosa que les gustara. Y lo que le acababa de sucederle a mi hermana no eran un buen augurio, todos sabíamos lo que aquello significaba a la larga.

Durante los días siguientes al funeral de Carlos y al suceso con los de la mara, el ambiente en casa se puso bien pesado: el miedo se metió y no quería irse, es más, se hacía más fuerte con cada hora que pasaba, al no saber cuándo iban a volver.

María, la que más tenía que perder si regresaban, pasó varios días ahogada en una tristeza infinita y un casi perpetuo mutismo, actuando como una autómata, tratando de no expresar con sentimientos el infierno que su alma sentía por dentro. Su manera de reaccionar ante el traumático suceso fue bañarse una y otra vez, varias veces al día, en cuanto creía percibir el olor de aquellos bestias en su cuerpo. Se obsesionó, su piel terminó irritada y enrojecida por la fuerza con la que la frotaba, intentando borrar cualquier rastro, cualquier posible recuerdo de aquellos tipos en su carne.

Mi madre, por otra parte, estaba sumida en un silencio turbio. Raúl y yo sabíamos que algo se cocía en su cabeza, pero cuando le preguntábamos que qué íbamos a hacer, ella se ponía brava con nosotros:

—Sigan con sus vidas como si nada. ¡Y que no me entere de que van hablando de lo que pasó!

Así que, al menos en apariencia, volvimos a nuestras vidas de siempre, nosotros a la escuela, mi mamá y María a sus trabajos.

Hasta una noche del mes de octubre. Aquel día no hubo nada en especial, un miércoles en el que Raúl y yo fuimos, como siempre, a la escuela, regresando a la casa para almorzar, comprobando aliviados que, de momento, ninguno de la mara había aparecido por allí. Por la tarde, después de hacer nuestras tareas, nos acercamos al taller mecánico de nuestro vecino a echar una mano, y no regresamos a la casa hasta que empezó a anochecer. Íbamos caminando medio apurados, cuando la noche caía no era una buena idea deambular por las calles de El Progreso, menos aún en un barrio como el nuestro.

Cuando entramos en la casa, todo estaba en silencio. La luz de la sala estaba prendida, al igual que el viejo televisor, pero nuestra mamá y María no estaban sentadas frente a él, como era costumbre a esas horas del día. Vimos que había luz en la pequeña cocina y allá fuimos a buscarlas, encontrándolas sentadas a la mesa, hablando confidencias en un tono tan bajo que el volumen del televisor no dejaba escucharlas.

—¿Cerraron la puerta al entrar? —preguntó mi mamá, a lo que asentimos. —Bueno, agarren unas sillas y acérquense. Tenemos que hablar de algo serio.

Tal como ella nos ordenó, agarramos un par de sillas y las llevamos a la cocina, nuestra madre nos hizo señas para que nos acercáramos a ellas todo lo que pudiéramos, mientras nosotros

obedecíamos sin todavía entender nada.

—Hijos, escúchenme... —nos dijo tomando con cada una de sus manos una de las nuestras, modulando su tono de voz para que no sonara excesivamente alto—. Ustedes saben el peligro que corremos, saben tan bien como nosotras que el quedarnos acá y seguir con nuestras vidas supone un riesgo mortal para todos, sobre todo para María.

Ambos la miramos, la vimos retorcerse los dedos de las manos de forma nerviosa ante las palabras de mi madre, ya que el destino que se auguraba para ella era el peor que podría sufrir una mujer.

—Pero tengo un plan, durante estos días lo he estado preparando. Hijos, nos marchamos con la caravana, nos largamos a los Estados Unidos.

Nos quedamos pasmados, con la boca abierta. Todos los hondureños sabíamos de la caravana que iba a salir en un par de días desde San Pedro Sula, pero jamás me habría imaginado que mi mamá consideraría la caravana como una opción, porque todos sabíamos de los riesgos de esos viajes y lo difícil que es llegar hasta el destino final.

—Hace unos días hablé con mi hermano, su tío Julio, ya saben, el que vive en Texas. Él nos va a echar la mano cuando lleguemos allá.

—¡Pero mamá, la caravana es bien peligrosa! —dijo Raúl en un tono excesivamente alto, ante lo que mi mamá le hizo una señal para que se calmara.

—Más peligroso es quedarnos acá y terminar todos muertos —le respondió con dureza, dejándolo sin palabras.

—Pero mamá, ¿y la escuela? ¿Y nuestras cosas? —pregunté yo, ingenuo—. ¿Cómo dice que lleva días armando esto y no nos dijo nada?

—Precisamente, para dar imagen de que todo sigue normal, que nadie supiera lo que vamos a hacer. Nadie debe enterarse de nuestros planes, ni siquiera los vecinos, porque los chismes vuelan, y si los de la mara se enteran, ahora que estamos en su mira, ya saben lo que puede pasar.

—Pero para hacer eso se necesita *pisto*[11], mamá...

—Eso ya lo arregló mamá, Raúl —intervino mi hermana.

—Hoy fue el último día que trabajamos, a los de la plantación les dije que María y yo íbamos a trabajar a tiempo completo en la maquila, y nos dieron el pisto que nos debían. En la maquila hicimos lo mismo, dijimos que íbamos a trabajar a tiempo completo en los campos, y también nos dieron todo el pisto que nos debían. Mañana, mientras ustedes están en la escuela, María y yo saldremos de casa como si fuésemos a trabajar e iremos al centro de la ciudad. Haremos una transferencia del dinero para mi hermano, necesita tener pisto para pagar a los *coyotes*[12] de la frontera de allá.

—Esperate, esperate, mamá… —pidió Raúl, desbordado por todo aquello —¿y qué pasa con la casa, con nuestras cosas?

—Hace unos días vendí la casa a un compañero de la plantación. Tuve que venderla barata, pero era mejor eso que nada. Con ese dinero podremos pagar a los coyotes en el camino si hace falta. En cuanto a sus cosas, deben prepararse para llevar solo lo necesario, una bolsa con alguna muda y poco más, tenemos que empezar de cero.

—¿Y dice que mañana debemos ir a la escuela? —pregunté yo, confundido.

—Sí, hijo, debe parecer un día como cualquier otro. Irán a la escuela, donde no se les ocurrirá comentar nada por la seguridad de todos. Volverán a almorzar como siempre, y después lo prepararemos todo para salir a San Pedro el viernes a primera hora. Iremos en bus.

Mi mamá había calculado el plan al detalle. Todavía recuerdo aquella mirada en ella, una mirada de firmeza, coraje, valentía. Hasta María, que siempre había sido una muchacha tranquila y dulce, de la que no se podía decir que tuviese un carácter fuerte, ese día nos demostró solo con la firmeza de su gesto y la forma en la que asentía a lo que mi mamá decía, que en su interior existía una fortaleza y determinación que desconocíamos, nacidas ante la adversidad. Y Raúl y yo, dos adolescentes tan asustados como ellas, solo pudimos aceptar aquello como la solución más rápida para salir del país y salvar nuestras vidas.

El cielo de mediodía de aquella mañana de octubre era una copia exacta del de días anteriores: un sol refulgente en lo alto de un cielo despejado de nubes, un calor sofocante y las ganas de que la mañana escolar acabara. Los estudiantes, por regla general, esperábamos con ansia el timbre que anunciaba el final de las clases para reunirnos con los amigos a la salida y decidir qué hacer: si a darnos un baño al río, echarnos una *potra*[13] o simplemente charlar mientras nos tomábamos una *nieve*[14] de las que vendía a la salida aquel viejito que llegaba con su destartalada carretilla cargada con distintos sabores. Pero aquel día salí cabizbajo de las clases, caminando pensativo en medio de la multitud de estudiantes dejaban sus aulas, recibiendo algún que otro empujón sin conseguir con ello que escapase de mis propios pensamientos. Me recuerdo caminando despacio, mirando mis pies mientras pensaba que esa sería la última vez que haría ese mismo recorrido, bordeando los edificios amarillos de dos pisos que conformaban el centro educativo; edificios abiertos directamente al exterior, desde cuyo interior podíamos ver los numerosos árboles que adornaban el área.

Cuando llegué a la altura de los árboles de mango que rodeaban

la escuela me detuve, observando aquellos grandes frutos siempre en su punto de maduración, ofreciéndose a todo el que pasaba por el lugar. Agarré uno y, apoyado en el grisáceo tronco del árbol, comencé a saborearlo. Lo hice casi sin pensar, una costumbre habitual en mí la de ir tomando frutas desde que salía de clase hasta que llegaba a la casa. Al menos un mango y un par de mamones caían en el camino.

Allí, apoyado mientras esperaba a Raúl, observando con nostalgia anticipada los montes verdes y frondosos del parque Mico Quemado, no pude evitar que la tristeza me inundara y me pregunté si alguna vez volvería a ver eso, esas montañas a las que durante mis quince años de vida pocas veces había prestado atención. Las montañas que adornaban perpetuamente el paisaje de El Progreso, integradas de tal manera que eran como el aire que respirábamos, algo necesario para nuestras vidas pero injustamente ignorado por la mayoría.

Entonces, una nueva duda me perturbó: ¿sería Estados Unidos parecido a Honduras? Ya sabía la respuesta, sabía que no. El hermano de mi madre llevaba unos años viviendo en Texas y en las pocas llamadas que nos hacía, nos hablaba de la ciudad de Austin, de los grandes carros y las sabrosas hamburguesas, de las casas con jardín y del río Colorado. Lo del río no me emocionaba, nosotros teníamos al lado de casa el río Ulúa, y un río es un río. Pero sí me llamaba la atención lo de los carros y las trocas. Mi tío nos decía que los carros allá eran baratos, que en poco tiempo tendríamos uno y en condiciones. Era lo único que me entusiasmaba de aquella aventura en la que mi madre se había empeñado en incluirnos. Pero, ¿qué más podíamos hacer? Aunque se me hiciese cuesta arriba y me diese vértigo solo el pensarlo, era mejor opción que quedarnos allí y perder nuestras vidas en manos de las maras.

Raúl tardó algo más de lo habitual en salir, y cuando lo hizo, por primera vez en mucho tiempo no venía con una chica, sino con un compañero de su clase. Raúl charlaba con él mientras le enseñaba unos cómics que había comprado un par de años atrás con el dinero que juntó en su cumpleaños. Al final, el chico le entregó unos billetes a cambio de ellos. El chico se fue contento, mientras Raúl miraba con cierta rabia aquellas *lempiras*[15] en su mano, seguramente mucho menos de lo que él pagó en su momento. Levantó la vista y me vio, y esa vez no me gritó “Flaco” como siempre; simplemente se acercó a mí con una sonrisa triste, pasando su brazo sobre mis hombros al llegar a mi altura, me acercó a él y me dio un abrazo inesperado y lleno de sentimiento.

Comenzamos nuestra caminata de vuelta a la casa, que en línea recta eran algo más de treinta minutos, teniendo que desviarnos un poco al norte solo al final. Pero aquel día, ese día tan lleno de significado para nosotros, un día en el que habíamos estado con

nuestros amigos sin poder decirles que nos marchábamos, seguimos caminando en línea recta hasta llegar al río Pelo, sentándonos sobre unas rocas cerca de su borde, rodeados por vegetación y con el raquítico y triste caudal del río como paisaje frente a nosotros. Raúl sacó un *puro*[16] y lo encendió, algo poco común en él. No le dije nada, creí que la situación lo justificaba perfectamente.

Raúl fumó varias caladas seguidas manteniendo el silencio, con su mirada desviada quien sabía dónde, pensativo. Finalmente me lo pasó, aprovechando yo el momento, mientras él hizo una observación sobre el paisaje:

—Este río es bien feo, Flaco. No lo voy a extrañar.

—¿Qué hacías hablando con ese tipo? ¿Le vendiste tus cómics?

Raúl resopló algo incómodo y me pidió el puro de vuelta, adueñándose de él.

—Anoche, después de hablar con mamá y María, estuve pensando. Era mejor vender lo máximo antes que dejarlo en la casa para los que vengan. Así que he ocupado el día en eso en la escuela, he podido colocar algunas cosas.

—Vaya...debería haber hecho lo mismo.

—Siempre podemos llevar algunas cosas en el viaje e intentar venderlas en el camino, incluso mañana en San Pedro, antes de salir.

—Mañana...

La palabra se mantuvo bailando en el aire, salió de mi boca y pareció quedarse flotando ante nosotros, sobre nuestras cabezas, algo de lo que no podíamos escapar.

—He estado pensando mucho, Flaco, ¿y sabés qué?

—¿Qué? —le pregunté yo mientras era testigo de cómo Raúl primero me sonreía, después giraba su vista hacia el horizonte al oeste.

—Quizás lo que vamos a hacer es lo mejor, quizás nos traiga suerte. Anoche también estuve pensando en ello, el futuro que nos espera si todo sale bien. No es lo mismo ser un doctor en Honduras que en Estados Unidos.

—Los doctores allá ganan mucho dinero...

—¡Exacto! Si todo sale bien, podríamos llevar una buena vida, conseguir que la jefa no tenga que trabajar nunca más, tener una buena casa, no volver a tener miedo...todo son ventajas.

—Pero el viaje da miedo, sobre todo por María.

—Lo sé, Flaco. Y ahí es donde tú y yo intervenimos —me dijo pasándome lo que quedaba del puro—. Debemos protegerla, impedir que nadie se le acerque e intente algo, no puede volver a ocurrir lo de... —y Raúl fue incapaz de acabar la frase, el suceso se había convertido en un tema tabú para toda la familia. —Y lo mismo con la viejita, ¡que nadie se atreva a tocarla!

—¡Por supuesto!

Raúl apuró el puro hasta que ya no hubo nada más que fumar, apagándolo con sus *tenis*[17]. Puso su mano en mi hombro, tratando de transmitirme toda su positividad y esperanza:

—Flaco, nos va a salir bien. Nos vamos los cuatro, cruzaremos el país, después Guatemala y México, y conseguiremos llegar a los Estados Unidos. Nos iremos con el tío Julio, empezaremos a estudiar, trabajaremos y ganaremos un buen dinero, ¡mucho!, y arreglaremos nuestros papeles. ¡Nos casaremos con americanas y seremos felices!

Y ambos estallamos en risas, abrazándonos como los grandes hermanos y compadres que éramos, separados solo por veinte meses, dos hermanos de sangre y de alma, necesitándonos y apoyándonos, siempre juntos. Siempre.

CAPÍTULO II
Vuelo Ciudad de México – Austin, año 2030

Dos horas y media. Es el tiempo que separa la capital de México de Austin, en el corazón de Texas. El tiempo que le lleva a Luis dejar el país que años atrás le acogió para regresar al que le rechazó.

Cuando está allí arriba en el aire, a doce mil metros de altura, y mira por la ventanilla junto a su asiento, puede intuir la inmensidad del continente bajo él, ya que ha llegado un momento en el que las construcciones humanas se han dejado de ver. Se da cuenta de lo insignificantes que somos desde el cielo, puntitos luminosos en movimiento ante la grandeza del planeta en la noche.

El aislamiento que consigue del exterior al silenciar las voces del avión usando unos cascos para escuchar música, hace que su cabeza pase a centrarse en lo que va a hacer, lo que viene a continuación, los pasos a dar; y no puede evitar que de nuevo le invadan las dudas. Dudas que le llevan atormentando días, con más frecuencia cuanto más cercana estaba la fecha de embarque.

"¿Qué demonios hago cruzando medio continente en un avión?". La última vez que había hecho ese mismo recorrido, más de una década atrás, había sido a pie y había tardado varias semanas en llegar a su destino. Ahora lo hace mediante un vuelo directo que había salido de la capital mexicana a las ocho de la tarde y que haría todo el recorrido a través del cielo nocturno en menos de tres horas. Y se martiriza pensando si no será tiempo perdido, si la obsesión que le ha mantenido en marcha la última década no quedará en una enorme decepción que le quitará sentido a lo que ha sido su vida hasta entonces. Tiene miedo, miedo de que sea así. Y también tiene miedo a aterrizar y que no le dejen pasar.

Miedo al rechazo. Ha tenido que esperar toda una década para intentar volver a pasar la frontera de Estados Unidos. Pero esta vez lo va a hacer de forma legal, con un abogado de por medio que le ha estado arreglando los papeles necesarios para que, una vez llegue a la aduana, no le sea denegada la entrada. Y, aun así, aunque el abogado le ha asegurado una y mil veces que todo va a salir bien, tiene miedo. Pánico.

La noche oscura es un manto espeso, mirando a través de la ventanilla percibe el cambio gradual del tono del cielo, cada vez de un negro menos penetrable, más opaco. Las estrellas van apareciendo como si alguien fuese encendiendo interruptores de forma

desordenada, formando un bonito mosaico de luceros por encima del manto de nubes sobre el que vuelan. Luis se acurruca en su asiento apoyando la cabeza en la ventanilla justo en el momento en el que una azafata se acerca hasta la fila donde está ofreciendo mantas de viaje a los pasajeros. Luis acepta la oferta, la extiende y se la coloca por encima, quedando sus brazos escondidos bajo ella, su vista fija en el oscuro firmamento invadido por pequeñas luces lejanas. Y en su cabeza de nuevo la pregunta: ¿qué demonios hace él cruzando América en un avión? “Muy simple, Luis”, se contesta a sí mismo, “cumplir tu promesa y encontrarle”.

LA CARAVANA
Octubre 2018

Cuando miro en la distancia aquel espacio de tiempo, tantas vivencias concentradas en aquellas semanas que me marcaron de por vida, semanas atravesando país tras país, caminando sin apenas descanso, no puedo más que asombrarme de nuestra propia valentía. Aquello fue una especie de curso acelerado de supervivencia extrema, de lucha por mantenernos con vida.

Pero al mismo tiempo, me doy cuenta de la insensatez de hacer algo así y de que miles de personas arriesgan sus vidas año tras año, al igual que nosotros hicimos. Aquel exilio al que nos vimos obligados indicaba que algo en nuestro país iba muy mal: si tanta gente era capaz de dejar todo lo que tenía y conocía, de arriesgarlo todo por una nueva oportunidad, es que lo malo conocido era realmente tan malo, que preferían cualquier cosa antes que eso. Porque sí, realmente nos jugábamos la vida si nos quedábamos en nuestro país.

Era raro el hondureño que no conociera a alguien que se hubiera aventurado a emigrar a Estados Unidos. En nuestro caso, la persona más cercana que había hecho algo así era nuestro tío Julio, el hermano de mi madre, que vivía en Texas y que nos iba a ayudar una vez llegáramos allá. Mi tío había hecho el viaje como se solía hacer antes de que comenzaran las caravanas: pagó a unos coyotes para que le llevaran hasta el nuevo país. Los coyotes costaban mucho dinero, alrededor de unos diez mil dólares cuando mi tío hizo el viaje; cinco años después, justo antes de que se iniciaran las caravanas, todavía era más caro.

El ir con los coyotes, en teoría, tenía la ventaja de que ellos conocían los caminos, las rutas, los mejores puntos de acceso a los otros países, a quién sobornar, dónde esconderse, y así sucesivamente. Pero también era muy peligroso, dejabas tu vida en sus manos, dependías totalmente de ellos y no era gente de fiar. Algunos robaban a las personas que conducían; ante cualquier revuelta o queja en el grupo, o si alguien se volvía una molestia, amenazaban a los viajantes con entregarlos a las autoridades o simplemente acababan por abandonarlos a su suerte. Y si había mujeres en el viaje, mucho peor, ya que solían aprovecharse de ellas o hacían la vista gorda mientras otros las abusaban. Sabíamos incluso de casos en los que se había llegado a vender mujeres y niños para el tráfico de personas, mujeres y niños de los que nunca más se volvió a saber nada.

Por eso, entre otras cosas, la caravana parecía tan buena idea y

tantísima gente aprovechó para unirse a ella. Allí no había coyotes, solo cientos y cientos de personas en igualdad de condiciones. El hecho de avanzar en un grupo tan grande de personas, paisanos, incluso vecinos, dispuestos a ayudarse unos a otros, solo iba a traer ventajas. O al menos eso era lo que pensábamos.

No había despuntado en su totalidad la mañana cuando mi madre entró en la penumbra de nuestro cuarto para avisarnos de que era hora de levantarse y prepararnos para partir. Nos levantamos enseguida, a pesar de apenas haber descansado durante la noche debido a los nervios. Nos la pasamos hablando en susurros hasta altas horas de la madrugada sobre lo que se avecinaba, haciendo planes y sopesando las posibilidades, comentando las situaciones que podrían presentarse y qué hacer en cada una de ellas. Todo esto desde la ingenuidad de lo que éramos, niños todavía; en nuestras cabezas no pasaban ni por asomo las duras situaciones a las que después nos tendríamos que enfrentar y para las que no estábamos preparados, las que nos harían madurar de golpe.

Para vestirnos, elegimos la ropa que mi madre nos había aconsejado: los pantalones menos desgastados, una *chamarra*[18] para llevar sobre la camisa, los tenis más nuevos y resistentes que teníamos y dos pares de calcetas, uno sobre la otro, y entre los cuales escondimos un poco de dinero para llevar durante el camino. Cada uno llevaba una bolsa para guardar una muda, en mi caso usé la bolsa donde cargaba los libros de la escuela. La rellené con ropa, metí mi Gameboy con unos juegos y un par de comics, pero no el pisto; era el lugar menos indicado para llevarlo.

Sin encender las luces de la casa, hablando solo lo necesario, como si alguien más estuviese durmiendo y no hubiese que despertarlo, nos preparamos. Intentando hacer el menor ruido posible nos comimos unas baleadas que mi madre había preparado antes de amanecer, guardamos unas cuantas más junto con bebidas y fruta en otra bolsa, y alrededor de las siete de la mañana salimos de la casa para ir a la parada del bus que salía a las ocho hacia San Pedro Sula.

Nos fuimos en silencio, bajo las tenues luces del alba, caminando a buen ritmo sin poder evitar el girarnos cada tanto para ir mirando lo que dejábamos atrás: nuestra casa familiar haciéndose cada vez más chiquita, más lejana. Me mordí el labio y tragué saliva pesadamente para evitar que las lágrimas que humedecían mis ojos rodaran por mis mejillas. Aunque Raúl se dio cuenta de que estaba intentando no llorar, no me dijo nada, seguramente porque estaba haciendo el mismo esfuerzo que yo. Ambos seguimos caminando detrás de nuestra madre y María, con la cabeza baja, despidiéndonos mentalmente de la vida a la que renunciábamos, abriendo camino hacia esa nueva vida

que íbamos a empezar.

Cuando llegamos a la estación central de autobuses de San Pedro Sula, punto de encuentro para la caravana, enseguida detectamos un pequeño grupo de unas quince personas que iban a formar parte de ella. Eran fácilmente identificables porque habían extendido una bandera de nuestro país a modo de reclamo para los que llegábamos dispuestos a unirnos a la aventura. Allí se habían juntado dos de los organizadores de la caravana con un par de familias con sus hijos, dos hermanos adolescentes que iban solos y una niña que iba con su abuelita. Nos acercamos, mi mamá nos presentó y decidimos quedarnos junto a ellos para no aislarnos del grupo de la caravana.

A lo largo de la mañana el número de personas fue incrementando, pasando en apenas un par de horas a ser un centenar, luego dos, y el número siguió creciendo a lo largo del día casi de forma exponencial. Llegó un momento en el que la cantidad de personas era tal que hubo que poner cierto orden, así que se decidió el organizarnos y separarnos por poblaciones de origen, con carteles donde podían leerse los nombres de las ciudades, consiguiendo así que vecinos y paisanos hiciéramos piña con la finalidad de ayudarnos y protegernos unos a otros durante el camino.

Aquella realmente fue una idea muy acertada. Nos juntamos con otros ciudadanos de El Progreso, y nos sorprendió ver la cantidad de personas que venían de allí; al final del día, éramos casi un centenar. Conocíamos de vista a más de uno, incluso una familia joven que vivía cerca de nuestra casa estaba allí, quedando claro que el malestar en la población era algo más que generalizado. No existía un patrón fijo en el tipo de personas que migraban: éramos hombres, mujeres, algunas incluso embarazadas, niños y ancianos, familias enteras que intentaban lo mismo que nosotros: escapar de la pobreza y la violencia.

Esa desesperación une, y aquel día nos vimos rodeados de gente que comprendía nuestros miedos y razones, al igual que nosotros comprendíamos las suyas, por lo que todo era buena voluntad entre nosotros. Pasamos así el día, juntándonos por ciudades, conociendo a nuevas personas que en algunos casos se abrían y te contaban sus dramas personales, compartiendo alimentos, agua, ayudándonos en cuestiones tan simples como el vigilar a los niños y las bolsas si alguno necesitaba ir al baño.

Al final del día el lugar estaba plagado de gente, era imposible saber cuántas personas había en la estación, era difícil incluso buscar un sitio en el piso para echarse a descansar. Gracias a Dios hacía buen tiempo, la noche era fresca y tranquila, por lo que muchos se quedaron fuera de la estación echándose a dormir sobre la *grama*[19],

otros sobre las aceras usando sus bolsas como almohadas. Durante todo el tiempo que estuvimos en la estación, nosotros permanecimos en el grupo de gente originaria de El Progreso; mi madre no permitió que nos separáramos en ningún momento, ya que el aumento de gente contribuía al aumento del caos. Y aunque como he dicho, la mayoría eran familias y buenas gentes, algunos desalmados y oportunistas ya circulaban por allí, esperando la oportunidad de robar algo o aprovecharse de quienes pudieran. Así que pasamos la noche recostados sobre nuestras bolsas, los cuatro pegados los unos a los otros, dando alguna cabezada, pero no descansando en realidad.

Después de pasar una noche medio en vigilia en la estación de autobuses de San Pedro Sula, donde íbamos durmiendo por turnos atentos a lo que ocurría a nuestro alrededor, la caravana se puso en marcha a las seis de la mañana del día siguiente. Ni siquiera había amanecido cuando varios centenares de personas salimos a la calle todavía organizados en grupos por ciudades, intentando mantenernos más o menos en fila, colocados tras el cartel que portaba el nombre de nuestra ciudad.

Esperábamos la orden para comenzar la marcha, recuerdo los nervios en mi estómago estando colocado en la fila. Recuerdo ese sentimiento de esperanza que me surgió a la altura del pecho, la parte positiva de mí mismo que me decía que todo iba a salir bien, un sentimiento de ilusión que reforcé al unirme a la oración que se rezó en grupo antes de partir, pidiéndole a Dios que nos ayudara en nuestro trayecto. Y recuerdo el brinco que sentí dentro de mi cuerpo cuando dieron la orden de avanzar.

Tardamos tres días en atravesar Honduras y llegar a la frontera con Guatemala.

Los que tenían más dinero pudieron pagarse un billete de bus o rentar un hueco en algún carro, los demás hicimos el camino a pie siguiendo las carreteras principales. Avanzamos a través de nuestro país, pasamos por poblaciones como Santa Rosa de Copán y Ocotepeque, y a cada pueblo que llegábamos, a cada parada que hacíamos, más gente se nos unía. Lo que salió de San Pedro siendo algo más de mil personas se duplicó en aquellos pocos días. La caravana se convirtió en todo un símbolo de esperanza; salíamos en las televisiones, había cobertura internacional y nos sentíamos orgullosos como hondureños luchadores. Por ello avanzábamos con nuestra bandera extendida en primera fila, para que todo el mundo viese lo valientes que éramos. En aquellos días fue frecuente que, a pesar del cansancio, rompiésemos en cánticos, entonando nuestro himno nacional, lo que nos daba ánimos para continuar.

Nos acompañó el buen tiempo, lo que tomamos como un buen presagio. A pesar de la dureza de aquellos días de caminatas sin fin, no perdimos la esperanza. Daba igual que el presidente de Estados Unidos amenazara con recortar las ayudas a Honduras, el aviso que gritaba a los cuatro vientos de que no llegaríamos a cruzar la frontera de su país, que nos detendrían y nos deportarían. Aquello, más que amedrentarnos, nos afianzaba más en nuestro empeño. Además, muchos países nos apoyaban, defendiendo los derechos fundamentales de cualquier persona que huye de la violencia y solo quiere salvaguardar a los suyos. Así que no nos dejamos amilanar. Tras tres días de intensas caminatas bajo el sol llegamos a la frontera con Guatemala, a Aguas Calientes.

Aquella primera vez, por ingenuidad nuestra, pensábamos que cruzar la frontera con Guatemala iba a ser fácil, ya que a excepción de Estados Unidos, el resto del mundo estaba de nuestro lado. Pero no fue así. Nos dejaron pasar, sí, pero tras esperar varias horas que se nos hicieron interminables.

Recuerdo el ruido de los helicópteros sobre nuestras cabezas, pasando una y otra vez, a veces tan cerca que parecía que iban a estrellarse sobre nosotros. Al principio me asusté pensando que eran policías o militares, hasta que nos dimos cuenta de que eran de la televisión: nos filmaron desde arriba para sacar las imágenes en los noticiarios. No fui consciente hasta mucho después, cuando visioné aquellas imágenes en un reportaje, que desde allá arriba se divisaba, a lo largo de la carretera, una columna kilométrica de hondureños que ocupábamos toda la calzada y que esperábamos esperanzados a que las autoridades guatemaltecas tuvieran piedad de nosotros y nos dejaran atravesar su frontera y su país después, en búsqueda de una vida mejor.

Finalmente las autoridades nos cedieron el paso, y bajo gritos de

“Sí se puede, sí se puede” y “El pueblo unido jamás será vencido”, cantando nuestro himno a pleno pulmón, pasamos los controles de forma pacífica, animados al ver que, aun con parones, íbamos avanzando, ya con los pies en nuestro país vecino.

Entramos en Guatemala un día a mitad de mes, y tras pasar la noche en Esquipulas, seguimos adelante con nuestro éxodo, tardando un par de días en llegar a la frontera con México. Antes de ello pasamos por la capital y he de decir que, en todos los lugares del país en donde estuvimos, los guatemaltecos se comportaron como verdaderos hermanos con nosotros los hondureños. Se me saltan las lágrimas al recordar a las gentes acudiendo a nuestro encuentro, gentes humildes que nos ofrecían agua y comida al paso. Personas tan pobres como nosotros, incluso más, ya que a algunos los veíamos salir de casuchas que apenas se sostenían, pero aun así nos tendían un trozo de pan o una bolsita rellena con agua fresca, un “buena suerte” en los labios y una sonrisa.

Algunos guatemaltecos se unieron a la caravana. Cuando llegamos a la frontera con México en la ciudad de Tecún Umán ya éramos tres mil personas, con lo que colapsamos los albergues de la ciudad y las tensiones con Estados Unidos iban en aumento, asustados de los que se les avecinaba. Fue entonces cuando Trump intensificó sus amenazas sobre la construcción de un muro para separar Estados Unidos de México; ese muro que alcanzaría los nueve metros de altura en ciertos puntos y que se acabaría extendiendo por más de setecientos kilómetros.

Lo que en un principio había sido una fortaleza, la cantidad de gente que éramos, se convirtió en un obstáculo para avanzar. Hasta ese momento todo habían transcurrido de forma pacífica, habíamos ido avanzando sin apenas problemas salvo los inevitables por el cansancio y malestar físicos. Pero en el momento en el que llegamos a las rejas amarillas por las que se accedía al puente fronterizo con Ciudad Hidalgo en México, con tres mil personas formando una columna humana de kilómetro y medio de largo, en ese momento estuvo claro que el ser tantos, nos perjudicaba.

No nos querían dejar pasar, nos requerían que lo hiciéramos en orden, poco a poco. Pero, ¿te has sentido alguna vez completamente inmovilizado, rodeado e incapaz de avanzar? ¿El aire que te falta, el calor sofocante que sientes, la presión sobre tu cuerpo en contacto con otros, sintiendo que tu seguridad en manos de cientos de personas?
Nos encontrábamos atrapados allí en medio, sin posibilidad de avanzar o retroceder, deseando salir de semejante agobio; si en algún momento se hubiese producido una estampida, habríamos muerto aplastados en cuestión de minutos, incapaces de movernos de donde estábamos.

Tenía miedo, sobre todo por mi mamá, que se quedó encajada entre nosotros tres, tan chiquitita ella, su cabeza llegaba a la altura de nuestros hombros. Ella, antes que nosotros, empezó a notar la falta de oxígeno y comenzó a sudar en exceso. Mi viejita se mareó, perdió el conocimiento por un segundo, quedando apoyada sobre el pecho de Raúl mientras María, asustada, intentaba darle agua.

Lo que le pasó a ella le estaba pasando a otros también. Decidieron dejar pasar a las mujeres con niños a las primeras filas, para que tuvieran preferencia en cuanto abrieran las puertas. Pero no abrían, pasaba el tiempo, el calor era insoportable y la gente empezaba a impacientarse. Comenzaron los empujones, los gritos y enfados. Algunas personas, en especial mujeres atrapadas en las primeras filas, sucumbieron al agobio y la falta de aire, desmayándose, mientras muchos niños lloraban asustados.

La desesperación desembocó en una respuesta bruta por nuestra parte: forzar las rejas a empujones hasta que conseguimos abrirlas de par en par, consiguiendo así avanzar. Fue un milagro que nadie saliera gravemente herido en ese momento, ya que, aun pasando deprisa, mantuvimos cierto orden.

Las puertas conducían a un paso de un kilómetro de largo, gran parte de éste era un puente cementado sobre el río Suchiate, la frontera natural de Guatemala con México. Y al final de este se encontraba una nueva valla, ésta más alta y robusta, y al otro lado, decenas de federales mexicanos armados. De nuevo, una espera que en poco tiempo se hizo excesiva, asfixiante, mucho más larga que la que habíamos sufrido en el paso anterior.

Entonces algo ocurrió: desde el puente donde estábamos, vimos aparecer por el río barcazas y tarimas flotantes manejadas por personas que, por unos pesos, ayudaban a la gente a pasar al otro lado. Algunas personas, desesperadas ante la larga espera, se lanzaron a las aguas del río, siendo recogidos por aquellos “camareros”, como les decían.

Ahí fue cuando mi mamá tuvo decidir: esperar con los cientos de personas a que nos dejaran pasar, o arriesgarnos cruzando el río.

—Hijos, ya no aguanto más. Vamos a saltar.

Ninguno dijimos nada, pero a todos nos pareció la mejor opción. Primero saltó Raúl; no había mucha distancia desde el puente al agua, los balseros andaban cerca y las aguas eran tranquilas, por lo que no había mucho peligro. Una vez él estuvo en el agua saltó María, y después llegó el momento en el que mi mamá tuvo que hacerlo. Tuve que ayudarla a subir temerosa al borde del puente, sosteniéndola hasta que se armó de valor para lanzarse, estando Raúl y María preparados para recogerla. Entre ellos la agarraron y prácticamente la condujeron hasta una de las tarimas. Yo me lancé al final.

Ya subidos todos en la tarima flotante, empapados de pies a cabeza, el camarero se alejó del puente mientras nos dirigía a la otra orilla, la del lado de México. Podíamos distinguir allí, sentados sobre aquella superficie de tablas de madera, a aquella marea humana de longitud kilométrica con cientos y cientos de personas que se empequeñecían en la distancia. Nos alejábamos de la seguridad de la caravana, entrando a lo desconocido. Y el miedo, de nuevo, me pegó fuerte.

Miré a mi alrededor, eran muchas las personas que ya se habían lanzado al río y otras muchas las que lo hicieron después de nosotros. Sí, había más *catrachos*[20] como nosotros, por lo que pensé que no estábamos solos, quizás podríamos reorganizarnos de nuevo. Esa idea se reforzó cuando volteé y vi a más gente en la tarima donde habíamos subido, y entre ellos, un *chavo*[21] que aparentaba mi edad, de pelo oscuro lleno de rizos que le goteaban y que se abrazaba a sí mismo por las rodillas. El chico se dio cuenta de que le miraba, y con una medio sonrisa tímida, me saludó:

—Hola.

Así fue como conocí a mi *carnal*[22] Brayan.

BRAYAN

Yo vivía tranquilo con lo que tenía. Era poco, más bien escaso, pero aun así, por mi cabeza de adolescente no pasaba la idea de abandonar mi casa y a mi familia. Si hubiese sido por mí, nunca me habría movido de mi casa en La Limonada, en la Zona 5, donde vivía con mi madre y mi abuela. Si lo hice, fue por aquella enfermedad que se le metió a mi mamita en el cuerpo y que la hacía llorar, la desgastaba, la hacía retorcerse de dolor y la ahogaba, sobre todo por las noches. Esa maldita enfermedad decidió mi suerte y la de toda la familia. Y mi suerte no fue otra que el mandarme bien lejos, a la tierra prometida, a conseguir un dinero imposible de juntar en nuestra situación para pagar las medicinas que mi mamá necesitaba. Una desgracia más, otra más en la familia de los Cortés, otra para añadir a la lista. Porque las malas noticias eran el pan de cada día para nosotros, por desgracia. Pero voy a comenzar desde el principio para que me entiendan mejor.

Éramos muy pobres, vivíamos en una pequeña casa con paredes rosadas en el famoso barranco de la colonia de La Limonada, en la Ciudad de Guatemala. Mi bisabuelo Anselmo había construido la casa después de casarse con mi bisabuela, Estrella. Aquello ocurrió en el año 58, cuando cansados de trabajar en los campos y no tener dinero, pasando temporadas realmente duras de hambre, decidieron migrar a la ciudad en busca de un futuro mejor. No fueron los únicos, muchos al igual que ellos partieron con lo poco que tenían y se aventuraron a construir una pequeña vivienda en la ladera de aquel barranco, donde nadie ponía impedimento a ello. Así, La Limonada se inauguró como colonia en el verano de ese año, a partir de unas seiscientas familias que se asentaron en aquella zona al sur de la ciudad. La colonia creció, llenándose de casas construidas sin permisos, sin papeles ni contratos, solo cuatro paredes alzadas y cubiertas con una lámina de metal como techo; paredes de cartón, de madera, o si había suerte, con bloques de ladrillo.

La nuestra era así, de bloques que luego mi bisabuelo pintó de ese tono rosado que se empolvó y rajó con el tiempo, y nunca hubo suficiente pisto[23] *para arreglarlo, ya que siempre había algo más importante en que gastarlo. Al ser de las primeras casas que se levantaron allá, cuando yo llegué al mundo ya estaba bien cascada, aunque sobrevivía al tiempo, sobre todo a la temporada de lluvias que siempre arrastraba alguna de las casas que se habían armado más al filo del barranco. Mi bisabuelo, de los primeros en asentarse allí, tuvo buen ojo y escogió un punto con poco peligro de derrumbe. Nuestra casa estaba construida en un hueco entre otras casas cerca de la ladera, aunque no lo suficiente como para estar en primera línea de peligro. Cada año, en la época de lluvias, éramos testigos*

de que algunas construcciones desaparecían del paisaje de La Limonada arrastradas por las aguas bravas, llegando al fondo del barranco, a veces incluso con muertos entre sus restos.

La casita aguantó varias generaciones: de mis bisabuelos pasó a mi abuelita Filomena y su marido Darío, y después a mi papá Aurelio y mi mamá Odalis. Cuando yo era un güiro[24]*, llegamos a ser ocho personas viviendo en aquel pequeño pedacito de menos de veinte metros cuadrados, compartiendo el espacio mi bisabuela, mis abuelitos, mis papás, mis dos hermanos mayores y yo. No sé cómo nos las arreglábamos, mis recuerdos no llegan a tanto, pero así era la vida allí. La casa era apenas dos cuartos de paredes de ladrillo, un baño chiquito y un fogón para cocinar a un lado de una de las salitas.*

Había visto imágenes de la casita en fotos de cuando mis papás se casaron: una joven Odalis, ya embarazada, del brazo de mi papá, que ya pasaba los veinte y que por esos días estaba bien flaco. Mi hermano mayor, Wilson, me sacaba doce años, y mi hermana Deisy ocho. Yo fui el pequeño, la sorpresa no planeada, y el que más se parecía a mi papá. Salí a él, largo y flaco, con una abundante mata de cabello chino[25]*y oscuro en la cabeza.*

A pesar de toda esa pobreza, mis recuerdos de la infancia son felices. Yo era un güiro risueño, feliz, alegre y sociable, que apenas iba a la escuela porque me encantaba vaguear e irme con mis compas[26] *a buscar tesoros entre los restos de las basuras que se acumulaban al fondo del barranco, arrastradas por las lluvias o simplemente tiradas allí. Otro de nuestros juegos favoritos era ver cuán valientes éramos, caminando hasta las zonas donde las maras se peleaban: filas de casas en la colonia que marcaban los límites entre los territorios de dos bandas rivales y que se distinguían por los agujeros de bala en las paredes, visibles desde la calle. Esas casas usualmente estaban abandonadas, sus dueños preferían marcharse a quedar atrapados en una lluvia de balas, y el juego consistía en atreverse a ir hasta allá y entrar en una de ellas, llevándote algo de dentro como prueba de que habías aceptado el desafío y lo habías cumplido. No parece gran cosa contado así, pero realmente era peligroso. Los tiroteos eran cosa de todos los días, cada semana moría alguien, a menudo vecinos de la zona que caían por una bala perdida o por pasar por allí en el momento equivocado. Mis viejos no sabían nada de esto, porque si se hubieran enterado habría recibido una buena felpa*[27]*, pues estaba jugándome la vida sin ser realmente consciente de ello.*

Esta vida sencilla, con pocos bienes materiales pero llena de amor y cariño en casa, se desbarató el ocho de mayo del dos mil quince, concretamente a las diez y media de la noche. Ese día, un viernes como cualquier otro viernes del año, mi viejo se había ido con sus compas después del trabajo a jamar[28]*. Y después de jamar, caminando y cantando, todos bien entonados y medio sonsos, al pasar por el puente de*

La Barranquilla, mi papá dio un mal paso y cayó desde una altura de más de diez metros, aterrizando en el pavimento de la carretera que pasa por debajo, falleciendo al instante.

La vida se puso bien dura desde ese momento. Nos quedamos muy solos mi mamá y yo, con mi abuelita a la que teníamos que cuidar. En aquel entonces yo era el único de los hijos que quedaba en la casa; Wilson y Deisy hacía tiempo que se habían ido a vivir sus vidas de adultos. Nuestras vidas cambiaron por completo con la muerte de mi papá; dejó de llegar el único pisto que teníamos todas las semanas para vivir, así que mi mamá tuvo que hacerse la fuerte de la casa y empezar a trabajar de sol a sol. Encontró un trabajo no muy lejos de casa, era en una maquila de tejidos donde se dedicaba a teñir las telas. De esta manera, durante un año más o menos, logramos sobrevivir y, poco a poco, salimos adelante.

Si en mi casa la educación escolar era algo a lo que se le daba poca importancia, ya que más de una vez mi mamá sabía que me había saltado la escuela y no decía nada, desde ese momento se olvidó por completo, ya que lo importante era sobrevivir, pasando la escuela a ser un recuerdo que realmente no extrañaba. El cambio para mí fue difícil, siendo tan joven no tenía experiencia en nada y me faltaba la persona con la que podría haber aprendido, mi viejo, pero solo quedaba yo para ayudar a levantar a mi mamá y a mi abuelita. Deisy, casada y ya con dos güirros, poco podía hacer para ayudar. Y mi hermano Wilson vivía desde hacía años en los Estados Unidos. Y si bien se marchó con la promesa de que nos mandaría dinero para ayudarnos, luego apenas nos llegaba pisto de su parte. Según le contaba a mi mamá, en el nuevo país se le puso difícil la cosa, porque no ganaba mucho al trabajar en negro, sin papeles, la vida era cara y además se había juntado con una mujer con la que había tenido un hijo, por lo que le tocaba mantener a su familia.

Así, mi mamá trabajaba en la maquila y yo ayudaba con lo que podía, con los pocos trabajos que me iban saliendo, ayudando a otros vecinos, sobre todo en la construcción. En mi caso había una opción, una solución más fácil para salir adelante: pasar a formar parte de una de las maras. Algunos de los patojos[29] con los que solo uno o dos años antes jugaba en la calle habían empezado a ayudar a las maras primero como soplones, en poco pasando a vender droga por la colonia. El verse metidos en esa vida les hacía, tarde o temprano, caer en la tentación de las drogas. Lo más frecuente era flexiar[30], enganchados al pegamento porque era la única droga que podían costearse. La mayoría no llegaban a cumplir los dieciocho, esa era la estadística de nuestra zona.

Aquello no me llamaba en para nada, al vivir en pleno corazón de La Limonada había visto demasiado como para entender que, aunque en ciertos aspectos podría parecer tentador, ese no era el futuro que quería. Además, quería demasiado a mi vieja, no podía dejarla en la estacada ahora que se había quedado sola.

Pero como digo, parece que nuestra familia tiene una mala estrella encima, que nos hayan hecho brujería, porque a lo largo de los siguientes meses, cuanto más tiempo pasaba, veíamos que la salud de mi mamá iba empeorando. Comenzó con una tosecita demasiado frecuente que se intensificó, cada vez con más flema, con más dificultad para respirar. Y los pies, sus pies y sus tobillos se hincharon, aunque no parecía que ambas cosas tuviesen relación. Hasta que fuimos al doctor y después de unas pruebas le diagnosticaron con un enfisema pulmonar severo.

¿Cuál era la causa? No era seguro, aunque todo parecía indicar que era por los químicos que usaban en la maquila para las telas, que habían irritado sus pulmones hasta el extremo. Pero también estaba el problema de las basuras en nuestra colonia. Cuando mirabas hacia abajo en el barranco veías un agua estancada, sucia y negra, saturada de basuras. Sí, con los años el fondo del barranco se había convertido en el basurero de La Limonada, uno de los sitios adonde a los patojos nos gustaba buscar tesoros sin miedo a las ratas, donde las aguas negras del área convergían y generaban un olor insoportable para alguien de fuera. Todo ese foco de gérmenes e infecciones había causado problemas de salud en los vecinos de la zona, dando problemas de estómago, infecciones de piel, y además, problemas respiratorios, por lo que no sabíamos si aquello era el origen del problema de mi mamá o si el tener que vivir allí lo estaba empeorando.

La solución era difícil, ya que mi mamá tuvo que dejar de trabajar en la maquila; había días en los que casi no podía respirar, un fuerte silbido se escuchaba en su pecho cada vez que tomaba aire y lo expulsaba, teniendo que quedarse en cama y dedicarse a beber líquidos para hidratarse. Era entonces cuando yo más desesperadamente buscaba trabajo, buscando con qué darle de comer a ella y a mi abuelita, intentando sacar pisto de donde fuese para pagar las medicinas que

necesitaba. Y llegué a llorar desesperado, escondido en la noche fuera de la casa para que ella no me viera, porque no era capaz de conseguir lo que necesitábamos, y tenía miedo de que mi mamá se me fuese. La falta que nos hacía mi papá, Dios mío, y cuánto lloré por ello.

Mi mamá decidió entonces que nos lo jugáramos todo a una carta: mandarme con mi hermano a los Estados Unidos para que trabajase allí. Hizo sus cálculos, lo que ganaba en un mes alguien que trabajaba en un restaurante de comida rápida, cuántos dólares sería aquello, en cuantos quetzales[31] *se traduciría para nosotros. No había lugar a dudas, con lo poco que yo podía sacar haciendo trabajos aquí y allá, siendo todavía joven e inexperto, era imposible mantenernos y además pagar las medicinas de mi mamá. Pero si me marchaba, podría incluso estudiar y trabajar por las tardes, y con eso sería suficiente para pagar el tratamiento de mi mamá.*

Mi mamá llamó a Wilson y se lo dijo, él por supuesto le dijo que allí había una cama esperándome, que me echaría una mano en cuanto llegara. Recuerdo a mi mamá sentada frente a la mesita que teníamos en la pequeña sala, libreta y lapicero en mano, tosiendo y con la piel más amarillenta que tostada, explicándome el plan: me iría con la caravana que se avecinaba, que iba a pasar por nuestro país en unos días. Sacó todos los ahorros que teníamos, se guardó una pequeña parte para subsistir hasta que yo llegase al nuevo país y nuestro plan se pusiese en marcha. Lo demás me hizo esconderlo, una parte entre las medias[32]*, otra en los calzoncillos, con la orden de gastar lo mínimo posible, solo usándolo para emergencias. Me dio también la orden de nunca caminar solo, de intentar acercarme a alguna familia con adultos que pudiesen protegerme. Y cuando la caravana llegó a nuestra ciudad, mi mamá me acompañó hasta la carretera por donde pasaba.*

Vi muchas personas, cientos, quizás miles, que caminaban juntas, en grupo, de todas las edades y mezclados. Allí pretendía mi vieja que me perdiese, con todas aquellas personas que, como nosotros, necesitaban buscar un futuro mejor en otro sitio. Me dio un gran abrazo y un beso, lloramos, yo temblaba asustado porque tenía mucho miedo, siempre había sido un poco cobarde para algunas cosas y aquello se me hacía imposible. Pero tuve que sacar fuerzas, tuve que hacerlo por ella, con sus preciosos ojos oscuros brillantes por las lágrimas y por la sombra de su enfermedad, imposible de olvidar al simplemente escuchar lo que le costaba respirar. La abracé como nunca, como si aquella fuese a ser la última vez; quise retenerla para siempre entre mis brazos, su pequeño cuerpo pegado al mío, su aroma vital impregnándome para siempre.

Comencé a avanzar con lágrimas saliendo de mis ojos. Caminé unos cuantos pasos y forcé una sonrisa para volverme y despedirme de ella. Me giré y la vi, le hice un "adiós" con la mano, lanzándole un beso.

Aquella fue la última vez que vi a mi madre.

CAPÍTULO III
Aeropuerto Internacional Austin-Bergstrom, año 2030

Cuando el avión toma tierra en el aeropuerto de Austin, son cerca de las once de la noche. Y llegando en un vuelo internacional, aunque sea desde un país colindante como México, es necesario pasar por la aduana, pasaporte en mano. Ese es el momento que Luis más teme, el enfrentarse cara a cara con los agentes de inmigración. Ha tenido prohibida la entrada a Estados Unidos durante diez años como castigo por su pasado, y por primera vez desde aquello va a intentar pasar al otro lado. Aunque esta vez solo será de forma temporal, como turista, con una estancia de un par de semanas.

La cola que se forma con los viajeros que proceden del mismo vuelo que el suyo avanza de forma rápida por la barrera de inmigración. Luis, nervioso, suda profusamente; simplemente la visión de los agentes de uniforme le pone los pelos de punta. Esos uniformes, tanto los oscuros de los policías como los de color verde militar de los agentes de inmigración, le provocaron tal trauma en su momento que el tener que enfrentarse de nuevo a ellos, el estar cara a cara con aquellos *gringos*[33] que le mirarán con ojos suspicaces, le hacen temblar las rodillas.

Y el temido momento llega. Frente a él se encuentra un tipo de casi dos metros de altura, ancho y musculoso, rubio de ojos claros, pálido como si nunca le hubiese dado el sol. Estando a su lado contrastan por la morena piel de Luis, tanto como el café y la leche. Dos americanos totalmente opuestos, el norte y el sur, los gringos y los latinos. Por supuesto, el tipo le habla directamente en inglés:

—Visa and Border Crossing Card.

"*Visado y Tarjeta de Paso de Fronteras*", le dice. Luis va bien preparado. Lleva preparado meses, desde que, cumplida la década de castigo, su abogado en la capital comenzó a gestionarle los documentos y permisos para poder cruzar la frontera sin problemas. Después de estar diez años vetado, había sido complicado obtener los permisos para ingresar de forma legal. Más que difícil, le había resultado caro con un abogado de por medio. Pero llevaba muchos años ahorrando, poco a poco, peso a peso, hasta tener el suficiente dinero para cuando llegara ese momento. El gasto había valido la pena. Contrató al abogado buscando seguridad, y este lo había preparado todo meticulosamente. Así que en el momento de la verdad no tiene problemas: su visado está en regla, y la cartilla que el oficial le pide, una cartilla que permite pasar la aduana y que debe ser

emitida en el país de procedencia, en este caso México, también está en regla.

—How long are you staying?

"¿Cuánto tiempo se va a quedar?". El oficial le pregunta sin mirarle directamente, sino que mira y remira, por delante y por detrás, la cartilla que Luis le ha dado.

—Two weeks.

"Dos semanas", responde Luis seguro, consiguiendo que su voz suene templada y firme.

El agente asiente sin decir ni una palabra. De ahí, pasa a revisar el pasaporte. A Luis se le hacen eternos los minutos en los que el tipo lo revisa: mira su foto, le mira a él de vuelta, y acaba por hacerle una pregunta:

—What´s the reason of your visit?

"¿Cuál es la razón de su visita?". Esta vez, el agente sí que le mira. Lo hace alzando una de sus cejas, curioso por saber la respuesta, a la vez mostrando cierta desconfianza.

—I am visiting a friend for vacation.

"Voy a visitar a un amigo por vacaciones". Luis tenía la respuesta preparada, incluso si al agente se le ocurre preguntar por ese amigo, tiene todos los datos de Brayan, su querido amigo que vive en Austin, preparados por si acaso, incluido su número de teléfono y su dirección. Pero no hace falta, parece que el oficial se da por satisfecho con la respuesta. Aun así le hace esperar un poco más, centrándose en su pasaporte y en la fotografía que muestra a Luis. La mira fijamente, después alza la vista directamente a su rostro, de nuevo baja los ojos hasta el pasaporte y después los sube hasta él, lo repite un par de veces más como para cerciorarse totalmente de que el de la imagen es él, y Luis se tiene que contener para no resoplar y preguntarle que por qué carajo tarda tanto. Finalmente, el agente mete la cartilla dentro del pasaporte junto con el visado, asiente a forma de saludo y le da la bienvenida:

—Welcome to the United States of America.

Una vez ha superado el primer escollo, llevando como única compañía una maleta de mano donde Andrea le ha embutido unas pocas mudas, recorre el largo pasillo que lleva a la zona de llegadas de la terminal. Allí le debe estar esperando Brayan.

Le viene a la mente tal y como era diez años atrás: un chico alto y delgado, con una espesa mata de cabello rizado, siempre sonriente y muy bromista; su amigo más íntimo de aquella época. Juntos recorrieron parte del camino desde sus países natales, Luis desde Honduras, Brayan desde Guatemala, y el destino quiso que acabasen en la misma ciudad después. Pero las circunstancias de ambos a partir

de ahí no pudieron ser más dispares. De hecho, Brayan todavía reside allí, en Austin, mientras que Luis fue expulsado del país. Desde entonces habían mantenido el contacto gracias a las redes sociales y a las videollamadas, pero parece que hayan pasado siglos desde que se vieron en persona por última vez.

Tras recorrer el pasillo, paseo que se le hace excesivamente largo, este por fin se acaba y desemboca en una amplia explanada, donde tras un cordón de seguridad esperan apelotonadas un montón de personas a ver aparecer a sus seres queridos. Luis observa con cierta ternura y envidia aquellas bienvenidas: el joven hombre que abraza a la que debe ser su madre, la cual llora de felicidad; el hombre algo más mayor que él que es recibido por su bella esposa e hijos pequeños, tres niños de distintas alturas que se abrazan a sus piernas y a su cintura mientras él besa apasionadamente a su mujer; una joven chica que es recibida por su novio, el cual la espera con un enorme ramo de flores. Sentimientos de amor, de unión, de familia, algo que hace ya demasiado tiempo que Luis perdió, y que solo junto a Andrea ha podido en cierta manera recuperar.

Pasa la mirada entre el gentío, confuso, sin saber hacia dónde dirigirse. Hasta que oye su nombre, y al girarse en dirección a la procedencia de la voz distingue a Brayan tras un grupo de personas, sacando casi una cabeza a los que tiene alrededor, sonriéndole. Luis se va acercando hasta donde él está, apartando de forma amable a la gente que se interpone en su camino. Avanza a trompicones hasta que, por fin, se planta ante él, y ambos no puede evitar el mirarse con una mezcla de ternura, alegría y tristeza a la vez; cara a cara los grandes amigos, los niños escondidos tras las arrugas que ya empiezan a florecer. Brayan, tan sentimental como ya lo era en la juventud, es el primero que deja escapar las lágrimas a la vez que ríe y solo dice una palabra, emocionado:

—¡Flaco!

Es esa palabra la que rompe a Luis, que se abalanza a abrazar a su amigo y rompe a llorar como un niño, sin parar, ahogando los suspiros en su hombro.

MÉXICO
Noviembre 2018

Una vez la tarima flotante encalló en la orilla, tocando con su base el fondo del río, descendimos y , por fin, pisamos tierra mexicana. Estábamos en Ciudad Hidalgo, un pueblito a la vera del río Suchiate. En realidad, el salto al río y el avanzar hasta la orilla no había supuesto casi esfuerzo físico en nosotros, solo a mi viejita. Pero aun así, cuando llegamos, nos sentamos extenuados bajo un árbol con la ropa empapada, recobrando el aliento, tranquilizándonos ya que habíamos conseguido pasar de país.

Brayan estaba solo. Se quedó a unos metros de nosotros mirando a todos lados, completamente perdido y sin saber qué hacer o a dónde ir. Había gente por todas partes, y no me refiero solamente a los que éramos de la caravana. La gente atrae a gente, muchos con malas intenciones. Es lo que se percibía allí: estábamos los que veníamos de la caravana y además estaba la gente del lugar, más de uno con mala pinta, buscando a quién embaucar y robar. Brayan, allí de pie, llamaba la atención de tan largo como era, a la vez con esa cara de niño de no haber hecho nada malo en su vida, era blanco fácil. Me dolió verlo así, así que le hice señas a Raúl y le señalé hacia donde estaba. Mi hermano entendió lo que quería decirle al ver el gesto de su cara, mostrando preocupación y miedo al no saber hacia dónde dirigirse.

—Oye, *maje*[34] —Raúl le gritó para llamar su atención. Brayan le miró de reojo, no llegando a confiar. —¿Estás solo? Si lo estás, vente con nosotros, pues.

Se nos quedó mirando unos segundos, me reconoció como el chico de la balsa al que había saludado antes, y después alargó el cuello para mirar detrás de Raúl, donde estaban sentadas María y mi madre, para asegurarse de lo que éramos: una simple familia. Así que, con paso cauteloso, se acercó y se sentó a mi lado, dándome otra de sus sonrisas.

—*¿Qué onda*[35]*?* Soy Brayan —se nos presentó.

—Yo soy Raúl, y él es Luis, mi *bro*[36]. Ellas son mi mamá Esmeralda y mi hermana María. Somos de El Progreso. ¿Vos de dónde sos?

—De la Ciudad de Guatemala.

—¿Esa es la capital de Guatemala? —me metí en la charla.

—Ajá.

—Nosotros venimos de Honduras.

—Entonces han caminado un buen tramo. Yo apenas arranqué

ayer.

—¿Y andás solo?

Su cara cambió con mi pregunta. Con el tiempo aprendí a interpretar aquella rara mueca que hizo, apretando los labios y torciendo la boca en una posición extraña: simplemente, estaba intentando no quebrarse. Y no era para menos. En aquel momento Brayan tenía casi la misma edad que yo, tampoco había llegado a cumplir los dieciséis, por lo que, a pesar de lo largo que era en altura, seguía siendo un niño. Para intentar mantenerse fuerte y no derrumbarse asintió sin decir nada, prefirió no hablar el tema.

—Oye, ¿y vas a hacer todo este viaje solo, pues?

—¿Solo? ¿Cómo que solo?

Mi mamá, sentada detrás de Raúl, se levantó de golpe para verle bien la cara al chavo que había escuchado hablando con nosotros. Se paró frente a él, le miró fijo durante unos segundos mientras Brayan tuvo que achinar los ojos al levantar la vista hacia ella, ya que el fuerte sol le cegaba. Mi mamá captó en seguida lo que era y no pudo más que ablandarse, ya que vio ante ella a un niño; un muchachillo que solo Dios sabía por qué circunstancias tenía que hacer la travesía a solas.

—Oíme, vos sos Brayan, ¿verdad? —Brayan asintió. —No podés hacer este viaje solo, y menos en México. Eres bienvenido a irte con nosotros.

Así, al Colocho, como empecé a llamarle cariñosamente, lo adoptamos en el camino.

Tras descansar un poco, comer algo y esperar a que la ropa se nos secara, nos sentamos los cuatro junto con Brayan y tuvimos una charla para decidir qué hacer, cómo íbamos a seguir con el viaje, ya que nos habíamos separado del grueso de la caravana, sin saber si eso suponía un acierto o un error. En días sucesivos comprobaríamos que los que se habían quedado en el puente y no saltaron al río lo tuvieron bastante más difícil que nosotros, ya que solo dejaron pasar al otro lado de la frontera a los que tenían los papeles en regla y pedían refugio. Así, a muchos se les impidió continuar, incluso fueron regresados; y a los que se les permitió seguir, tuvieron que esperar días y días, incluso semanas, estancados en aquel punto hasta regularizar su paso. Nosotros, estando ya en tierra mexicana, lo teníamos un poco más fácil.

Pero había otro desafío: cruzar todo México para llegar a la frontera con Estados Unidos, un trayecto muy largo y totalmente desconocido por nosotros. Toda la gente que se había concentrado en aquella inhóspita y desconocida zona tras saltar al río intentaba buscar la forma de atravesar el país sin perecer en el camino víctima

de delincuentes, de carteles, de hambre o soledad. Pero algo había cambiado, las condiciones no eran las mismas que el inicio de nuestro viaje, ya que a partir de aquel punto, la caravana se había desperdigado en grupos chiquitos.

Y ahí fue cuando tuvimos que pensar en los coyotes. Sí, íbamos a usar lo que en principio pretendíamos evitar a toda costa, pero parecía imposible hacerlo de otra manera. Cerca de la orilla del río había coyotes esperando, reclutando a muchos de los que llegábamos, ofreciendo sus servicios para dirigirnos al norte. Los había con mejor aspecto y con peor, los que pedían un montón de pisto y los que pedían tan poco que parecía improbable que fueran de fiar. También había buses y carros, algunos de los coyotes rentaban las plazas en ellos, pero esos eran los precios más altos, ya que el ir en vehículo acortaba bastante el viaje. Aquella no era una posibilidad para nosotros, éramos cuatro y el utilizar transporte suponía quedarnos prácticamente sin dinero, lo que no podíamos permitirnos ya que aún quedaba mucho viaje. Brayan, pegado a nosotros, tampoco tenía dinero suficiente como para pagar una plaza para él.

Mi mamá se puso a charlar con unos cuantos coyotes a ver cuál le convencía. El tener que pagar por ello ya lo tenía previsto, era una de esas posibilidades con las que contaba, y por ello había estado guardando pisto. Pero igual, estuvo un buen rato preguntando, negociando, intentando que pudiéramos pagarnos el viaje sin quedarnos sin nada, ya que no sabíamos a qué tendríamos que enfrentarnos en el futuro.

Había una pareja, un hombre y una mujer con aspecto de matrimonio, que ofrecían su servicio como coyotes a un precio razonable. De primeras daban bastante buena impresión, eran de la edad de mi mamá, no tenían aspecto de rateros, parecían serios. El hecho de que una coyote fuese mujer tranquilizó a mi mamá, pensó que habiendo una mujer sería mejor que andar dependiendo solo de varones. Además, cuando mi jefa se acercó a ellos a preguntar que cuánto cobraban, ya había otras personas que habían decidido apuntarse con ellos, todos ellos paisanos nuestros, lo que era un punto a favor.

Esto último, el estar con más compatriotas en nuestras mismas condiciones, terminó por convencerla. Mi mamá se escondió tras unos árboles, se descalzó, sacando las lempiras guardadas entre sus calcetas y secas por estar protegidas con un plástico. Contó el pisto que necesitaba por cabeza, la cantidad para cada uno de nosotros. Disimuladamente echó un ojo a Brayan, que miraba la situación medio perdido.

—Brayan, ¿cuánto tenés para los coyotes?

Al escucharla se sentó en el suelo, quitándose sus tenis y sacando

unos pocos billetes mojados que guardaba al fondo de éstos. Levantó la vista y se los dio a mi mamá, que contó el dinero para acabar soltando un suspiro.

—Acá no tenés pisto suficiente, apenas te llega para pagar la mitad. ¿No llevas más guardado?

Brayan negó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y bajaba la vista intentando no cruzarla con nosotros, avergonzado; me recordó al gesto de un perro al que abandonan.

—De acuerdo. María, necesito más pisto. Dame el que tenés.

María repitió la operación sacando las lempiras guardadas entre sus calcetas. Se las pasó a nuestra mamá y ella añadió la cantidad que le faltaba a Brayan; se apiadó de él. Y él, al darse cuenta del gesto de buena voluntad de mi madre, de nuevo hizo esa mueca rara para no llorar.

Ya con todo el dinero en mano, mi viejita pagó a los coyotes. Y cuando éstos reunieron una cantidad de gente que consideraron suficiente para empezar la travesía, nos dirigieron a una zona apartada, donde esperaban otras personas que trabajaban bajo sus órdenes. Era un claro cerca del río, algo apartado de donde habíamos estado antes; de hecho, nos separaron del resto de migrantes, quedando solo las personas que habíamos decidido ir con ellos, los propios coyotes y sus trabajadores. Nos sorprendió su número, ya que eran alrededor de una docena, y que entre ellos hubiera más mujeres. Lo tenían todo muy bien armado: nos dividieron en grupos de entre diez y quince personas. En cada uno de los grupos iban varios coyotes, en el nuestro iban dos mujeres y dos varones.

Los dos hombres tomaron las riendas de nuestro grupo. Primero nos pusieron en fila, como en el colegio. Después nos checaron de pies a cabeza a todos y cada uno de nosotros, como si fuésemos reses y quisieran comprobar nuestra calidad. Al llegar a nuestra altura, esos dos se pararon frente a mi hermana y la miraron con ojos viciosos, al igual que hicieron con otras muchachas. Aquello era lo habitual y mi hermana, que es una joven bonita y siempre ha llamado la atención, no fue una excepción. Mi mamá se dio cuenta y, con coraje de madre, se interpuso entre ella y uno de los coyotes; uno que llevaba un pequeño bigote, que se había colocado frente a mi hermana y se había atrevido a tocarla en la cara, bajando después lentamente la mano hacia su escote. Mi madre fue más rápida, se puso en medio, cogiendo la mano del tipo y poniéndosela sobre uno de sus pechos; en un acto de sacrificio se ofreció, ella en vez de mi hermana. Y aquel maje sonrió.

En ese momento, el momento en el que mi mamá tuvo que hacer aquel gesto para proteger a mi hermana, sentí realmente miedo. Pensé que mi jefa se había equivocado al elegir a aquellos coyotes y que

debíamos encontrar otra alternativa lo antes posible. Cuando el tipo de alejó de nosotros Raúl, que pensaba exactamente lo mismo que yo, le reprochó su decisión:

—Pero *ma*[37], ¿cómo nos vamos a irnos con estos? ¡Que nos devuelvan el pisto y nos buscamos a otros!

—De los coyotes que podíamos pagar, estos son los menos malos.

—¡Mejor nos largamos solos!

—No podemos irnos solos, Raúl —replicó mi hermana por lo bajo—, no llegaríamos con vida a la frontera, ni siquiera a mitad de camino.

—Tiene que haber otra opción, ¿no? —dije yo ingenuamente.

—¡Ya! —gritó mi mamá enojada. —¿Piensan que los escogí porque sí? ¡Lo hice porque no hay otra! ¡Así que no me la hagan más pesada, por favor!

Aquello fue un grito desesperado de mi madre, un grito entre dientes para que no la escucharan aquellos desalmados y que nos llegó hondo junto con su rostro desencajado por los nervios, un nerviosismo que nunca antes habíamos visto. Así que decidimos, por el bien de ella, para no darle más malos rato, asumir que era lo que podíamos costear y ya.

Lo que ni mi mamá ni nosotros mismos pudimos prever, lo que nunca nos hubiéramos imaginado, es que las mujeres que estaban con los coyotes eran de la misma calaña que ellos. Yo empecé a darme cuenta aquella primera vez que nos pusieron en fila, cuando una mujer de la edad de mi jefa, chiquita y con buenas carnes, a la que todos decían "La Doña", se paró ante Raúl, Brayan y yo mismo, mirándonos descaradamente de arriba abajo, sonriendo mientras nos mostraba su estropeada dentadura a la que le faltaba un par de dientes. Llamó a la otra mujer, gritó "¡Ursulita!"; y la otra, esta alta y flaca, de la misma quinta que ella, se le acercó, ambas riéndose con ganas mientras nos checaban. Raúl les sostuvo la mirada, firme, mientras Brayan y yo nos miramos descolocados. No dijeron nada en ese momento, solo sonrieron la una a la otra y ya está; como si tuvieran ante ellas un par de trofeos a los que añadir a su colección, hablando en su lenguaje secreto de miradas que decían más que mil palabras.

Una vez acabaron de repasarnos uno a uno, el del bigote que había tocado a mi mamá se presentó como el jefe. Nunca olvidaré su nombre: Cosme. Él, junto con el otro maje, bien alto, al que le decían Chino, tomó la voz de mando en el grupo:

—Señoras y señores —comenzó a hablar con voz alta para que todos le oyéramos, mientras Chino, situado a su lado, asentía a todo lo que él decía—, vamos a comenzar la marcha. Hoy caminaremos hasta Tapachula, a doce kilómetros, y allá haremos noche. Mañana arrancamos hasta Huixtla, y nos tomará unos días legar.

—Anden con cuidado, el *cartel*[38] está por todos lados —soltó Chino, que nos sorprendió al hablar por su voz potente y gutural.

—Solo tendrán *chance*[39] si se quedan con nosotros, es imposible que consigan atravesar el país solos. Y para evitar males mayores, para que no sean una tentación para los ladrones, den todas sus cosas antes

de salir. Metan todo lo que tengan en sus bolsas y dénselas aquí a mis compañeros.

Podría parecer que lo dijo como un consejo, con toda la buena intención para ayudarnos a hacer el viaje más fácil. Pero no fue así, sino que fue una orden clara y firme, con los demás coyotes ya quitándonos las pocas cosas que llevábamos. Los que estábamos allí nos miramos los unos a los otros, sorprendidos a la vez que indecisos. Mi jefa, entonces, nos regañó por lo bajo:

—Hagan caso, no se *pongan bravos*[40].

No tuvimos opción. Fue Cosme quien se acercó a mí con cara burlona y me arrancó la bolsa, después le arrebató la suya a Brayan con empujón incluido, haciendo que éste perdiese el equilibrio y cayese al suelo. Mi pobre amigo se quedó allá sentado, mirándole sin entender el por qué. Y el por qué era simplemente que estaban marcando su territorio, demostrándonos que mandaban ellos. Así, nos quedamos con la muda puesta, nada más. Y lo que teníamos, toda la ropa y demás cosas que guardábamos en las bolsas, nunca más las volvimos a recuperar. Después nos enteramos de que es algo habitual en los coyotes cuando empiezan las travesías: te dejan sin nada. Así, se aseguran de que dependas de ellos; era una manera de tenernos bajo su control, de dejarnos en sus manos, necesitando de ellos para cualquier cosa.

Brayan y yo congeniamos enseguida, a pesar de que al principio se puso una especie de coraza para no mostrarse tal y como era, sino que se mostraba cauto y bastante reflexivo. Con el tiempo pude descubrir que aquel no era el verdadero Brayan. El verdadero salió poco a poco; cuando se sintió a gusto, lo dejó asomar. ¿Y cómo era en realidad? Pues el chavo más alegre y charlador, bromista y divertido que jamás he conocido. Agradezco al destino que lo metiera en nuestro camino, porque le considero como otro hermano más.

El primer día que nos conocimos, cuando partimos de Ciudad Hidalgo para dirigirnos a Tapachula, caminamos juntos, mezclados con el resto de la gente que formaba nuestro grupo. Junto con los coyotes íbamos exactamente veinte personas. Éramos nosotros, contando a Brayan, junto con dos familias más, una formada por un matrimonio joven y sus dos hijos chiquitos, otro matrimonio de mayor edad con sus tres hijos adolescentes, dos de ellos eran muchachas de la edad de María. Además, venían tres hombres y dos mujeres más, una de ellas bien joven y con un bebé. Nos iba a tomar más de un mes cruzar todo el país, tiempo más que suficiente para que pudiese llegar a conocer al Colocho y nos hiciéramos inseparables.

En aquella primera caminata se colocó junto a mí para avanzar con alguien de su misma edad. No pasó mucho hasta que

empezáramos la primera de muchas charlas, en la cual me explicó el por qué de su aventura en solitario.

—¿De qué parte de Honduras dijiste que sos? —me preguntó, rompiendo ese silencio raro que hay cuando dos personas aún no se conocen y no saben qué decirse.

—De El Progreso.

—¿El Progreso? —repitió arrugando la nariz y entrecerrando los ojos, poniendo cara de no saber de qué lugar hablaba. —¿Dónde queda eso?

—Cerca de San Pedro Sula.

—Ah, de allí sí he escuchado. ¿Y por qué se han venido?

—Por la violencia, ya sabes, las maras y toda esa onda.

—*Ahuevo*[41]...

Brayan asintió, entendía perfectamente de lo que hablaba. En Centroamérica todo el mundo sabía de las maras y de los líos que conllevaban.

—¿Y vos, por qué andás solo?

—Fue por mi jefita, ella quería que viniera.

—Pero ella no viene contigo.

—No, se quedó. Anda enferma.

—Lo siento.

—Sí, fue por el trabajo. Estuvo trabajando en una maquila, y por los gases, ahora tiene un enfisema pulmonar. Así que no puede trabajar, y estamos ella y yo solos con mi abuelita, así que me mandó a buscar a mi hermano que vive en Texas. Allí voy a estudiar y trabajar, para poder ayudar con las medicinas.

—Nosotros también vamos para Texas, a buscar a nuestro tío. ¿En qué parte vive tu hermano?

—Vive en el centro de Austin.

—¡Mi tío vive allá mismo en Austin! ¡Vamos al mismo lugar!

Avanzábamos sin pausa bajo el sol de la tarde. Caminábamos siguiendo la carretera principal, pero no andando directamente por ésta, cosa que habríamos hecho si la caravana se hubiese mantenido como cuando salimos de Honduras. Era obvio que el ver un montón de gente caminando por ella, llevando bebés y chiquillos y acompañados además por coyotes que se distinguían a la legua, era señal que éramos migrantes, extranjeros del país a los que sería fácil asaltar sin consecuencias. Por ello, dentro de la comodidad de seguir el camino ya construido, lo seguíamos a unos metros de distancia, avanzando por terreno pedregoso, entre árboles y monte cuando era necesario.

Tardamos algo más de cinco horas en llegar a Tapachula. Hicimos el primer trayecto parando apenas unos minutos cada hora para descansar los pies, prácticamente fue de un tirón. Cuando llegamos a

la ciudad, todavía tuvimos que andar más de una hora hasta llegar a un albergue, se llamaba Albergue Jesús El Buen Pastor. Los coyotes nos llevaron hasta la puerta, pero no entraba en sus planes el quedarse allí con nosotros. Las primeras en desaparecer fueron las dos mujeres, que se desviaron por una calle lateral. Y una vez allí, antes de que entráramos, Chino y Cosme nos hicieron esperar a que nos dieran las órdenes:

—Aquí les dan comida, agua y un lugar pa´ dormir. Aprovechen, mañana nos espera un camino largo. Llegamos a las siete, cuando empiece a clarear. Y ya tienen que estar listos acá afuera —dijo Cosme mientras su compañero asentía, para después darnos un último toque de atención.

—No esperamos a tardones. Quien no esté a esa hora, se queda. Y no devolvemos nada del billete.

Todos entendimos el mensaje y estábamos de acuerdo, ¡qué remedio! Los coyotes desaparecieron y nosotros entramos al albergue, donde fuimos recibidos amablemente por la gente que lo regentaba. Pudimos lavarnos un poco, comer algo sólido y beber agua fresca. Nos llevaron a una gran sala con colchonetas en el suelo, nos dejaron una a cada uno junto con una manta. Raúl se quitó la chaqueta que llevaba para hacer de ella una almohada, los demás le imitamos. Nos pusimos los cinco juntos: María y mi madre en el centro, Raúl a un lado de ellas, yo al otro, y Brayan en la colchoneta contigua a la mía.

A pesar del cansancio, tardé un poco en dormirme. No éramos los únicos en la sala, había más gente, más migrantes como nosotros. Los observaba uno a uno, los analizaba, intentaba averiguar si cada uno de ellos sería de fiar. Mi vistazo general acabó en Brayan, hecho un ovillo en posición fetal de cara a mí, mirando al vacío, el gesto medio descompuesto.

—Oye, Brayan, ¿estás bien? —le pregunté en un susurro.

—Pensaba en mi viejita —me contestó todavía con la mirada perdida. —¿Cómo le voy a hacer saber que estoy bien? Llevaba un celular en la bolsa para contactar con ella. ¿Crees que deba pedir mi mochila al coyote?

—No lo sé, tal vez es mejor esperar un poco, ver cómo son esos tipos.

—Estoy preocupado, mi mamá lleva dos días sin saber de mí.

—Aquí en el albergue tal vez te dejen hacer una llamada.

—Sí, mañana intento, antes de que nos vayamos.

Nos quedamos en silencio. Yo, boca arriba mirando el techo, notaba ya las cosquillas en los ojos que preceden al sueño, mis párpados empezaban a caer por su propio peso. Pero a Brayan todavía había algo que no le dejaba dormir, algo incómodo que le hacía un nudo en la garganta y que necesitaba soltar.

—Luis, solo una cosa...

—Dime —le dije ya con los ojos cerrados.

—Lo que hicieron ustedes por mí, lo que hizo su mamá...no lo voy a olvidar. Les debo mucho.

Abrí los ojos y me giré justo en el momento en que Brayan rotaba hacia el lado contrario, dándome la espalda para que no le viese llorar.

Tardamos poco en darnos cuenta que cruzar la frontera con México fue lo mismo que atravesar las puertas del mismo infierno, mucho peor de lo que jamás hubiéramos pensado. Nuestro calvario comenzó justo al día siguiente de salir de Tapachula, rumbo a la siguiente parada, en Huxtla. Estuvimos caminando buena parte de la mañana y, tras un descanso para comer un poco de lo que nos había sobrado del albergue, seguimos por la tarde. Llegamos a aquel lugar cuando ya había oscurecido. Era un pueblo chiquito y todos los que llegábamos nos juntábamos en la plaza central, ya que allí no había albergue.

Por eso mismo, era más peligroso. Para intentar esquivar problemas, todos los que conformábamos el grupo nos mantuvimos juntos, todos tirados por el piso, las mujeres y *chigüines*[42] siendo protegidos por los hombres. Mientras intentábamos descansar en aquel ambiente imposible, ya que éramos un montón de gente en aquella plaza, los coyotes se dedicaron por unas horas a andar de acá para allá, hablando con unos y otros, trayendo finalmente cuatro personas más que se unieron a la caravana. La Doña y Ursulita, que también estaban sentadas en la plaza descansando, nos miraban, nos señalaban, se reían...parecían como cuando dos chavalas quieren a un chico y le miran descaradamente acompañando su acoso con risitas

infantiles. Eso mismo parecía aquello, mirando a Raúl, a los otros hombres del grupo, incluso a Brayan y a mí, que éramos unos chavos. Me pareció estúpido, infantil, un comportamiento incoherente para dos mujeres de la edad de mi mamá.

Al día siguiente, los problemas más graves comenzaron a suceder.

Al igual que el día anterior, salimos bien temprano para dirigirnos a la siguiente parada, esta vez en la ciudad de Mapastepec. Para llegar hasta allá se necesitaban más de doce horas caminando; quizás podríamos haber hecho en un solo día si hubiéramos descansado poco, con algo de esfuerzo, para pasar la siguiente noche en algún albergue u otro lugar rodeados de gente como nosotros. Pero no pudo ser, íbamos acompañados por chigüines, y eso siempre retrasa.

Empezamos la caminata bien temprano, aprovechando el fresco de las primeras horas del día, aunque todo el día estuvo bien nublado. Lloviznó intermitentemente, pero seguimos avanzando. Un par de horas después de empezar la travesía, el marido del matrimonio joven se acercó a los coyotes y les pidió si podíamos parar, porque su niño pequeño tenía fiebre.

—Aquí no se para —le soltó Cosme bien bravo—. Tenemos que llegar a Mapastepec en la noche.

—Pero mi hijo...necesita descansar un poco, tenemos que bajarle la calentura.

Cosme abrió la boca para responderle a malas, pero otras personas del grupo apoyaron al padre, diciéndole a los coyotes que no les importaba parar un rato para que el güiro descansara. Y la verdad es que daba lástima verlo: era un chigüincito de apenas dos añitos, tenía una tos que sonaba bien mal, cargada de moco y con sus ojitos llorosos. Los coyotes, viendo cómo estaban las cosas, decidieron parar, advirtiéndonos que si no llegábamos a Mapastepec, era por nuestra culpa.

Nos sentamos en un claro del camino, en una pequeña arboleda, donde la madre se sentó con el bebito mientras mi mamá y la señora de la otra familia se apresuraban en asistirla con el niño. Le sacaron la ropita mojada por la lluvia, le cubrieron el cuerpecito con una chamarra y le dieron de comer y beber.

—Se me enfermó en el río —lloraba la madre—. Quizás no debimos haber saltado. Tragó agua, y nunca se secó bien.

El padre se acercó de nuevo a los coyotes, esta vez para decirles que llevaban medicina para su hijo en la bolsa que ellos le habían quitado.

—Eso quedó en Ciudad Hidalgo —le contestó Chino.

—¿Cómo que en Ciudad Hidalgo? ¿Y nuestras cosas?

—Ya se les dijo, es por seguridad.

—¡Pero son nuestras cosas!

El berrinche del padre no hizo sino conseguir que Chino reaccionara soltándole uno, dos, tres golpes, tirándolo al suelo, poniendo su pesada bota sobre su pecho, pisándole fuerte, quitándole el aire, mientras su esposa gritaba histérica y el resto de nosotros mirábamos horrorizados lo que estaba pasando, incapaces de reaccionar.

—No vuelvas a gritar, carajos, porque si no te vas a la verga, tú y tu familia. Otra y los dejamos para los del cártel Jalisco.

El cártel Jalisco... Estábamos en el estado de Chiapas, tristemente famoso por la cantidad de delincuencia, robos y *levantones*[43] que allí ocurrían, y el cártel Jalisco era el que operaba principalmente en aquel estado, aunque no era el único. Aquella amenaza era real: si alguno de nosotros se quedaba en el camino, quedaría en manos de ellos o de cualquier otro cartel.

Aquel día nos retrasamos. Fue inevitable, cualquier persona con un poco de empatía y un corazón en el pecho hubiese entendido que el niñito estaba enfermo y necesitaba cuidados. Ni el calor sofocante ni el que la lluvia nos empapara una y otra vez ayudaban a bajarle la calentura, a pesar de intentar avanzar por debajo de las copas de los árboles que nos íbamos encontrando para protegernos.

Con la dificultad para avanzar ante aquellas condiciones, nos retrasamos considerablemente. El plan inicial de llegar hasta Mapastepec en un solo día fue imposible; realmente no creo que lo hubiésemos conseguido de ninguna de las maneras, aunque no hubiésemos ido con un niño enfermo, porque el agua que caía nos lo ponía muy difícil, teniendo que avanzar por tramos completamente llenos de lodo. En conclusión, fue todo un cúmulo de impedimentos que nos llevó a tener que hacer noche en un lugar apartado del camino a la altura de Las Brisas, que no era otra cosa que algunas casitas desperdigadas por el monte. Allí no había nada parecido a un pueblo.

Para buscar un sitio donde poder descansar nos adentramos más aún por el monte, alejándonos de la carretera. Asustaba un poco la situación, pero los coyotes lo tenían todo previsto, conocían cada pedazo del camino y sabían dónde podíamos pasar la noche. Sin casi ninguna luz como guía, solo la del atardecer que se iba difuminando, seguimos a los coyotes, siendo cada vez más dificultoso el poder avanzar, hasta que el cielo finalmente quedó sumido en oscuridad y la noche nos tragó por completo.

Nos llevaron hasta una casa que parecía abandonada y que contaba con una especie de pequeño granero en la parte lateral, el cual estaba en pésimas condiciones; ni siquiera tenía un techo, más

bien eran cuatro paredes a medio caer. Nos hicieron sentarnos a unos metros de la casa, bajo un grupo de árboles que nos servían para protegernos de la lluvia. Aunque era un poco tarde para eso; ya estábamos empapados de arriba abajo, sin una muda disponible para cambiarnos, además de estar cansados y hambrientos.

Nos apiñamos los unos junto a los otros dispuestos a pasar allí la noche, apoyados en aquellos troncos, sentados hombro con hombro, intentando que el agua no mojara más nuestra ropa ya calada. Sentía su peso sobre mi piel, la tela del pantalón pegada a mis muslos. Tenía las rodillas encogidas y las abrazaba contra mí para resguardarme, no entiendo muy bien el por qué, porque ya estaba mojado; pero así me sentía más seguro. Porque algo dentro de mí me mantenía alerta, algo me decía que las cosas iban a ponerse peor.

Y así fue. De hecho, los coyotes tenían otros planes para pasar la noche.

Cosme se acercó hasta nosotros, se colocó con los brazos en jarras y clavó los ojos en mi mamá sin llegar a decir nada. Mi mamá le miró de vuelta, al principio sin entender. Entonces él, por unos breves segundos, desvió su mirada hacia María, para volver después a mi madre y hacerle un breve gesto con la cabeza para que le siguiese. Entonces ella entendió, todos lo hicimos.

Yo llevaba una *cachucha*[44] roja. Es curioso, recuerdo de qué color era mi *playera*[45] y mis tenis, y recuerdo la cachucha. Me acompañó durante todo el viaje; me protegía del sol, y en días como aquel, de la lluvia, evitando que el agua entrara en mis ojos. Y con ella me escondía, cuando no querían que me vieran simplemente bajaba la visera. Como en ese mismo momento, cuando fui yo el que quiso esconderse de la realidad, pretendiendo no ver y entender. Cuando aquel ser despreciable, Cosme, simplemente con un gesto de cabeza, consiguió que mi mamá le siguiera.

Lo recuerdo como si fuese ayer. Raúl la siguió con la mirada mientras María, sentada entre nosotros, lloraba con la cabeza escondida entre sus piernas. Mi madre anduvo tras el *bato*[46] hasta que se perdieron entre los árboles. Nos invadió un doloroso silencio mientras esperábamos, mirando hacia aquel punto donde la habíamos visto desaparecer; los largos minutos me turbaban, asustado, la rabia me consumía por no poder hacer nada. Hasta que finalmente reaparecieron, la recuerdo caminando tras el tipo que salía de entre los árboles y arbustos sonriente y satisfecho mientras se acomodaba el cierre del pantalón. Y ella salía con la cabeza en alto, con el gesto en su cara estático y tenso, con las mejillas mojadas por una mezcla de lluvia y lágrimas. Sabía que todos la observaban, hombres y mujeres, ellos apenados por la mujer, ellas aliviadas porque aquella vez no les había tocado. Y cuando mi madre llegó hasta nosotros, como ocurriría

a partir de entonces en las sucesivas veces que aquello se repitió, se sentó con gesto serio, los ojos entrecerrados y la mandíbula prieta. Y no nos permitió preguntarle ni decir nada; pasaron horas hasta que volvió a ser ella.

Las siguientes semanas preferiría que fueran como páginas en blanco, partes borradas de una historia que nadie fuese capaz de recordar, haber perdido la memoria de todo lo que viví. Durante los años posteriores necesité ayuda profesional para borrar aquella travesía por México, ya que en aquel mes largo que tardamos en cruzar el país, pude ser testigo de la maldad que habita en el ser humano y, para algunos, cuán desechable puede ser la vida de las personas.

A los coyotes les ves venir desde el primer día. Algunos de ellos son fácilmente detectables simplemente por sus modos; su manera de comportarse cuando te das cuenta de que aquel tipo organiza los grupos y que aquel otro reparte el agua y la comida, en dos o tres días sabes quiénes son y cómo son. Y poco a poco, además, sabes cuáles son sus intenciones. Si te paras a pensarlo, ¿qué eran para ellos aquellas caravanas? Eran cientos de personas desesperadas que pagaban por un viaje de cientos de kilómetros. Y en ese viaje había kilómetros y kilómetros de carreteras sin nada más que vegetación a ambos lados, monotonía hora tras hora, día tras día. Hasta cierto punto era lógico que aquellos hombres se fijaran en las chicas bonitas, algunas tan jóvenes que incluso eran vírgenes. Ellas se convertían en su expansión al final de la jornada de trabajo, el medio de satisfacer sus instintos.

Día tras día caminábamos de sol a sol. Los días se hacían largos, las heridas en los pies comenzaban a hacer la travesía imposible para algunos de nosotros por las ampollas sangrantes, sin posibilidad de reposo y ante la ausencia de tener con qué curarlas. Aun así, no hubo grandes contratiempos en el avance, se iban cumpliendo los tiempos prometidos. Todo estaba muy bien calculado por los coyotes, claramente acostumbrados a hacer el mismo trayecto una y otra vez. Intentábamos hacer noche en ciudades o poblados, a ser posible con albergues donde poder descansar algo más tranquilos al sentirnos más seguros. Y si no había albergues, por lo menos nos juntábamos con otros transeúntes en alguna plaza pública, sintiendo así que no estábamos solos en las manos de aquellos coyotes, buscando en la comunidad una protección contra las amenazas que nos acechaban.

Pero había ocasiones en las que nos tocaba hacer noche en el camino, teniendo que buscar algún claro para descansar que no estuviese muy lejos de la carretera, pero tampoco a la vista de los maleantes. Esas eran las peores noches, las noches en las que los coyotes nos tenían bajo su dominio total y requerían compañía femenina, imponiendo su voluntad. Así, en los días sucesivos, mientras avanzábamos pasando por Mapastepec, Arriaga y San Pedro, a cada

parada que hacíamos en la noche para descansar y que no coincidía con una ciudad grande, tanto Chino como Cosme requerían mujeres para pasar el rato. Y tristemente, en nuestro grupo tenían dónde elegir. Mi mamá no fue la única que sufrió los abusos, simplemente fue la primera. Una de esas noches que mi madre fue abusada por Cosme, Chino decidió que quería descargarse con una de las chicas jóvenes, una de las que viajaban con su padre y su hermana. El padre, enfurecido, intentó protegerla, pero la respuesta de Chino fue contundente, golpeándolo sin piedad. Fue muy triste ver como la chica se puso en pie, al igual que había hecho mi madre, y resignada le siguió con pasos titubeantes hasta la espesura de la vegetación en la noche, resignada ante su cruel destino.

Después de casi dos semanas de viaje, llegamos a Juchitán. Aquella era una ciudad grande, con albergues, así que después de tantos días de caminatas interminables, calor y lluvia, hambre y cansancio, pudimos descansar en suelo firme, lavarnos y comer algo decente que no fuera de lata o bolsa. Allí nos pudimos quedar un par de días y recargar energías para cuando reprendiésemos nuestro camino hacia la capital.

Mientras nosotros descansábamos, los coyotes tuvieron tiempo de reabastecer sus provisiones de alcohol, comprando botellas en exceso. Aquello indignó a los adultos, ya que en vez de comprar provisiones útiles como alimentos, agua e incluso medicinas para el camino, se dedicaron a llenar bolsas con botellas de tequila, cerveza, licor…como si fuesen a montarse la gran fiesta. El padre de las muchachas tuvo ojo, intuyó lo que se avecinaba, por lo que en aquel punto decidió tirar la toalla y no seguir, se despidió de nosotros explicándonos que iba a pedir asilo al gobierno mexicano para poder asentarse allí. Algunos miembros de la caravana ya lo habían hecho en Tapachula, era una posibilidad que se nos había dado a los que conformábamos la caravana, pero no queriendo acabar quizás en un sitio peor del que veníamos, nosotros habíamos rechazado esa alternativa. Aquel hombre, al cargo de sus dos hijas que ya habían tenido que sufrir en sus carnes abusos por parte de aquellos dos malnacidos, decidió que ya era suficiente.

Al salir de la ciudad, la primera noche no llegamos a la siguiente parada, sino que nos quedamos a unas horas de Matías Romero. La caminata entre ambas ciudades suponía una distancia de más de doce horas, y caminando con niños, de nuevo con los pies destrozados, no pudimos llegar a ningún punto de descanso con albergue. La noche caía y tuvimos que parar en un claro en medio del campo. Por la actitud de los coyotes entendí que aquella zona ya la conocían, era uno de esos lugares por los que pasaban cada vez que hacían el

camino con gente como nosotros. De hecho, había restos de fogatas anteriores, y los aprovecharon para encender otra y acomodarse a su alrededor.

Nosotros, siempre desconfiados, nos apiñamos a unos metros de ellos. Fuimos testigos de cómo festejaban, tomando sin parar, tanto los hombres como las mujeres, como si quisieran acabar con toda la reserva de alcohol que habían comprado en Juchitán. Les escuchábamos cantar, reír, hablar de forma escandalosa, armando alboroto mientras nosotros intentábamos inútilmente descansar.

Llegó el momento temido, el momento en el que aquellos malditos seres se acercaron hasta donde estábamos todos nosotros, recostados haciéndonos los dormidos, para requerir compañía femenina. Cosme eligió a mi mamá, le dio varios toques en el hombro mientras ella apretaba fuertemente los ojos y los labios intentando inútilmente librarse de lo que le tocaba.

—Si no te levantás ya, me llevo a tu chavala —le amenazó arrastrando las palabras, borracho perdido.

Mi mamá no tenía alternativa, se levantó y se perdió con él en la distancia, entre los árboles; mientras, María lloraba por la culpabilidad. Raúl y yo sentíamos un profundo odio, una rabia que no nos cabía en el pecho. Brayan, a mi lado, musitó algo por lo bajo mientras miraba a las dos mujeres coyote, que todavía reían y canturreaban junto al fuego.

—¿Y por qué no se entretienen con esas dos y nos dejan en paz?

Lo que Brayan dijo solo lo escuché yo, pero en ese momento las dos voltearon y nos clavaron la mirada, como si le hubiesen escuchado. Nos miraron, cuchichearon, se rieron de nuevo, y se nos acercaron medio tambaleándose, bien tomadas. Se pararon frente a nosotros y nos miraron de una forma rara, mientras nosotros, adolescentes, no llegábamos a entender sus intenciones. O al menos yo no las entendía.

—Vamos —nos soltó La Doña, señalándonos a Raúl y a mí.

—¿Vamos? —pregunté yo, ingenuamente.

Ambas se pusieron a reír fuera de sí, como si hubiera soltado el chiste del año. Pero María, que lo entendió enseguida, se levantó bien brava:

—¡Son solo chavos, déjenlos tranquilos!

Aún me acuerdo cómo se le congeló la risa a La Doña antes de pegarle tal golpe a mi hermana que la tiró al piso.

—¿Qué onda, Doña? —dijo Chino, que todavía rondaba por ahí eligiendo víctima, acercándose hasta donde estábamos.

—Esta chava cree que puede ponerme reglas. Anda, llevátela y que aprenda lo que pasa si no obedeces.

Chino la sujetó, amenazándola antes de llevársela:

—O te venís tranquila, calladita, y me tratás bien, o te vendo a los del cartel en el próximo pueblo.

María enmudeció, llorando en silencio se dejó llevar, sin volver a decir ni una palabra, mirándonos con angustia en sus ojos llenos de lágrimas. A continuación, La Doña volvió a darnos la orden:

—Vengan, pues.

Y esa vez hicimos caso sin oponer ningún tipo de resistencia, se aprovecharon de que nuestra mamá no estaba cerca, porque ella hubiese impedido lo que estaba por pasar.

Raúl se perdió entre los montes con Ursulita, que lo tenía agarrado del brazo y tiraba de él, dirigiéndole. Mientras, yo tuve que seguir a La Doña hasta un claro entre unos árboles donde nadie podía ver lo que hacíamos. Esa fue, tristemente, mi primera experiencia con una mujer. Una mujer de la edad de mi mamá que me hizo recostarme en el suelo mientras yo cerraba los ojos porque no quería ver ni sentir nada. Ese fue el momento en el que el niño Luis murió, en el que el Flaco y sus sueños de enamorarse de una chava y descubrir el amor y la intimidad poco a poco con ella se vinieron abajo. Fue la primera vez en mi vida en el que sentí asco de mí mismo y de mi naturaleza, del que mi cuerpo reaccionase a algo que me revolvía el estómago. Así, finalmente, todos en mi familia fuimos abusados.

Cuando estás en plena migración por el mundo, atravesando países, cada paso que das es difícil, duele. Tus pies están destrozados, tus fuerzas flaquean por la pobre alimentación durante el camino, te sientes sucio, te sientes débil, te sientes solo, matarías por poder dormir en tu cama tras un abrazo y un beso de buenas noches. Pero aun así está esa chispa de esperanza, el sueño que te construyes en la cabeza, todas las cosas que planeas hacer cuando llegues al país de las promesas, todos esos cuentos de hadas que tu madre te mete en la cabeza para motivarte a seguir y no decaer. Por eso, a pesar de acabar agotados por las noches, recostándonos sobre cualquier piedra sobre la tierra para poder descansar, manteníamos esa esperanza, esa ilusión por la meta final.

Atravesamos Oaxaca y Puebla con la suerte de no tener ningún percance, aunque escuchamos una historia espeluznante sobre un grupo de migrantes que había llegado a Puebla el día anterior a nosotros. Una mujer y sus dos hijos pequeños fueron secuestrados a plena luz del día, apenas a un par de kilómetros antes de llegar a la ciudad, frente al resto de su grupo.

Según nos contaron, una camioneta donde viajaban varios hombres divisó a cierta distancia a la docena de personas avanzando con dos coyotes. Aquellos hombres resultaron ser del cartel y distinguieron entre el grupo a una mujer joven de la que poder

disfrutar y dos pequeños que poder vender. Quizás se pregunten qué significa eso de que vendan a dos niños. Con suerte los venden como mano de obra, para trabajar, en ocasiones para abusar de ellos. Y luego está el peor destino de todos: el morir porque les sacan todos los órganos para su tráfico ilegal. Era algo horroroso y más frecuente de lo que la gente pensaba, el encontrar cadáveres de pequeños cuerpecitos con cicatrices que delataban la extracción de los riñones, el corazón, el hígado…un destino horrible para cualquier ser humano, más aún para un pequeño niño.

Así, la camioneta se detuvo, cuatro majes bajaron armados y sin mediar palabra se acercaron hasta ellos. Aterrorizados, fueron testigos de cómo uno de ellos agarró a la mujer del pelo y *jaló*[47] de ella llevándola a la camioneta mientras le encañonaba con un arma en la cabeza; la mujer gritaba como alma en pena, medio arrastrándose por el suelo, levantando una polvareda al arrastrar los pies, estirando los brazos para intentar alcanzar a sus hijos. Otros dos de ellos agarraron cada uno a un chigüín, y el que quedaba apuntaba al grupo con un fusil para que a nadie se le ocurriese intentar ayudarlos. El maje aquel seguía tirando con fuerza del cabello de la mujer, ganándole el pulso, consiguiendo llevarla hasta la parte posterior del carro, donde fue recibida por otros dos hombres que reían, uno le dio un buen golpazo para que callara. Y los chigüines, que tendrían como dos y tres años, lloraban desconsolados, asustados al escuchar los gritos de su mamá.

Esos secuestros se repitieron también entre miembros de la caravana que pasaban por Monterrey y Nuevo Laredo. Por eso, hay que decir que dentro del riesgo y el peligro de lo que estábamos haciendo, estábamos teniendo suerte.

Pero el saber aquello no me consolaba, ya que a partir de la noche espantosa que había sufrido de manos de aquella mujer todo se me hizo cuesta arriba. Y no solo a mí, sino a todos los miembros del grupo, ya que de alguna manera u otra todos sufríamos vejaciones, *madrizas*[48], abusos e insultos. El avanzar se convirtió en algo repetitivo, pesado, avanzábamos agotados y desmotivados. Hacíamos el camino prácticamente en silencio, no teníamos ni ganas de platicar. Durante todo el camino fuimos tratados como reses, nos hablaban como si no fuéramos personas, solo otro grupo más de los muchos que pasaban por sus manos. Nos sentíamos sucios, sucios por llevar la misma ropa día tras día, sin una muda posible ya que los coyotes nos habían quitado nuestras bolsas y todo lo que guardábamos en ellas; y sucios porque aquellos coyotes, hombres y mujeres, disponían de nosotros como les convenía.

Cuanto más avanzábamos, más subíamos hacia el norte y el paisaje tropical con el que me había criado iba desapareciendo,

transformándose en un ambiente más seco y desolado. Las caminatas eran extenuantes, levantaba la vista y me cegaba el refulgente sol, incluso me daba la impresión de que el disco solar era más grande cuanto más nos alejábamos de Honduras. Caminábamos sin descanso; mi piel, morena de por sí, tomó un color oscuro, la sentía reseca al tacto. Pasamos frío algunas noches, calor por las mañanas, hambre y sed; los coyotes nos daban de comer pero todo era muy escaso, raciones muy pequeñas.

Y por la noches, durante las horas de descanso, llegaban los abusos. Las que peor lo tenían eran las mujeres, con diferencia. Abusaron de mi mamá con frecuencia; Cosme se encaprichó de ella, a pesar de que mi madre en ningún momento tuvo un gesto amable hacia él, ninguna sonrisa, ni siquiera un cruce de miradas, solo sintiendo un asco profundo y una repulsión que tenía que disimular bajando la cabeza, cerrando los ojos e intentando no pensar en lo que le estaba pasando. A María le ocurrió solo un par de ocasiones, ya que cuando alguno de ellos venía y quería llevársela, mi madre se ofrecía a cambio, funcionando la mayoría de las veces. Raúl y yo tuvimos una serie de desagradables encuentros con La Doña y Ursulita, pero solo estuvieron con nosotros algo más de una semana; al llegar a la capital algunos de los coyotes tomaron relevo, y gracias a Dios ella y su compañera fueron dos de las que no continuaron con nosotros.

Esa semana fue suficiente para cambiarme, todo eso acabó con el Luis niño que era, anulando totalmente la inocencia que me quedaba, la vida me dio tal golpiza que me agrié de golpe. Un mes, prácticamente fue un mes lo que tardamos en atravesar el país, y gran parte de mis sueños e inocencia quedaron por el camino.

Hay pocas cosas buenas que saqué de aquel viaje, básicamente se pueden resumir en una: la amistad que nació entre el Colocho y yo. En cambio, son muchos los malos recuerdos, a cuál peor, tantas cosas que necesitaría borrar para no ahogarme en ellas, esas cosas que no me dejan respirar y seguir con tranquilidad porque me han trastocado de arriba abajo.

CAPÍTULO IV
Austin, año 2030

Todo cambia con el tiempo, pero de alguna manera mantiene su esencia inicial, aunque sea una ínfima parte de ella. Es lo que a Luis le viene a la cabeza durante el trayecto desde el aeropuerto hasta la casa de Brayan, al sur de Austin. Intentando ser cauto, ya que no sabe realmente el tiempo que va a demorarse allí, le había pedido a su amigo que le reservara una habitación en algún hotel no muy caro; la mejor solución era el hacerlo no en la misma ciudad de Austin, sino en los alrededores. Pero Brayan se había negado rotundamente a ello, alegando que tenía una habitación en su casa de San Marcos y el coche de su mujer a su disposición, no dejando posibilidad a otra alternativa.

En el viaje se dedican a charlar sobre lo que ha cambiado la ciudad en la última década, aunque según le cuenta Brayan el tráfico en la autopista I-35 sigue siendo horrible, con sus puntos negros habituales y los accidentes a la orden del día. A la hora a la que están circulando está prácticamente vacía, iluminada y solitaria. Austin, la ciudad que tanto le gustaba a Luis, descansa cerca de la medianoche; con sus luces encendidas refulge en la distancia, empequeñeciendo al alejarse de ella.

Luis mira a su compadre y sonríe. Brayan lo había conseguido, se había quedado allí, había prosperado, conducía una camioneta roja de carrocería brillante con cinco asientos y una gran caja para carga en la parte posterior. Se había casado con Emily, su novia de siempre, y tenían dos hijos pequeños. No había persona en el mundo que se mereciera más el haber cumplido su sueño, el haber salido de las penurias, haber encontrado el amor y haber formado una bonita familia; si existía la justicia divina, un corazón tan noble y tan puro como el del Colocho merecía todo eso y más. Solo hacía falta recordar que, durante toda esa larga década en la que Luis no había podido volver a entrar en el país, su amigo se había preocupado por mantenerse en contacto con él a pesar de la distancia.

—Mi casa está *chilera*[49], en una colonia tranquila, con el colegio para los *patojos*[50] cerca —le explica, desviando la vista ligeramente de la casi vacía carretera hacia él—. Cuando lleguemos estarán todos durmiendo, aunque Emily está que salta de la emoción por verte. ¡Y yo estoy deseando que veas a mis pequeños monstruos en carne y hueso! Esta tarde insistían en que querían acompañarme al aeropuerto a recoger al “tío Luis”.

—Yo también estoy deseando verlos a todos, pero entiendo que es

muy tarde para ellos.

—Tranquilo, mañana habrá tiempo para todo. ¡Vas a terminar bien harto de ellos, no se quedan quieto ni un minuto!

Brayan sonríe con orgullo al hablar de su familia, y a Luis le hace feliz el ver que su pena del pasado ha sido resarcida. El destino quiso que su madre nunca se recuperase de aquella enfermedad que tenía, y solo unos meses después de que llegara a los Estados Unidos recibió la noticia de que la mujer había fallecido. Su abuelita, bien mayor, no aguantó mucho tiempo tras la muerte de su hija, acompañándola solo un mes después.

Aquello sumergió a Brayan en una profunda depresión, pero Luis estuvo allí para ayudarle a levantar cabeza. Ahora era Luis el que requería ayuda, y Brayan no había dudado ni por un segundo en ofrecerse para lo que fuera, ya que no solo les une una profunda y verdadera amistad; Brayan siempre recalcaba que le debía la vida a Luis y a su familia, ellos le salvaron de un destino impredecible durante la caravana.

—Vos sí que has cambiado, Colocho —le dice Luis con un toque de nostalgia en la mirada.

—Pues vos estás igualito a cómo te recuerdo. Bueno, ahora más arrugado y con pelo por la cara —bromea su amigo, riendo a la vez—, pero el mismo Flaco de siempre.

—¿Qué decís, arrugado quién? —ríe él de vuelta.

No importa los años que hayan pasado sin verse en persona, siguen siendo ellos; el sentirse incómodos no tiene cabida, sienten como si hubiesen estado juntos el día anterior.

—Vos debes estar reventado, ¿verdad?

—La verdad es que sí —responde Luis atusándose el pelo con una mano—. Pero más que nada es por los nervios, los tengo en el estómago bien agarrados.

—Claro, lo pillo. Entonces, directo a la casa. Solo decía por si querías parar a tomar algo.

—Quiero sentarme contigo, compadre, y platicar hasta que salga el sol, como antes —dice Luis con nostalgia, apareciendo una sonrisa en la comisura de la boca de Brayan al rememorar el mismo recuerdo —. Pero la edad ya pesa, ya no somos los chavos de antes. Y lo que viene mañana va a ser pesado, necesito estar al cien, en cuerpo y mente. Eso sí, tengo que mirar lo de rentar un cuarto en un hotel.

—Vos sí que sos terco, Flaco —Brayan se molesta por el comentario—. Te vas a quedar con nosotros en la casa en vez de *botar*[51] tu pisto en un hotel.

—No sé cuánto me quedaré mientras soluciono el asunto. Y no quiero estar yendo y viniendo de tu casa, molestando a tu familia, prefiero ir a mi aire y no estorbar.

—Vos, Flaco, no entendés. Me jode y me ofende que pensés en quedarte en un hotel después de todo lo que pasamos. Tenés que quedarte en mi casa, sos parte de la familia.

Familia. Un incómodo y punzante sentimiento a la altura de su pecho aparece cuando Brayan le dice esa última frase. Ya alejados lo suficiente de la ciudad como para haber perdido la visión de gran parte de sus luces, el yermo paisaje de carretera es lo único que se muestra ante Luis, la larga carretera que discurre con solo algún grupo de locales de comida rápida cada cierta distancia.

—¿Cuánto ha tardado el avión desde México? ¿Dos horas? —pregunta Brayan para cambiar un poco el derrotero de la conversación y el amago de discusión por el asunto del hotel.

—Un poco más, dos horas y media.

—Nada comparado con el mes que nos gastamos caminando para cruzarlo...

—El peor mes de mi vida...o uno de los peores —Luis niega con la cabeza a la vez que los recuerdos se vuelven latentes.

—Ahora es mi hermana Deisy la que quiere mandar a su chavo mayor para acá.

—¿Mandarlo solo? ¿Como hicieron contigo?

—Lo mismo, ya tiene dieciséis años y no quiere que termine enredado con las maras, vos sabés cómo es eso. Pero le dije que se espere a ver si encontramos otra solución, tal vez consiguiendo un visado de estudiante o algo así.

—Sí, porque el viaje es un calvario, Colocho, recordá.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Es imposible.

—La travesía y todo lo que vino después. Ni cuando al fin cruzamos se terminó el infierno.

LA FRONTERA
Noviembre 2018

Reynosa, en México, es uno de los puntos clave para el paso hasta los Estados Unidos. A simple vista no era ni mejor ni peor que otro lugar por donde ya habíamos pasado, pero antes de llegar nos advirtieron: cuidad a vuestras mujeres. Aquel consejo me dejó con un nudo en el estómago, ¿acaso no podíamos estar en paz? ¿No habían sufrido mi mamá y mi hermana ya bastante? Al parecer, esa ciudad era, si no la peor, uno de los puntos más peligrosos de nuestro viaje, con desapariciones, violaciones y asesinatos de mujeres siendo moneda corriente. Y estábamos a nada de nuestro destino, a un tiro de piedra, ya que en Reynosa hay un puente que conecta a Estados Unidos. Aunque nosotros no teníamos planeado ir por la vía legal, nunca podríamos cruzar aquel puente, ya que si lo intentábamos no nos lo iban a permitir. La única alternativa era cruzar la frontera física entre los dos países: el Río Grande, también llamado Río Bravo, frontera natural con el país colindante. Y la única manera de hacerlo era a nado.

Raúl, María, Brayan y yo no teníamos problemas con ello, pero para mi mamá era un gran reto, ya que apenas sabía nadar. Nos habían informado de los peligros del río, del que contaban que en apariencia parecía tranquilo, pero existían desniveles en su profundidad, donde de un segundo a otro el agua pasaba de llegarte por la cintura a de repente cubrirte la cabeza. Además, surgían remolinos de sus aguas de forma impredecible, remolinos que podían arrastrarte hasta el fondo en cuestión de segundos, pasando así a ser uno más de la lista de los que mueren intentando cruzarlo. Según la información que nos dieron, tenía unos quince metros de ancho y debíamos tener ojo con dónde pisábamos, porque podíamos quedar atrapados por la vegetación que crecía en su fondo, al no poder verse nada a través de sus turbias aguas.

Pero el peligro no acababa con conseguir cruzar y llegar al otro lado, ya que precisamente al otro lado podían aparecer las patrullas fronterizas y detenerte en el acto; eso era lo que teníamos que evitar a toda costa, el ser atrapados al cruzar. Desde la otra orilla, una vez ya en suelo estadounidense, nuestro destino era una ciudad cercana llamada McAllen. Mi mamá había mandado dinero a nuestro tío Julio para pagar a los coyotes en ese lado. Esta nueva tanda de coyotes nos debía recoger al cruzar el río y supuestamente nos esconderían en una casa de esa ciudad para, tras dejar pasar unos días, llevarnos hasta Austin. Y esta vez ya sería en vehículo, no a pie.

Gracias a Dios no estuvimos demasiado tiempo en Reynosa, apenas unas horas para descansar, y mejor así. Cuando llegamos allá, todos los que aún resistíamos en el grupo anduvimos lo más juntos posibles, caminando por carreteras principales dirigidos por los coyotes, mientras la gente de la zona nos miraba sin disimulo. Ese era el peligro del lugar, entre aquellos cientos de ojos había personas de malas intenciones, deseando que alguna de nuestras mujeres o niños se despistara y se alejaran del grupo, porque era fácil secuestrar a alguien débil y perderse por entre las calles de aquella ciudad.

Jugaba en nuestra contra el que en la zona se sabía con anticipación de nuestra llegada, los hondureños de la caravana. Tras el impedimento que sufrimos al intentar cruzar la frontera con México, unos saltando al río, otros quedándose a la espera en el puente sobre el río Suchiate, y después cada uno pagando al coyote que podía permitirse, íbamos llegando en oleadas; cada día aparecía gente nueva en ese lugar, gente a la que robar y raptar. Que yo sepa, a nadie le pasó nada en ese recorrido que hicimos por el centro de la ciudad, por lo menos a nadie de nuestro pequeño grupo. Tuvimos que atravesar la ciudad de sur a norte, ya que los coyotes nos llevaron a una albergue que quedaba apenas a diez minutos caminando del Río Grande.

El lugar, conocido como el albergue de Nuestra Señora de Guadalupe, me resultó un lugar curioso, ya que ocupaba toda una cuadra y estaba totalmente cercado en su exterior por un alto muro de *concreto*[52], en algunos de sus tramos con alambres de púas. Así, la primera impresión no fue la mejor, pero una vez entramos en el recinto, nos trataron de maravilla. Nos dieron de comer, pudimos asearnos y, después de tantas semanas, pudimos descansar en un catre con un colchón, delgado pero mullido de verdad, no sobre el suelo apoyando nuestras cabezas en cualquier piedra o chaqueta doblada. Raúl y yo pudimos disfrutar de una cama para cada uno, al igual que Brayan. Mi mamá y María prefirieron compartir una justo entre nosotros dos, todavía con la alerta activa por el lugar donde nos encontrábamos y su mala fama.

Mamá cerró los ojos al instante. De vez en cuando los abría y comprobaba que María realmente estuviera acurrucada a su lado, y miraba a un lado y a otro buscándonos para quedarse tranquila. Se le acumulaban los nervios por lo que nos esperaba al día siguiente, con los remordimientos y el disgusto que sentía al recordar cómo habíamos llegado hasta ahí.

A Raúl le escuchamos roncar en pocos minutos, su cuerpo agotado cedió al sueño, acompañándolo de un leve y rítmico sonido proveniente de su garganta. A mí me llevó mucho más tiempo, no podía conciliar el sueño. Me puse de espaldas a ellos para que no se dieran cuenta de mi insomnio. Me dediqué durante un buen rato a

observar a los que estábamos en aquel lugar, las caras de extraños que se habían vuelto tan familiares; con algunos ni siquiera había cruzado una palabra, pero con muchos había surgido un lazo más allá de lo racional, éramos un pueblo en el exilio que había caído bajo.

De todos los que salimos de San Pedro, más los que se nos unieron en el camino, quedábamos algo más de la mitad. Algunos fueron deportados a Honduras o se regresaron por su cuenta al no soportar el viaje. Otros pidieron refugio y se quedaron en México, prefiriendo esa seguridad a jugárselo todo a una carta, a cruzar la última frontera para ser quizás deportados y volver así al punto inicial de partida, habiendo pagado mucho dinero y pasado muchas penurias para nada. Pero eso no era una opción para nosotros. No, no íbamos a quedarnos en un país con maras o cárteles, donde los jóvenes quedaban atrapados en el mundo de la delincuencia y las mujeres eran carnaza de usar y tirar, sin ningún tipo de valor. No, nosotros habíamos apuntado alto, íbamos a intentar llegar al país de la libertad y las oportunidades, e íbamos a conseguirlo. Al igual que aquella centena de personas que descansaba con nosotros.

Nos acercamos al río antes del amanecer, cuando aún había cierta penumbra en el ambiente. Una vez allí, nos aconsejaron quedarnos junto a los de nuestro grupo, conduciéndonos hasta un punto en concreto del cauce, y nos dieron la orden de ocultarnos; debíamos esperar, los coyotes darían la orden de cuándo cruzar.

Lo habíamos discutido muchas veces, el largo viaje nos había dado oportunidades de sobra de hablar para saber qué hacer cuando llegáramos al punto en el que nos encontrábamos en ese momento. Allí estábamos, tras unos arbustos y unos árboles intentando no ser vistos, agachados, sin apenas movernos, esperando la orden. La clave era precisamente no moverse ni hablar, no llamar la atención. Pero ante el momento de la verdad, mi madre no pudo evitar el repetir por enésima vez lo que ya sabíamos de sobra.

—Escúchenme con atención —dijo en un susurro, tomándonos a Raúl y a mí de las manos y apretándolas.

—No hables, mamá —le pidió Raúl también susurrando, estirando el cuello y mirando entre las hojas para ver si había movimiento al otro lado del río.

—Sh, callá y escucha —le reprendió mi madre entre dientes—. Pase lo que pase, sigan adelante. La idea es que los *levantadores*[53] nos recojan y nos lleven a McAllen. De allí en un par de días nos llevarán a Austin, después de que mi hermano les haga la transferencia de dinero. Pero si nos atrapan… —y nos volvió a apretar las manos, apenada— si nos atrapan y nos detienen, ya saben, hay que resistir.

Tienen los datos de su tío, deben dárselos a los de inmigración. Nos separarán, ya nos lo han advertido. Pero eso no importa, hay que tener paciencia. Todo se resolverá.

Volvió a quedarse en silencio. Miró a Raúl directamente mientras él asentía, después volteó hacia mí, esperando mi asentimiento. Recuerdo perfectamente su rostro en aquel momento, se quedaron grabados en mi mente sus ojos oscuros que con gesto duro intentaban disimular el miedo que le invadía. Podría decir hasta cuántas arrugas adornaban su cara, muchas de las cuales un par de meses antes no estaban allí, o al menos no tan acentuadas, marcando los rasgos de su rostro bronceado y quemado por el sol, envejeciendo de repente, pero tan hermosa como siempre, mi mamá. Y María la miraba con los ojos bien abiertos desde su posición agachada, abrazada a sí misma, tratando de mantener la calma.

Uno de esos hombres estaba subido a un árbol apenas a unos metros de nosotros. Yo me preguntaba por qué tanta insistencia en escondernos, no movernos ni hablar, cuando aquel tipo se había apostado sobre una rama y se le debía distinguir desde lejos por la playera roja que llevaba. Quise pensar que era experto en aquello, que sabía lo que se hacía, y que no habiendo llegado a amanecer del todo, quizás poco importaba el color de su camisa. Y fue ese mismo coyote el que nos gritó, dando la señal:

—¡Ahora! ¡Crucen!

De repente, la gente comenzó a levantarse de sus escondites: hombres, mujeres, niños, los más pequeños incluso con salvavidas puestos. Mi madre se puso en pie de golpe, cual guerrera dispuesta a luchar, y nos gritó:

—¡Adelante, hijos!

Obedecimos sin cuestionar. Todos los que estamos allí nos acercamos hasta la orilla del río, un río de aguas poco claras, cargadas de tierra y con un movimiento en su corriente más rápido de lo que habíamos apreciado en la lejanía.

La gente empezó a organizarse, tratando de formar una especie de fila, sujetándose unos a otros para ayudarse a cruzar y no ser arrastrados por la fuerza del agua. Mi mamá fue la primera de nosotros en entrar al agua, caminando hacia el centro del río con paso firme y sin mirar atrás, queriendo dar ejemplo de lo que hacer. María le seguía los pasos, en pocos segundos ambas estaban con el agua hasta la cintura, avanzando con cautela. Raúl y yo nos miramos un breve instante, me giré y eché un vistazo a Brayan, que con una determinación firme en su mirada asintió valientemente y avanzó hasta llegar a las mujeres, dejando que mi mamá se agarrara a él. Siguiendo el ejemplo de todos ellos, mi hermano me hizo un gesto para entrar en el río. Al mirar a izquierda y derecha, empezaban a aparecer cabezas a distintas alturas del cauce, gente luchando contra aquellas engañosas aguas. Y cuando quise darme cuenta, mi madre ya había avanzado casi un tercio del trayecto con María junto a ella,

ambas con el agua al cuello porque el fondo del río en ese punto aumentaba considerablemente, las dos esforzándose por nadar hacia la otra orilla.

Apenas di cuatro pasos y entré. Efectivamente, al llegar cerca de donde estaban ellas el río pasaba a ser más profundo, en algunos tramos apenas podía sentir el fondo bajo mis pies; y el agua estaba fría, no esperaba que lo estuviese tanto. Pero eso hacía que me diesen más ganas de moverme, de nadar para entrar en calor. Y lo hice, empecé a nadar brazada tras brazada. En poco las alcancé, colocándome junto a ellas, yo en un costado, Raúl al otro y Brayan por delante con mi mamá agarrada a su playera, tanteando el camino, ayudándolas a avanzar, tirando de ellas.

Fue entonces cuando escuchamos los gritos: un hombre corpulento intentaba nadar a cierta distancia con un niño, seguramente su hijo, que no debía tener más de cuatro o cinco años, aferrado a su cuello con fuerza. Pero el hombre se hundía, llevándose al niño con él; sacaban las cabezas unos pocos segundos para después volverse a hundir. La que debía ser su esposa y madre del pequeño gritaba pidiendo ayuda desde la orilla. Miré a mi mamá, a la que cada vez le costaba más avanzar por la fuerza del agua, que en cuanto percibió mis intenciones de acercarme a ayudar al hombre, me gritó sin casi fuerzas:

—¡Ni se os ocurra!

Aun así, dudé. Me detuve, dejé de moverme, y entonces me di cuenta de la fuerza del agua; no en todos los tramos era igual y si no avanzaba, la corriente me arrastraría aguas abajo, quién sabe hasta dónde. Frustrado, pero consciente de que debía salvarme a mí mismo, volví a nadar. Todos conseguimos llegar al otro lado sanos y salvos.

Una vez en tierra firme, vimos cómo las aguas del río finalmente engulleron a aquel hombre de cuerpo fuerte y recio y al niñito abrazado a él. Vimos la desesperación de su esposa, la cual no se atrevió a entrar al río. Vimos personas que avanzaron pocos metros en las aguas y tuvieron que retroceder a la orilla porque no podían contra la fuerza de arrastre. Solo unos pocos de nosotros logramos llegar al otro lado.

Llegaba el momento de escapar de allí, encontrarnos con los coyotes del otro lado e ir hasta la casa donde descansaríamos hasta el siguiente paso. No podíamos perder el tiempo descansando a pesar de nuestras ropas empapadas, del intenso frío al salir del agua acentuado por el del ambiente y de nuestra falta de aliento. Entre Raúl y yo levantamos a mi mamá, que estaba exhausta y tiritando, y avanzamos deprisa entre la vegetación del otro lado. Debíamos llegar a la carretera, la orden era seguirla unos minutos hasta que viéramos a los

levantadores, que debían estar apostados cerca de allí. Caminábamos torpemente, cansados, congelados, el aire frío entraba en nuestros pulmones y dolía, pero continuamos, avanzamos entre árboles y arbustos salvajes de ramas incómodas que al rozar nuestra piel la cuarteaban y nosotros ni nos dábamos cuenta.

Y cuando por fin divisamos la carretera, cuando el follaje cedió, lo que nos encontramos fueron las patrullas de la frontera allí estacionadas, los agentes esperándonos, y nosotros sin fuerzas siquiera para intentar huir.

Aquellos agentes, imponentes con sus uniformes de color verde militar, nos hicieron sentarnos en el suelo en orden, unos al lado de los otros en fila, todos junto al coche patrulla, y nos hablaron en español. Lo primero que hicieron fue preguntarnos de dónde éramos y nuestra edad: yo tenía quince, al igual que Brayan. Raúl tenía diecisiete y María veintidós. Nosotros dijimos la verdad, pero mi hermana sabía que tenía que mentir, por lo que también dijo tener diecisiete, aunque no le sirvió de mucho. A mi madre, por supuesto, ni le preguntaron.

Nos subieron a uno de esos furgones patrulla sin más explicaciones, y desde allí nos llevaron a un centro de detención. Durante el trayecto apenas hablamos, como he comentado algunos de aquellos agentes hablaban español y no queríamos empeorar las cosas. Teníamos claro lo que debíamos hacer; la primera parte del plan no había funcionado, por lo que había que pasar al “plan B”. Mi mamá, lejos de estar preocupada o nerviosa, nos miraba y nos sonreía. Sí, estábamos en Estados Unidos, habíamos logrado cruzar. Ella sabía que lo tenía difícil, pero no así nosotros. Nosotros podríamos quedarnos al ser menores de edad, y eso era un gran paso. Había conseguido salvar la vida de sus hijos.

Los centros de detención son una especie de infierno en tierra, por simplificarlo de manera sencilla y comprensible. Y el estar allí implica pasar por una serie de fases, no sabría decir cuál mejor o peor, la verdad.

Nada más llegar, lo primero que hacen es separar a los hombres de las mujeres y a los adultos de los niños. Cuando llegamos allí, nos encontramos con una especie de campo de concentración con distintos edificios rodeados de verjas metálicas y alambradas, donde se llevaban a las mujeres por otro lado. Fue nada más poner el pie en aquel lugar cuando dos oficiales tomaron a mi madre y a mi hermana de los brazos y las arrastraron mientras otros hicieron lo mismo con Raúl, Brayan y conmigo pero en dirección opuesta. Ninguno sabíamos a dónde nos llevaban, cuándo nos volveríamos a ver, ni siquiera si nos

volveríamos a ver. Mi mamá rompió a llorar, intentando liberarse del agarre de aquel tipo mientras se tiraba a nuestro cuello y nos decía: "aguanten, mis preciosos hijos, salgan adelante". El oficial tiró de ella con fuerza, separándola bruscamente de nosotros, mi hermana sin atreverse a moverse, diciéndonos "los amo" con un fino hilo de voz ya que las fuerzas no le daban ni para hablar.

Rompí a llorar, Raúl también, hasta Brayan lo hizo. Lloramos como lo que éramos, simples niños, éramos críos a los que separan de su madre. Teníamos miedo porque no sabíamos qué iba a pasar, porque necesitábamos a nuestra valiente madre que había dado tanto por llegar allí, protegiéndonos a todos en el camino. Recuerdo cómo se las llevaron mientras me arrastraban alejándome de ellas, cómo se hacían pequeñas en la distancia, cómo mi hermana y ella se abrazaban mientras se volvían hacia nosotros, llamándonos los unos a los otros con las voces rotas, intentando grabar nuestra imagen en su memoria, desesperadas ellas, desesperados nosotros. Y finalmente, una puerta las engulló; no las volvimos a ver.

EMILY

Es bien difícil ser mujer. Estamos ya en el siglo veintiuno, la sociedad está tan avanzada que ya hace más de cincuenta años que llegamos a la Luna, Marte está a la vuelta de la esquina, lo tenemos planeado como nuestro próximo destino; e Internet es tan común en nuestras vidas como el agua que sale al abrir la llave. Y aun así, hay todavía lugares en el mundo en los que una vida humana no vale nada. Si además de nacer en uno de esos lugares resulta que eres mujer, tu propia vida puede convertirse en tu propio castigo, y con ello sufrir las consecuencias en carne propia.

Toda mi familia es de Monterrey en México. Monterrey es sumamente bello, resguardado por las montañas de Sierra Madre, una urbe grande entre la naturaleza verde de la Huasteca[54], con sus cascadas naturales, belleza e historia propia en cada uno de sus rincones. Nacer en un sitio así es una bendición, uno de los lugares más bellos de mi querido país. Pero a mi generación no le tocó suerte. Y es una lástima, nacer en uno de los países más bonitos del mundo y no poder disfrutarlo por la pobreza, por la violencia, y en mi caso, además, por ser mujer.

Mi mamá, como muchas otras morras[55] en plena adolescencia, se quedó embarazada con quince años de un chavo de la escuela, el cual se desentendió. Por mucho que mi madre le insistió en que se hiciese cargo de su parte de responsabilidad él se negó, y no había manera de hacer algún tipo de prueba al alcance del pueblo llano para probar legalmente que era suyo. Los análisis de paternidad eran demasiado caros, y algo como una prueba de ADN sonaba a cosa de películas. Así que mi madre, a mitad de su adolescencia, se encontró como muchas otras: siendo madre soltera de un bebé; bebé que era mi hermana mayor Keyla Concepción.

Mi mamá, viviendo con mis abuelos, tuvo que ponerse a trabajar, dejando la escuela. Y ahí mi mamá tuvo suerte; aunque eran de familia humilde, ella siempre tuvo porte, siempre lo había tenido. Ella misma cosía su ropa, reciclaba lo que le quedaba viejo de su propio guardarropa, de lo de mi abuelita o de ropa que le pasaban las vecinas. Y cosiera lo que cosiera, todo parecía nuevo y nunca enseñaba en exceso ninguna parte del cuerpo: ni el escote, ni las piernas, aunque hiciese un día de calor pegajoso. El saber arreglarse sin ser ostentosa, su chispa para hablar y la buena educación que mis abuelos le dieron, además de haber sido una de las mejores estudiantes de la escuela, le abrieron la puerta para conseguir empleo como recepcionista y ayudante en una clínica médica de nuestra colonia.

Allí fue donde conoció a mi papá, Rodrigo, un recién licenciado en medicina cuyo primer trabajo fue en la clínica. Según nos contaba, el primer día que llegó allí fue recibido por aquella chavita de sonrisa

perpetua, ojos enormes y curvas redondas que al verle entrar, y antes de que él pudiese decirle nada, le dejó bien impresionado y sin palabras al confundirlo con un paciente y tratarle de forma amigable, calurosa, con una voz dulce y una sonrisa encantadora.

—Si se sienta en aquella salita y me rellena unos papeles, en cuanto llegue el doctor le atendemos.

Mi papá reía a carcajadas al recordarlo, bromeaba en cómo desde el primer día de conocerse mi mamá ya le andaba dando órdenes. Y comentaba con cariño que lo que acabó de enamorarle fue el cómo ella se puso roja al saber que él era el nuevo doctor.

—Sus cachetes rosados hacían que se viera más bella, si eso era posible.

Mi papá aceptó su pasado, aceptó a Keyla como si fuese hija suya, y cuando mi mamá cumplió los dieciocho, se casaron. Yo, Emily Isabel, vine al mundo un año más tarde. Mi hermana, Nicole Manuela, cinco años después.

Mis recuerdos de infancia son bonitos, con mis padres, mis hermanas, nuestra casa en la colonia Independencia, antiguamente llamada barrio de San Luisito y siendo uno de los lugares más peligrosos para vivir en Monterrey. Cuando eres niño no lo ves, para nosotros no era tan gacho el vivir allí, allí habíamos crecido y conocíamos a todos los de la cuadra. Pero las cosas se pusieron peor con el tiempo: de las bandas callejeras se pasó al crimen organizado, los robos, asesinatos y el narcotráfico estaban a la orden del día para nosotros. Llegó un momento en el que ya no era seguro que mis hermanas y yo anduviéramos por las calles solas, sin la compañía de adultos.

En la clínica donde trabajaba mi padre, a uno de sus colegas doctores le levantaron a una de sus hijas, una chava de entonces trece años que desapareció al salir de la escuela en su camino a casa. Un carro que solía pasar por la calle donde teníamos la escuela y que yo recuerdo porque era de un color amarillo huevo bien feo se paró junto a ella y de él rápidamente bajaron tres vatos[56] *y se la llevaron. Muchos estudiantes fuimos testigo de ello, pero nadie hizo nada. Eso era lo que solía pasar; todos sabían de qué banda eran esos vatos, pero nadie iba a ayudarla, porque suponía jugarse la vida. La noticia corrió por las calles de la colonia, porque era tristemente común que desaparecieran muchachas, pero no la hija de un doctor.*

Cuando tres días más tarde la encontraron muerta a cuatro millas de los límites de la colonia, en el lado de una carretera, asfixiada, desnuda de cintura para abajo, abusada una y otra vez y apaleada, mi padre dijo "hasta aquí". No estaba dispuesto a un futuro así para sus hijas. En ese momento decidió que había que salir del país e intentar llegar a los Estados Unidos. En aquel entonces yo tenía quince años, Keyla tenía diecinueve y Nicole apenas tenía diez.

Mi papá comenzó a planificarlo todo. A pesar de la humildad de nuestra colonia, nosotros éramos una familia con más posibilidades que la mayoría gracias a la profesión de mi papá. Su idea era ir a los Estados Unidos y una vez allí, arreglar los papeles necesarios para poder ejercer su profesión sin problemas. Hacer la transición de forma legal desde nuestro país, esperando algún tipo de visa de trabajo, un contrato que nos permitiera volar hasta allá, no era una opción por el tiempo que tomaba: con suerte, meses, aunque lo más frecuente era que tardara al menos dos años, tiempo del que no disponíamos siendo nosotras unas muchachas ya metidas en la adolescencia. Pero a pesar de eso, mi papá insistía en pasar de forma legal, ya que eso facilitaba el ser aceptado después como residente.

Se le ocurrió entonces gestionar su visa para llegar al país como turista, y una vez allí, instalarse y pedir asilo; aunque seguía saltándose la ley porque se quedaría después de forma indefinida, al menos no entraba al país de forma ilegal. Logró gestionar su visa y la de mi hermana mayor,

lo que nos permitió el dinero que teníamos ahorrado, y ellos dos se marcharon por delante para ir preparando el camino.

Mi mamá, mi hermana pequeña y yo nos quedamos en Monterrey unos meses, intentando ahorrar con lo que sacaba mi mamá en el trabajo y lo que nos mandaba mi papá, que había comenzado a trabajar de forma ilegal para subsistir. Pero cuando juntamos suficiente dinero para poder pedir nuestras visas de turistas y repetir la jugada de mi papá, nos llevamos la sorpresa: a mi mamá se la negaron. ¿La razón? Su hermano mayor (es decir, mi tío), tenía antecedentes penales, y con ello ya no era tan fácil que a ella, familiar directo, la dejaran pasar.

El tener antecedentes penales era un gran impedimento para entrar al país con una visa, pero a mis padres no se les pasó por la cabeza el pensar que si un familiar suyo tenía antecedentes les podía afectar a ellos. Había que litigar más, lo que suponía más tiempo y más dinero. Y la cosa en México se iba poniendo cada vez más fea; los feminicidios iban aumentando a lo bruto en distintos puntos del país, mi querida ciudad siendo una de las más golpeadas.

Fue entonces cuando mi mamá decidió usar el dinero que teníamos guardado para comprar unos boletos que nos dieran lugar en uno de los camiones que llevaban inmigrantes ilegales escondidos. Mi padre se enojó, estuvieron discutiendo un buen rato por teléfono, ya que aquello era bien peligroso y nosotras éramos unas chamacas[57]. Pero era eso o nada, y la nada suponía jugarnos la vida, dejar nuestro destino en manos de la buena suerte y de que nada nos ocurriese, y aquello no era tan fácil. Ganaron las ganas de sobrevivir y de sacar a sus hijas adelante; mi mamá pagó por aquellas plazas, y con el miedo en el cuerpo nos marchamos de Monterrey.

Nuestro destino final era Austin, donde mi papá y mi hermana habían logrado quedarse. Pero primero debíamos cruzar la frontera, y lo íbamos a hacer por el cruce fronterizo de Laredo, al sur de Texas. De Monterrey hasta allá era un viaje de tres horas sin paradas, durante las cuales estaríamos metidas en ese camión con más gente sin oportunidad de salir ni siquiera para ir al baño. Nos avisaron de que no lleváramos maletas, ya que lo más seguro es que los propios coyotes nos las quitaran antes de viajar. Mi mamá decidió llevar solo una bolsa con algo de comida y agua, aunque nos dijo que debíamos aguantar el viaje sin comer y beber, haciéndolo solo si era necesario, ya que no íbamos a parar y debíamos evitar el tener que hacer del baño. Nos fuimos sin pertenencias, sin cambios de ropa, sin recuerdos de nuestra vida en Monterrey, solo nuestros papeles básicos y la ropa que llevábamos puesta.

Llegamos a la gasolinera en Monterrey donde se cargaban los camiones que transportaban a los migrantes. No sé por qué, me imaginaba que aquellos camiones serían más como autobuses sin asientos, pero la realidad era diferente: eran largos camiones de carga, en este caso iban a

partir dos de ellos, y en cada uno, entre cincuenta y sesenta personas apretadas al fondo, en la oscuridad, sentadas con los cuerpos pegados unos a otros. La mayoría de los viajeros eran hombres: desde chavos de mi edad, quizás incluso algo más jóvenes, hasta hombres maduros. Y en menor número, había algunas mujeres y unos pocos niños.

El cómo nos acomodaron en esos dos camiones fue puro volado[58]*. Allí estábamos, más de un ciento de gente nerviosos ante la próxima partida, juntos en un gran grupo donde lo más importante era el no alejarte de los tuyos, no acabaras tú en uno de los camiones y tu familia en el otro. Se nos acercó uno de aquellos choferes y, esquivando mirarnos más de lo necesario, (supongo que le era más fácil vernos como carga que como personas), comenzó a contar en voz alta mientras iba apuntando a la gente: "Uno, dos, tres…", a los que daba número los iba separando a un lado, y así hasta sesenta. La última persona que contó fue una chava que iba agarrada de la mano de un vato algo más joven que ella, pero el hombre a él no le contó. Debía, con eso, quedarse en el otro grupo.*

—Por favor, señor —le rogó la morra a aquel chofer de cachucha con visera y espeso bigote oscuro—, ¿puede mi hermano venir conmigo?

—Andamos intentando repartir la "mercancía", señorita —le respondió algo brusco el hombre, dejando ver que, en efecto, para él cada uno de nosotros éramos como un bulto, y ya.

—Por favor...—volvió a rogar, tanto ella como el chavo le miraban con ojos de súplica.

—Está bien —consiguieron ablandar al fulano—, ¿a alguien le importa intercambiarse con uno de estos hermanos para que puedan viajar juntos?

Varias manos se alzaron, y el chofer le hizo una seña a un señor de mediana edad que se ofrecía a ello para que se cambiase de grupo. Así, los hermanos viajarían con aquel chofer, el señor pasaba al que sería nuestro grupo. La suerte estaba echada, y ninguno de nosotros lo sabíamos. El destino se disponía a jugar una partida con nosotros.

Los dos grupos de gente subimos a los camiones, el primero en uno grande de color blanco brillante, el grupo en el que íbamos nosotras en otro también blanco pero ya bien madreado[59], decolorado por el sol. Al subir, nos iban dando órdenes para sentarnos al fondo bien apretados, y, una vez acomodados, ya no movernos ni hacer bulla[60]. Después, pusieron un montón de cajas entre nosotros y la salida para que, si abrían el camión en la frontera, no nos vieran, sino que el camión pareciera ir hasta el tope. Y cuando cerraron las puertas, llegaron las cinco horas más pesadas de mi vida, cinco horas que no le deseo a nadie, ni a mi peor enemigo.

Allí nos quedamos, encajados en la oscuridad, con un silencio molesto copado por el ronquido del sistema de ventilación, que parecía chambear[61] a medias y que amenazaba con parar en cualquier momento. A ese ruido constante y repetitivo se le sumaban las respiraciones nerviosas, los sollozos bajitos como murmullos, los lloriqueos de algunos chamacos mientras sus mamás les pedían silencio. El viaje se hizo eterno por lo incómodo que estuvo entre el traqueteo del camión, el no poder ver nada, el calorón que hacía allí adentro y el aire cada vez más irrespirable. No había clima[62], el sistema de ventilación lo único que hacía era mover el aire con un abanico y no era suficiente para refrescar toda el área donde estábamos. Así que cada vez el ambiente estaba más pesado, calentándose a la vez que el oxígeno parecía acabarse. Los chamacos lloraban, poniendo nervioso a más de uno, generando una incomodidad extra. Y después llegaron los olores fétidos, cuando hubo gente que ya no aguantó más y se tuvo que orinar encima, con la cereza del pastel de que uno de los chamacos tuvo que hacer "popó" en los pantalones, quedando el aire viciado con el olor. En resumen, una pesadilla.

Después de lo que pareció una eternidad, tres largas horas que en esas circunstancias se sentían como diez veces más, finalmente hicimos la primera parada. El camión, después de haber estado manejando un buen rato sin parar, comenzó a hacer alto tras alto cuando llegamos a Nuevo

Laredo en Tamaulipas, ya metidos entre las calles de la población. Íbamos rumbo a la frontera que se encontraba en el Puente Internacional Juárez-Lincoln. Ese cruce fronterizo es chico, apenas una calle corriente con varios carriles que bordea la población. No parece algo oficial, con tiendas de abarrotes[63] *a pocos metros antes de llegar, casas y calles con gente y coches, toda una ciudad viviendo al filo del país. Y el primer cruce fronterizo está ahí metido.*

Hubo un momento en el que sentimos unos fuertes golpazos que venían de la zona donde estaba el chofer, la señal de que llegábamos a la primera parada con control. Fue entonces cuando más callados nos quedamos. Yo temblaba de pies a cabeza, aferrada a mi hermana con una mano, a mi mamá con la otra, sentada con las piernas recogidas y la cabeza gacha entre ellas mientras rezaba en un murmullo que solo yo podía escuchar. Estábamos avisados: al llegar a la frontera, nos pondríamos en la fila de coches para pasar. Y era muy probable que los oficiales de la frontera abrieran la puerta de atrás para inspeccionar la carga. Ese era el momento clave, el momento en el que no debía escucharse ni una mosca para que no nos descubriesen. En esa primera parada tuvimos suerte, solo paramos unos minutos, supongo que lo que tardó el chofer en platicar con el oficial en turno, darle sus papeles si es que se los pidió, y dejarnos pasar sin revisar el camión.

Hay que tener en mente que cuando cruzas la frontera física con los Estados Unidos, que en nuestro caso fue a través del puente que pasa por el río Bravo, tienes que pasar por dos controles: el mexicano y el estadounidense. Siempre es más fácil pasar el lado mexicano. Es cuando llegas al otro control, al de los gringos, cuando las cosas se ponen peliagudas, ya que la lucha contra la inmigración ilegal es bien importante para su país. Como si les cayéramos gordos, chingao, ni un ápice de compasión; nos hacen la vida de cuadritos[64] *para sobrevivir, ignorando nuestros problemas, volteando para otro lado.*

Como ya les digo, ese primer paso en el lado mexicano no es tan oficial o severo. Pero sabíamos que, tras cruzar el puente, había que volver a parar. El segundo control, en este caso el que hay después de pasar el puente Juárez, es el estadounidense, mucho más restrictivo. Un puente, eso es todo lo que separa a los dos países, un puente sobre el río Bravo. ¡Cuánta raza[65] *ha perecido a lo largo de los años cruzando el río! Nosotros íbamos por encima, metidos en aquel camión, obligados a tener paciencia porque la fila para pasar estaba bien larga.*

Tras cruzar el puente, la carretera se abre en abanico y se forman más de diez carriles para pasar al país vecino. Y aunque hay tantos carriles, las filas son interminables, hay mucha más gente que quiere pasar al otro lado desde allí que en dirección contraria.

¿Cuánto tiempo estuvimos allí, en aquella cola, avanzando a pasitos cada vez, parando de continuo con nosotros nerviosos porque no sabíamos

cuándo llegaba el control de verdad? No estoy segura, pero calculo que al menos una hora. De nuevo, el chofer hizo una señal dando unos golpes en la pared de la cabina que todos pudimos sentir cuando por fin nos tocaba la inspección. De nuevo cerré los ojos bien fuerte, como si mis párpados estuviesen pegados con un chingo de pegamento. Traté de no respirar, y si lo hacía, inhalaba bien despacito, con tiento, sin hacer nada de ruido, tenía que simular que yo no estaba allí.

Unos segundos después de los golpes de aviso, tras escuchar lo que parecían voces del exterior, abrieron la puerta tal como nos habían avisado. Pero fue un paro rápido, ni siquiera abrieron la puerta del todo, solo lo suficiente para que por un momento el interior del camión se iluminara y la persona pudiese ver que el camión estaba cargado con cajas. Unos segundos en los que aguantamos la respiración, intentamos hacernos invisibles, y en ese primer paro lo conseguimos. Tras unos breves segundos, la puerta se cerró. Y en un par de minutos, nos pusimos en marcha otra vez.

Es muy difícil revivir aquellos momentos, ya que por un instante creímos que todo terminaría allí. Mi mamá, agarrándonos las manos, nos las apretó con amor, susurrando "Todo va a estar bien, lo hemos logrado". Escuchamos risas apagadas, llantos de alegría, aplausos disimulados que salían en forma de susurros, estábamos realmente llenos de esperanza.

Pero nuestro viaje no había llegado a su fin. En realidad, cuando viajas a los Estados Unidos desde México no tienes que cruzar una, sino dos fronteras. Esto ocurre a lo largo de toda la frontera sur del país vecino; no solo está la frontera física que sale en los mapas, donde se encuentra un primer puesto fronterizo. Luego, al subir hacia el norte, ya en territorio estadounidense y a aproximadamente una hora de la primera aduana, encuentras otros puestos mucho más estrictos con agentes del país, la Border Patrol o Patrulla Fronteriza, revisándolo todo minuciosamente. ¿Y qué sucede con todas las poblaciones que quedan entre ambas fronteras? Estas ciudades se consideran una especie de "limbo", en ellas es donde viven más inmigrantes sin papeles; ciudades como McAllen, Harlingen o Brownsville, por mencionar algunas. Muchos mexicanos residen entre ambos países, con un pie en México y otro en Estados Unidos. Algunos incluso viven al norte de México y cruzan al país vecino para trabajar, cruzando de nuevo para regresar a casa al final del día.

Como decía, esa segunda frontera, la considerada la verdadera, es mucho más rigurosa. Es famoso el paso por Falfurrias, uno de los controles más temidos y conocidos, bien conocido por mi querido amigo Luis. Sin embargo nosotros, al haber ingresado por Nuevo Laredo, no pasamos por ese punto, sino que llegamos a otro a una hora de distancia hacia el norte, cerca de Encinal, en Texas. Ingenuos de nosotros, seguíamos manteniendo la tranquilidad y el silencio, pero algo más relajados. Pensábamos que el verdadero desafío había sido el primer control, en Nuevo Laredo, donde habíamos superado con éxito dos inspecciones. Pero de repente, el camión deceleró, empezaron las paradas frecuentes: nos hallábamos una vez más en una larga fila de vehículos a la espera de pasar por un nuevo control.

Un nuevo golpe seco resonó en la pared, señal de alerta para avisarnos; una nueva tanda de intentar mantener la respiración lo más calmada posible, hacerla casi inaudible, y volvernos invisibles ante el mundo. Tras unos minutos en los que el camión no se movía, durante los

que incluso el chofer paró el motor, percibimos movimiento y voces en la parte trasera.

Abrieron las puertas y una molesta ráfaga de luz se coló en el interior del camión. Habiendo estado tantas horas encerrados en plena oscuridad, era difícil acostumbrarse a la luz de nuevo. Y esa fue la vez que nos descubrieron. ¿Qué nos delató? Pudo haber sido solo una cosa, o una combinación de varias. Quizás fue por los perros entrenados que acompañan a los agentes fronterizos, capaces de olfatear nuestra presencia. O tal vez el simple llanto de uno de los niños, a pesar de los desesperados intentos de las madres por mantenerlos en silencio. Quizás fue el olor inconfundible a orina y heces, o fue la suma de todo ello. El caso es que apartaron las cajas y allí nos hallaron, apretujados y aterrados.

A partir de ahí todo se complicó, pensábamos que aquello era el fin. Nos introdujeron en furgones policiales y viajamos de nuevo apretujados, esta vez con luz pero sin tener ni idea de a dónde nos estaban llevando. Y a donde nos llevaron fue a uno de aquellos famosos centros de detención de inmigrantes, una de esas "hieleras", tal y como las conocemos los inmigrantes indocumentados.

Aquel sitio era insufrible, a nadie le gusta hablar de su paso por la "hielera", ya que la experiencia puede ser profundamente traumática. Pero aún más traumático para nosotras fueron los sucesos que se desataron a continuación.

En primer lugar, después de solo dos días allí, se llevaron a nuestra mamá, la deportaron de vuelta a México, dejándonos a mi hermana y a mí solas. Mi madre, siempre previsora y astuta, hizo la jugada de darles a las autoridades estadounidenses su información de soltera, no usó su apellido de casada, desligándose de nosotras en ese sentido. Así consiguió que la deportaran a ella sola, no a las tres. Y nosotras dos, al ser menores, fuimos reubicadas con nuestro papá. Todavía pasaría un largo tiempo antes de que mi mamá pudiera unirse a nosotros; solo cuando el COVID azotó a la población y los Estados Unidos necesitaban médicos y enfermeras, solo entonces facilitaron los trabajos para los profesionales de la salud como mi papá, fue entonces cuando ella pudo volver a nuestro lado.

La separación de nuestra mamá fue un golpe devastador. Pero otro golpe, inesperado, lo recibimos cuando todavía estábamos esperando en la hielera. Al cuarto día de estar allí, una noticia empezó a propagarse como la pólvora entre las mujeres que estábamos allí. ¿Y cuál era la noticia? Que un camión había sido encontrado aparcado en una estación de servicio en la ruta hacia San Antonio. Había estado allí dos días y parecía abandonado. Cuando abrieron las puertas, encontraron dentro a más de cuarenta personas muertas y otras tantas inconscientes, vencidas por el calor sofocante, la falta de ventilación y abandonadas a su suerte por los

coyotes. Era el otro camión, el que había partido al mismo tiempo que nosotros, en el que habían acabado aquellos dos hermanos y otras tantas personas cuyos rostros aún recuerdo. Fue cuestión de azar que ellos fueran en ese camión y nosotras en el otro. Ellos murieron, pero bien podríamos haber sido nosotras. Ser consciente de algo así, de lo cerca que estuvimos de la muerte, nos marcó profundamente.

CAPÍTULO V
San Marcos, Texas, año 2030

El ambiente está lo suficientemente oscuro como para que Luis no pueda percibir como le gustaría los detalles de la calle donde Brayan aparca. Al salir del vehículo, observa a su alrededor: es una típica calle de un complejo residencial americano, poco iluminado en la noche, en completo silencio solo interrumpido por algún ladrido lejano y sin rastro de vida activa a primera vista.

—Seguíme, Flaco.

Luis camina tras Brayan, que se dirige a la entrada de la casa de una planta dueña del espacio de estacionamiento donde ha aparcado. Dos pequeñas bicicletas les reciben tiradas sobre el césped; el interior de la vivienda se percibe totalmente a oscuras desde la calle. Entran intentando no hacer ruido, Brayan coloca con cuidado las llaves en el recibidor y enciende la luz. Ante ellos aparece una acogedora sala con dos amplios sofás enfrentando un televisor de plasma; una tenue luz procede de la derecha, filtrándose desde un pasaje que conduce a otra sala. Brayan sonríe, ya sabe el por qué de esa luz, y tomando a su amigo del hombro le hace un gesto para que le acompañe. La luz no es otra que la de la cocina, donde una laboriosa Emily se dedica a poner unos platos con comida en la mesa.

—Ya llegamos.

Sorprendida de tan sigilosos como han sido al entrar, sin ni siquiera darse cuenta de su presencia, Emily pega un pequeño salto.

—¡Ay, Diosito, qué susto!

Y enseguida, al reconocer a su viejo amigo de juventud allí de pie, se acerca apresurada hasta él y le envuelve en un fuerte abrazo.

—¡Ay, Flaco!

No lo puede evitar, siempre ha sido una sentimental, por lo que rompe a llorar, repitiendo el "ay, Flaco" una y otra vez, con los sollozos cada vez más altos, finalmente contagiándoles a ellos también, acabando los tres llorando y abrazados.

La casa de Brayan y Emily huele a tacos calientes, a colonia infantil, a frescura de flores de interior, a calidez y amor; huele a hogar. Sentados los tres alrededor de la mesa de la cocina, Emily está empeñada en que Luis cene algo. Así que no solo ha cocinado unos deliciosos tacos al pastor, sino que le ha recalentado un plato de pozole que había sobrado de la comida, todo ello acompañado por una cerveza Coronita bien fría, con rodaja de limón incluida. Luis no se

puede negar, no puede hacerle el feo a su querida amiga, y más teniendo que competir con Brayan, que en menos de cinco minutos se mete entre pecho y espalda un plato entero de pozole y se levanta para rellenarlo bajo la mirada desaprobatoria de su mujer:

—¡Brayan, calmate, güey! ¡El que tiene que comer es Luis, tú ya cenaste antes!

—Colocho, no sé cómo seguís tan flaco con lo que comés —bromea su amigo.

—Pues porque soy bien largo, ¿no ves? ¡Te saco una cabeza! ¡Tengo que alimentar este *cuerote*[66]!

Los tres rompen a reír. Luis los observa, en especial a ella, Emily, una mujer que en su juventud era menuda, bajita y delgadita, ahora algo más redondita por los años y la maternidad. Y mentalmente le da gracias a Dios por estar allí, en aquella casita de una planta y decoración austera, sin excesos, con lo suficiente para que sus amigos vivan bien. Pero sobre todo, da gracias porque percibe el cómo se miran, si cabe aún más enamorados de lo que estaban en la juventud; un amor que ha ido aumentando con los años, cambiando, evolucionando, de la pasión e ilusión del amor juvenil a la estabilidad y compañía del amor algo más maduro.

—Me alegra tanto verlos tan bien —les comenta Luis con cariño—, es tan bonito ver que todo les ha salido bien, que siguen juntos y han formado una familia.

—No ha sido fácil —sentencia Brayan, sorprendiendo a Luis con ello—. Cuando nos casamos me costó conseguir la residencia, tuvimos que esperar casi dos años.

—No recordaba que tuvieras que esperar tanto tiempo.

—Los de inmigración pensaban que éramos un matrimonio de conveniencia, ¿puedes creer? —le explica Emily disgustada, negando mientras cierra los labios y los aprieta, ofuscada—. Siempre es lo mismo con ellos, parece que van tras los que de veras no hemos hecho nada malo, los que venimos de forma honrada y nos casamos por amor.

—Y luego llegan otros con un buen puñado de dólares y lo consiguen todo bien rápido. ¡Pero que te voy a decir a vos, Flaco□ Vos sabés perfectamente de lo que estamos hablando.

Y Luis asiente, ¡claro que lo sabe□ Ha experimentado en sus propias carnes el sentir que no era nadie lo suficientemente importante, con el suficiente dinero o con los contactos necesarios como para importarle a alguien en el país de los sueños.

—Nos vendieron venir acá como el gran sueño, la gran oportunidad, pero para la mayoría de nosotros fue una pesadilla. Por eso me alegra tanto de ver que lo lograron, porque lo merecían.

Brayan se queda con una frase en los labios, un “tú también lo

merecías, amigo”, pero no lo dice. Porque Luis lo sabe, Emily lo sabe, todos ellos lo saben; pero Luis corrió una suerte bien distinta. Y el verbalizarlo puede llevar a que Luis se entristezca al recordar cosas que seguro que prefiere no rememorar.

—¿Y cuál es el plan mañana? —le pregunta Emily para cambiar el tema.

—Mañana voy para Austin a empezar la búsqueda.

—Iremos —le corta Brayan—, yo pienso ir con vos.

—¿Y el trabajo?

—Ah, Flaco, ya pedí unos días libres. Lo planeé para no dejar solo a mi carnal—y adelanta su botellín de cerveza para brindar con él—. Contigo siempre, hermano.

Luis sonríe y alza su vaso, brindando con él, girándose después hacia Emily, que brinda con ellos. Brindan por el reencuentro, por el apoyo incondicional a lo largo de los años, el “hoy por ti, mañana por mí”, un juntos para siempre. El “siempre a tu lado”.

LA HIELERA
Noviembre 2018

—Aquí se quedan, busquen un sitio. Ya vendremos a buscarlos.

El primer lugar al que nos llevaron, tras el pertinente interrogatorio donde nos preguntaron nuestros nombres, apellidos, edad, país y ciudad de origen, además de pedirnos todos los documentos que lleváramos encima y los datos de nuestros parientes en el país (si los teníamos), fue "la hielera".

El propio nombre lo dice todo. Un cuarto, apenas una habitación, donde hombres y jóvenes se amontonaban sin espacio humano para respirar, y con una temperatura tan baja que era imposible no tiritar. Nuestra hielera era bien pequeña, apenas treinta metros cuadrados, una sala en forma rectangular y sin ningún tipo de mueble en ella: ni sillas, ni camas, ni siquiera colchonetas en el suelo. Nada. Solo personas, personas hacinadas, era casi imposible moverse. Existen numerosas hieleras a lo largo de la frontera, algunas grandes como gimnasios de colegio; pero cuanto más grandes, más personas, lo que significaba que más espacio no era sinónimo de mayor comodidad.

Al llegar, nos dieron una especie de cobijita térmica para el frío, una cobija delgadita de aluminio que poco ayudaba. Porque realmente el frío en aquel sitio era demasiado, inhumano, y más acabando de cruzar el río y llevando ropa mojada. No nos dieron ropa seca, nunca lo hacían, había que aguantar con la que traías puesta. Las autoridades, tiempo después, cuando salieron a relucir las condiciones en las que tenían a los migrantes allí, negaban que la temperatura en las hieleras fuese excesivamente baja. Pero puedo asegurar por propia experiencia que así era, y al parecer lo hacían por una razón "de salud", aunque lo negaran: querían evitar la proliferación de bacterias, y con ello, de enfermedades.

Pero aquello era insoportable. Durante la semana que estuve allí, recuerdo frío constante. Me viene a la memoria el estar hablando con un joven cuyos labios estaban amoratados y cortados por el frío, y mientras conversábamos fui testigo de cómo su labio inferior se cuarteó totalmente, abriéndose, comenzando a sangrar de manera escandalosa, un chorro de sangre roja resbalando por gravedad. Él al principio ni se dio cuenta por tener los labios adormecidos, hasta que se los tocó con los dedos al sentir el calor de su propia sangre cayendo por su barbilla.

Era así, un frío polar que te adormecía las extremidades del

cuerpo. Muchas personas caían enfermas por la ropa húmeda, el frío y la falta de fuerzas por el hambre. Nos daban de comer una sola vez al día; solo dos veces en aquellas dos semanas, en dos días al azar y sin saber muy bien por qué, nos dieron una ración por la mañana y otra por la tarde.

Aparte, estaba la falta de espacio. Cuando entramos allí, no había sitio para nosotros. Los hombres allí confinados estaban sentados o recostados en el suelo, unos encima de otros, sin espacio vital siquiera para tomar aire. No había ni un resquicio, ni un mísero hueco para que ocupáramos. Tuvimos que quedarnos los tres de pie apoyados en la pared sin poder movernos, colocándonos aquellas ridículas cobijas térmicas por encima, sin saber qué más podíamos hacer, ni cuánto tiempo tendríamos que estar así. Me quedé dormido, mis ojos se cerraron inevitablemente por el agotamiento, dando de bruces contra un señor acostado en el suelo. Se enojó, ya que lo desperté, pero enseguida entendió la situación: éramos nuevos y no teníamos dónde colocarnos. Se sentó haciéndose a un lado y compartió su espacio para que, al menos, no estuviésemos de pie y pudiéramos sentarnos.

Aquellos días se hicieron interminables. Allí no había nada que hacer, sólo esperar y esperar. Pudimos, eso sí, conocer a muchas personas, escuchar sus historias, sus dramas personales. Pero las horas del reloj se hacen muy pesadas y lentas cuando no tienes nada con qué entretenerte. Además, las luces estaban encendidas las veinticuatro horas del día, lo que hacía más difícil para nosotros el controlar el paso del tiempo, perdiendo la noción; es como si nos hubiésemos quedado allí atrapados, congelados en aquel lapso de espacio y tiempo, pausados de la vida.

Nuestras ropas terminaron secándose, aunque tardaron más de un día en hacerlo. Yo me sentía sucio, todos lo estábamos; aquella sala olía a mil demonios, hubiese dado lo que sea por poder darme un buen baño. En toda la semana que estuvimos en "la hielera” no me dejaron lavarme ni una sola vez. Por lo que nos contaron, a algunos sí los dejaban, a los que llevaban allí como medio mes, pero eso sí, luego colocándose de vuelta su ropa sucia. Nosotros no estuvimos tanto tiempo como para tener esa suerte.

Durante aquella eterna semana que estuvimos allá no supimos nada de nuestra madre y nuestra hermana. Les preguntábamos a los guardias, pero decían que ellos no trabajaban en el pabellón de las mujeres, que no sabían nada de lo que allí ocurría. Fue un sinvivir porque nosotros mismos lo pasamos bastante mal con aquel frío que se nos metía en los huesos, sin casi comer, sucios, la sala oliendo a humanidad por todas partes, y sin casi espacio para movernos o descansar.

Parece ser que para ellas también fue un tanto de lo mismo. Según contó mi mamá tiempo después, las llevaron a una sala, quizás algo más grande que la nuestra, pero estaban igual de apretadas, sin espacio. Tampoco las dejaban bañarse, tampoco comían apenas. Pero en el recinto de mujeres había una serie de peculiaridades que los hombres no sufríamos y que hacían que su estancia fuera todavía peor que la nuestra.

Quiso la casualidad que ni mi madre ni mi hermana tuviesen el periodo en los días que estuvieron allí. Porque, al parecer, solo les daban una toallita higiénica al día, y en ningún momento las dejaban bañarse. Yo no soy mujer, no sé muy bien cuántas toallitas necesita una mujer al día, pero mi mamá me explicó que cuando una mujer está al principio de su periodo, a veces mancha mucho y necesita cambiarse varias veces al día. "En un recinto tan chiquito como aquel, con casi cien mujeres, aparte los niños, el olor a periodo y a pañales cargados de excrementos y meados, hacían el aire casi irrespirable". Y a mi cabeza sólo venía una pregunta, ¿por qué simplemente no nos dejaban lavarnos?

Y como digo, para las mujeres todavía aquello era más duro porque los niños muy pequeños y los bebés se quedaban allí con ellas, con sus madres, pero no así los niños a partir de cierta edad. Eso era algo más que inhumano, cuando los niños a partir de seis años eran llevados a pabellones sin ninguno de sus padres. En donde yo estuve nos metieron a un güirro, Tomás, que apenas tenía ocho años. Acurrucado en una esquina, temblaba de miedo y de frío. Lloraba sin parar llamando a su mamá entre susurros. Llegó unos días después que nosotros, y cuando nos marchamos, allá se quedó. Había otros niños en nuestro pabellón, pero ese chiquito me partió el alma, lloraba como si estuviese solo en una habitación, sin compañía, ajeno a los que le rodeábamos. Otros chicos, viéndose rodeados de jóvenes y hombres, fingían ser fuertes, mucho más de lo que en realidad se sentían. Pero no así aquel güirro, él lloraba con el mismo dolor que el resto de nosotros sentíamos por dentro por haber sido separados de nuestros familiares.

A los bebés sí que les dejaban quedarse con sus madres. Aquello convertía a esas mujeres en vividoras en sus carnes de un verdadero calvario. Con suerte, algunos de los bebés todavía mamaban y las madres no tenían que preocuparse de su alimento. Pero los que ya masticaban pasaban verdadera hambruna, sus madres les cedían sus propias raciones para que ellos no desfallecieran, consiguiendo, de esa manera, debilitarse ellas mismas.

A pesar de ser tan pequeños y de llegar con ropa mojada, tampoco les daban una muda. Las madres solo recibían una de esas cobijas térmicas prácticamente inútiles ante aquella situación. Mi

mamá nos contó que varios de aquellos bebés cayeron enfermos, sus pequeños cuerpos sin defensas totalmente formadas no eran capaces de soportar la humedad de su ropita sobre su piel. Me contó de mujeres que incluso se quitaban su ropa, quedándose con lo mínimo, para calentar con ellas los cuerpecitos de sus bebés, mientras sus labios tiritaban, cayendo muchas de ellas enfermas junto con sus hijos.

¿Y pañales? Algo que es tan necesario para un chiquitín…debían rogar a los guardias, ya que solo les daban uno por día. Y que a los niños no se les ocurriera llorar y molestar, porque entonces bajaban más aún la temperatura como castigo. O sea, torturarles frente a algo que no se puede controlar, el llanto de un bebé, amenizado por los estómagos vacíos y el frío.

Uno de aquellos bebés murió allá mismo, mi mamá lo contaba con lágrimas en los ojos. Decía que era *güerito*[67], piel y cabellos claritos y debía tener como año y medio. Cuando mi mamá y mi hermana llegaron allí, su madre, una chava joven de apenas dieciocho años, ya estaba allí con él. Mi mamá hablaba de sus ojos, grandes, llorosos aunque no lloraba, su madre con él en brazos, la cobija térmica sobre él doblada en varios pliegues, intentando así calentarle más. Según mi madre, la chica le pareció demasiado joven, le preguntó y efectivamente, era su primer hijo. Y mi madre se dio cuenta en seguida, por la mirada turbia del bebé, por su falta de energía para llorar, por sus mejillas enrojecidas, que estaba realmente muy enfermo. A pesar de tener la ropa todavía mojada, mi mamá le ofreció a la chava su cobija, lo que la joven agradeció. Y pasaron las horas, y la chica mecía en un vaivén nervioso a su criatura, intentando reconfortarle, aunque su llanto era inexistente.

Entonces, en un momento dado, el bebé puso sus ojos en blanco, su cabecita cayó hacia un lado, su pequeño cuello perdiendo totalmente las fuerzas para sujetarla, perdiendo el sentido. La joven madre empezó a llorar desesperada, y mi mamá, bien brava, se levantó, pasando a empujones, incluso pisando a más de una de las mujeres recostadas o sentadas en el suelo, yendo directa hasta los guardias. Enojada, les gritó que necesitaban un médico, que había un bebé muy grave, que había que llevarlo a un hospital. Aquellos hombres reaccionaron burlándose de ella, lo que la enojó aún más. Había una especie de valla metálica entre ellos, si no, sé que mi madre les habría dado un buen *putazo*[68]. Pero no podía, así que se puso a gritarles, a decirles de todo, lo inhumano que era aquello, que los niños no tenían la culpa de nada.

—Que no lo hubiera traído —le soltó uno de aquellos guardas—. Así, para otra vez, se lo piensan antes de poner la vida de un hijo en peligro.

—¡Sólo buscamos un futuro mejor! —gritó mi mamá,

consiguiendo con ello que varias mujeres se acercaran a la valla y se unieran a sus quejas—. ¡Somos seres humanos, tenemos derechos!

—Acá ustedes no valen nada, ¿es que aún no se han dado cuenta? Son delincuentes, ilegales, y como ello se les trata.

Con aquella última frase, consiguió que aún más mujeres se unieran a la protesta, algunas les lanzaron restos de comida a los guardias a través de los huecos de la valla. Y ellos, muy tranquilos, respondieron con el arma que tenían totalmente bajo su control: bajaron aún más la temperatura de la sala.

El chiquito dejó de respirar unas horas después. En aquel momento, sobre el regazo de su mamá, estaba envuelto de cabeza a pies con cobijas que algunas de esas mujeres le habían prestado, que además le ofrecieron a la madre sus raciones de comida, por si el bebé despertaba con hambre. Pero el peque no estaba dormido, sino inconsciente. Y estando allí, acurrucado en los brazos de su mamá, tuvo un brusco espasmo y ya no volvió a respirar.

Mi mamá cuenta que jamás había escuchado un grito de dolor puro hasta aquel momento, el grito que salió de la garganta de aquella joven, el grito de un alma desgarrada, rota, el grito de alguien que muere en vida. "Parecía un niño Jesús", decía mi mamá, "su cuerpecito totalmente envuelto en cobijas plateadas, ni siquiera se veían sus manitas, sólo asomaba su carita". Por supuesto, aquella mujer perdió totalmente la cordura. Su llanto se contagió a sus compañeras de prisión, los guardias tuvieron que llevársela a la fuerza, mientras su cuerpo inerte luchaba por soltarse de sus manos, parecía que solo quería caer al suelo y morir allí mismo. "Nunca supimos qué pasó con ella, ni qué hicieron con el bebé".

Estoy casi seguro de que fueron siete los días que pasamos dentro de "la hielera", aunque no podría poner la mano en el fuego para asegurarlo. Lo irónico era que, legalmente, una persona solo puede permanecer en un centro de detención del ICE, o el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas, un máximo de setenta y dos horas. Yo puedo asegurar que, en nuestro caso y en el de otros, no fue así. Siete días, o seis, u ocho...no lo puedo asegurar. Era muy difícil calcular el paso del tiempo cuando estás en una habitación sin ventanas e iluminada veinticuatro horas, alterando así los ciclos de sueño de las personas, dejándonos desconcertados y sin referencias, una especie de tortura camuflada. Todo era justificable si les preguntaban a las autoridades: el frío insoportable, que según ellos no lo era tanto, para "evitar bacterias". La luz constante, "por seguridad", para poder ver en cualquier momento lo que hacíamos los allí hacinados. ¿Y qué se supone que íbamos a hacer? No teníamos nada, no había pertenencias de ningún tipo, nuestra ropa estaba sucia y

apestaba, lo único que podíamos hacer era platicar entre nosotros para no volvernos locos.

Esos días los lazos de unión con Brayan se estrecharon más todavía. Mi carnal siempre buscaba cómo distraerme de cualquier manera que se le ocurriese para que no perdiera la cordura rompiéndome la sesera pensando dónde estarían mi mamá y María. Fue entre aquellas paredes donde más asomó el verdadero Brayan, cuando surgió el chico hablador y divertido, bromista y gracioso que nos hacía reír a carcajadas. Nos contó tantas anécdotas, tantas historias en las que él, de alguna manera, había formado parte, que salimos de allá sintiendo que lo conocíamos de toda la vida, como si fuese uno más de la familia. Sabíamos de él hasta sus mayores secretos, a cambio yo le abrí mi alma y también le confesé los míos.

Llegó el día en que vinieron a buscarnos. Allí estábamos los tres, sentados juntos, cuando uno de los guardas abrió la puerta y desde ella nos nombró: Luis y Raúl Mendoza, de quince y diecisiete años, de El Progreso, en Honduras. Habían conseguido verificar nuestra identidad, así que, ¡qué suerte la nuestra!, pasábamos a la siguiente fase: “la perrera”. Nos levantamos al momento mientras Brayan nos observaba descolocado, sin saber qué hacer. En eso se puso de pie, se acercó al guarda y se atrevió a preguntarle:

—¿Y yo qué? Me llamo Brayan Cortés.

El bato simplemente negó con la cabeza, no se molestó siquiera en contestarle de palabra.

—Tranquilo, vos —intenté calmarle—, ya sabes lo que nos han dicho, ahora nos llevan a la "perrera", seguro que allá te vemos.

Es lo que nos habían explicado unos hombres con los que estuvimos platicando durante esos días allí encerrados. Lo que seguía era "la perrera", el paso previo a que nos llevaran a alguna casa de acogida o a la deportación, según cada caso.

¿Y qué puedo decir de "la perrera" que no indique ya su propio nombre? Jaulas para humanos, no hay otro calificativo. Algunos podrían decir que era una mejora con respecto al paso anterior ya que allí teníamos más espacio. Aquello era como una gran cancha de deportes que se dividía en secciones por vallas metálicas como las que se encuentran en las perreras, y de ahí el nombre. Teóricamente no separan a los padres de los niños menores de seis años. Pero, ¿puede alguien explicarme en qué alma cabe el que a un niño de siete años se le pueda separar de su familia? El trauma y el miedo deben quedarse de por vida, como marcado a fuego en el pecho.

En la perrera éramos puros güirros, los menores de edad a los que no se podía mandar de regreso y que había que colocar en algún lugar, algo había que hacer con nosotros. A Raúl y a mí nos metieron con un grupo de adolescentes, en otras secciones veíamos chicas, los chiquitos estaban juntos en otras…todavía éramos separados por género y edad. Pero, en definitiva, era un tanto de lo mismo, ya que nos seguíamos sintiendo prisioneros, esta vez tras rejas de metal. Eran jaulas cerradas con cadenas, nosotros sobre el suelo con esas cobijas y, al igual que en la hielera, las luces siempre encendidas.

Solo estuvimos ahí un par de días, y las condiciones básicas eran las mismas que en la hielera: demasiadas personas para los pocos metros cuadrados que había entre aquellas rejas. Éramos siete en un espacio de unos doce metros cuadrados, todos jóvenes hondureños con el mismo perfil básico: jóvenes que nos habíamos unido a la caravana para escapar de la pobreza y la violencia. Algunos habían venido solos, otros con sus familias, y como nos había ocurrido a nosotros, los habían separado y no habían vuelto a saber nada del resto.

Pasé el primer día allí metido muy estresado, ya no porque no sabía qué iba a pasar con nosotros, ni con María y mi mamá, sino porque andaba preocupado por Brayan, que se había quedado atrás. Echaba de menos a mi compadre, sentía su falta como hubiese sentido el que me separasen de Raúl. Pero el segundo día reapareció, lo trajeron hasta "la perrera" una vez comprobaron sus datos. Lo vimos entrar nervioso, saludándonos con la mano. Yo le llamaba, gritaba su

nombre pensando que así los guardias lo traerían con nosotros a la misma jaula, pero no fue así. Quedamos separados varios metros, en jaulas distintas, pero mantuvimos el contacto visual constante y la comunicación aunque fuese a gritos, ya que habíamos pasado el uno a ser parte de la existencia del otro, nos necesitábamos en nuestras vidas.

Estuvimos un par de días en la "perrera". No nos pareció tan malo, aunque metido en aquella jaula te sientes insignificante, como un chucho al que nadie quiere, al que hay que dar de comer y beber porque así lo manda la ley, pero realmente poco les importaba que muriésemos allí mismo. Al menos estábamos juntos, no me separaron ni de mi hermano ni del Colocho. Dentro de la soledad y el vacío que se siente estando en ese lugar, al menos nos teníamos los unos a los otros.

Al tercer día, de buena mañana, nos dijeron que nos llevaban a una casa hogar, una especie de albergue donde podríamos estar con cama y comida mientras localizaban a nuestras familias. Aquello sonaba a gloria después de haber estado más de una semana metidos en aquel edificio sin poder ver la luz del sol. Además, dentro de lo que cabe, íbamos a tener suerte, ya que nos tocaba en una casa de acogida en el mismo Austin, cerca de nuestro destino final. Y además íbamos los tres juntos, el Colocho tenía el mismo destino que nosotros. A otros compañeros les tocó en Houston, en Dallas, incluso recuerdo un chico al que le tocó ir hasta Miami, a pesar de que su tía vivía en San Antonio. Quizás simplemente fue un error, pero allá lo mandaron, justificándolo con la falta de espacio en los albergues más cercanos. Éramos muchos, nos repartían sin tener en cuenta lo que les dijésemos sobre nuestras familias que ya vivían allí. Nos dimos cuenta más tarde que eso lo toman en cuenta una vez estás en el albergue, no antes.

Antes de dejar aquel sitio definitivamente, por enésima vez preguntamos por mi mamá y mi hermana. Lo hicimos en innumerables ocasiones mientras estuvimos en la hielera, después en la perrera. Pero nadie nos decía nada. Y no fue hasta el día en que íbamos a dejar todo aquello atrás cuando nos dijeron que las habían deportado de vuelta a Honduras hacía una semana. Una semana. Hacía una semana que las habían montado en un avión, junto con muchos otros, de vuelta al punto de partida. Se nos cayó el mundo encima al enterarnos, yo me tuve que sentar en el suelo porque mi cuerpo se venció ante la mala noticia, perdiendo todas las fuerzas que me mantenían en pie. Se habían ido, nos habíamos quedado solos en aquel país, sin nuestra querida mamá, sin nuestra hermana... tanto esfuerzo, tanto tiempo, dinero y sufrimiento, para que al final rompiesen nuestra familia de aquella cruel manera. Y lo más duro fue el pensar que ambas habían

sufrido vejaciones hasta lo inimaginable para nada. El mundo era injusto y nos castigaba.

La noticia de que nos llevaban a la casa hogar se vio así enturbiada al enterarnos de la deportación de María y nuestra mamá. Pasamos horas sin levantar cabeza, tanto Raúl como yo, sin querer hablar. Yo me sentí como si alguien tuviese mi corazón entre sus manos y apretase, la tristeza que sentí llegó a desarrollar en mí dolor físico, por extraño que suene.

Al llegar el día en sí salimos de allí con el alma en los pies, desesperanzados y tristes. Nos sacaron del centro de detención por una puerta lateral, éramos diez los que íbamos a ser transportados hasta el albergue en Austin. Y el mazazo que recibes una vez sales a la calle, recibiendo la luz natural del sol de golpe, como si hubieses estado escondido en un agujero oscuro por meses, es más fuerte de lo que esperábamos. El día era espléndido, un cielo despejado de nubes y el sol en lo alto, refulgente, llenándolo todo con su luz.

Nos montaron en una troca, esta vez con ventanas para ver el paisaje, y nos pusimos en camino.

—¿Cuánto falta pa´ llegar? —se atrevió a preguntar uno de los chavos a los guardias que nos custodiaban. Eran tres, todos uniformados y con cara de pocos amigos. Pero uno de ellos tuvo la amabilidad de responderle, y además, en perfecto español.

—Desde acá se tarda un poco más de dos horas hasta Austin.

Estábamos en Pearsall, en el Centro de Detención del Sur de Texas. En ese momento no sabía dónde estaba, no conocía ni Texas ni nada que tuviese que ver con ella. Mi único interés hasta ese momento había sido el informarme sobre las ciudades fronterizas con México, para tener una idea del terreno por donde andábamos, y dónde estaba Austin, mi destino final. Lo demás lo descubrí después, cuando tiempo adelante me dediqué, con ayuda de un mapa, a checar el recorrido que había hecho.

Tuve la suerte de sentarme junto a la ventanilla, con Brayan a mi lado y Raúl junto a él. El viaje fue algo largo, todo por autovía y prácticamente en línea recta. Y cuando llegamos al sur de Austin, aquella ciudad con aquel hermoso río que cruzamos a través del puente, cuando vimos aquel centro de ciudad con edificios altos con paredes de espejo, los estadios deportivos, la universidad, los complejos residenciales…me enamoré de aquello. ¡Era tan diferente al lugar de dónde veníamos! Lo que vimos en el viaje fue una migaja de lo que más tarde descubriríamos a pie, pero aquella primera impresión al ver aquellas anchas calles, aquellos verdes parques, los edificios, la seguridad con la que la gente caminaba por la calle, la falta de pobreza a primera vista, que en nuestra ciudad de origen podías

encontrar a cada esquina, todo eso fue una chispa de esperanza, una punzada de alegría en el pecho. Por primera vez en tantas semanas, en tantos días de sufrimiento, pensé que quizás había valido la pena el esfuerzo.

Estuvimos en la casa hogar durante más de un mes. En comparación con todo lo anterior, nos pareció el cielo. Cada uno de nosotros disponía de una cama individual con sábanas limpias en una habitación compartida. La nuestra tenía cinco camas, era una habitación pequeña sin espacio para mucho más, pero poco nos importaba. Hasta agradecíamos el estar juntos en la noche, cuando venían a visitarnos en sueños las pesadillas que nos recordaban lo que habíamos vivido. Se agradecía el tener a tu hermano y a tu carnal en las camas vecinas cuando te despertabas llorando o gritando, ellos me regresaban a la realidad y me recordaban que todo estaba bien.

Lo mejor de aquel sitio eran las personas que trabajaban allí, casi todas ellas con verdadera vocación de ayudar. En cuanto llegamos nos pudimos lavar y cambiar de ropa y nos dieron mudas de repuesto. Podíamos ducharnos una vez al día y nos daban tres comidas. Pero aparte de esto, llevábamos una vida solitaria y sin ningún tipo de aliciente. Cuando nos hablaban no entendíamos nada. Comenzaron a darnos unas mínimas clases de inglés, de un nivel básico, muy bajo. Lo intentábamos, pero nos costaba. Lo único que teníamos en nuestra cabeza era el salir de allí, el irnos con nuestras familias de una vez por todas, pero parecía que eso nunca llegaba.

El proceso de ser detenido por los de inmigración se asemeja con un descenso al mismo infierno, pasando después de ese infierno a otro menos doloroso y de ahí a esa especie de purgatorio. En ese limbo no estás mal pero no estás bien, sin saber cuánto durarás allí, si finalmente tu familiar, en nuestro caso nuestro tío, vendrá a recogerte. Eso era la casa hogar, un limbo donde tienes que estar agradecido: estás sobreviviendo (que no es lo mismo que viviendo) en un país que se está ocupando de ti y que no te manda de vuelta a tu país de origen. Pero, por otra parte, no sabes qué va a pasar contigo. ¿Realmente estaban haciendo algo por encontrar a mi tío? ¿O simplemente hacían tiempo hasta que cumpliéramos la mayoría de edad y así poder deportarnos? Yo no entendía la tardanza. Les habíamos dado sus datos, hasta la dirección, y Brayan había hecho lo mismo con respecto a los datos de su hermano. Yo estaba seguro de que mi tío estaba dispuesto a ocuparse de nosotros, que en cuanto le llamaran, vendría a recogernos. Pero entonces, ¿qué pasaba? Burocracia. Estaban tan saturados, el sistema era tan malo, que se les acumulaban los casos.

Quizás, una vez con el caso entre las manos, podían solucionar la situación en apenas un pocos días. Y es que ese no era el problema; el problema era la acumulación de casos y la falta de personal. Por eso existía el paso intermedio de la casa de acogida o casa hogar, donde nos colocaban unas semanas hasta reubicarnos, para no estar todo ese tiempo entre las vallas metálicas de ”la perrera”. El paso por aquel centro era más delicado de lo que parecía a primera vista. No solo nos hacían revisiones médicas y psicológicas para ver que estábamos en condiciones, sino que el aceptar a nuestros familiares como las personas que se iban a encargar de nosotros no era tan fácil. Los estudiaban de arriba abajo, sus informes, si existía pasado criminal, dónde vivían, dónde trabajaban...todo era analizado, evaluado y tenía que pasar no solo por la persona que llevaba nuestro caso, sino que después también tenía que ser dado por bueno por una especie de coordinador y, por último, ser aprobado por los federales. Toda una aventura, vamos. De ahí el tener que estar allí metidos más de un mes. Por eso tuvimos que esperar tanto.

Brayan se marchó antes que nosotros. Siendo solo uno, su caso se resolvió antes. También lo facilitó el hecho de que su hermano vivía apenas a quince minutos de donde estaba el albergue. Su hermano, Wilson, había aparecido por allí varias veces para intentar agilizar las cosas, aunque no le habían dejado ver a Brayan hasta que todo se hubiese aprobado. Así que cuando le avisaron una mañana de que su caso estaba resuelto y que al día siguiente su hermano iría a recogerle, no pudo ponerse más nervioso. Se pasó el día en silencio y andando de acá para allá sin parar, recorriendo el centro una y otra vez mientras le daba vueltas a su cabeza, yo acompañándole en todo momento para tranquilizarle y darle ánimos.

Los nervios de Brayan estaban más que justificados. Hacía ocho años que no veía a su hermano, la última vez que lo vio apenas tenía siete, sus recuerdos eran difusos y no estaba seguro de que su hermano se alegrase de tener que hacerse cargo de él. Su hermano ya tenía esposa y un hijo, el que Brayan tuviese que meterse en la casa con ellos era algo que no toda persona estaría dispuesta a aceptar, aquello trastocaba enormemente la vida familiar a la que estarían acostumbrados.

Por suerte, Brayan no pudo estar más equivocado. El día que se marchó le estuvimos haciendo compañía en la habitación, él sentado sobre su cama con una mochila con sus pocas pertenencias, nosotros en la cama de enfrente hablándole de tonterías para distraerle. Escuchamos voces que procedían del pasillo, una voz masculina y otra femenina, no entendíamos lo que decían porque hablaban en inglés. Su sonido cada vez era más nítido, mientras los ojos de Brayan se

abrieron desorbitados mirando en dirección a la puerta: había distinguido la voz de Wilson.

Y cuando Wilson apareció, acompañado por una de las mujeres que trabajaba en el albergue, cuando Brayan se pudo de pie y ambos hermanos se quedaron frente a frente, cara a cara, mi querido Colocho ya habiéndole alcanzado en altura, se abrazaron con tal fuerza mientras lloraban que parecía que iban a romperse las espaldas. Fue muy emotivo el reencuentro entre los hermanos.

Brayan se marchó con su hermano, que nos apuntó su número de celular para que, en cuanto saliésemos de allí, pudiésemos contactar con él. Y aquello ocurriría más pronto que tarde, porque el Colocho ya era familia para nosotros, habíamos pasado demasiadas cosas, experiencias demasiado traumáticas como para seguir con la vida por separado. Brayan se había convertido en mi otro hermano, el de alma.

Segunda Parte

LOS SUEÑOS ROTOS

CAPÍTULO VI
San Marcos, año 2030

Cuando entreabre los ojos de buena mañana, Luis se siente desubicado por unos segundos. Es ese extraño momento en el que, todavía no habiendo despertado completamente a la realidad, navegando por el limbo entre los sueños y el estar despierto, estira el brazo derecho en busca de la calidez del cuerpo de Andrea. Pero no lo encuentra, sino que se topa con una pared que no debería estar ahí. Con los ojos cerrados frunce el ceño, y poco a poco toma conciencia de dónde está.

Sí, está en casa de Brayan y Emily. La habitación que toma forma ante él una vez su visión borrosa se restaura, es una pequeña sala con una cama individual y una ventana con las cortinas descorridas que dejan a la luz de la mañana invadir la habitación. Con un pequeño escritorio en el otro extremo, no hay espacio para mucho más. Luis sonríe, está rodeado por posters de Spiderman decorando las paredes. En una de las esquinas hay una enorme caja a rebosar de juguetes y la colorida ropa infantil que asoma por el armario medio abierto desvela que está en la habitación del hijo de la pareja.

No aguanta mucho en la cama, su reloj le deja saber que son las ocho. Podría dormir un rato más, pero le pueden más las ganas de ponerse en marcha, no tiene ni un segundo que perder. Se levanta y sale al corto pasillo que desemboca en la sala de estar y la cocina anexa, escuchando voces que proceden de allí. Al acercarse, distingue risas infantiles y a Brayan bromeando con sus hijos, mientras Emily prepara el desayuno ya vestida con su uniforme de enfermera: toda una estampa de familia feliz tomando el desayuno.

—Buenos días a todos.

—¡Flaco, buenos días! —se levanta Brayan enseguida para recibir a su amigo con una palmada en el hombro.

Un pequeño niño de unos seis años, una especie de Brayan en miniatura, con los mismos rizos oscuros y ojos chispeantes que su padre, se le acerca y se abraza a sus piernas, a lo que Luis responde de forma cariñosa primero atusándole el pelo, para cogerlo en brazos a continuación.

—Hola, tío Luis —le sonríe enseñándole sus pequeños dientes tras una simpática cara de hermosas mejillas.

—¡Hey, Wilson! ¡Por fin nos vemos cara a cara!

—Y aquí está la chiquita Nayeli —bromea Emily, apartándose un poco para mostrarle a la pequeña de apenas tres años que tímidamente se esconde tras sus piernas.

—Está asustada, Flaco, porque sos bien feo.

El pequeño Wilson estalla en carcajadas al escuchar la broma de su padre mientras mira divertido a Luis, a la vez que este le hace cosquillas.

—¿Te estás burlando de mí?

Mientras Luis ataca a Wilson con las cosquillas, la pequeña asoma sus ojitos entre las piernas de su madre, sonriendo y, poco a poco, perdiendo la timidez.

—¿Quieres un cafecito, Luis? —le pregunta Emily ya dirigiéndose a la cafetera.

—Sí, por favor.

—¿Y para comer? ¿Unos tacos?

—No, nada, de verdad, no puedo...

—Ay vos... —se queja Brayan—, por eso siempre serás el Flaco.

—Es que ando nervioso. Ya quiero arrancar.

—Tranquilo, vení, sentate acá —le pide su amigo poniéndose algo serio, sentándose a su lado, mientras Emily se coloca frente a ellos con los antebrazos apoyados en la mesa—. Vamos con calma, paso a paso. Decime, ¿qué tenés planeado para hoy?

—Hoy voy a pasar por la casa donde Daniela vivía con su padre.

—¿A la casa de Daniela? ¿Vos pensás que después de diez años todavía viven allá?

—No sé, vos. Estuve buscando en internet, tratando de ver si encontraba algo sobre la familia, pero ni modo, no encontré nada. Pero por algún sitio tengo que empezar...

—Si querés, podemos llevar juntos a los chicos a la escuela y, de ahí vamos para Austin.

—¡Ah, qué bien! —añade Emily, pensando que así le ahorran el viaje a ella—. Me viene perfecto, así me voy derechita al hospital.

—¿Estamos de acuerdo entonces, Flaco? —Brayan le pregunta para cerciorarse.

Aquel hombre, ese tipo alto y desgarbado que comía como si tres personas habitasen en su cuerpo, aquel hombre era todo corazón. Luis no podía estar más agradecido por tener a este hermano de alma, siempre dispuesto a lo que fuese por ayudarle.

—Si vos querés que vayamos a llevar a los chavos a la escuela, por mí perfecto. ¡Así me da tiempo a hacerme amigo de Nayeli!

Y la niña, al escuchar su nombre, se sofoca y, sonriendo divertida, se vuelve a esconder detrás de su madre.

EL NUEVO HOGAR
Diciembre 2018

Nuestra nueva vida en los Estados Unidos arrancó el día en que nuestro tío Julio pudo por fin venir a recogernos para llevarnos a vivir con él. Él mismo en persona nos recogió en el albergue; una semana después de la marcha de Brayan nuestros papeles se arreglaron y pudo venir a por nosotros. Y al igual que pasó con el Colocho, de un día para otro nos avisaron que nuestro tío vendría al día siguiente y que abandonaríamos la casa hogar para siempre. Pero está claro que no siempre la sangre tira y que realmente es el roce el que hace el cariño, porque el encuentro con él no tuvo nada que ver con el del Colocho y su hermano; tan cálido fue el suyo como frío fue el nuestro.

Ansiosos ante su llegada, le estuvimos esperando parados en la reja principal flanqueados por dos oficiales, vigilados como si fuésemos dos delincuentes que salen de prisión. Nos impresionó la gran troca que al rato paró frente a nosotros, bien grande, de un color negro metalizado brillante, parecía nueva o cuidada con mucho mimo. Era el carro más lindo que había visto en mi vida, y cuando comprobamos que quien bajaba de él era nuestro tío, me alivió el pensar que debía tener bastante dinero para tener una troca así, y que por fin nuestra suerte iba a cambiar.

Nada más lejos de la realidad. El hombre que bajó de esa troca, a quien hacía más de cinco años que no veíamos y con el que nunca habíamos tenido realmente un trato cercano, era un tío distante y medio desconocido. La imagen física que teníamos de él en nuestros recuerdos no estaba muy distorsionada. Era un hombre bastante alto, fornido, de sonrisa algo forzada, piel clara y ojos algo achinados; a pesar de ser su hermano, no se parecía en nada a mi mamá. No sé por qué pensé que nos recibiría con los brazos abiertos. Pensé que era lo lógico, pues éramos los hijos de su hermana y en teoría nos unían lazos familiares directos. Pero nos saludó secamente estrechándonos la mano, como si fuese la primera vez que nos veía, todo demasiado formal para unos chicos que en ese momento hubiesen necesitado una muestra de afecto, una sonrisa, o simplemente una palmada en la espalda.

—Han crecido bastante —fue lo único que soltó, intentando una sonrisa que no salió—. Vamos a la casa.

Durante el camino no nos preguntó cómo estábamos o cómo había ido el viaje. O no le importaba en absoluto o entendía que el viaje en las caravanas era un tema que mejor olvidar, por lo que no

preguntó. A cambio, durante la media hora de trayecto, nos puso al día de cómo iba a ser nuestra vida a partir de ese momento, dándonos toda una lista de obligaciones y reglas a seguir, todo ello con un tono no muy amigable que digamos.

Empezó diciéndonos que nos metería a la escuela tal como mi mamá quería, solo si nos comprometíamos a sacar buenas notas. Y por las tardes y fines de semana trabajaríamos, ya lo tenía apalabrado con el dueño de un restaurante para que nos ocupara. En su casa tendríamos un cuarto compartido y teníamos que pagar cada uno trescientos dólares al mes por la cama y la comida. Por supuesto, no quería problemas de ningún tipo, si no, nos pondría en la calle. Raúl y yo le escuchábamos sin atrevernos a preguntarle nada, mirándonos el uno al otro con cara de circunstancia. Y para cerrar la charla, con voz todavía más seria si cabía, nos advirtió que a su esposa Leticia había que respetarla en todos los sentidos, que era toda una señora. En resumen, que él era el jefe de su casa, y que tanto él como su mujer eran los que mandaban en todo. Nosotros no teníamos ni voz ni voto, y nos dejó muy claro que debíamos estar agradecidos de que nos ofreciese un techo sobre las cabezas; que si no era por él, no estaríamos allí.

Mi tío y su mujer vivían en un residencial de apartamentos en el noroeste de Austin, en un sector que en poco tiempo descubriríamos que no era muy seguro, pero a primera vista a nosotros nos pareció una maravilla. En aquella cuadra se extendían apartamentos de dos pisos adosados, un edificio pegado al siguiente, con un pequeño parquecito con juegos para niños y hasta una piscina que, aunque nunca tuvo agua, le daba cierto atractivo al lugar. Ellos vivían en el segundo nivel, teníamos que subir unas escaleras que corrían por la fachada exterior del edificio para llegar a él. El piso no era muy grande, aunque estaba bastante bien amueblado, un pequeño palacio en comparación con nuestra casita de El Progreso.

Leticia, la esposa colombiana de mi tío, era una mujer joven y voluptuosa, siempre con ropa ajustada y excesivo maquillaje. Su recibimiento fue más bien tímido, en un primer momento evitó cualquier muestra de cariño, afecto o simpatía. En pocos días supimos el por qué, cuando el primer fin de semana que pasamos allá comprobamos que nuestro tío los sábados por la noche bebía sin parar, surgiendo en él un celoso hasta la médula que arremetía contra ella con rabia por cualquier tontería. Sus celos llegaban a tal extremo que no la dejaba ni trabajar; Leticia casi ni salía de casa, incluso él la llevaba a hacer la compra para que no fuese sola y ningún hombre se le acercara. E increíblemente le exigía que siempre estuviese bonita y atractiva para él, vestida y maquillada, aunque fuese a quedarse

enclaustrada todo el día entre aquellas cuatro paredes. Y Leticia obedecía a su hombre. Nos dimos cuenta en seguida de que debíamos llevar cuidado con él en ese sentido, por lo que cuando él estaba presente, las interacciones con ella eran solo las justas y necesarias. Solo cuando él no estaba la Leticia real asomaba, convirtiéndose en una mujer risueña y conversadora. Platicábamos mucho, era una chica encantadora y realmente le preocupábamos, nosotros y nuestra adaptación al lugar. Pero en cuanto escuchábamos abrirse la puerta de la calle, ella se iba a otra habitación y la casa quedaba en silencio, como si no existiese relación entre nosotros.

Al llegar al apartamento, tras la breve presentación de Leticia, la cual a duras penas se atrevió a sonreír musitando un breve "Hola, muchachos", mi tío nos enseñó cada rincón de la casa, haciendo un recorrido completo. A cada habitación que entrábamos volvía a darnos toda una retahíla de normas en cuanto al uso del agua, del baño, de la comida, de las horas de sueño... hasta que llegamos al que sería nuestro cuarto. Era una habitación pequeña con dos estrechas camas prácticamente pegadas, un armario y una estantería, poco más. Y ambos sonreímos, ya que por fin íbamos a poder dormir en una cama, ¡nuestra cama! Se acababa para siempre el dormir en suelo, o sobre un fino catre, con una cobija térmica o con sábanas rasposas que a saber quién había usado antes. Se acabó el compartir habitación con desconocidos que iban y venían y de los que no podías acabar de fiarte; ya no tendríamos que hacer turnos para vigilar que nadie se llevase nuestras cosas o nos hiciesen algo. Por fin, íbamos a tener un pequeño espacio nuestro donde poder dormir tranquilos, descansar de verdad.

A continuación mi tío nos dio una sorpresa que no esperábamos: íbamos a poder hablar con nuestra mamá. Fue la mayor alegría que nos podía dar en un día como aquel, mayor que el habernos sacado de la casa hogar, mayor también que el habernos preparado una habitación y dejarnos vivir en su casa. El hablar con ella equivalía a una inyección de vitalidad y esperanza.

En aquel momento nosotros todavía no teníamos celular, tardaríamos en conseguir uno, por lo que nos dejó el suyo propio, no sin antes advertirnos:

—Tienen cinco minutos, no más. Si no, me sale muy caro.

Aquello que nuestro tío nos dijo que le salía "caro" nos cohibió un poco. En aquel momento no lo sabíamos, pero aquella reacción era bastante egoísta por su parte. Me explico: resultó que nuestra mamá y María, cuando fueron deportadas, fueron llevadas en avión hasta Tegucigalpa, la capital, teniendo después que tomar un bus hasta El Progreso, tardando cuatro horas de trayecto.

En principio su idea era volver a nuestro barrio para ver qué tal andaban las cosas, si tras un mes de ausencia los de la mara quizás se habían tranquilizado. Como al llegar ya no teníamos la casa, tuvieron que pedir ayuda a los antiguos vecinos, que les dieron refugio por unas noches, consiguiendo contactar con nuestro tío para que este les mandase de vuelta parte del dinero que mi mamá le había transferido.

Mi mamá le había enviado dinero para que pagara a los coyotes cuando llegáramos a los Estados Unidos, pero aquel dinero nunca lo llegamos a usar al habernos detenido en la frontera. Ese dinero mi mamá lo necesitaba para volver a empezar, para poder pagarse un sitio donde vivir. Pero mi tío no se lo devolvió todo, se quedó más o menos con la mitad, alegando que el que nosotros nos quedásemos en su casa iba a costarle gastos. Aquella cantidad que se quedó no era pequeña, más bien era excesiva, y teniendo en cuenta que gran parte de nuestro sueldo se iría en pagar nuestra cama y la manutención, era bastante injusto que se lo exigiese a mi madre. Pero ella no quiso discutir, no quiso enojar a su hermano para así no ponernos en una mala situación a nosotros; ella no estaba allí presente para poder dar la cara, debía tragar con lo que su hermano le exigiese. Por eso mismo, que solo nos diese cinco minutos para hablar con ella con la excusa de que era caro no tenía ni pies ni cabeza, ¡él tenía dinero de mi mamá! ¡Y aquel era un momento muy importante para nosotros!

Pero eso lo supimos después, no entonces. Mi tío buscó un número en la memoria de su teléfono, marcó y nos lo pasó, poniendo el altavoz para que los dos pudiésemos escuchar. Y tras tres tonos, un sonido no muy nítido surgió del aparato:

—¿Hijos? ¿Raúl? ¿Luis?

Era ella, nuestra viejita. Cuando escuché la voz de mi querida mamá me rompí, nos rompimos los dos, ambos compartiendo el teléfono, con las orejas pegadas a él, escuchándola a ella junto con María al otro lado. Las dos lloraban al escuchar nuestras voces después de estar más de un mes sin saber los unos de los otros.

—¡Mis hijos, mis hijos hermosos! —repetía sin consuelo desde el otro lado.

Después de tanto tiempo sin saber de ella, el escuchar su temblorosa y emocionada voz se sintió como una bocanada fresca de oxígeno, algo que nos faltaba y dolía y que en ese momento liberó la presión en nuestro pecho. Y ambos prácticamente a la vez, sin poder ni querer evitarlo, lloramos felices al escucharla:

—¡Mamá! ¡Ma!

Los dos, atolondrados, nerviosos, la llamábamos desesperados una y otra vez, hubiésemos dado cualquier cosa en ese momento por sentirla a nuestro lado y poder abrazarla. Al menos sabíamos que estaba bien, viva y a salvo.

—Mamá, María, ¿cómo están? —dijo Raúl entre sollozos, elevando la voz en exceso por si no nos escuchaban con claridad.

—Estamos bien, mis güirros. ¿Y ustedes? ¿Han estado bien? ¿Les trataron bien?

—Sí, tranquila, estamos bien —contesté yo para que también pudiesen escuchar mi voz.

Mi tío, a nuestro lado, cruzado de brazos y con gesto poco amistoso, nos apremiaba a colgar para que la llamada no costase mucho dinero. Y como si mi madre pudiese vernos desde el otro lado, como si supiese lo que su hermano estaba haciendo, nos explicó con rapidez:

—Hijos, nos vamos a trasladar a la capital, a Tegucigalpa. Acá la cosa sigue mal, por ahora hemos podido evitar a los de la mara, pero ahora estamos solas...nos vamos en cuanto llegue el dinero.

—¿A la capital? —preguntó Raúl extrañado.

—Allá será más fácil pasar desapercibidas. Creo que no será complicado encontrar *chamba*[69], y si Dios quiere, en unos meses quizás intentamos el viaje de nuevo.

—¿Van a volver a hacer el viaje...?

Aquella pregunta escapó de entre mis labios en un tono excesivamente temeroso y oscuro, pero era lógico después de lo que habíamos pasado, sobre todo lo que ellas habían pasado. Solo el pensar que mi mamá pudiese volver a sufrir en sus carnes aquella tortura, sentirse utilizada y menospreciada como un mísero trozo de carne, el que mi joven hermana tuviese que doblegarse ante un baboso simplemente por ser mujer y ser bella, me hacía hervir las entrañas. Por supuesto, Raúl me dio un ligero manotazo en el brazo, ya que con la pregunta transmitía todo eso y mucho más, y no era justo para ellas.

—No quiero que se preocupen, ¿de acuerdo? Confiemos en Dios, él permitirá que nos volvamos a encontrar.

No entendía cómo mi madre, después de todo lo que habíamos sufrido en aquel periplo, todavía pensaba que Dios nos iba a ayudar. ¡Yo dudaba ya de que Dios existiera! Un Dios justo y bueno no hubiese permitido todo lo que pasamos, no habría permitido que nos separaran, no habría permitido tantas muertes y desgracias a nuestro alrededor. Y aun así, con toda aquella desesperanza que yo sentía, mi mamá aún rezaba y creía en él.

Entonces nuestro tío hizo un gesto con la mano indicando que iba a cortar la llamada. Nos despedimos con la promesa de hablar en pocos días, felices de escucharnos, riendo ante el precioso momento que compartimos.

Pero fueron escasos cinco minutos. Y así iba a ser en adelante, no nos dejaba hablar más de una vez a la semana, y como mucho cinco

minutos. Así continuó hasta que ahorramos lo suficiente como para poder comprarnos nuestros propios celulares, pudiendo contactar con ellas cuando quisiéramos; pero eso todavía tardaría un tiempo.

Su ausencia, de ahí en adelante, iba a pesarnos mucho. Me hizo mucha falta mi mamá, y también mi hermana, ante lo que el destino tenía preparado para nosotros. Habíamos conseguido pasar con la caravana. Después, todos nuestros sueños empezarían a quebrarse.

CAPÍTULO VII
Austin, año 2030

De vuelta en Austin, esta vez a plena luz del día. A medida que van circulando por sus calles, surgen recuerdos en Luis que abruman su mente, incluso algunos que creía totalmente olvidados. ¡Le habría gustado tanto que Andrea le hubiese acompañado! El escaso año y pico que vivió allí dejó una marca indeleble en su vida y su destino. A pesar de haber más sombras que luces en aquellos recuerdos, le hubiese gustado enseñarle a Andrea todos y cada uno de los rincones de la ciudad que llegó a conocer tan bien. La habría llevado al parque Gaylord, adonde le gustaba ir a patinar con sus amigos. También la habría llevado a ver a los murciélagos saliendo en bandadas de debajo del puente sobre el río al atardecer y por último habrían cenado en la terraza de "The Oasis" con vistas al lago. Habrían disfrutado del Austin multicultural y diverso, paseando por las calles del Domain y yendo a bailar y tomar una copa en la calle 6. Y por supuesto, también la habría llevado a su antigua casa, a su antiguo trabajo y a su viejo instituto de secundaria, para que descubriera el ambiente en el que había vivido. Pero todo eso queda en un segundo plano, ya que al enfilar las calles de la zona norte de la avenida Lamar, zona donde transcurrió su vida en el tiempo que estuvo allí, su cabeza aparca todas aquellas memorias y se vuelve a enfocar en el asunto que le ha llevado hasta allí.

El primer sitio al que debe ir es a la casa donde vivía Daniela, antigua novia de su hermano. Su apartamento no estaba muy lejos del instituto, apenas a unas manzanas, e hizo tantas veces aquel recorrido a pie en su juventud, que casi no duda al darle las indicaciones a Brayan para llegar hasta allí.

El lugar es un pequeño complejo de apartamentos con demasiados coches en el aparcamiento y aspecto poco saludable. Es media mañana, y aun así, al llegar y bajar del coche, dirigiéndose a las escaleras del edificio, se cruzan con un par de tipos que toman cerveza y les siguen con la mirada de forma sospechosa. Después, habiendo llegado al segundo piso, se topan con una chica joven que va dándose tumbos contra las paredes del pasillo de lo colocada que está. Luis y Brayan intentan ignorarlos a todos, caminando con seguridad y con las cabezas bien altas pero sin cruzar la mirada con ellos, evitando así cualquier problema.

Apartamento número doce. Luis toca a la puerta con la esperanza de que haya alguien, recuerda que Daniela vivía en él con su padre y su madrastra. Seguramente, a esas horas, él esté trabajando, pero

quizás ella esté en el piso, porque al menos en aquel entonces no trabajaba. Toca de nuevo a la puerta con insistencia, pero nadie contesta. Brayan mira su reloj, solo son las doce y cuarto del mediodía. ¿Qué pueden hacer? Deciden esperar, quizás tienen suerte y vuelven para la comida. Así que allí se aposentan, apoyados en la pared junto a la puerta, armándose de paciencia.

Una anciana sale de uno de los apartamentos a un par de puertas de distancia, caminando muy despacio, con dificultad, diciendo un "buenos días" en español al pasar por su lado mirándoles con curiosidad, saludo que ambos le devuelven educadamente. Ella sigue con su costoso trayecto a pequeños pasos hasta perderse al final del pasillo, engullida por las escaleras.

Pasa más de media hora, al final el cansancio les vence. Se sientan directamente en el suelo, con sus espaldas pegadas a la pared, charlando para intentar no darse cuenta de la lentitud de los minutos. Y la señora vuelve a aparecer, esta vez cargada con dos bolsas de la compra. Sus pasos se han vuelto todavía más escuetos, avanza con más dificultad por el peso de las bolsas con comestibles. Al verla aparecer así, Brayan se apresura en acercarse a ella y le ofrece su ayuda:

—¿Le ayudo con las bolsas, señora?

La mujer le mira desconfiada, después clava su vista en Luis, y no sabiendo muy bien si hace lo correcto, finalmente le pasa las bolsas. Una vez liberada de ellas, vuelve a reanudar su lenta caminata, empezando a conversar con Brayan:

—¿Usted habla español, joven?

—Sí, de hecho, soy de Guatemala.

Se detiene y les mira de arriba abajo a ambos, no estando seguros de si lo hace de una forma amistosa o todo lo contrario.

—Estaba bastante claro.

Los dos se miran de reojo, sorprendidos y confusos a la vez por el comentario de la mujer. Ella les deja entrar en su humilde vivienda, donde un gordo gato la espera con impaciencia. La mujer se transforma en una persona risueña en cuanto el animal se le acerca y se restriega contra sus piernas, comenzando a hablarle de forma cariñosa en respuesta a sus maullidos. La pequeña cocina está justo al entrar a mano derecha, por lo que entran en ella y Brayan deja las bolsas sobre la encimera.

—Muchas gracias, muchachos —–les dice sonriéndoles por primera vez.

—De nada, señora. ¿Puedo hacerle una pregunta? —interviene Luis, aprovechando la ocasión.

—¿Qué pregunta? —y la mujer entrecierra un ojo.

—Estoy buscando a Mario Galarza y a su esposa, necesito conversar con ellos. —La mujer, al oír los nombres, niega con la cabeza, no le suenan para nada. —Hace como diez años vivían a unos apartamentos de acá…

—¡Oh, ya sé a quiénes dice, a los hondureños! —dice con cierto desdén.

Es en el momento en el que Luis percibe el ligero gesto agrio de la mujer cuando le vienen a la memoria los recuerdos del pasado, cuando siendo jóvenes eran testigos de cómo los latinos de distintos países se discriminaban entre ellos. Es lo que percibe en la señora de fuerte acento mexicano: desprecio por sus antiguos vecinos.

—Sé que los deportaron, eran indocumentados —les suelta secamente.

—¿Les deportaron? —pregunta Luis descorazonado.

—Sí, de regreso a su país. ¡No se puede llegar aquí así nomás, engañando! Yo llevo acá cuarenta años, y entré con papeles. Así es como debe hacerse.

El alma se le cae a los pies. Si habían vuelto a Honduras, sería muy difícil el encontrarlos. Allí, el censo de la población y todo lo que tiene que ver con el papeleo oficial es una verdadera pesadilla, un reto prácticamente imposible. La mujer nota el desánimo en ellos y no duda en preguntar:

—¿Y por qué los buscan, si se puede saber?

—Mire, yo… la hija tuvo un bebé, pero sufrió una depresión bien fuerte…

—Me acuerdo de la muchacha.

—Sí… —dice Luis tragando saliva pesadamente, espantado por la frialdad con la que la anciana dice la frase—. Les buscaba porque quería saber cómo está el niño…

—El niño se quedó aquí —suelta bruscamente, con cara de disgusto—. Es lo que suelen hacer esas muchachas, se quedan embarazadas a propósito y dan a luz aquí, creyendo que eso les permitirá quedarse en este país. Pero no, no funciona así. El niño quizás tiene todos los derechos, pero los demás no. Así que los deportaron.

—¿Y sabe usted dónde quedó el niño?

—Lo único que recuerdo es que se lo llevaron los de Servicios Sociales, mientras los de inmigración se llevaron al hombre, después a la mujer y a la bebita que tenían.

Dejan el lugar con algo de prisas, dirigiéndose de vuelta al coche. Al entrar y asegurarse de cerrar las puertas, Luis siente que el temblor en su cuerpo acaba por vencer y, finalmente, rompe a llorar. ¿Cómo era posible que hubiesen separado a un bebé de su familia? Y tras

unos segundos, el lloro se transforma en rabia, rabia porque no sabe de qué se sorprende. ¿Acaso no había sido testigo directo de cómo en la frontera separaban a los niños de sus padres, a los cuales deportaban, dejando a los menores en un limbo que, con suerte, acaba en una casa de acogida? El caso del niño era el mismo, pero ya en la ciudad. Aquello suponía que, en algún lugar, aquel niño pequeño fue mandado a un orfanato o a una casa de acogida. Y diez años después, iba a ser una odisea el encontrarle.

—Flaco, no desesperes...—intenta confortarle Brayan, pasando afectuosamente la mano por su espalda.

—No sé por qué no se me vino a la mente esa posibilidad, con lo complicado que estaban las cosas para nosotros en ese tiempo—le responde secándose los ojos con el dorso de la mano—. Ahora sí me siento perdido, no tengo idea de qué hacer...

—Al instituto —sugiere Brayan de forma resuelta—, hay que ir a nuestro instituto.

—¿A nuestro instituto?

—Sí, porque recuerda que cuando éramos estudiantes, siempre había problemas con la policía y los de Servicios Sociales siempre andaban por allí...¡acuérdate de lo que te pasó a vos!

—Tenés razón —y Luis abre los ojos, su cara se ilumina al darse cuenta de que la solución puede estar allí—, seguro que allá habrá alguien que nos pueda orientar en este asunto.

LA JAULA DE ORO
Diciembre 2018

Una vez se ha alcanzado el país de los sueños, si eres un migrante como lo éramos nosotros, ilegales y residiendo en las sombras, pasas a ver la vida a través de los brillantes barrotes de "la jaula de oro".

"La jaula de oro": brilla, resplandece, es hermosa vista desde fuera, pero dentro te sientes atrapado y sin escapatoria. Así se volvió nuestra vida. Para los que estaban fuera, los que nos observaban desde la lejanía de nuestro país de origen, teníamos suerte por estar en el país donde los sueños se hacen realidad, ya que vivíamos en un país donde no nos faltaba de nada: ni comida, ni ropa, ni un techo donde vivir, ¡hasta teníamos celulares! Podíamos caminar por la calle sin miedo a las balas o a cruzarnos con los de la mara. Podíamos andar con nuestras amigas, nuestras hermanas, nuestras madres, sin miedo a que en cualquier esquina las raptaran o las violaran. "Peligros hay en todas partes", se suele decir. Pero comparar Austin con San Pedro Sula, en ese sentido, era como comparar el cielo con el infierno. Así, tal y como nos habían prometido, vivir en el país de los sueños era todo ventajas.

¿Todo?

Luego venía la segunda parte. La parte en la que eres invisible, alguien en las sombras, alguien a quien nadie ve o que es mejor no ver. Alguien que no cuenta para nada, no vale, no tiene derechos. Así que, ¿cómo escoger trabajo? No puedes, te quedas con lo que hay, que es lo que nadie quiere. ¿O cómo quejarse por ganar menos de la mitad de lo que recibían los que trabajaban de forma legal? Tampoco puedes, te conformas con tus míseros cinco dólares a la hora. ¿Cómo exigir unos mínimos derechos laborales si no tienes derecho a trabajar, siendo un cero a la izquierda?

Lo triste era que solo un año antes de nuestra llegada era diferente para los hondureños. Hasta antes de mayo de 2018 Honduras, junto con otros países como Nicaragua y El Salvador, formaba parte del programa llamado TPS, o Estatus de Protección Temporal, que fue creado allá por la era Clinton para ayudar a la gente de estos países después del desastre del huracán Mitch y la cantidad de muertos y devastación que dejó a su paso. Desde entonces, los migrantes llegados de esos países podían trabajar con un permiso mientras residían en el país, aunque su entrada no hubiese sido legal.

Pero con la llegada del presidente Trump la cosa se puso bien difícil. Fueron tiempos duros, muy difíciles para nosotros. Fue la época

donde el presidente se empeñó en construir un muro para separar su país de México y parar así la inmigración; la época donde se reavivó el espíritu racista y xenófobo de algunas personas que durante años estuvo escondido. Todo lo que hacíamos o pretendíamos hacer, a cada paso que dábamos o que pretendíamos avanzar, era un camino de piedras y obstáculos.

Mi tío, habiendo llegado a Estados Unidos cuando Honduras estaba dentro del programa TPS, tenía su permiso de trabajo y había sido lo suficientemente listo como para contratar un abogado para arreglar su situación; cosa que llevaba años conseguir, no era cosa de unos meses y ya está. Cuando el gobierno de Trump canceló el programa, aquello significó que todos los hondureños que llegamos a partir de esa fecha, es decir, después del mayo del 2018, éramos ilegales, sin derechos. Como yo. Y los que, como mi tío, estaban ya establecidos trabajando, tenían hasta enero del año 2020 para acabar de regularizar su situación. Si no, debían abandonar USA.

Y aquí, desde la distancia y los años, no puedo más que criticar esa diferencia que se establecía entre humanos simplemente por nuestro país de origen, nuestro color de piel, nuestro primer idioma...Sí, no era lo mismo si eras latino o si eras árabe o asiático. Y no era lo mismo, siendo latino, si eras cubano, mexicano u hondureño. No, dentro de los seres humanos se establecían categorías, y nosotros, mi familia, con la cancelación de ese programa para Honduras, quedábamos en la más baja de todas.

Muchos árabes conseguían llegar a Estados Unidos huyendo de la guerra y el terrorismo de sus países, haciéndolo como refugiados, con toda la ayuda que alguien en esa situación necesita. En el caso de los asiáticos, donde la mayoría de inmigración llegaba procedente de la India y China, solían llegar cuando familiares ya establecidos arreglaban los papeles para ellos, o gracias a grandes compañías de sus países de origen que les conseguían visados laborales.

Y en cuanto a los latinos, no había nada mejor que ser cubano, ya que cuando conseguían escapar de su Cuba natal se les daba asilo, una seguridad permanente para escapar de su dictadura. Pero no era lo mismo para nosotros, que escapábamos de la pobreza, de la violencia, y eso no parecía ser suficiente para aquel gobierno. Y encima, para cuando nosotros llegamos, el TPS se había cancelado, por lo que pasábamos a escondernos en la sombras, rezando para que mi tío arreglara su situación y con ello, después, pudiésemos arreglar la nuestra.

A los dos días de llegar, mi tío nos llevó al restaurante donde íbamos a trabajar. En carro estaba apenas a cinco minutos de la casa, pero nosotros debíamos ir y volver a pie, tardando una caminata de

quince a veinte minutos, hiciese sol o lloviese. El lugar en sí era un restaurante de comida rápida, donde trabajaríamos en la cocina por unos míseros cinco dólares la hora. Nuestra ignorancia no nos permitía entender que cinco dólares a la hora era una basura de sueldo en aquel país, prácticamente nada, pero era lo único a lo que podíamos aspirar no teniendo papeles y no teniendo manera de reclamar por aquella explotación laboral. Se podrán preguntar que cómo era posible trabajar si no teníamos papeles, ¿qué hacer ante una inspección de trabajo? La trampa estaba muy bien construida por los dueños de aquellos sitios, que utilizaban contratos con nombres y números de la seguridad social de personas que habían trabajado allí en el pasado y que ya no utilizaban sus datos, la mayoría de las veces porque ya ni siquiera estaban en el país. Así funcionaba en todos los lugares donde tenían inmigrantes trabajando en negro, de forma ilegal, y no había manera posible de pelear contra ello. Era aceptarlo, o no trabajar.

Acabamos en aquella pequeña cocina donde media docena de personas trabajábamos con los fogones para fabricar hamburguesas en cadena, una tras otra, llevando un uniforme con el logotipo de la empresa y una redecilla en el cabello cuando nos tocaba cocinar. A Raúl le gustaba estar con las hamburguesas y la espátula, volteándolas, montándolas después en los panecillos y añadiendo los condimentos. Yo, por el contrario, prefería lavar los trastes, mojar mis manos antes que sudar por el calor y los vapores de la plancha caliente, acabando con el olor de carne cocinada incrustada en la ropa y piel. No estábamos de cara al público, básicamente porque no teníamos ni idea de inglés, y menos al principio. Casi todos los que trabajábamos allí éramos latinos, incluso el jefe, Fidel, que era un mexicano un poco mayor que nosotros pero que era perfectamente bilingüe, y por ello mismo había podido acceder a ese puesto.

Aquel trabajo nos tuvo esclavizados todo el tiempo que estuvimos allá. Se nos hizo monótono, nos quitaba la ilusión, pero no teníamos más remedio que hacerlo. Salíamos de la escuela a las cuatro y media y entrábamos a trabajar a las seis. Hacíamos turnos de seis horas, a veces más, por lo que salíamos del trabajo como muy pronto a las doce, teniendo que caminar de regreso a la casa, después bañarnos, comer algo, acostarnos e intentar descansar y dormir ya que al día siguiente la primera clase era a las ocho de la mañana.

El fin de semana, como no había escuela, hacíamos un turno más largo, de ocho a diez horas, sin día de descanso. Y todo eso para sacar cada uno unos doscientos cincuenta dólares a la semana, poco más de mil al mes. De ese dinero, mi tío Julio nos exigía trescientos a cada uno para la manutención, nos guardábamos un poco para nuestros gastos (porque hasta la ropa y los libros nos los pagábamos nosotros),

y el resto se lo mandábamos a nuestra mamá. Entre Raúl y yo conseguíamos mandarle una media de mil dólares al mes, una fortuna para nosotros, y nos animaba el pensar que en poco tiempo, junto con lo que ella ganaba trabajando, tendría suficiente para volver a intentar reunirse con nosotros. Solo por ello merecía la pena el esfuerzo.

Uno de tantos días en los que nos encontrábamos en la cocina del restaurante donde trabajábamos, mi hermano hizo un comentario que resumía el cómo nos sentíamos. Mientras yo limpiaba trastes, Raúl andaba preparando hamburguesas, tomando la carne con las manos enguantadas y aplastándola para darle forma antes de cocinarla. Sin avisar, otro compañero, cargado con una cuba de aceite sucio, no calculó bien y pasó demasiado cerca de Raúl, tropezando con él, haciendo que la hamburguesa cruda casi resbalase de sus manos, mientras que parte del aceite se derramó sobre la plancha caliente. Al contacto, una densa y apestosa humareda envolvió a mi hermano, que enojado, echó el trozo de carne sobre la plancha con desgana, agarrando después la espátula y rascando con rabia la superficie de la plancha mientras negaba con la cabeza.

—¿Todo bien, hermano? —le pregunté.

—Comida barata...hagamos lo que hagamos, siempre salimos oliendo a fritanga.

Aquel comentario tenía un peso mayor de lo que en principio pudiese parecer. En apariencia, de manera superficial, parecía que Raúl se molestó porque aquel día había quedado con una chava al salir del trabajo y, tan presumido como era, no soportaba el que la ropa, el cabello y la piel le oliesen a cocina. Daba igual que le diese tiempo a ir a la casa y bañarse, ponerse una muda limpia y perfumarse; aunque para los demás no fuese así, a nosotros nos quedaba la sensación de que apestábamos a comida frita.

Si hubiésemos podido elegir, por supuesto que no habríamos acabado trabajando en un sitio con aquel, donde hacíamos un número excesivo de horas prácticamente del tirón; un trabajo poco gratificante, mecánico y aburrido, encima trabajando por poco dinero. Pero no podíamos elegir, eso era lo que tenía vivir en la jaula de oro.

Otro gran problema para los inmigrantes en aquel país era la sanidad: como ocupante de la jaula de oro, no se te ocurra caer enfermo, porque los servicios médicos son para aquellos que se lo puedan permitir.

En Estados Unidos no hay sanidad pública como la hay en otros países; es, creo yo, el principal fallo que tiene el vivir allí. Porque puede que tu situación esté más o menos regularizada, o estés en proceso de ello, pero eso no significa que tengas un seguro médico que te pueda cubrir en situaciones de emergencia. Y tener la desgracia de caer enfermo o sufrir un accidente puede implicar la ruina para una persona.

La familia de nuestro compañero Rashid se endeudó por culpa del trabajo. Así, como suena de extraño. Rashid era un chico divertido y bromista que enseguida hizo amistad con nosotros. Aquello no era muy común, que unos hondureños tuvieran amistad con un chico de Afganistán con el que apenas nos podíamos comunicar, pero es que además de trabajo compartíamos clase en el instituto, por lo que nos veíamos a diario en ambos sitios. A fuerza de vernos, acabamos congeniando. Rashid hablaba bastante bien el inglés, y nosotros, con nuestras cuatro frases mal aprendidas y las palabras sueltas con las que nos íbamos defendiendo podíamos hacernos entender, supongo que en plan Tarzán para él, pero suficiente para nosotros.

Un día Rashid comenzó a bromear con otro chico, Musa, afgano como él y que también trabajaba con nosotros en la cocina. Raúl y yo no participábamos en la broma, ya que no les entendíamos mientras hablaban y reían. Empezaron a lanzarse trozos de papas congeladas, una pelea infantil en una cocina pequeña donde otras tres personas más trabajábamos a la vez. Ellos seguían con la juerga, tirando trozos de cebolla y tomate, Raúl un poco molesto al verles actuar como niños, yo pensando que no pensaba limpiar su desorden...hasta que Rashid pisó un pedazo de verdura en el suelo, resbaló y cayó hacia atrás, metiendo de lleno su brazo derecho dentro de la freidora de papas, rebosante de aceite hirviendo, quemándose hasta el codo.

Cundió el pánico. El mánager que teníamos, Fidel, comenzó a temblar ante los gritos de un Rashid que rabiaba de dolor con su antebrazo completamente en carne viva. Raúl y yo nos mirábamos sin saber qué hacer, mientras Fidel se apresuró en llamar a una ambulancia y Musa intentaba calmar a Rashid, que gritaba desconsolado. Por supuesto, todo aquel movimiento junto con los gritos y lloros ahuyentaron a los pocos clientes que había en el restaurante, que viendo el panorama se marcharon, permitiéndonos así cerrar las puertas.

El manager hizo otra llamada después de avisar a emergencias.

No supimos a quién y no entendimos muy bien qué decía, hablaba en inglés con alguien al otro lado, nervioso y enojado. Y de ahí se acercó a Rashid y Musa y comenzó a darles órdenes de forma enérgica, con ambos asintiendo, incluso Rashid, pareciendo más que los regañaba que otra cosa. Nosotros observábamos la escena completamente desubicados; entonces Fidel tomó conciencia de que nosotros también estábamos allí, se nos acercó de la misma forma enérgica:

—Va a llegar la policía —nos soltó de golpe—, cuando los de la ambulancia lleguen y vean a Rashid, los avisarán. ¡Así que se van a su casa pero ya! No pueden estar aquí cuando lleguen.

Ese era el gran problema, que ninguno de los que estábamos allí en esos momentos realmente deberíamos estar, menos aun trabajando en la cocina de una cadena multimillonaria; había que evitar dar la imagen de compañía explotadora que tiene a inmigrantes ilegales trabajando por unos míseros dólares. Por supuesto, para nosotros, y en este caso para Rashid, no había ni seguro médico ni compensación por accidente laboral, nada de nada. La empresa se lavaba las manos.

Así que nosotros nos marchamos y estuvimos un par de días sin aparecer por el trabajo, hasta que nos volvieron a llamar para incorporarnos de nuevo. Y a pesar del susto, nada cambió.

Cuando la ambulancia llegó, allí solo estaban Fidel y Rashid, el cual fue llevado con urgencia al hospital. Fidel salió del paso siguiendo las órdenes que le habían dado por teléfono, diciendo a los policías que Rashid era un amigo suyo que había ido a visitarle y que había tropezado en la cocina, con la mala suerte de caer en la freidora. Esta versión fue corroborada por Rashid, librando así a la empresa de cualquier tipo de responsabilidad.

Rashid tardó en recuperarse, y las facturas del hospital ascendieron a más de diez mil dólares. Sin seguro médico, el hospital le requería el pago en "cash", cosa a la que la familia de Rashid no podía hacer frente. Así que ese detalle quedó en su historial, en sus informes, pasando a ser deudores.

Ante situaciones como esa, muchas personas indocumentadas simplemente siguen adelante; para algunos pasarán años, incluso toda su vida, sin conseguir ser ciudadanos estadounidenses, por lo que el que se les quede una deuda así, dentro de su ya lucha diaria por sobrevivir, poco trastoca sus vidas. Pero no es lo mismo para la gente que viene de países como Afganistán. La diferencia entre los afganos y nosotros es que ellos se acogen a la Amnistía Internacional y pasan a ser reconocidos como refugiados debido a los problemas de su país de origen, con lo que no se quedan en un limbo social.

Pero como todo, arreglar su situación lleva tiempo, y fue durante ese tiempo intermedio, cuando su familia aún no había sido aceptada como refugiada, cuando Rashid tuvo el accidente, el peor momento

para ello. Para cuando su situación en el país se arregló, en el momento que pudieron acceder a un seguro médico en condiciones, aquella deuda estaba ahí, y pasó a ser un enorme peso económico para la familia, que no tuvo más remedio que hacerle frente, con la dificultad que aquello conllevaba para una humilde familia trabajadora.

Porque aunque tenían más fácil la entrada al país y su regularización posterior, para la familia de Rashid no fue nada fácil el salir adelante. Daba igual que la madre de Rashid fuese doctora en su Kabul natal, o que su padre fuese abogado en la misma ciudad, ambos con estudios superiores, viniendo de familias cultas y bien posicionadas. Eso, en Estados Unidos, prácticamente no sirve para nada, ya que es bien complicado que te convaliden los estudios universitarios.

En ese sentido, son los europeos los que tienen menos dificultad, no suele haber mucho problemas para ellos. Pero no es lo mismo para los árabes y para los latinoamericanos, muchas de nuestras carreras no son consideradas como tal en el país de las oportunidades. Así, aquella familia que en su país natal, de no haber sido por la peligrosa situación que se vivía, habrían salido adelante de forma cómoda, pasaron a ser trabajadores del más bajo escalafón social en los Estados Unidos, teniendo que trabajar todos los de la casa, esto era, ambos padres y los hijos mayores, para poder subsistir.

Otra consecuencia de estar atrapado en una jaula, aunque sea de oro, es el que tener que ser pasivo ante las agresiones externas, las burlas, las risas, los insultos. Ante esas situaciones no te puedes defender, no debes alborotar, debes tragar para no llamar la atención de las autoridades.

El racismo existe, y no solo con la gente de color. He sido testigo, estando en los Estados Unidos, de racismo entre blancos y negros, entre negros y latinos, entre latinos de distintos países, entre todos los grupos anteriores con los árabes. Todos tienen su cruz, menos los gringos, especialmente aquellos que se creen que el país les pertenece y que todos los demás somos basura que hay que barrer de vuelta a los países de origen. Ellos no piensan que si son blancos en el continente americano, es que en algún momento de su árbol genealógico algún antepasado se aventuró a migrar desde Europa. Que los blancos no surgieron en las Américas por generación espontánea, que hubo un momento, más tarde o más cerca del presente, en el que sus propias familias fueron las emigrantes, las que cambiaron de país para salir adelante y sobrevivir, en busca de una vida mejor. No, eso nunca lo piensan.

En aquella época salían cientos de videos en las redes sociales de

personas que eran agredidas o insultadas en lugares públicos simplemente por hablar español. ¡Por hablar español! Trabajando en el restaurante fuimos testigos de algunos de esos incómodos episodios que ojalá no tuviésemos que haber presenciado.

En uno de ellos una compañera, Scarlet, una chica venezolana que ya llevaba años en el país, una universitaria que trabajaba en el restaurante para ayudar a pagarse los estudios, precisamente una persona que tenía sus papeles en regla y no era una inmigrante ilegal como nosotros, fue víctima de racismo. Se encontraba en el mostrador principal atendiendo a los clientes, cuando le llegó el turno a una señora de mediana edad. En el momento que le tocaba a la señora coincidió que Fidel, el mánager, se acercó a ella y le comentó algo del trabajo. Eso ya puso a la señora en sobre aviso, se percató de que Scarlet hablaba español. Así que cuando se dispuso a atenderla, la señora alegó que no la entendía, y exigía que le atendiese un americano "de verdad".

Scarlet, al principio, intentó ser paciente, con cara de circunstancia le explicó a la señora que ella hablaba inglés perfectamente y que podía atenderla sin problemas. Pero no, aquella señora estaba decidida en hacerle pasar un mal rato a la chica, y fue cuando pasó a recalcar lo de que quería que le atendiera un americano de verdad.

—Señora, yo soy americana —le recalcaba Scarlet con toda la razón, ya que había nacido en el continente americano.

—¡Pero no eres nacida en este gran país! ¡Eres de uno de esos países salvajes del sur!

La señora comenzó a alterarse cada vez más, su tono de voz iba subiendo, sus formas eran cada vez más agresivas. Y Scarlet pasó a salir del mostrador y encararse con ella, lo que no ayudó dada la situación, todo ello acabando con que la señora llegó a las manos, la agredió jalándola del pelo, Scarlet soltándole un golpazo para quitársela de encima.

Sí, parece surrealista, y más en un lugar como Texas, donde el español es cooficial, cuyo pasado está tan fuertemente ligado a México, donde hay tantas familias de descendientes europeos como las hay de mexicanos. ¿Por qué ese rechazo? Nunca lo entendí, pero tuve muy claro el seguir el consejo que mi tío nos hizo desde que pisamos su casa: no se metan en broncas, y háganse sordos a las ofensas. Porque están a la orden del día. Porque ocurren en cualquier instante, en cualquier lugar, a veces con insultos directos, en otros con palabras duras o malas formas. Aunque simplemente con una mirada, con solo una mirada, se es capaz de sentir el rechazo que a ciertas personas les genera el tener a alguien diferente enfrente.

CAPÍTULO VIII
Austin, año 2030

La búsqueda no había podido empezar peor, con un detalle que a Luis no se le había pasado por la cabeza: la familia había sido deportada y el niño abandonado en el país. Pero no desfallecen, ya que la idea de Brayan de acudir al instituto parece acertada. En un barrio como aquel, si se necesita información para contactar con los Servicios Sociales, no hay mejor manera que acercarse hasta uno de los centros educativos y preguntar.

Ya cuando enfilan la calle Payton Gin, en la distancia, pueden distinguir el antiguo edificio. Aunque ha pasado más de una década desde la última vez que estuvo allí, el lugar no parece haber cambiado mucho. Pero lo que sí ha cambiado es el personal: la chica que les atiende en las oficinas es una nueva cara totalmente desconocida para ellos. Y además se añade la dificultad de que al ser pleno verano, no se ve ni un alma por allí.

Brayan, haciendo uso de su inglés, bastante más fluido que el del propio Luis, le pregunta a la chica si está el director o alguno de los subdirectores para hablar con ellos. Le explica que tienen un asunto privado y familiar y necesitan ayuda.

—Somos antiguos alumnos —le explica, mostrando su identificación para dar más veracidad a todo aquello, lo que Luis imita sacando la suya también—, yo soy Brayan Cortés, y mi amigo es Luis Mendoza.

La chica toma las identificaciones y les pide que esperen un momento. Se dirige al despacho que hay en un lateral de las oficinas, el que ellos saben que pertenece al director del centro, o al menos así era diez años atrás.

Cuando la chica vuelve tras solo un par de minutos, lo hace acompañada por una mujer de mediana edad que lleva sus identificaciones en la mano, y que al salir los observa sorprendida, con los ojos abiertos de par en par. Ambos la reconocen inmediatamente: es la señora Garrison, su antigua profesora de inglés.

—¡Oh, Dios mío! ¡Claro que recuerdo a estos chicos! —exclama con un español algo torpe, pero con una sonrisa genuina.

Los americanos tienen fama de ser personas frías, de evitar al máximo el contacto corporal y los gestos de afecto. Sin embargo, al escuchar el cálido saludo con la que los recibe la señora Garrison, Luis no pude evitar el acercarse a ella y abrazarla. Ella se sorprende en principio, pero pronto se relaja y le devuelve el abrazo con cariño.

—¡Vaya sorpresa veros por aquí! —les dice mientras les guía

hacia su despacho y les invita a sentarse, ella haciendo lo propio a unos pasos de ellos. —Brayan, recuerdo que tú acabaste y te graduaste. Pero tú, Luis, desapareciste, y ya no volviste.

—Tuve problemas, ya no pude regresar al país.

—Ya me enteré de lo que pasó...—y Luis baja la cabeza, entre avergonzado y lleno de pesar por aquello—. No sabes lo que lo siento, Luis. Siento mucho lo que os ocurrió. No puedo ni imaginar lo duro que ha tenido que ser para ti y para tu familia. Algunos de vuestros compañeros, al enterarse, necesitaron ayuda psicológica, ¿verdad, Brayan?

Brayan permanece en silencio, simplemente asiente y baja la cabeza, ya que él fue uno de los que necesitó ayuda en ese sentido. Esa información es nueva para Luis, no tenía ni idea de que su amigo lo había pasado tan mal.

—Pero bueno, no nos pongamos tristes. ¿Qué os trae por aquí? —pregunta la señora Garrison con una sonrisa reconfortante, intentando cambiar el ánimo de la conversación.

—Estoy intentando encontrar al hijo de Daniela.

—¿De Daniela?

—Daniela Galarza, ¿se acuerda? La novia de mi hermano.

—Claro que me acuerdo de Daniela, ¿cómo olvidarla? Pero Luis... ¿después de tanto tiempo? ¿Has conseguido contactar con la familia?

—Venimos de la casa donde vivían —le explica Luis—. Parece ser que fueron deportados, pero el niño no, porque nació aquí en el país. Se lo quedaron los de Servicios Sociales.

—Entonces, haciendo tanto tiempo de aquello, y sabiendo cómo funcionan los Servicios Sociales, quizás sea un poco complicado el localizarle.

—Ustedes en la escuela tienen trato directo con ellos, por eso pensamos en venir acá —interviene Brayan, echando un cable a su amigo—. Sólo necesitamos un nombre, el contacto con algún trabajador social, o una dirección, algo con qué empezar.

—Señora Garrison, comprenda. Lo necesito, por mi salud mental, mi conciencia me está comiendo. Solo quiero saber dónde está y si está bien. Por favor. Lo prometí.

La señora Garrison se reclina lentamente en su silla, pensativa. Después de unos momentos, una idea le viene a la cabeza. Ha pensado en algo, algo que cree que puede ser de gran ayuda para ellos.

—Os puedo dar el número de teléfono de Servicios Sociales y el nombre del agente que usualmente colabora con nosotros. Pero se me acaba de ocurrir algo que quizás sea más efectivo. ¿Os acordáis de Clarissa Rodríguez?

Los dos hombres rápidamente comprenden a quién se refiere. Está pensando en una compañera de su misma promoción, quien además

era amiga íntima de Daniela y Raúl.

—¿Habla de la chica cubana que era nuestra amiga? —pregunta Luis.

—¡Sí, esa misma! Era algo mayor que vosotros dos.

—Pues sí, claro que me acuerdo de ella.

—Clarissa fue a la universidad y ahora es abogada de inmigración. Suele colaborar con nosotros, facilitamos su contacto a familias que necesitan ayuda con los papeles, ya sabéis.

—¿Y piensa que Clarissa nos va a poder ayudar más que los de Servicios Sociales?

—Es muy buena abogada, astuta y efectiva. Si la familia de Daniela fue deportada y separaron al niño de ellos, si lo trasladaron a algún sitio, ella tiene los hilos para averiguarlo, mejor que el agente de Servicios Sociales que trabaja con nosotros. Os doy la opción de contactar con ella, quizás os sirva.

—Además, Flaco, ella era amiga íntima de Daniela —razona Brayan, animado—. Quizás ella sepa dónde está el niño sin necesidad de ir a los Servicios Sociales.

—Es cierto —Luis cae en la cuenta de ello—, sea como sea puede sernos de gran ayuda.

EL INSTITUTO
Diciembre 2018

Una de las cosas positivas de Estados Unidos es que, ya seas "mojado" o legal, si entraste con papeles o si eras invisible como lo éramos nosotros, todos los menores que residen en el país tienen derecho a una educación.

El instituto, a cinco minutos caminando de donde vivíamos, estaba en uno de esos barrios por los que da miedo pasear, donde se juntan para vivir los afroamericanos, los latinos, los asiáticos y los árabes, toda una mezcla de culturas que podría convertir el lugar en un mosaico maravilloso, pero, por el contrario, convertía el lugar en una zona peligrosa con rechazos racistas de unos contra otros, con los blancos y entre ellos. Aquellos mismos rechazos por ser inmigrantes latinos los sufrimos en innumerables ocasiones, y nosotros también tuvimos nuestros roces en más de una ocasión contra otras razas, sobre todo con los morenos. No es ningún secreto que ellos no nos aceptaban, y nosotros les teníamos manía. Al menos, en nuestra adolescencia fue así.

Como digo, el instituto estaba en una zona muy marginal, era considerado el "peor" instituto de Austin. No entiendo el por qué, nunca supe en qué se fijaban para decidir algo así, ¿quizás en los resultados académicos? ¿Pero qué esperaban de un centro donde casi la mitad de los estudiantes eran inmigrantes cuyo primer idioma no era el inglés?

Reconozco que el primer día fue aterrador, sin conocer el idioma, sin entender los letreros, a los estudiantes o a los maestros. Pero hubo un incentivo maravilloso: el Colocho. ¡Brayan acudía al mismo centro! El primer día que estuvimos en la casa de nuestro tío, tras hablar con nuestra mamá, le pedimos que nos dejara hablar con nuestro amigo para ver dónde estaba y si estaba bien. Fue gracias a la intervención de Leticia, la esposa de mi tío, que este se ablandó y nos dejó llamar al número que nos había dado el hermano de Brayan. Habían pasado pocos días, pero me parecía una eternidad, tan acostumbrado a tenerle a mi lado y a vivirlo todo junto a él. Cuando oyó mi voz tras descolgar la llamada le escuché sollozar, según me confesó se había marchado con un nudo en el estómago por no saber si nuestro caso se iba a solucionar. Pero sí, se arregló. Y al comparar nuestras nuevas situaciones, resultó que no vivíamos muy lejos y que, para nuestra suerte, íbamos a ir a la misma escuela.

Al llegar al instituto el primer día, Brayan nos estaba esperando. El instituto era un edificio de dos plantas con aspecto bastante

viejuno, con paredes de ladrillos amarillentos, un vikingo como imagen y colores negro y amarillo por todos lados. Brayan estaba allí, junto a la puerta principal. Estaba algo irreconocible, todo chulo con sus nuevos jeans, sus deportivas brillantes, su cabello mojado recién duchado y llevando una mochila cargada, ¡parecía otra persona! ¡Y qué alegría el poder volver a abrazarnos los tres! Hasta el seco de mi tío, que el primer día nos acercó en su carro, viendo nuestra euforia al reencontrarnos, no pudo más que sonreír disimuladamente al vernos tan felices.

Brayan nos llevaba unos días de ventaja, pero eso sirvió para que nos fuese de gran ayuda y nos echara una mano. Nos mostró el instituto, construido alrededor de un pequeño jardín coronado por una estatua de un vikingo (de nuevo, la querida mascota del centro). Las clases se repartían entre el piso inferior y el superior. Para nuestra sorpresa, y alivio, escuchamos a muchos alumnos hablando nuestro idioma. Sí, español. En aquel centro éramos mucho los latinos, prácticamente la mitad de los alumnos, con lo que en poco tiempo hicimos amigos, la mayoría de ellos habiendo tenido experiencias similares a las nuestras, habiendo llegado ilegalmente y habiéndose jugado la vida en ello.

La escuela es una de las cosas que más amé de aquella época. Fue difícil acostumbrarse al principio, pero tenían algunas clases con profesores especializados en trabajar con alumnos como nosotros, que no teníamos ni idea del inglés. Y allí conocimos a gente maravillosa, a grandes amigos, y en el caso de Brayan, a Emily.

Emily era una chava mexicana, chiquitita y delgadita, bien lista y con risa contagiosa. Coincidimos con ella en clase de ciencias, y Brayan tuvo un flechazo instantáneo. A pesar de lo hablador que era para otras cosas y lo bromista que solía ser con todos los amigos, con ella se cohibía, se le comía la lengua el gato. Era chistoso ver cómo Brayan se quedaba mudo cada vez que ella le hablaba o simplemente le miraba. Con esa reacción, que el pobre no podía evitar, parecía imposible que pudiera conquistarla. Pero Emily también le había echado el ojo, le llamaba la atención ese chico tan alto y flaco que veía siempre riendo con los amigos y que con ella se sonrojaba y no soltaba ni prenda.

Emily lo conquistó en cuanto se lo propuso; solo tuvo que sentarse junto a él en una clase, eso fue suficiente para que nunca más se separaran. El amor que el Colocho tanto necesitaba le estaba esperando allí, en el país de los sueños.

Las semanas pasaban y poco a poco nos acostumbrábamos a nuestras nuevas vidas allá. Nuestra rutina, que coincidía con la de

muchos otros chicos y chicas inmigrantes, consistía en acudir a la escuela entre semana y trabajar los fines de semana y las tardes. Y aquello nos sabía a gloria, era muchísimo mejor de lo que habíamos conocido antes.

Pero hay algo en el interior de las personas que no puede ser compensado de forma material, como todos bien sabemos, y nosotros no éramos una excepción. Es más, en casos como el nuestro todavía era peor, éramos más sensibles a ello, esto es, el estar separados de nuestra madre. Y el que la Navidad estuviese a la vuelta de la esquina no ayudaba a hacernos sentir mejor.

Era curioso, íbamos a clase en aquel instituto donde la mitad de los estudiantes éramos latinos, y al acercarse aquella fecha empezabas a notar detalles, pequeños cambios que delataban que las cosas no andaban bien. A veces era simplemente cansancio por el ritmo de trabajo y estudio, o algo tan simple como una discusión entre amigos o con la novia. Pero siempre había alguno que cuanto más se acercaban fechas familiares como las vacaciones de navidad, más apatía mostraba y más mal genio, no queriendo nada que ver con el resto del mundo.

Yo era uno de los que llegó a ese punto. En la escuela estaba bien, con mi hermano, con el Colocho, con Emily, con los amigos y amigas que en aquellas circunstancias se convierten en tu segunda familia a falta de la de verdad. Aquellas horas eran las mejores del día, pero sí es verdad que notaba el cansancio, se resentía todo mi cuerpo a medida que pasaba la semana, ya que solo descansaba los lunes por la tarde. El resto de los días, incluido el domingo, trabajaba cuantas más horas, mejor.

Así, cuando llegaba el jueves, o el viernes, estaba tan cansado, se me habían acumulado tanto las horas sin parar ni un momento en el restaurante, que solía dormirme la primera hora de clase. No era el único, entre que la primera clase era la de Geografía Mundial, en inglés, por lo que no entendía nada, y lo pronto que comenzaba, a las ocho de la mañana, me quedaba traspuesto sobre la mesa y daba una cabezada. Era triste, porque el profesor, que no sabía nada de español, me tomó algo de manía por ello, pensaba que me dormía por flojera, más de una vez nos dio una charla sobre “lo malo que es quedarse a jugar a videojuegos por la noche”. ¡Qué más hubiese querido yo! No, señor, no dormía porque había estado jugando a los videojuegos. Dormía porque había entrado a trabajar en el restaurante a las seis y no salía hasta las once, a veces las doce o la una si había que hacer limpieza e inventario más a fondo, no había una hora fija. Y me tenía que levantar a las seis y media de la mañana, cuando mi tío se levantaba también, para que pudiera acercarnos a la escuela con su troca. SI no, nos tocaba tomar el autobús o caminar, tardábamos

mucho más.

Era imposible hacerle entender algo así a aquel maestro porque simplemente no podíamos comunicarnos. Había otros con los que sí podíamos, hablaban español, aunque fuera un poquito, y al menos se preocupaban por conocernos a nosotros y nuestras circunstancias. Muchos latinos tenemos fama de flojos, lo comprobé en aquel país, pero creo que es por puro desconocimiento, porque no saben la lucha diaria que llevamos para sobrevivir.

En esos días había más trabajo, sobre todo por las cenas de grupos de gente por las fiestas, con lo que las semanas previa a las vacaciones Raúl y yo salíamos bien tarde del restaurante. Y además hubo algo, una noticia que nos tomó por sorpresa y que nos destrozó los ánimos, nos dejó con la moral por los suelos.

Recuerdo la fecha, fue el quince de diciembre. Llegamos a la casa desde el instituto y nos encontramos a mi tío y a su mujer sentados en la sala con las caras largas. Cuando entramos mi tío, con gesto serio, nos pidió que nos sentáramos con ellos.

Raúl y yo nos miramos, intercambiamos una mirada que implicaba incertidumbre por su parte, algo de miedo por la mía. Sin entender de qué iba todo eso, nos sentamos justo frente a ellos, esperando lo que fuesen a decir.

—Tengo malas noticias. Agarraron a su mamá en la frontera y la tienen retenida en la hielera.

—¡¿Cómo?! —dije yo, casi gritando.

—¿En la hielera? —preguntó Raúl confundido. —¿Intentó cruzar otra vez?

—Me lo comentó hace un par de semanas, pero me pidió que no dijera nada, por si salía mal, y para que no estuvieran preocupados. Había ahorrado para poder comprar un pasaje de bus, esta vez no venía caminando. Quería sorprenderlos y estar aquí para Navidad, pero la cosa salió mal. La van a deportar de nuevo.

Ya se imaginarán el ánimo con el que nos quedamos mi hermano y yo. Otra vez mi mamá había pagado para intentar cruzar, esa vez todavía más porque los boletos que compraban una plaza en un bus o en un camión eran bastante caros. Había estado raspando cada centavo por meses para reunirse con nosotros. Y había vuelto a suceder, la agarraron tras cruzar el río.

A partir de ahí, me sumergí en un silencio bien amargo, enfadado con el mundo y con lo cruel que estaba siendo con mi familia. ¿Qué había hecho de malo mi mamá para que la trataran como a una criminal? La trataban como una delincuente, cuando solo era una madre que quería reunirse con sus hijos.

Mi actitud en general, tanto con los amigos como en la escuela y

en el trabajo, cambió a partir de ahí. Casi no hablaba, entraba en los sitios sin saludar a nadie, mis movimientos eran bruscos, incluso agresivos, como si buscase pelea a la mínima para así descargar esa rabia que crecía dentro de mí. Si me hablaba un maestro, aunque fuera en español, le ignoraba; acabaron por dejarme en paz al ver mi mala actitud y que mi cabeza estaba en otra parte.

Solo hubo un maestro, el señor Valero, un hombre con el que teníamos buena relación, que notó que algo me pasaba, que algo andaba mal. Él no quiso dejarme en paz; no tenía ni idea de qué se trataba, fuera lo que fuera, importante o no, pero quería ayudar. Se me acercó en la clase, donde yo me había aislado sentándome en el rincón más alejado, y me preguntó.

—Luis, ¿estás bien?

—Sí —le contesté de forma seca y directa, sin siquiera mirarle.

—¿Seguro que estás bien? Porque pareces molesto.

—¡Estoy bien!

Me puse en pie bruscamente, agarrando el pase para ir al baño (un pase que debíamos llevar con nosotros si queríamos salir de clase en horas lectivas) y salí por la puerta.

El maestro no se esperaba aquello. Se quedó allí de pie, todavía mirando boquiabierto la puerta, los demás compañeros de la clase guardando silencio habiendo sido testigos de la escena. Pero el Colocho me echó un cable:

—Míster, discúlpele, que anda bien encabritado.

—Ya, ya me di cuenta. Yo solo quería ayudarle...

—Lo sabe, Míster, pero es que no puede.

Durante unos segundos nadie se atrevió a decir nada. En ese breve espacio de tiempo Brayan pensó que el hombre se merecía, aunque fuera de forma superficial, una explicación:

—Es por su mamá, Míster, ayer la deportaron.

—¿Cómo que ayer la deportaron?

—Sí. Intentó cruzar la frontera, pero la agarraron y la han mandado de vuelta a Honduras.

—Vaya, lo siento...no tenía ni idea. Es la segunda vez que lo intenta, ¿no?

Aquella pregunta revolvió algo dentro de Brayan, que tanto aprecio tenía a mi mamá, y solo le respondió con un escueto “Sí”. El maestro entendió; entendió mi enojo, mi falta de interés, mis malas formas, y posteriormente, cuando me hube calmado y regresé a la clase dándome cuenta de que aquel hombre no tenía la culpa de nada, aceptó mis disculpas. Aquel maestro era una excepción, pero no era el único. No había muchos, pero los había, aunque seguía ganando el número de profesores que no se molestaron en intentar entender qué me pasaba, el por qué estuve aquel tiempo tan afectado y vencido.

Pero como decía mi mamá, “Dios aprieta pero no ahoga”, y una luz iba a aparecer para iluminar mis días. Alguien que acabaría por borrar, al menos en parte, la tristeza de mis días: Daniela.

CLARISSA

El mundo, tal como lo conocemos, se encuentra mal planteado. Yo nací en lo que podría describirse como el paraíso. Si el jardín del Edén se hallase en algún rincón de nuestro planeta, estoy segura de que coincidiría con mi adorada isla: Cuba. La prueba de ello radica en la poca probabilidad de que un turista la visite y no se enamora de ella, de su luz, el colorido de sus calles, el perfume a verano perpetuo, las aguas cristalinas y la arena blanca de nuestras playas...un suelo enmarcado por océano y nutrido por vegetación tropical.

Entonces, ¿por qué la gente huye del paraíso, incluso arriesgándose a perder la vida en ello? Porque nosotros, los cubanos, personas que llevamos la alegría en nuestras venas, que ofrecemos una sonrisa a todo aquel con quien nos cruzamos en la calle, todos pasamos hambre y carencias de elementos básicos. Nuestro país se encuentra bajo la férula de un régimen comunista que afecta al pueblo llano (me refiero al pueblo llano, porque para aquellos en el poder, por supuesto, la historia es distinta), y este régimen, dictatorial en realidad, nos asfixia porque nos falta de todo.

Nosotros residíamos en la Cuevita, una barrio del municipio de San Miguel del Padrón, muy cerca del centro de La Habana. Como todos en aquel lugar vivíamos con escasos recursos, pero sobrevivíamos. En la misma casa residíamos mi abuelita, mis padres, mi hermana pequeña y yo.

Mi padre José, a quien todos llamaban Pepe, trabajaba en el mercado en un puesto de verduras y fruta. Allí, mi papá era una especie de ayudante, su labor se centraba en cargar cajas, reponer productos y atender a los clientes. Mi madre, Lucero, se empleaba en la limpieza en la casa de un tipo que formaba parte del gobierno de Castro. A pesar de trabajar para alguien con poder y con dinero, y de que mi padre también percibía su salario por su labor, apenas alcanzábamos a sobrevivir. Quien más aportaba económicamente en la familia era mi tía Erica, que supuestamente trabajaba, según nos contaba a mi hermana y a mí, de bailarina en un club de lujo cerca del Malecón, partiendo por las tardes y regresando al amanecer.

Cuando yo rondaba los diez años y mi hermana contaba con ocho, nuestro padre falleció. Un paro cardíaco fulminante se lo llevó mientras trabajaba. No era muy mayor; aunque superaba en más de diez años a mi madre, aún no había alcanzado los cuarenta. Pero su exceso en el consumo de alcohol y tabaco le cobró factura más temprano que pronto.

A partir de ahí comenzaron los problemas para nosotras. Con la ausencia de mi padre, el dinero que entraba en casa disminuyó. En la casa

donde trabajaba mi madre no mostraron ninguna consideración hacia ella a pesar de saber que había quedado viuda; ni siquiera pudo ausentarse de su puesto el día que enterramos a mi padre. Allí, mi mamá imploró a la señora de la casa, aterrada por lo que se avecinaba, con el miedo de no poder sostenernos. Lo único que logró fue que aquella mujer insensible le respondiera que "el gobierno es justo y se ocupará de ustedes, como siempre". Como siempre. Y lo que ocurrió fue que, con menos dinero entrando en la casa, a los tres meses de la muerte de mi padre ya no nos quedaba ni arroz ni casi harina para comer, ni dinero para conseguirlo.

—Vente a trabajar conmigo, allí siempre hay trabajo.

Mi tía le propuso a mi madre el irse con ella a "bailar" por las noches, y yo, inocente, pensé que aquella era una gran idea: mi madre llevaba el ritmo en la sangre, bailaba como ninguna, incluso mejor que mi tía. Y, pensándolo con detenimiento, mi tía era la que más cosas bonitas poseía. Cosas como ropa, o unos preciosos lentes oscuros para el sol con cristales en forma de corazón, o un frasco de laca de uñas roja con un pintalabios a juego. Aquellas cosas para nosotras eran tesoros totalmente inalcanzables, y sin embargo, ella las tenía. Explicaba que un pretendiente suyo, un marinero, le traía regalos de distintas partes del mundo. Nosotras creíamos que mi mamá, siendo tan hermosa y joven, también podría tener pretendientes así si trabajase bailando con mi tía. Pero bastaba mencionar esa posibilidad para que tanto mi madre como mi abuelita entrasen en cólera, regañándonos para que no nos entrometiésemos en asuntos de adultos.

Todavía me tomaría unos años entender, conocer la realidad: mi tía era jinetera[70]. Aunque en nuestro barrio la prostitución era bastante común, ella no trabajaba allí, cerca de su propia casa. Todos los días al atardecer se dirigía hacia el Malecón, siempre bullicioso, donde las jineteras y los pingueros[71] buscaban yumas[72], a la caza de alguien que pudiese arreglarles el día. Una vez allí, su centro de operaciones era uno de los clubes de la zona, aunque también salía a pasearse por la zona en temporada alta. Toda su vida soñó con que algún extranjero se enamorara de ella y la sacara de allí, llevándola a su país de origen. Casi todas las jineteras sueñan con lo mismo, al igual que los pingueros. Pero hasta el momento, algo así no ha sucedido; mi tía continúa trabajando las calles en la zona del Malecón.

Por esa misma razón, mi madre no quería ni escuchar hablar de trabajar con su hermana. Tuvo un segundo intento de conversar con la dueña de la casa donde limpiaba, haciéndole saber cuán desesperada estaba, lo difícil que le resultaba el mantenernos a nosotras y al mismo tiempo cuidar de mi abuelita. Aquella mujer, fría como el hielo, evadió el tema y soltó palabras vacías que formaban frases sin sentido, como "tiempo al tiempo", o "poco a poco, Lucero". Pero no había tiempo, no había respiro, nuestras vidas estaban en peligro.

Ante la desesperación y la falta de ayuda, mi madre decidió, por mucho que le doliera, emigrar a los Estados Unidos. Lo hizo una mañana de abril. Cuando salió de casa todavía no había amanecido, nos dio un largo abrazo a todas y nos prometió el volver a por nosotras en cuanto le fuera posible.

Mi madre partió en una balsa acompañada de otras siete personas, saliendo desde la costa de Cojimar, cerca de La Habana, para cruzar el estrecho de Florida hasta llegar al país vecino. En total no llegaban a ser 150 kilómetros. Los peligros de tal empresa eran las corrientes marinas, los vientos que pudieran desviarles de su destino, y la resistencia de la balsa durante la travesía. Porque la balsa era completamente casera, construida por aquellos dos hombres que habían organizado el viaje a partir de los restos de una antigua barca. Trabajaron varias semanas hasta tapar todos sus agujeros, reforzarla y hacerla flotar. Después la cargaron con leche en polvo, agua, frutos secos y galletas para unos pocos días, vendiendo las plazas en ella a los mejores postores.

El viaje en sí debió ser estresante. Mi madre debió sentir mucho miedo, porque, aunque llegó a su destino sana y salva, nunca quiso que ni nosotras ni nadie de nuestra familia pasara por aquello. Pasó cinco días en aquella balsa, solo dos mujeres y el resto hombres, todos remando para hacerla avanzar, de día y de noche, bajo el sol abrasador de mediodía, alternándose uno de aquellos días con una tormenta que casi los hunde a todos.

Fueron interceptados por las autoridades estadounidenses ya en territorio americano, todos ellos solicitando asilo nada más llegar. No a todos se les concedía asilo, pero a mi mamá sí se lo otorgaron, dejándola en libertad bajo "parole". Eso significaba que no solo le permitían quedarse, sino que le daban ayuda económica, Medicare, incluso pudo obtener una licencia de conducir. ¡Y lo más importante, tenía permiso de trabajo! Tras pasar exactamente un año y un día en suelo estadounidense, ya pudo aplicar a la Ley de Ajuste Cubano, mediante la cual un cubano puede convertirse en residente permanente. Y tras cinco años más, pudo optar a la ciudadanía. Entre el viaje, los tiempos de espera y todo lo demás, pasaron casi siete años hasta que mi madre, ya ciudadana legal de los Estados Unidos, pudo regresar a Cuba a por nosotras y llevarnos a vivir

con ella.

Para entonces, yo ya tenía casi diecisiete años y mi mamá ya no vivía en Florida, sino que se había mudado a Texas unos años atrás, porque había conocido a un colombiano que vivía en Austin y se había enamorado de él. Una vez mi madre se convirtió en ciudadana, no solo nos llevó a mi hermana, mi abuelita y a mí a vivir con ella, sino que se casó con el colombiano. Todos juntos empezamos a llevar una vida familiar más o menos normal, excepto mi tía, que no quiso venir a los Estados Unidos. Estaba acostumbrada a su vida como jinetera y no tenía ganas de empezar de cero.

Me matriculé en la escuela secundaria donde coincidiría con Luis, Raúl, Daniela y muchos otros. Yo realmente era amiga de Raúl porque teníamos la misma edad, y me hice amiga íntima de Daniela cuando ambos comenzaron a salir juntos. Ellos dos me hicieron sentir cómoda en aquella escuela, ya que los cubanos no lo teníamos tan fácil en Texas. Me explico: en Florida, todo son facilidades para los cubanos, entre las ayudas del gobierno, las ciudades plagadas de compatriotas. Miami es como una segunda Habana más moderna; en Florida te sientes como en casa, rodeada de los tuyos.

Pero en Texas no es igual. Hay pocos cubanos en Texas, porque la mayoría se quedan en Florida, donde la vida es más cómoda. Así que en la escuela, a pesar de haber muchos latinos, había muy pocos compatriotas míos. Pero yo amé aquella diversidad, aquella mezcla de nacionalidades, de acentos y tonos de piel. Y fue al conocer las historias de mis compañeros cuando me di cuenta de la gran diferencia en el trato y en los derechos humanos dependiendo del lugar de origen. Sabía que yo venía de una dictadura, y a los que teníamos esa procedencia nos condecían asilo sin mucha complicación, porque nuestras vidas estaban en juego. Simplemente por no tener las mismas ideas políticas que el gobierno te convertías en un enemigo del régimen y podías acabar en prisión en un abrir y cerrar de ojos.

Pero, ¿acaso no resultaba igual o más peligroso residir en uno de esos países centroamericanos bajo el yugo de las maras, los cárteles y la corrupción política? Si ellos migraban para salvaguardar sus vidas, huyendo de la pobreza y la violencia, ¿por qué el trato se diferenciaba tanto?

Esta reflexión fue el principio de mi interés por las leyes de mi nueva patria, y sobre todo, las concernientes a los derechos de los migrantes. Sí, un nuevo horizonte se había desplegado ante mí: estaba a solo un año de ingresar a la universidad, y había decidido qué hacer con mi futuro. Mi plan inicial era dedicarme a la abogacía, especializándome en inmigración. Pero hubo una segunda sorpresa que haría que mi vida girase en torno a sí misma y se transformase en una pesadilla durante una temporada,

cambiando ligeramente mi perspectiva final.

Todo fue por culpa de mi madre y su esposo, aunque ella es quien finalmente permitió todo aquello, la que hizo que durante unos años, mi vida se convirtiese en un auténtico infierno.

Estaba en mi último curso del instituto, a punto de cumplir dieciocho años, centrada en sacar las mejores calificaciones para poder ingresar a una buena universidad. Y un día, al llegar a la casa, me encontré a mi madre sentada junto al colombiano y mi abuelita, esperándome.

—Siéntate, necesitamos conversar.

Yo no entendía qué sucedía, ¿había hecho algo incorrecto? Mi madre me miró con cara de circunstancia. Por su mirada, dirigida hacia mí con la cabeza ladeada, sin enfrentarse directamente a mis ojos, supe que algo fuera de lo común estaba pasando.

—Clarissa, ¿recuerdas a don Tonino?

—¿Don Tonino? ¿El vecino que teníamos en La Cuevita?

—Sí, Tonino. Verás, su hijo mayor, Ander, necesita abandonar del país. El régimen se lo está dificultando, y quiere venirse para acá antes de que lo detengan.

Yo simplemente asentí, absorbiendo toda aquella información sin entender qué tenía que ver conmigo.

—Y hay una manera de lograr que venga sin arriesgar su vida en una balsa, y sin casi tener que aguardar para que obtenga la ciudadanía...

No me supuso gran esfuerzo comprender lo que mi madre estaba sugiriendo. La miré con los globos oculares amenazando con salir disparados de tan abiertos que tenía los ojos, pasando mi vista después hacia mi abuelita, después al colombiano.

—¿Lo dices en serio?

—Hija, se lo debo. Él me ofreció un lugar en la balsa para poder venir aquí, solo le estoy devolviendo el favor.

—¿Me estás diciendo que esto ya lo tenías acordado hace tiempo?

Mi madre bajó la cabeza, avergonzada, lo que corroboró mi sospecha. No me lo podía creer: mi madre había accedido a casarme al cumplir los dieciocho con uno de sus hijos a cambio del hueco en la balsa con la que llegó al país, un pacto hecho hacía ocho años atrás y del que nunca me había mencionado nada.

—¡Me estás pidiendo que me case, mama! ¡Que me case con un hombre que además ni conozco!

—Don Tonino y su hijo se comprometen, si accedemos, a que cuando el hijo llegue aquí y trabaje, nos entregará una cantidad todos los meses —intervino su marido, a quien en ese momento no quería ni ver.

—¿No puede simplemente venirse en balsa como todos los demás? ¿Por qué me tienen que involucrar en todo esto?

—¡Clarissa, ya sabes lo complicadas que son las cosas en Cuba! ¡Y el viaje en balsa es muy peligroso! ¡Puede morir, o puede ser interceptado por nuestro propio gobierno! Y si lo aprehenden... Ander necesita la ciudadanía en cuanto antes. Si se queda allá, podría morir.

No hubo forma de negarme, ante cada objeción que salía de mi boca, ellos tenían un argumento más contundente para rebatirla.

Un par de semanas después nos encontrábamos de regreso en Cuba para la boda. Y cuando conocí al tal Ander, casi me desmayo de la impresión. Ander no era un muchacho joven, era un tipo de unos treinta y

tantos años, alto, moreno, con una pronunciada barriga y una desagradable sonrisa. Durante nuestra estancia todo fue muy correcto, y lo más importante, muy rápido, con poco contacto real entre nosotros. Hubo momentos en los que tuve que tomarle de la mano, e incluso besarle en nuestra falsa boda delante del notario, pero poco más.

Una vez casados, tuvimos que acudir a la embajada estadounidense y solicitar los papeles para que nos permitieran salir, Ander ya como mi esposo. No tuvimos que esperar muchos días a que todo la burocracia se resolviera, me lo tomé como unas vacaciones en mi amado país de origen, y en un par de semanas ya estaba de vuelta en Austin. Eso sí, con un esposo.

Instalados en la casa de mi mamá, el acuerdo era que cada uno llevaría su vida aunque bajo el mismo techo, ya que podríamos sufrir una inspección de inmigración en cualquier momento; y en cuanto le llegase la tarjeta de residencia, tras esperar el tiempo prudencial que se nos exigía, nos separaríamos. Sin embargo, la realidad no iba a ser tan sencilla. La realidad era que, en cuanto por alguna circunstancia nos quedábamos a solas, Ander me tocaba, me perseguía y acosaba. Al principio lo hizo de manera sutil, y poco a poco se fue volviendo más directo, más brusco, tocándome el pecho, las nalgas, deslizando su mano bajo mi falda…aquello fue en escalada y yo me sentía atrapada.

Yo no quería causar problemas a mi familia, mi madre ya había sacrificado bastante a lo largo de los años para darnos aquella nueva vida. Pero llegó un momento en que no pude más y, finalmente, se lo comenté a mi madre. Entonces ella, en cuanto Ander puso el pie en la casa ese día, se le acercó con el puño en alto y le propinó tal golpe que lo tiró al suelo.

—Pedazo de cabrón … —podía ver el odio en los ojos de mi madre, la rabia infinita; si hubiese tenido un arma, habría sido capaz de usarla—. Ese no era el trato, desgraciado. ¡Si vuelves a tocar a mi hija, te mato!

Eso le detuvo, aunque no duró mucho. Esa situación se repitió más veces, era como un círculo vicioso: las cosas se calmaban, me dejaba en paz durante un par de semanas y después, poco a poco, comenzaba con los roces sutiles, con las miradas lascivas, con acorralarme…¿Cuánto duró aquella pesadilla? Treinta y tres meses. Treinta y tres meses en los que, día a día, pedía a Dios que llegase la maldita tarjeta de residencia para que saliese de mi vida. Treinta y tres meses en los que me dediqué a refugiarme en lo único que me daba esperanza de futuro, mis estudios, luchando por ser una mujer independiente, y además, estar lo suficientemente preparada como para poder ayudar no solo a inmigrantes. Se había abierto un nuevo horizonte ante mí: ayudar especialmente a las mujeres inmigrantes, a ellas y a sus hijos, que son los más desprotegidos y los que salen perdiendo con mayor facilidad. Porque gracias a Dios yo tuve a mi madre al lado, pero hay mujeres que no tienen a nadie, quedando solas.

CAPÍTULO IX
Austin, año 2030

Una hora después de la visita a su antiguo instituto, Luis y Brayan están de vuelta en la ciudad, callejeando por el centro de Austin. Solo paran media hora para tomar un bocado, pero la impaciencia por visitar a Clarissa, tal como la señora Garrison les había sugerido, impide que lo disfruten en tranquilidad. Luis quiere pasarse por el despacho de la ahora abogada antes de que termine la jornada laboral.

La firma de abogados para la que trabaja Clarissa está ubicada en una zona tranquila del centro, ligeramente al oeste y apenas a unas calles del río Colorado. Es un barrio de calles poco transitadas y bonitas casas de madera estilo americano con amplios porches y en variedad de colores. Sin embargo, casi ninguna de estas casas son viviendas familiares en sí; en su lugar, albergan distintos negocios cuyas sedes, en lugar de estar en edificios de oficinas de innumerables plantas embebidos en plena urbe, tienen un aspecto bastante más acogedor, incluso familiar.

Llegan a una casita pintada en blanco y gris claro, con un cartel en el césped de la entrada donde puede leerse “Foster, Rodríguez & Associates. Immigration Lawyers” en azul sobre fondo blanco, con la traducción “Abogados de inmigración” debajo. Al cruzar la puerta principal, que tiene un cartel invitando a entrar sin necesidad de llamar, se encuentran en una especie de recepción que parece más el recibidor de una casa en el que se ha colocado un amplio escritorio con un ordenador de sobremesa. Sentada tras él, una joven de agradable sonrisa les recibe, fijándose ambos que sobre la mesa, siendo prácticamente lo primero que se ve al entrar, hay un cartel con el nombre de la recepcionista, Annie, y bajo este puede leerse “Se habla español”.

—*Hello, good afternoon*[73]—les saluda ella.

—Hola, buenas tardes —reacciona Luis enseguida—. Necesitamos hablar con la señorita Rodríguez, si es posible.

—Ahora mismo está con unos clientes —la joven cambia rápidamente de idioma, más que acostumbrada a ello—. ¿Tienen ustedes cita?

—No, no tenemos cita. Pero es un asunto personal, bastante delicado. Si le pudiera decir que Luis Mendoza, el hermano de Raúl Mendoza, del instituto, está aquí, se lo agradecería.

La chica toma nota al momento de los nombres e indicaciones que Luis le facilita, invitándoles a sentarse en la sala de espera, ofreciéndoles algo de beber antes de alejarse con la promesa de que

avisará a Clarissa en cuanto esté disponible.

Tienen que esperar un buen rato, durante el cual los nervios no permiten a Luis relajarse, sentado junto a Brayan y moviendo compulsivamente su pie arriba y abajo. En un momento dado aparecen dos personas desde un pasillo lateral, las cuales se despiden cortésmente antes de marcharse. Entonces la joven de la recepción se levanta, papel en mano, y se dirige a susodicho pasillo. En un minuto la chica está de vuelta, yendo directamente hacia ellos:

—¿Me pueden acompañar, por favor?

Dicho y hecho, ambos se levantan como impulsados por un resorte, llenos de energía, y siguen a la chica por el pasillo hasta entrar en un despacho cuya puerta se encuentra abierta de par en par. Al entrar, sentada tras el escritorio, ven a una bella mujer de color, impecablemente vestida en un traje de chaqueta claro. Ella se pone en pie al verles aparecer, mostrándose sorprendida:

—No me lo puedo creer...

Clarissa se acerca a Luis, estudiándole de arriba abajo, para acabar dándole un cálido abrazo, pudiendo Luis oler su perfume a vainilla.

—Clarissa, ¡tanto tiempo sin vernos!

Deshacen el abrazo pero mantienen el contacto, se quedan cogidos de las manos. Clarissa observa a aquel hombre alto, todavía delgado, su piel tostada bajo una barba descuidada de pocos días. Detrás de todo eso se esconde su amigo de juventud, Clarissa busca lo que quedaba de él. Y lo que encuentra es que Luis ha perdido la mirada inocente. En realidad, ella sabe que ya hacía muchos años que aquel rostro entonces joven, sonriente, hermoso y lleno de vida, se oscureció con todas las cosas que le fueron marcando, las de antes de conocerla a ella y las de después. Así fue la última vez que le vio, una sombra había entristecido sus hasta entonces curiosos ojos, aquellos que solían expresar tanto sin necesidad de palabras.

—Te agradezco que hayas aceptado vernos después de tanto tiempo, sin casi hacernos esperar y sin avisarte antes. ¿Te acordás de Brayan?

—Sí, claro que me acuerdo de él —sonríe ella ampliamente, con lo que Brayan se sonroja ligeramente cuando ella se le acerca y le saluda con un ligero abrazo—. ¿Cómo estás, Brayan?

—Bien, muy bien.

—Me alegro.

Por unos segundos todos se quedan callados, un tanto descolocados, hasta que ella les señala un par de butacas frente a su escritorio para que tomen asiento y se pongan cómodos, mientras ella cierra la puerta de su despacho.

—Me he quedado de piedra cuando Annie me lo ha dicho, la

verdad. Pero es una sorpresa agradable. —Clarissa les sonríe ampliamente, apenas hay señales del paso del tiempo en su cara, donde aparecen los mismos hoyuelos al sonreír que ellos recordaban —. Es un alivio saber de ti después de tanto tiempo, Luis. Te perdí la pista cuando te marchaste y dejaste de dar señales de vida.

—Lo sé, y me disculpo. Pero seguir en contacto después de todo aquello era bien duro, demasiado.

Clarissa, ya sentada frente a ellos, simplemente asiente, comprensiva. No puede enfadarse, no con Luis; comprende a la perfección las devastadoras consecuencias de las deportaciones. Además, Luis es una de esas personas que pasan por tu vida y de la que solo guardas buenos recuerdos, incluso dentro de los malos.

—Me puedo imaginar.

—No, no creo que podás —le responde Luis, ante lo que Clarissa se siente algo ofendida. —Perdoname, no lo tomés a mal. Es que mi vida en ese tiempo se convirtió en un infierno, y los primeros años al regresar tampoco fueron una maravilla que digamos.

—Siento escuchar eso, Luis, de verdad que lo siento.

Los dos se quedan sin palabras. Clarissa todavía no sabe qué es exactamente lo que Luis quiere de ella después de tantos años, habiendo estado desaparecido e ilocalizable. Y viendo que la mueca seria en su rostro no se suaviza ni con la conversación, se siente reacia a preguntar. Es solo cuando un taxi de la calle toca el claxon de forma repetitiva y estridente cuando parece que ambos reaccionan y vuelven a la realidad.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Has vuelto hace mucho?

—No, nada que ver, llegué ayer desde México, allá vivo con mi esposa.

—¿Así que vives en México?

—Sí, ya llevamos cuatro años allá.

—Vaya cambio, ¿no? De Honduras a México. ¿Y qué te llevó allí?

—Mi esposa es mexicana. Y en unas semanas vamos a ser papás.

—¡Felicidades, pues! ¡Cómo me alegro de escuchar que te va bien! ¿Y tú, Brayan? ¿Finalmente te casaste con tu novia del instituto?

—Con Emily…—vuelve a sonrojarse—, sí. Vivimos en San Marcos, tenemos un par de niños, la parejita —explica orgulloso.

—¿Y vos? ¿Cómo te trata la vida, Clarissa? Por lo que veo, te va todo muy bien.

—En lo del trabajo, sí. Me enfoqué mucho en estudiar, tenía muy claro lo que quería hacer de mi vida.

—Escuché que te casaste…

Brayan no llega a acabar la frase, Clarissa se encarga de cortarle en seco para que no continúe.

—No duró mucho, menos mal. Ahora estoy soltera y gozando. No

quiero nada de los hombres, huyo de ellos.

Esta última frase la suelta con un deje de desprecio que los dos amigos captan de inmediato, por lo que ambos deciden no profundizar más en el tema. Ella misma, queriendo desviar la conversación, echa mano de su inesperada visita:

—Bueno, contadme, ¿qué os trae por acá? ¿Puedo ayudaros en algo?

—Eso espero… —Luis se frota las manos una contra otra, nervioso, pensando cómo explicarle a Clarissa lo que necesita de ella —. Vengo buscando al hijo de Daniela.

—¿El hijo de Daniela? ¿Hablas de Daniela Galarza, nuestra Daniela? —le pregunta ella asombrada a más no poder.

—Claro, Daniela, nuestra Daniela. Vine a buscar al pequeño Daniel.

—Yo…desde que pasó lo que pasó, Luis, perdí todo el roce con la familia de Daniela, no sé nada de ellos. Su padre no estaba para conversar con ninguno de sus amigos —le contesta pesarosa, ya que no cree que pueda ayudarle con eso—. ¿Has mirado si siguen en la casa donde vivían?

—Eso fue lo primero que hicimos, y ahí nos dijeron que los habían deportado.

—¡Qué barbaridad! —exclama Clarissa visiblemente airada y molesta—. No me sorprende, en aquellos tiempos, con Trump y su fobia a los inmigrantes, las cosas se pusieron difíciles.

—Ni que lo digas… —comenta Brayan por lo bajo, al recordar a algunos compañeros de la escuela que, más tarde o más temprano, tras la anulación de las TPS, tuvieron que volverse a sus países.

—Pero si los deportaron, sigo sin entender en qué te puedo ayudar.

—Lo de la deportación nos lo dijo una vecina, que también nos soltó que al chiquillo no lo deportaron, que se lo quedaron los Servicios Sociales porque nació acá.

—¡¿Qué dices?! —El grito que suelta Clarissa debe de poder haberse escuchado desde la recepción—. ¡¿Lo dejaron solo aquí?!

—Pues sí, por eso necesito encontrarlo ya. Fuimos hasta el antiguo instituto, porque recordamos que los de Servicios Sociales siempre andaban por allá, pensando que quizás allí nos podían dar un nombre de confianza.

—Ajá, buena idea… —ella le escucha con atención.

—Nos recibió la señora Garrison, ahora es la directora.

—Oh, sí, todavía mantenemos el contacto.

—La señora Garrison nos dijo que quizás vos nos podés ayudar a localizarle, ya que sos abogada de inmigración y sabés lo que suele pasar con los niños en esos casos.

Clarissa se queda pensativa, apoyando su espalda en el amplio respaldo de cuero oscuro de su silla. Empieza a hablar más para sí misma que para ellos, sin mirarles directamente:

—Cuando a un niño se le separa de sus familiares y estos son deportados, primero lo mandan a un centro de menores. Allí se queda hasta que encuentran a algún familiar que se pueda hacer cargo de él.

—Eso mismo nos pasó a nosotros —comenta Brayan por lo bajo, dándole un leve codazo a Luis.

—Pero el niño es americano. El trámite para un niño americano es distinto, pasa al sistema de casas de acogida, y con suerte puede que incluso lo adoptaran.

—¿Puede que lo adoptaran? —esa es una posibilidad en la que Luis no había pensado.

—Sí, podría ser. Pero no lo entiendo... —en ese momento Clarissa levanta su vista del suelo y la fija en Luis, luego en Brayan, intentando buscar una explicación que ninguno de ellos tiene—. No me cuadra, de verdad. No entiendo por qué no dejaron a la familia llevarse al niño de vuelta a Honduras. Es lo que normalmente se hace, aunque haya nacido aquí. Lo prioritario es mantener al niño con la familia.

—Yo tampoco lo entiendo. Y tampoco lo sabía. Llevo diez años esperando a que acabase el veto para poder entrar de nuevo al país y así buscarlo. No tenía ni la menor idea de lo que iba a toparme.

“Lo que Luis está haciendo es admirable”, así lo piensa Clarissa. Reconoce esa bondad que ya conocía de antes, tanto en él como en su hermano Raúl; esa esencia de buen corazón que persiste a pesar de la dureza de la vida. En ese momento no duda en que le ayudará en todo lo que pueda. Se compromete a hacerlo por él, por sus queridos amigos Raúl y Daniela, y especialmente por el niño. Para que por lo menos para él haya un final feliz, después de todo.

—Dadme unas horas, aunque quizás hoy ya sea un poco tarde... —les dice ella mirando el reloj que cuelga en la pared de su despacho—, pero intentaré hacer las averiguaciones de dónde está Daniel. Con suerte, puede que mañana os de un toque si consigo su localización.

DANIELA Y RAÚL
Enero 2019

Cuando Raúl conoció a Daniela, la vida nos dio un giro de ciento ochenta grados. Daniela fue la luz en aquellos tiempos oscuros.

Nosotros llevábamos más de un mes viviendo en Austin cuando ella llegó desde Honduras. Apareció un día cualquiera, estando nosotros en plena clase. Alguien tocó a la puerta, interrumpiendo a la maestra, y tímidamente se asomó, pidiendo permiso para entrar. Y esa imagen se grabó a fuego en mi memoria, la primera vez que la vi, cuando avanzó con una sonrisa tímida y fue a sentarse al final de la clase. Ese momento cambió mi realidad para siempre. Aquella chica delgada y alta emitía un algo especial que tanto Raúl como yo percibimos al instante.

Raúl ya había andado con varias chavas del instituto, nada serio, como era frecuente en él. Pero con Daniela todo cambió. Lo noté desde el primer momento en que la vio cruzar ante él en la clase: quedó hipnotizado, sonriendo después para sí mismo ante la bonita muchacha que al momento su cabeza ya planeaba que iba a ser su próxima conquista. Pero ella no se lo iba a poner tan fácil. La estuvo cortejando durante más de una semana, ella haciéndose la dura, él persiguiéndola, buscándola, llamándola por teléfono, acribillándola a mensajes... hasta que Daniela sucumbió, ya con mi hermano enamorado hasta las cachas de ella. Y yo lo entendía, porque desde mi silencio, mis sentimientos hacia ella eran los mismos que los de Raúl

Siempre nos encontrábamos a la salida del instituto en el mismo lugar para volver juntos hasta casa: en la esquina junto al colegio, donde había una pequeña tienda de alimentación. En mi recuerdo se grabó un día que no fue distinto de otro cualquiera, con la diferencia de que mientras avanzaba con un grupo de amigos hablando de ya no recuerdo el qué, seguramente de fútbol, distinguí a Daniela en la distancia. Todos los días, cuando sonaba el timbre del final del día y me encaminaba al punto de encuentro, rezaba mentalmente para que al llegar allí me la encontrara esperando y que mi hermano Raúl se retrasara por alguna razón. Daniela ocupaba mis pensamientos, mis oscuros deseos, sentía devoción por ella, un profundo amor secreto incapaz de compartir con el mundo por ser ella quien era: la novia de mi hermano mayor.

Había sido la única chica que le había hecho sentar la cabeza; su persona tenía tal aura, tal poder de atracción, que consiguió casi sin esfuerzo domar al conquistador empedernido que mi hermano era. Y

aquel día, nunca lo olvidaré, la vi allí, apoyada en la señal de tráfico que coronaba la esquina, llevando sus vaqueros desgastados, ajustados a sus piernas donde se le formaba un arco cóncavo a la altura interior de sus muslos, lo que acentuando su delgadez. Su camiseta blanca de tirantes dejaba su ombligo al aire y contrastaba con el ligero bronceado de la piel de su tripa. Daniela era de rasgos extraños, ya que mezclaba su piel ligeramente tostada con unos ojos oscuros rasgados, que eran su rasgo más característico. Tenía una corta melena lacia que rara vez se recogía, con algunas mechas rubias ya hacía varios meses hechas, con raíces oscuras como testigos. Su nariz y boca eran finas, sus delgados labios saboreaban la paleta que acababa de comprar en la tienda y mientras mantenía la mirada distraída, sin estar concentrada en nada ni en nadie en particular, pareciendo no querer interactuar con el mundo, Así, Daniela no era excesivamente bella ni voluptuosa, aquellos no eran adjetivos acertados para definirla. Era distinta, difería mucho de las chicas del lugar y del canon de moda en el momento. Así, ella nunca se pintaba las cejas ni llevaba pestañas postizas, tampoco se ponía aquellas uñas falsas largas y de colores imposibles que todas las chicas se morían por llevar. No, aquello a ella no le interesaba.

Teníamos la misma edad ella y yo, quince para dieciséis, siendo así casi dos años menor que Raúl. Pero era tan madura como él, quizás incluso más, en ella realmente se cumplía aquello de que las chicas maduran antes que los chicos. Y lo había demostrado con mi hermano, cuando la primera vez que Raúl tuvo ocasión de hablar con ella a solas él se atrevió a intentar besarla, ella le puso el freno.

Eso jamás le había pasado a Raúl, no era algo a lo que estuviese acostumbrado. Era muy guapo, he de reconocerlo, tan alto, flaco pero fuerte, de cabello tirando a claro que le hacía una curiosa onda en el flequillo que le daba un toque atractivo, y una sonrisa y labia que volvían locas a las chavas. Pero aquello no funcionó con Daniela. Ella se convirtió en un reto, en una obsesión para él, la estuvo persiguiendo y cortejando durante días hasta que, cuando ya estaba enamorado de ella hasta las trancas, ya sin remedio, ella accedió.

A partir de ahí, una vez comenzaron a andar juntos, Daniela pasó a formar parte de mi vida diaria. Recuerdo entrar un día en la sala de la casa de mi tío y encontrarla allí, llevando un vestido ajustado de color claro que se pegaba a sus casi inexistentes formas. La luz que entraba por la ventana creaba una especie de aureola alrededor de sus cabellos y le daba un brillo especial a sus ojos. Era muy callada, hablaba poco, parecía pensarse mucho lo que iba a decir; y cuando finalmente hablaba, dejaba de piedra a los que la escuchaban por la sensatez de sus palabras, por el tono de su voz, que parecía ir acompañado por una hipnótica melodía. Y sus ojos, aquellos ojos algo

rasgados y de un color tan habitual pero que cuando te miraba, parecía sonreír con ellos.

Por todo ello, conocerla fue lo más maravilloso y lo más doloroso que pudo sucederme, y más a esa edad, siendo un inexperto en esto de la vida y sin la capacidad de razonamiento tan ausentes en los adolescentes. Fue maravilloso porque me enamoré por primera vez. Daniela ocupaba mis fantasías y pensamientos, mi vida pasó a girar en torno a ella: el intentar por todos los medios el verla, con cualquier excusa, el provocar encuentros fortuitos para poder intercambiar unas palabras, unas sonrisas, algún momento agradable. Pero también fue doloroso, porque aquella chica quedaba totalmente fuera de mi alcance.

Comenzaron a salir, y al parecer, al padre de Daniela no le importaba que Raúl pasara la noche en su casa. Así, eran pocas las noches que Raúl volvía al apartamento de nuestro tío para dormir, pasando a quedarme solo en aquella casa.

Un domingo por la noche, al volver del trabajo, escuché gritos desde el aparcamiento a los pies de nuestro edificio. Eran ellos dos, mi tío y Leticia, discutiendo como solían hacer todos los fines de semana. Resignado y cansado, me hice el ánimo de entrar a la casa lo más discretamente posible. Pero al abrir la puerta, justo en ese momento, vi cómo mi tío le cruzaba la cara a Leticia de un fuerte golpe. Instintivamente dejé caer la bolsa que llevaba y me coloqué entre ellos, intentando protegerla, ella escondiéndose tras de mí.

—¡Tío, tranquilo!

—¡Eres una zorra! —gritaba intentando lanzarse sobre ella para volver a golpearla, mientras ella lloraba histérica—. ¡Has metido un hombre en mi casa, en mi cama!

Todavía soy capaz de recordar el aliento a cerveza de mi tío, gritando como un desquiciado a pocos centímetros de mi cara, los ojos inyectados en pura furia, completamente fuera de sí.

—¡Te juro que yo no he traído a ningún hombre a esta casa, Julio! —le gritó Leticia desde detrás de mí, todavía con la mano sobre su dolorida mejilla.

Entonces mi tío dejó de gritar y caviló algo, algo que por su mirada de loco hacia mí pude deducir en seguida.

—¿Has sido tú, hijo de perra?

Me agarró del pelo con fuerza y acercó su cara a mi cuello, inhalando con fuerza mi olor corporal. Y lo que pasó por su cabeza, fuese lo que fuese, no le gustó. Sentí entonces el primer puñetazo, justo bajo el estómago, golpe que me dobló de dolor y me hizo caer al suelo.

—¡Julio!

Pero Julio había perdido totalmente la cabeza. Torpemente se quitó el cinto de su pantalón y comenzó a darme una golpiza sin fin. Sentía aquellos golpes en la espalda, en las piernas, brazos, incluso en mis nalgas, mientras me quedaba hecho un ovillo sobre el suelo, protegiéndome el torso con las piernas flexionadas y la cabeza con las manos y brazos.

¿Cuánto duró aquello? No lo recuerdo. Solo sé que dolía, que Leticia se arrodilló aferrándose a sus piernas, pidiéndole desesperada que me dejara. Y como un puto enfermo, al verla así, rogando y llorando, yo sin poder moverme por el dolor, se puso caliente. Y cogiéndola con fuerza por las muñecas se la llevó al cuarto, cogiendo mientras yo lo escuchaba todo.

Al día siguiente estaba hecho pedazos. Me dolía todo el cuerpo, lo tenía lleno de señales, de moretones, me molestó horriblemente incluso el ponerme la ropa. Cuando salí a tomar algo de desayuno, allí estaban los dos, Leticia mirándome con lástima, mi tío saludándome como si nada hubiese pasado.

—Buenos días, Flaco.

No pude ni comer. Simplemente me fui. Me encaminé al instituto a paso lento, pues me dolían los muslos por tantos moratones como tenía. A pocos metros de llegar, en la distancia, distinguí a Raúl con Daniela. Llegaban juntos, sonrientes, enamorados, y decidí no contarles nada. Mi hermano estaba consiguiendo ser feliz, y yo no quería arruinárselo. Decidí que aquello no había pasado, que había sido como un mal sueño, ya que el que Raúl o mi madre se enteraran, sólo les causaría sufrimiento.

Pero había alguien con quien no contaba: mi carnal Brayan. Como todos los días, nos tocaba clase juntos. Y cuando nos encontramos él notó algo, ya que mi saludo no fue como siempre. Durante toda la clase no me quitó ojo de encima. Y yo, que me había dado cuenta, intentaba disimular.

En un momento dado, la maestra nos mandó hacer unos ejercicios y nos dio tiempo para ello, mientras ella se paseaba por la clase comprobando si necesitábamos ayuda. Al llegar a nuestra altura se puso junto a mí y, por sorpresa, apoyó su mano en mi espalda. Al contacto, un calambre de dolor me atravesó, no pudiendo evitar el quejarme. Ella se separó de mí y, quitándose sus gafas, mirándome con aquellos enormes ojos claros, me dijo:

—Luis, ¿puedes salir un momento de la clase conmigo?

Y muy seria, se dirigió hasta la puerta de la clase, la abrió y salió. Yo me levanté y la seguí bajo la mirada estupefacta de mis compañeros, que no sabían lo que estaba pasando.

Cuando salí la maestra, muy seria, todavía con sus gafas en las

mano, me preguntó:

—Luis, ¿te ha pasado algo?

Yo negué con la cabeza, pero me movía nervioso.

—No, Miss.

—Luis, sabes que si algo te ha pasado, sea lo que sea, yo estoy aquí.

—No, Miss, no me ha pasado nada.

—¿Te has peleado? ¿Alguien te ha hecho daño? Si es así, Luis, quiero saberlo. Nadie, nadie —dijo recalcándolo— tiene derecho a hacerte daño, a ponerte una mano encima.

—Que no, Miss, que no me pasa nada —dije riendo nervioso.

Y entonces la maestra, que ya tenía experiencia en aquel tipo de asuntos, se atrevió a pedirme algo que quizás no sonaba del todo correcto:

—Entonces no te importará enseñarme la espalda, ¿verdad?

Yo puse gesto de disgusto, me enfadé. A cualquier otra persona, a cualquier adulto, le habría soltado barbaridades sobre sus intenciones, pero no podía hacerle eso a aquella mujer. Quería llorar, gritar, echarme a sus brazos y contarle todo, pero entonces, ¿qué sería de mí? ¡Tenía tanto miedo!

—Solo quiero ayudarte, Luis.

Y fue aquella frase y la sinceridad que vi en su mirada la que me convencieron para, lentamente, girarme y levantarme la camisa, dejando ante su vista aquel mosaico de heridas que la horrorizaron.

—Bájate la camisa, hijo, y ven conmigo.

Dejó la clase así, sin importarle que no tuviesen profesor. Para aquella maestra, lo primero era lo primero. Me llevó hasta la enfermera del centro, una señora mayor americana que no hablaba nada de español. Me hizo mostrarle la espalda, y la enfermera asintió, añadiendo algo en inglés que yo no comprendí, pero que la maestra me tradujo.

—¿Tienes heridas en otras partes del cuerpo?

Siempre llevaba playeras bien grandes, era la moda. Por lo que no tuve pudor en bajarme los pantalones, ya que no se veía mi ropa interior, y mostrarles los cardenales de las piernas, por delante y por detrás. Me volví a subir los pantalones y entonces me quité la playera, que era de manga larga, y les mostré todas las señales en mi torso, brazos y espalda. La maestra comenzó a llorar en silencio, intentaba disimular las lágrimas que secabas con la manga de su jersey. La enfermera, con calma, volvió a decir algo que la maestra volvió a traducirme.

—¿Cómo ha ocurrido, Luis?

Entonces, con voz temblorosa, le conté el altercado de la noche anterior. La maestra lo escuchó con atención, mientras seguía llorando sin poder controlarlo. Tras mi testimonio, la enfermera dijo, según la traducción de la maestra, que había que avisar al director y a la policía del centro. En pocos minutos se presentaron allí, el director y uno de los policías del instituto, ambos sabían español. Le dijeron a la maestra que debía irse, pero ella se negó, quería estar a mi lado en el proceso. Pero una orden es una orden, y el director se puso firme con

ella: a partir de ese momento ellos se hacían cargo de la situación.

Desde ahí, todo ocurrió muy rápido. Vinieron los de Servicios Sociales, se puso una denuncia a mi tío y aquel día me mandaron a una casa de acogida, no podía volver al domicilio familiar. Aquello fue como un *deja vu*, el volver a un sitio de acogida, pero esta vez solo. Sentía que no debía haber dicho nada.

¡Qué poco conocía yo la bondad de algunas personas en ese tiempo! Aquel día no lo supe, pero al acabar las clases Brayan fue a buscarme. Yo ya no estaba en el centro. Al día siguiente, a primera hora, fue a buscar al director y le preguntó por mí; él le explicó que en un centro de acogida. E imagino al Colocho en aquel momento, enfadado, ofuscado, y le soltó a bocajarro:

—¿Podemos recibirlo en nuestra casa mi hermano y yo?

Y gracias a Dios sí se podía, era algo permitido en el país. Brayan llamó a su hermano, le explicó la situación y él, sin pensarlo dos veces, se tomó el día libre, quitándoselo de su salario, para arreglar todos los papeles necesarios y hacer todas las llamadas que había que hacer. En unas horas los dos vinieron a por mí y me llevaron a su casa, donde la esposa del hermano y su hijo pequeño me recibieron con sonrisas. Nunca podré estarle lo suficientemente agradecido por ello.

Estuve con ellos un mes completo. Hasta que ocurrió el pleito entre Daniela y Raúl. Raúl, entonces ya mayor de edad, volvió a casa de mi tío.

Un mes y medio después de iniciar su relación, Raúl y Daniela ya vivían juntos. Y aquella felicidad duró algo más de un par de meses, hasta el momento en el que ella descubrió que estaba embarazada.

Podría haber sido una historia común, la de dos adolescentes enamorados que no toman precauciones y se encuentran teniendo un crio antes de que la madre cumpla los dieciocho. Conocía chicas que incluso lo buscaban, ya que teniendo un hijo en los Estados Unidos tenían más puntos para regular su situación.

La tensión surgió cuando fueron al médico por primera vez. El doctor señaló que por el tamaño del feto quizás estaba embarazada de más semanas de lo que ella creía. En ese instante Daniela palideció, se quedó con la mirada fija en un punto indefinido y sus manos comenzaron a temblar. Raúl no entendió la reacción, el médico les explicó que a veces los primeros meses de embarazo se podía confundir porque no todos los niños crecían con la misma pauta, que habría que esperar para asegurarse.

Raúl le estuvo preguntando por aquella extraña reacción, pero Daniela estaba aterrada. Le insistió con paciencia, el temor incrementando ante su actitud cerrada, con la que Daniela intentaba evitar el tener que contestar a nada. Pero cuanto más se negaba ella,

más se enojaba él.

Finalmente, ella accedió a liberarse de la carga que le pesaba y que la ahogaba: Daniela vino desde Trujillo y lo hizo sola, huyendo como muchas otras mujeres de un mundo de violaciones y abusos. Y aunque tuvo la suerte de no ser violada durante la travesía hasta acá, sí lo fue al llegar, cuando estuvo escondida junto con otras personas en una casa durante unos días, mientras esperaba que su padre pagase a los coyotes para que la llevaran hasta Austin. Y no fue un tipo, fueron varios, se estuvieron turnando durante aquellos tres días hasta que consiguió salir de allí.

Mi hermano, cuando se enteró de la historia Daniela, no supo reaccionar. Cuando ella se atrevió a confesarle la verdad se pudo como loco, gritó y se reventó los nudillos al darle un puñetazo a la pared. Pero en aquel momento la abrazó y le dijo que la quería, que saldrían de aquello juntos. En principio, se sintió compasivo; solo pensaba en que estaba enamorado y que ella no tenía la culpa de aquello. Cariñosamente le dijo que el niño era de él, que estaba seguro porque Dios no permitiría que fuera de otra manera.

Pero con el paso de los días, las dudas empezaron a reconcomerle por dentro. ¿Realmente la quería tanto? ¿Tanto como para hacerse cargo de un niño que podría no ser suyo? Tal vez por ser demasiado joven, o tal vez porque no la amaba tanto como yo creía, finalmente la posibilidad de una dudosa paternidad consiguió que poco a poco se alejase de ella. Llegó un momento en el que la situación se volvió insostenible para él y, ante la duda, decidió pedirle que abortara. Alegó que tendrían tiempo de tener más niños, niños que realmente vendrían del amor, sin dudas. Pero aquello era impensable para Daniela. De casi cuatro meses, ya empezando a notar la vida que crecía dentro de ella. Raúl le hizo elegir, y ella lo hizo; eligió salvar a su hijo. Y Raúl la abandonó.

Mi hermano hizo de tripas corazón y siguió con su vida como si nada hubiese pasado. Volvió a la casa de mi tío, y una vez hubo vuelto, yo también lo hice; Raúl había llegado a la mayoría de edad y yo pasaba a estar a su cargo. Además, mi tío no se atrevería a ponerme una mano encima estando Raúl en la casa.

En cuanto a Daniela, durante el embarazo yo me convertí en su gran apoyo. Todos los días iba a buscarla a las ocho y cuarto a la puerta de su casa para ir juntos a clase, y repetíamos en mismo camino a las cuatro y media, de vuelta. Su barriga iba creciendo, al igual que su soledad. Siempre la veía sola, solo mantenía cierta relación con Clarissa y conmigo mientras evitaba a todo el mundo, sobre todo a mi hermano. Yo veía a Daniela, su cuerpo de adolescente cambiando al de mujer: sus caderas ensanchando, su pecho

aumentando, incluso su fino rostro estaba más hinchado de lo normal. La veía más atractiva que nunca, la dulce Daniela dejando espacio en su precioso cuerpo a una pequeña personita para crecer, fuese quien fuese el padre. A mí eso no me importaba, lo que me quitaba el sueño era ella. Ella, la obsesión de mis noches y mis momentos de soledad, con aquella situación lo único que me nacía era protegerla y ayudarla, estar a su lado, amarla.

Mi hermano y yo tuvimos varias discusiones bastante acaloradas por ello, Raúl no entendía el por qué yo andaba tan pegado a ella, cosa que no podía confesarle, pero aun así no había nada que él pudiese decirme para convencerme de que no me acercase a ella. Yo estaba enamorado hasta los huesos. Me quedaba con ella a la hora de la comida para hacerle compañía, incluso dejaba de lado a mis *panas*[74]. Quedaba con ella para volver caminando a casa, momentos preciosos para mí en los que charlábamos de cualquier tontería y disfrutaba de su compañía, solos ella y yo.

Un día, recuerdo que era primavera por el buen tiempo, íbamos por la acera de la calle que llevaba hasta el edificio de apartamentos donde vivía con su padre y su madrastra; íbamos riendo a carcajadas, ni siquiera recuerdo bien el por qué, pero hubo un momento. Un momento especial en el que nuestros ojos se encontraron, nuestras almas se leyeron, nuestros labios inmóviles se llamaron, y mientras nos quedamos extasiados mirándonos, mientras el mundo alrededor seguía sin contar con nosotros, me atreví a acercarme a ella y la besé suavemente, rozando sus labios, notando su tacto y el aliento que escapaba entre ellos. Para mí fue un momento glorioso, el momento en el que por fin fue mía, cuando pude por fin abrazarla, juntar su abultado cuerpo con el mío, con un brazo rodeando su cintura, el otro rodeando sus hombros, sumergiendo mis dedos entre los mechones de su cabello, bebiendo su expiración, dándole mi vida con mi aliento. En ese momento lo entendí; entendí los poemas de amor, las baladas, las películas cursis que hasta el momento había evitado, entendí el amor y el desamor, la media naranja, el destino de las almas…lo entendí todo.

Estaba claro que en mi cabeza idealicé el momento pues en realidad fue un beso torpe, nervioso como estaba; un beso en los labios que al instante comprobé que no era correspondido. Tras unos segundos que me dieron la vida, ella se separó de mí mientras negaba con la cabeza, colocando una mano sobre mi pecho para que no intentase de nuevo acercarme a ella; me miró con ternura, acariciándome la mejilla:

—Yo te quiero, Daniela. Yo me haré cargo de ti y del niño.

—Pero mi corazón es de Raúl, aunque él ya no me quiera.

Y por su mirada de ternura, lo entendí. Entendí que, a pesar de

las circunstancias, todo su amor iba dirigido a Raúl; entendí lo que era el amor no correspondido, el mío por ella, el de ella por mi hermano. Ella sentía hacia mí agradecimiento y ternura, pero nada más.

Los paseos con Daniela se acabaron en ese momento. Fue algo mutuo, yo estaba dolido por el rechazo, ella estaba pesarosa. Nos seguimos viendo por el instituto como lo que éramos antes, dos amigos que se saludan, compartían algún comentario estúpido o gracioso sobre alguna clase, y poco más. Yo intentaba evitarla por el dolor que su simple presencia me producía, ella me evitaba por el sentimiento de culpabilidad al no poder corresponderme.

El bebé nació en octubre, casi en otoño. Fue un varón al que llamó Daniel Raúl. No fui al hospital a verlo, aunque me moría de ganas; no podía enfrentarme a ella y a lo que hubiese querido que formara parte de mi propia vida. Supe por Clarissa que el parto fue bien, que tanto ella como el niño estaban en perfectas condiciones, pero tuve que establecer una barrera infranqueable entre nosotros en ese punto si no quería que el dolor me consumiera.

CAPÍTULO X
Austin, año 2030

La noche ha caído en San Marcos. Luis, agotado tras el extenuante día, con la cabeza aún funcionándole a mil por hora, sale al jardín trasero de la casa y se sienta en los escalones que descienden de la tarima de madera del pequeño patio y que llevan a la zona de césped, donde los dos perros de Brayan y Emily corretean. Eleva la vista: no, no es lo mismo mirar el cielo desde allí, cerca de Austin. Al igual que tampoco es lo mismo que mirarlo desde el balcón de su apartamento en la Ciudad de México, donde la contaminación lumínica dificulta todavía más la posibilidad de ver las estrellas. Y aunque desde allí puede diferenciar bastantes al estar el cielo despejado de nubes, no se puede comparar al cielo estrellado que observaba todas las noches cuando estuvo en la caravana. Nunca ha vuelto a experimentar esa sensación que le erizaba el vello de la nuca: observar el espectáculo de miles de luceros sobre el fondo oscuro. Quizás fue lo único bueno que tuvo aquel viaje, descubrir la inmensidad del universo y lo insignificante de la vida.

Brayan se acerca cauteloso, no estando seguro de si quizás Luis prefiere estar a solas. Pero este, al notar su presencia, se gira y le sonríe, disipando sus dudas.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien— le recibe con una palmada en el hombro cuando Brayan se sienta a su lado, dándole una calada al cigarro que está fumando, exhalando el humo hacia arriba, el cual queda bailando en el fondo oscuro.

—Estoy preocupado, carnal. No entiendo muy bien qué está pasando, por qué el niño se quedó acá y no se lo llevaron con ellos.

—Yo tampoco, la verdad. Me cuesta entender qué pasaba por la cabeza de esa gente para abandonar al chiquito así.

—Ojalá Clarissa nos llame pronto, no soporto esta incertidumbre.

—Seguro que mañana tenemos noticias de ella, Flaco, ya verás.

Ambos se quedan en silencio. Luis le ofrece una calada del cigarrillo a medio consumir. Brayan hace siglos que no fuma, pero ante la situación excepcional, y no pudiendo resistir la mirada cómplice de Luis, accede, no sin antes asegurarse de que Emily no esté cerca y lo vea. Esa mirada de su amigo le trae recuerdos del Luis joven, del chico adolescente de risa contagiosa con el que compartió tantas alegrías y duras penas.

—Oye, ¿y eso que dijiste esta mañana sobre que Clarissa se casó?

—Sí, me acuerdo de que se casó con un cubano, lo vi una vez. El tipo era bastante más grande que ella, le llevaba al menos diez años, no combinaban ni en pintura. Los chismosos decían que era porque el cuate necesitaba arreglar sus papeles, pero como has visto, a ella no le gusta meterse en ese tema.

—Dios sabe… —resopla Luis.

No es la primera vez que Luis escucha sobre casos en los que gente inmigrante se casa por los papeles a cambio de dinero. Luis no se considera nadie para juzgar esos casos, ya que ante la desesperación se pueden llegar a hacer muchas cosas, incluso contra la voluntad de uno mismo. Pero de forma inevitable no puede evitar sentir lástima por Clarissa si fue así para ella. Él la recuerda como una chica estudiosa y responsable, alguien que luchaba por su futuro. En su historia debería haber estado incluido el enamorarse y casarse, como en su caso y en el del Colocho.

—¿Te he contado alguna vez cómo conocí a Andrea?

—Por encima —le responde Brayan, mirándole con curiosidad—. Fue durante unas vacaciones que ella se tomó, ¿verdad?

—Sí. La conocí en Roatán. Estuve allá trabajando un verano, un amigo me había conseguido chamba en el bar de un hotel. Eran solo por unas semanas, para reemplazar a un tipo que había tenido un accidente de carro, pero el pisto me venía muy bien. Y entonces ella llegó con un grupo de amigas; eran cuatro chavas celebrando su graduación universitaria.

—Tu mujer es veterinaria, ¿no?

—Sí, veterinaria de caballos.

—¡De caballos!

—Andrea es de una familia bien posicionada, con pisto, y se crió entre caballos y yeguas; son su pasión. Ahora tiene su propia clínica equina y trabaja por la zona de ranchos de Tlalpuente, al sur de la capital.

Luis resopla y sacude la cabeza, contrariado, al recordar incómodo sus primeras intenciones cuando las conoció:

—Eran un grupo de chicas de un nivel alto, no unas estudiantes comunes y corrientes. Tampoco es que fueran ricas —se ríe para sí mismo—, pero sí estaban por encima de nosotros. Cuando las vi, cuatro chavas bonitas y con dinero de fuera de Honduras, pensé que sería una buena oportunidad…ya sabes…

—No tienes que decirme, ya entiendo.

Sí, Brayan lo entendía perfectamente. Era crudo, triste, pero la realidad. La manera en la que muchos y muchas buscaban una salida a vivir en pobreza, con miedo, con una soga al cuello que en cualquier momento podía apretar y acabar con sus vidas, sin avisar. No iba a juzgar a su amigo por algo así.

—Andrea me cautivó. Me fijé en ella, me pareció la más bonita y a la vez la más sencilla, más tímida que sus amigas. Había una de ellas, una güera despampanante que llevaba locos a todos los chavos, que se la pasaba tomando y desfilando en bikini. Esa era la llamativa, la fácil, y yo no buscaba eso. Y ojo que la chava me buscaba, me provocaba, pero aquello habría sido algo rápido, divertido, y ya. Mi Andrea no es así...

La sonrisa de medio lado y el brillo que aparece en los ojos de Luis son la prueba directa de que realmente quiere a su mujer.

—Me enamoré, Colocho. No fue un flechazo instantáneo como...ya sabes, como con Daniela. Pero me tomé el tiempo de conocerla, de convertirme en una especie de amigo allí. Y lo que empezó como un simple plan con el puro objetivo de conseguir un pasaporte y salir del país, se convirtió en mi historia de amor. Me colgué, poco a poco, pero ahora ya no entiendo la vida sin mi morenita.

Brayan pasa el brazo por los hombros de Luis y le abraza, sintiéndose tranquilo y contento al saber que su compadre es feliz al lado de su mujer.

—Estamos ansiosos por conocerla.

—Lo teníamos planeado para venir juntos, pero el bebé está cerca de nacer, es más importante que ella se cuide.

—¡Por supuesto!

—Estoy deseándolo...¡voy a ser papá!

—¡Cuidado, mundo! ¡Un pequeño Luisito viene en camino!

Los dos ríen, mientras Luis vuleve a encenderse un cigarrillo y Brayan rechaza el que le ofrece.

—No lo entiendo, Colocho. Mi hijo aún no ha nacido y ya lo quiero con toda mi alma. No entiendo cómo pudieron dejar aquí al pequeño Daniel.

—Acuérdate de la madrastra de Daniela, el poco aprecio que parecía tenerle, y de cómo quedó el padre después de todo el embrollo. Tal vez el bebé le recordaba demasiado a su hija y todo lo que había pasado, y por eso decidieron dejarlo.

—Sí, tiene sentido. Pero dime, ¿tú habrías hecho algo así con un ser de tu propia sangre?

—Nunca, Flaco, nunca.

—Yo tampoco.

EL DESTINO DE DANIELA
Diciembre 2019

Sin ningún tipo de lógica, a veces las cosas malas les suceden a personas que no se lo merecen. Lo que le ocurrió a Daniela, todo lo malo que enfrentó desde que dejó su hogar en Honduras, fue totalmente injusto. No merecía ser violada y no merecía que mi hermano la abandonara. Tampoco merecía la falta de apoyo en su propia casa, el ser madre adolescente en la soledad de un departamento compartido con un padre que poco se parecía al que ella alguna vez conoció, y con una madrastra que, como casi todas las madrastras del mundo, prefería no tenerla por allí. Y esa soledad alimentó la depresión que Daniela ya acusaba.

La naturaleza manda que, cuando un bebé nace, la madre no quepa en sí de gozo y proteja a su hijo como si con ello le fuese la vida; lo besa y acuna, el centro de su vida pasa a ser aquel pedacito viviente de carne salido de ella. Aquello no le sucedió a Daniela, y no pudo evitarlo. En la misma sala de partos, una vez las enfermeras colocaron al bebé sobre su pecho, ella lo miró con apenas unos segundos de vida e intentó buscar el más mínimo parecido a Raúl, temerosa de encontrar algo que le recordara a los salvajes que la habían abusado. Al no encontrarle parecido, sin poder evitarlo, un sentimiento de rechazo reflejo por el niño asomó en ella.

Y ese sentimiento negativo, junto con un gran rencor, creció en su interior. Daniela cuidaba del bebé, hacía lo que estaba mandado para cualquier madre ya que era su obligación: lo alimentaba, lo vestía y le cambiaba, incluso a veces lo calmaba cuando rompía a llorar sin sentido, pero poco más. El sentimiento de amor, el sentimiento maternal incondicional en el que tu vida pasa a último plano frente al nuevo ser no se manifestó en ella.

Pero el que el pequeño Daniel viniese al mundo no fue el golpe de gracia que llevó a Daniela hasta la depresión más profunda, a las galeras del mismo infierno. Lo que desencadenó aquello fue un evento aislado, todo por puro azar, una cruel broma del destino.

Un día de escuela, durante la hora del almuerzo, Clarissa y ella decidieron acercarse hasta una hamburguesería cercana al instituto a comprar comida. Esa práctica estaba permitida a los estudiantes más mayores, y Clarissa entraba en esa categoría, por lo que nadie les iba a preguntar cuando salieron de allí. Así, se acercaron en el coche de Clarissa hasta la hamburguesería que estaba a unas cuadras de la escuela, similar al lugar donde mi hermano y yo trabajábamos, un

lugar de esos que en apenas diez minutos ya tienen tu pedido preparado.

Y en este punto es donde me frustro con el mundo, ya que hay demasiados condicionales, demasiados “Y si…” que hubiesen conseguido un fin distinto para ella: y si se hubieran quedado en el auto, y si hubiesen optado por el “*drive-thru*”[75] y no hubiesen bajado de este, o si solo Clarissa hubiese entrado en el restaurante y Daniela la hubiese esperado en el auto…quizás nada habría pasado. Pero el destino, la mala suerte, el karma o lo que sea, quiso que ambas amigas bajaran del auto y entraran dentro del restaurante, colocándose en la cola de gente que pedía en el mostrador.

En un momento dado, sin que nada especial pareciese ocurrir a su alrededor, a Daniela se le heló la sangre. Según nos contó Clarissa, su piel ligeramente color canela viró a una especie de gris apagado, en solo unos segundos se quedó cetrina, dos grandes surcos oscuros aparecieron bajo las cuencas de sus ojos, resaltando dos bolsas inexistentes en ella hasta ese momento. Parecía que iba a desvanecerse allí mismo, petrificada con la boca medio abierta y sus pupilas fijas en aquellos dos rostros, dos hombre, incapaz de producir ningún sonido, sus cuerdas vocales tensas, rígidas, incapaces de articular. Ni siquiera parecía respirar, como si la vida acabase de expirar de su cuerpo.

En ese momento Clarissa no lo entendió, no lo vio. Lo único que sabía es que Daniela miraba descaradamente a aquella pareja de tipos que compraba comida en el mismo lugar en el que ellas hacían cola y que su estado distendido y relajado de unos segundos antes se había desvanecido.

—¿Daniela?

Pero ella no respondía. No podía, todo su ser había quedado paralizado por la presencia de aquellas personas. Un hombre latino, no muy alto y algo entrado en carnes, de piel oscura y grandes mofletes que hacían que sus ojos pareciesen pequeños y achinados en su redondo rostro, su cabello cortado al ras, con una cicatriz en la parte posterior de su redonda cabeza. Y el otro, un hombre alrededor de la treintena, alto y muy delgado, con grandes dientes, porte desgarbado y ropa varias tallas mayores de las que le correspondían. Llevaba un bigote excesivamente poblado, estilo años setenta, con el pelo oscuro algo largo y rizado y la piel del rostro cuarteada, recordaba a uno de esos albañiles que trabajan de sol a sol y envejecen su apariencia a ritmo mayor del normal.

¿Por qué aquella pareja la afectó tanto? Clarissa, desconocedora de la historia completa de Daniela una vez llegó a los Estados Unidos, no entendió lo que aquella visión suponía para ella, el tener ante sí a

los demonios que destrozaron su vida. Daniela no pudo soportarlo. Cuando fue capaz de reaccionar al hecho de estar viviendo una pesadilla estando despierta, su cuerpo no pudo más y comenzó a temblar de forma compulsiva, sus ojos inundándose de lágrimas que caían sin control, sin ni siquiera un sollozo que las acompañara. Se giró bruscamente, salió del local, corriendo por el aparcamiento hasta llegar a la altura del auto.

Clarissa, todavía estupefacta, la siguió corriendo. La encontró escondida entre su carro y el contiguo, hecha un ovillo en el suelo, sujetándose las rodillas contra el pecho con ambos brazos, balanceándose compulsivamente mientras balbuceaba sin poder entender lo que decía. Se arrodilló junto a ella y le habló, le preguntó, le apartó los mechones de cabello que le caían por la cara mientras que las lágrimas, la saliva en la comisura de sus tensos labios, mucosidades que comenzaban a gotear por su nariz, hacían que éstos quedaran adheridos a su rostro. La abrazó con todas sus fuerzas, era la primera vez que la veía de esa manera y estaba asustada de verla así: Daniela estaba aterrada, ni siquiera parecía percibir que su amiga estaba allí con ella.

Entonces gritó. Y aquel grito fue enfermizo, fue un grito lleno de pánico, de desesperación, de querer morir en ese momento y no poder hacerlo, de haber dado cualquier cosa por desaparecer de este mundo y pasar al sueño eterno donde solo se reviven los buenos momentos.

Con paciencia, tras un largo rato bajo el cobijo de los brazos de Clarissa, ante la mirada estupefacta de gente cotilla que pasaba por allí y veía a una niña de dieciséis años llorando y gritando histérica, con una chica arrodillada a su lado intentando calmarla, consiguió ponerla en pie y meterla en el coche. Lo hizo de forma mecánica, dejándose llevar. Parecía un muerto viviente sin raciocinio ni voluntad, dejando caer su frágil cuerpo sobre el asiento del conductor, teniendo que ser Clarissa quien le abrochara el cinturón de seguridad. Y así, con una Daniela que ya no estaba, cuya frágil mente había vuelto a un año atrás, cuando su niñez se desvaneció y vivió en sus propias carnes el infierno, regresó con ella a la escuela.

Al llegar, Daniela parecía haberse tranquilizado. Clarissa quería que se quedara con ella, que ambas se saltasen la siguiente clase y perderse en uno de los escondites del instituto. Pero ella no quiso, alegando que no quería llegar tarde a su clase. Más tarde, Clarissa supo que nunca llegó a ella; al parecer, decidió marcharse del centro. Al darse cuenta de que su amiga se había ido sin ella, se preocupó. La llamó al móvil, pero no le contestó. Pensó en llamarla de nuevo después de clase, cosa que hizo sin éxito.

Y cuando, al final del día, fui a buscarla a la salida de su clase,

como hacía todos los días, ella ya no estaba allí. Le pregunté a Raúl y a otros amigos si la habían visto, pero nadie sabía dónde se encontraba. La estuve esperando en el jardín interior del instituto, donde siempre solíamos encontrarnos. Tras un buen rato en el que no apareció, decidí caminar hasta casa, pero tampoco la vi por el camino habitual. Aquello me dejó inquieto.

No podía imaginar que Daniela había abandonado el colegio antes de tiempo y había vuelto directamente a su casa. Y mi mente me juega malas pasada al intentar imaginar lo que ocurrió una vez allí, cosa imposible de saber con certeza. Sin embargo, conociéndola tan bien como la conocía y uniendo los puntos con el tiempo, puedo intuir lo que hizo desde el momento en que llegó a su hogar.

Nada más entrar, escuchó el llanto desconsolado de su bebé de dos meses. La madrastra de Daniela lo ignoraba, ocupada viendo la televisión. Me imagino a Daniela en esa situación: el pequeño llorando en su cuna tras la puerta cerrada de una habitación, la madrastra tumbada en el sofá ignorando el lloro, con el volumen del televisor a tope para minimizar los sollozos de la criatura, sin percatarse siquiera de que Daniela había llegado.

Daniela se paró en la entrada, en silencio, escuchando los quejidos de su bebé. Luego, derrotada, se dirigió hasta la habitación de donde provenían los lloros. Al ver aquel trozo de carne que se retorcía y se quejaba ante la falta de atención —una atención que su madrastra, sin ningún tipo de sentimiento por él, no le ofrecía y que ella misma rechazaba por ser el fruto del momento más doloroso de su vida y la causa de la pérdida de lo mejor que había tenido—, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Cansada de todo.

Daniela se dirigió al baño, cogió el bote de pastillas que le habían prescrito por su estado de depresión y ansiedad. Lo vació por completo, tomándose en varias sentadas todas las pastillas para tres meses, acostándose en su cama después de cerrar la puerta de su habitación y echar el pestillo, deseando dormirse para nunca más despertar.

No la descubrieron hasta más tarde, cuando empezaron a echarla en falta. Para entonces, ya hacía horas que Daniela había perdido el sentido.

Cinco días. Cinco largos días con sus noches, más de ciento veinte horas en las que Daniela estuvo sumida en un coma profundo, balanceándose sobre la fina línea que separaba el seguir viva en aquel estado o descansar eternamente.

Raúl y yo no nos separamos de ella, ninguno de los dos, a pesar de que no nos permitían estar a su lado al no ser familiares directos.

Además, el padre de Daniela culpabilizaba a Raúl por la situación, argumentando que mi hermano era la razón por la que su hija se había tomado aquel bote de pastillas.

Pero persistimos allí, en aquel silencioso pasillo de la zona de urgencias, donde no se oía prácticamente nada, solo el constante pitido que mantenía a Daniela aún con vida y su propia respiración, allí sentados en incómodas sillas, cada uno con su calvario personal, Raúl por no haber sabido corresponder debidamente a su amor, yo por amarla en silencio.

Clarissa nos acompañó. Sentada entre nosotros, Raúl con la cabeza apoyada en su hombro, yo recostado en el otro, ella aguantaba estoicamente mientras nos sujetaba las manos. Los tres nos mantuvimos mudos, no hacía falta decir nada, ya que una tristeza infinita y un horrendo sentido de culpabilidad nos ahogaba el alma, incluyendo a la pobre Clarissa, que no supo entender lo que debió ver Daniela en aquellos hombres. Y cuando después, al hablar entre nosotros, se enteró de su pasado, de quiénes podían ser esos tipos, el mundo se le vino abajo.

Cinco días. Fue lo que el débil cuerpo de Daniela aguantó, cuando decidió que ya no podía más. Cuando sus ganas de vivir se desvanecieron, y con ello, toda su luz y su esencia. Al cerrar los ojos y pensar en ello, todavía puedo escuchar el pitido histriónico de la máquina, el equipo médico corriendo a la habitación, Raúl preguntando nervioso que qué pasaba mientras hacía amagos de entrar a la vez que un recio enfermero se lo impedía. Clarissa y yo observábamos a unos pasos de distancia, pudiendo divisar a través de la puerta abierta a nuestra querida Daniela llena de cables con varios batas blancas a su alrededor, un médico haciéndole un masaje cardíaco con tal fuerza que parecía que iba a clavarle el esternón en el corazón. Desde una esquina, el padre de Daniela lloraba histérico mientras llamaba desesperado a su hija, su mujer arropándolo con sus brazos. Y la máquina que seguía pitando sin control, sin nadie que la apagase, un pitido hiriente y continuo que anunciaba que Daniela ya no estaba allí. Se nos había ido.

No pude superar aquello. Faltaban pocas semanas para acabar el curso escolar, pero fui incapaz de volver. No me importaba las faltas de asistencia, el tirar por la borda el año escolar y reprobar, mi cabeza estaba demasiado ocupada pensando en Daniela y en intentar analizar qué había hecho yo mal, cómo fui tan mal amigo que no pude darme cuenta de la situación tan desesperada en la que estaba.

El padre de Daniela estaba convencido de que ella había hecho aquello de forma premeditada por Raúl, a la espera de llamar su

atención. Quizás ese era su objetivo principal, ya que me niego que pensar que realmente quisiera desaparecer. Creo que lo hizo como una llamada de auxilio; creo que no fue capaz de expresar lo que realmente sentía, lo que turbaba su cabeza, confundida entre el amor y la culpa hacia aquel bebé nacido de ella, un ser que no sabía si era el hijo de su amor o si era fruto de las continuas violaciones a las que había sido sometida. Se sentía sola, sin apoyo, y temía al futuro, el día que tuviese que explicar a ese niño el cómo había sido concebido. No sabía qué hacer, con quién hablar, cómo pedir ayuda. Y por su propia naturaleza y su forma de ser, prudente y callada, no pudo expresarlo verbalmente, por lo que decidió llamar nuestra atención de la única manera que se le ocurrió. Pero aquello fue demasiado para su joven y delgado cuerpo, aún débil recuperándose de un embarazo y un parto.

Después de lo que pasó con Daniela, todo fue a peor. Yo me convertí en una especie de muerto en vida; no quería comer, no podía dormir, mis pensamientos me castigaban constantemente por lo que había ocurrido. Mi joven cabeza la rememoraba una y otra vez: los momentos junto a ella, su sonrisa, sus ojos, el calor de su compañía. Sus últimos días, la tristeza que emanaban sus ojos y que no fui capaz de descifrar, el haber sido testigo de su último aliento de vida, el que su alma se hubiese escapado de su cuerpo sin poder hacer nada para que se aferrara a este mundo. Ella ya no estaba entre nosotros, mi futuro era todo negro y no veía la luz de salida.

Empecé a beber y fumar mota de forma desmesurada. Con solo dieciséis años caí en una espiral de autodestrucción, pasando las mañanas en la cama llorando y durmiendo, las tardes fumando como un cosaco, por las noches bebiendo cerveza hasta ser incapaz de subir mis propias escaleras sin tambalearme.

Mi tío se enojaba, me gritaba para que reaccionara, para que regresara a la escuela y al trabajo. A mí me resbalaba que gritase y se desgañitase la garganta, igual que no me hubiese importado que me diese una buena tunda hasta acabar conmigo. Pero Leticia intercedió, entendía mi profunda tristeza y le convenció que me dejase unos días, que necesitaba tiempo para superar mi duelo.

Por otra parte Raúl, que también llevaba la culpa como podía, intentó seguir adelante, continuar con las clases y el trabajo como si nada, aunque por el gesto de su cara y un velo de oscuridad que distinguía en el fondo de sus ojos sabía que algo había muerto dentro de él y se había ido con Daniela. Aun así, sacó unas fuerzas que yo en aquellos momentos no tenía. Más maduro que yo en muchos sentidos, se dio cuenta enseguida de que había que hacer algo para ayudarme a salir de aquella situación. Para ayudarnos a los dos.

DANIELA

Siempre pensé que moriría de viejita mirando al mar. En mi cabeza, el primer recuerdo que tengo de mi vida es en la playa, acercándome a la orilla, sintiendo el agua tocar mis piececitos, el sonido de las olas yendo y viniendo, acompañando a la voz de mi papá mientras me llamaba.

—¡Daniela! ¡Daniela, ven, chiquitita!

Si aquel era mi primer recuerdo y cuando pensaba en él me sentía feliz, con una sensación de calma inundándome, quería terminar de la misma manera.

Pensaba que toda mi vida transcurriría en Trujillo, ciudad en la costa norte de Honduras. A mis quince años, ya tenía bastante claro mi plan de vida. Vivíamos en una casita frente a la playa; de hecho, al abrir la puerta, lo primero que veía era el mar y el horizonte. Formaba parte de mi paisaje diario.

Mi casita era un hogar dominado por mujeres. Mi papá vivía en los Estado Unidos, se había ido cuando yo tenía ocho años. Se suponía que iría por delante, que iría abriendo camino para que después fuéramos nosotras. Pero, cosas de los hombres supongo, mi papá terminó con una mujer que conoció al poco de llegar y empezó una nueva vida con ella. Aun así, no se desligó de mí ni de mi hermana mayor, aunque sí de mi mamá, que ya no quiso saber nada de él. Yo crecí con la esperanza de que algún día volvería a buscarme y me llevaría con él al país de los sueños. Pero claro, los sueños a veces se convierten en pesadillas, y nunca sabes cuál de las dos cosas te va a tocar.

Durante la década anterior a que emprendiera mi viaje a los Estados Unidos, la situación en mi país se fue complicando cada vez más. En mi ciudad, Trujillo, siempre hubo delincuencia, pero nada que se pudiese comparar con lo que ocurría en la ciudad de San Pedro Sula, una de las zonas más azotadas por la violencia de las maras. Nosotras, desde la seguridad relativa de nuestro hogar, fuimos testigos de cómo poco a poco estas bandas se extendían por distintas partes de Honduras. Hasta que finalmente, empezaron a surgir situaciones alarmantes en nuestro propio Trujillo.

En mi casa del barrio Cristales se habían producido varios robos. Sabíamos quiénes eran los culpables, un grupo de tres chicos del vecindario que se dedicaban a robar para la Mara 18. Esos tres chavos tenían a toda nuestra cuadra aterrada. Conocían a los vecinos y sus rutinas, por lo que sabían cuándo entrar a robar. Además, vivíamos bajo sus amenazas. El día de cobro del mes pasaban casa por casa en la cuadra a cobrar su mordida[76].

El ambiente en la casa tampoco era bueno. Mi madre se había vuelto a casar y Reinaldo, nuestro padrastro, se emborrachaba cada día apenas llegaba de trabajar. Desde que mi hermana Ester, tres años mayor que yo, cumplió trece años, cuando nuestra madre no estaba, Reinaldo la miraba con ojos llenos de lujuria, soltando comentarios inadecuados sobre sus pechos cada vez más grandes y sus caderas marcadas. Cuando llegó a los catorce, empezó a acosarla, a tocarla y a insinuarse de manera bien descarada. Como regalo por sus quince, abusó de ella la primera vez. Ester, destrozada, se lo contó a nuestra madre. Pero ella, por amor a su marido o por miedo a perderle en un tiempo donde era necesario tener a un hombre en la casa, no la creyó. Es más, desde aquel día, al menor detalle, le reprochaba que intentaba provocar a su marido, cosa totalmente falsa, ya que lo que Ester quería era que él dejase de manosear su cuerpo con sus dedos gruesos y grasosos. La consecuencia de todo aquello era que mi madre, cegada por unos celos enfermizos, agarraba la faja[77] *o lo primero que encontraba, y nos pegaba con todas sus fuerzas. Y no solo a Ester, sino a mí también.*

Yo era otra cosa, no tenía nada que ver con Ester. Sumamente flaca, prácticamente sin curvas, con quince años mi pecho parecía el de una preadolescente comenzando la pubertad. A Reinaldo no le interesaba, y si hubiera sido así, sé que Ester me habría protegido. Pero mi querida hermana creció, se convirtió en una hermosa mujer y cuando cumplió los dieciocho se casó, abandonando la casa, y yo quedé a merced de lo que había allí. Me propuso irme a vivir con ella y su marido, pero, ¿cómo le iba a hacer eso? Ella merecía vivir su historia de amor, su recién matrimonio, y yo solo sería un estorbo.

Así, no había razón ninguna para seguir adelante en aquel lugar: mi madre, enganchada a un borracho abusador que, en ausencia de mi hermana, empezó a plantearse el conformarse conmigo; aunque yo no le atraía tanto, pero era lo que tenía a mano. Empecé a notarlo en su forma de mirarme, cada vez se acercaba más a mí y con las manos más sueltas, el peligro empezaba a ser evidente.

Además, las maras extorsionaban cada vez más, tanto a los comerciantes como a gente común. La situación se puso tan fea que, para ir al colegio, todos los chavos y chavas de la cuadra nos juntábamos a la misma hora todos los días para ir juntos. Me sentía sola ante la vida, sola y desamparada.

Así, llegó un momento en el que no pude más. Aquel domingo, como todos los primeros domingos de cada mes, cuando mi papá llamó para hablar conmigo a las doce del mediodía en Honduras, el teléfono solo tuvo que sonar una vez para que yo contestara. Mi padre, desde hacía un par de años atrás, me había dicho que en cuanto yo quisiera, prometía arreglarlo todo para llevarme con él. Yo soñaba con eso, lo habíamos platicado muchas veces entre bromas y risas. Pero esa vez fue una súplica

directa: no quería ser violada por los de la mara y no quería morir. Y tampoco quería vivir bajo el techo de un borracho abusador y una madre que me propinaba golpizas cada vez que su marido se quejaba de algo.

Mi padre no me había mentido, nos extrañaba terriblemente, llevaba años sin vernos en persona. Había rehecho su vida en los Estados Unidos, se había juntado con una chica también hondureña y tenían una niña de un año, pero seguía siendo un ilegal en el país de los sueños. No podía entrar y salir del país, por eso no había vuelto a por nosotras. Pero sí que había estado ahorrando, y mucho, para llevarnos con él.

Esa vez mi súplica funcionó. Se había corrido la noticia de que una caravana, una bien numerosa, planeaba salir de San Pedro Sula en unos días. Actué rápido. Comencé a preguntar entre los compañeros de clase y los vecinos buscando información, intentando contactar con alguien que fuese a formar parte de la caravana. Encontré a varias personas conocidas, y entre ellas, a una vecina de mi mismo barrio que iba a partir con su marido e hijos. Así, me uní a ellos en la caravana, saliendo de mi casa sin pena ninguna, despidiéndome de mi madre que, tristemente, creo que en el fondo se alegró. Lo único que me hizo llorar y dudar fue mi querida hermana, para entonces ya embarazada de su primer hijo, y a la que sabía que extrañaría cada minuto de mi vida. Ella me dijo que oraría por mí, siempre tendría un lugar en sus oraciones.

El camino hasta la frontera con los Estados Unidos lo hice en autobús, algo que aunque no lo parezca era peligroso, más para una joven mujer sola. Pero al viajar con mis vecinos, como si fuese una más de aquella familia, no tuve algunos de los problemas que las mujeres suelen sufrir. Eso no significa que el viaje fuese cómodo, todo lo contrario: apiñados en aquel viejo bus que caminaba a tumbos, donde si no llevabas cuidado alguna mano extraña podía intentar birlarte algo de tu bolsa o de tus bolsillos, o simplemente tocar ciertas partes de tu cuerpo. Para distraerme en el largo viaje, me dediqué a ayudar a mi vecina con el cuidado de sus güiros, manteniendo así mi cabeza ocupada.

El trayecto acababa en Reynosa, en México. Fueron en total tres días de bus, haciendo paradas y trasbordos en Ciudad de Guatemala, Tapachula en México y después en Villahermosa, última parada dentro del país antes de llegar a la frontera. Una vez cruzamos la frontera con México, cuando llegamos a Villahermosa, el gobierno mexicano ofreció asilo a los migrantes y algunas personas de las que viajaban en el bus se quedaron, entre ellos mis vecinos.

Pero yo no podía quedarme, mi padre me esperaba en Austin. Así, con el susto en el cuerpo, el resto del viaje lo hice sola, haciendo comunidad con otras mujeres que, como yo, intentaban protegerse las unas a las otras. El último tramo, que contando las paradas nos llevó día y medio, fue cuando más sentimos que estábamos en manos de los coyotes. A mí no llegaron a violarme, tan flaca como era debieron pensar que era poca cosa. No sé, el caso es que me libré, pero fui testigo forzado de cómo aquellos salvajes abusaban de mis compañeras, de algunas más que de otras, marcándolas de por vida.

Conseguí llegar hasta Reynosa y cruzar el río. Tuve suerte, no me pillaron al otro lado. Pude escabullirme con los coyotes hasta una casa en el pueblo de Mission, donde llamaron a mi padre para pedir el último pago y así poder llevarme hasta Austin.

Fue allí donde mi suerte dio un giro. El viaje lo iba a hacer en auto con dos coyotes, un auto grande con un compartimento oculto donde iría con dos hombres más que también venían de nuestro país. El viaje era de unas cuatro horas, a más cinco. Pero antes del viaje, debía llegarles el dinero. Hasta entonces, nos confinaron en una casa con muchas otras personas, demasiadas, en unas condiciones deplorables de higiene.

Una vez en aquella casa, aquellos tipos me avisaron que el precio para salir de allí era de seis mil dólares. Les di el teléfono de mi padre, en principio no había problema con el dinero. Y uno de ellos, un tipo muy delgado y feo, con grandes dientes, bigote y mejillas chupadas que le daban el aspecto de ratón, me dijo que yo también debía pagar mi parte. Le miré horrorizada. Había conseguido escapar de ser violada durante todo el tiempo que había estado viajando, y justo en el último paso, aquellos tipos me iban a forzar.

Pero, ¿qué podía hacer? Me metieron en un cuarto y distintos tipos me violaron no una, ni dos, sino varias veces durante aquellos tres días. Y una última vez antes de salir para Austin, como si fuese un regalo de despedida.

Nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a mi padre. Lo callé, lo encerré en mi interior, intentando no pensar que aquello había ocurrido. A los dos días de llegar a Austin comencé la escuela, en una semana ya había conocido a Raúl. Y me enamoré, me enamoré como nunca antes lo había estado, compartiendo con él todo mi ser, mi cuerpo, mi alma, toda yo.

Cuando descubrí el embarazo, de golpe, toda la felicidad que estaba viviendo junto a Raúl se desvaneció. Todos aquellos horribles recuerdos volvieron, torturándome al rememorar las imágenes, las voces, los olores, el asco… las fechas se me mezclaban y un deje de inseguridad me invadió, aterrándome.

No quería decírselo a Raúl, sabía que si lo hacía, lo perdería para siempre. Pero lo quería tanto, tantísimo, que no fui capaz de guardármelo, engañarle con algo así sería lo último que habría hecho. Y mi maravilloso

Raúl pareció entenderlo al principio. Estaba de acuerdo en compartir la paternidad conmigo, en empezar una vida en pareja juntos y formar una familia. ¡Qué ilusa que fui! Confié en él, en su amor que creía tan fuerte como el mío.

Hasta el día que vino y me dijo que sería mejor si perdía al niño. No entiendo cómo se atrevió a sugerirme algo así, yo siempre había pensado que el aborto era un asesinato y creía que él compartía mi visión. Era imposible que yo hiciera algo así, un pecado mortal, yo era temerosa de Dios y nunca habría accedido a ello. No importaba si perdía a Raúl, él no podía entender lo que era un embarazo, cuando empiezas a sentir que tu bebé se mueve en tu interior, esas mariposítas o cosquillitas que sientes en el bajo vientre, el verte crecer y con ello saber que una vida está creciendo en ti. No, me negaba rotundamente a aquello. Y le perdí.

Mi niño nació un veinte de octubre del dos mil diecinueve a la una y media del mediodía. Salió de mí cubierto de sangre y otras cosas viscosas, me lo pusieron tal como estaba sobre el pecho, aún unido a mí por el cordón umbilical. Lloré, lloré porque era un milagro que acababa de salir de mi propio cuerpo. E inmediatamente después empecé a examinarlo, su piel bajo todos aquellos fluidos, la forma de sus ojos, su escaso pelito oscuro...buscaba en él alguna señal de Raúl, cualquier indicio de que se pareciese a él. Y a la vez, por dentro rezaba para que no se pareciese a ninguno de mis violadores.

Dos días después de su nacimiento regresé a la casa con el bebé y con depresión postparto. Pasaba los días encerrada en mi habitación, sin querer comer, llorando, porque ese bebé había arruinado mi vida, mi relación, y me sentía más sola que nunca. Raúl ya andaba con otra chica, no esperó mucho. A mi querido Luis, mi "hermano adoptivo", le había alejado de mi lado al haberle rechazado. Pero precisamente por lo mucho que le quería, el amor fraternal que sentía por él me impedía darle falses esperanzas. ¡Incluso Clarissa desapareció! Fue la única que vino a verme al hospital, pero poco después tuvo que irse a Cuba para casarse, ¡casarse! Un matrimonio arreglado que también arruinaría unos años de la vida de mi amiga.

No sé cómo saqué fuerzas, pero las semanas fueron pasando y poco a poco parecía que iba recuperándome de aquello. Me ocupaba de Daniel, le alimentaba, le vestía, le bañaba y le cambiaba. Cuando lloraba, iba a atenderle. Las semanas pasaron y él engordó, su piel cambió de color, sus ojos también, yo seguía con la incertidumbre de no saber a quién se parecía, pero el rechazo total que llegué a sentir por él pasó sin casi darme cuenta a un segundo plano. Entonces, al mirarle, ya no sentía rechazo, incluso había llegado a sonreírle en alguna ocasión.

Hasta el día en que Clarissa y yo fuimos a un restaurante a por unas hamburguesas y los vi. Eran ellos, mis violadores, los dos tipos que condujeron el auto que me llevó hasta Austin. Los que me violaron repetidas veces en la casa, los que trajeron a más amigos para pasarlo bien conmigo y con otras chicas jovencitas. Se turnaban, pasando uno a uno, mientras uno violaba los demás vitoreaban y esperaban su turno. Y en el restaurante, uno de ellos se percató de mi presencia. Se dio cuenta de que una chica no le quitaba la vista de encima, y al fijarse en mí me reconoció. Lo sé porque me sonrió; el asqueroso lo interpretó de la forma más equivocada posible. Supongo que recordó lo que me había hecho y en su enferma cabeza pensó que le miraba porque me gustó, con lo que no solo me sonrió sino que hizo el amago de acercarse a mí. Fue cuando entré en pánico y hui.

Y cuando llegué a mi casa, mi bebé lloraba y nadie lo atendía. Entonces pensé en mi vida. Pensé en mi mamá, allá en Honduras, que ya no me quería, solo quería a su asqueroso marido. Pensé en mi hermana, que me quería, pero ahora quería más a su esposo e hijo, y yo pasé a ser un recuerdo lejano, algo que hacía tiempo que no ocupaba su corazón. Pensé en mi papá, que me quería, pero quería más a su nueva mujer y a su niñita pequeña, su hija junto con ella. Y pensé en Raúl, mi amado Raúl, la persona a la que yo más quería, y justo la persona que menos me quería de todos.

Quería irme, huir a otro lugar, estar sola, en mi casita en Trujillo frente al mar, mirando por la ventana de mi cuarto a la playa de enfrente. Pensé que me hubiese gustado morir así, de viejita mirando al mar, pero la vida me había castigado. Ya no quería llegar a viejita, ya había sufrido suficiente y me negaba seguir con una vida llena de sufrimientos.

Agarré el frasco de pastillas, y pensé que podía morir imaginándome allí, tumbada en la arena, con las olas mojando mis pies. Lo abrí, me tragué todas las pastillas y me acosté.

Cerré los ojos. Imaginé el sol en mi cara, la brisa del mar, el olor a salitre inundando mis fosas nasales; imaginé la estampa familiar que hubiese deseado para mi vida, con Raúl en la arena corriendo tras un Daniel algo más mayorcito, yo mirándoles mientras el agua tocaba mis pies. Así decidí morir.

CAPÍTULO XI
San Marcos , Año 2030

No hay mayor desesperación para quien espera una llamada que el ver pasar lentamente los minutos en el reloj sin que el teléfono suene. Luis ha pasado la mañana y parte de la tarde sentado en el sofá del salón en casa de Brayan, solo levantándose para ir al baño o para salir al jardín a fumarse un cigarrillo, intentando distraerse con la televisión encendida frente a él, que apenas ha mirado. Mientras tanto Brayan, con él en la casa, se ha dedicado por su cuenta a buscar información del niño con su ordenador portátil.

—Oye, Flaco, ¿tú sabes el orden de los apellidos del niño? ¿Lo busco como Daniel Mendoza Galarza? Lo he puesto así en el sistema, pero no me sale nada.

—No te sale nada porque recuerda que Daniel es su segundo nombre.

—¡Es cierto! Había olvidado que Daniela le puso el nombre de tu hermano.

—Sí, y su padre se negó a llamar así a su nieto por la rabia que le tenía a mi hermano, por eso le llamaban Daniel.

—Entonces, lo buscaré como Raúl Daniel Mendoza Galarza.

Durante un rato, los dos amigos permanecen en silencio. Brayan teclea en su ordenador intentando localizar al chico por su cuenta, mientras Luis sigue mirando al televisor sin ver, más pendiente de la hora que es al comprobarla de forma compulsiva cada poco rato en su reloj.

Por enésima vez, Luis se levanta para salir al jardín trasero a fumarse un nuevo cigarrillo. ¡Si Andrea le viese! Nunca ha podido dejar el hábito por completo, aunque desde que su mujer estaba esperando a su hijo, su consumo de cigarrillos había bajado al mínimo, pensando que tarde o temprano deberá abandonar el tabaco para siempre por el bien del pequeño. Pero el momento que está viviendo justifica su ansiedad y el hecho de que se fume los cigarros hasta el filtro, con caladas intensas y profundas.

Al mirar de nuevo su reloj, comprueba que ya son más de las tres de la tarde. Llevan esperando todo el día a que Clarissa les llame y les diga si ha conseguido averiguar algo del niño. No duda de que lo consiga, pero la espera está siendo demasiado para él. Empieza a plantearse si quizás debiera haber aprovechado el día para acercarse a las oficinas centrales de Servicios Sociales en la ciudad y haber indagado por su cuenta. Pero no le da tiempo a seguir dándole vueltas

al asunto, porque en ese momento escucha el sonido del teléfono móvil de Brayan sonando dentro de la casa. Apaga el cigarrillo, que se le ha quedado a mitad, de forma apresurada en el cenicero colocado estratégicamente sobre la mesa de jardín, y entra como una exhalación en la sala:

—Sí, espera un segundito...acá está... —Brayan coloca el teléfono boca arriba en la mesa y activa el altavoz para que ambos puedan escuchar, acercándose los dos apenas a un palmo de distancia del aparato—, ya estamos los dos, Clarissa.

—¡Clarissa, soy Luis! —le dice gritando por los nervios—. ¿Encontraste algo?

—Hola muchachos. Efectivamente, traigo noticias. He tenido un enfrentamiento con un estúpido de la oficina de Austin porque no quería darme información del pequeño, alegando que "yo no era nadie relevante"...¡Claramente, no tenía ni idea de con quién estaba tratando! Lamento la demora en llamarlos, pero me ha tocado mover cielo y tierra, he tenido que agotar todos los recursos y valerme de mis contactos, tirar de algunos hilos hasta lograr localizarle.

—Entonces, ¿sabés dónde está?

—Les explico —comenta tomando una bocanada de aire—. El caso es que al padre de Daniela lo deportaron de regreso a Honduras. Su esposa decidió acompañarlo, claro está, y se llevó consigo a la hija menor que tenían en común.

—¿Y Daniel? —pregunta un ansioso Brayan.

—Logré hablar directamente con una de las trabajadoras sociales que llevó el caso de su deportación. Los detalles específicos sobre lo que pasó con el padre de Daniela son un tanto nebulosos, pero lo cierto es que se encontraba enredado en una especie de robo de piezas de coche...en fin, el magistrado encargado de su caso dictaminó inicialmente su deportación, y unas semanas después la de su esposa. Durante su audiencia judicial, ella sostuvo que el niño no guardaba relación de parentesco con ella y, además, que era ciudadano estadounidense. Quedó manifiesto que, encima de que la mujer iba a ser deportada, no tenía intenciones de cargar con otro crío que no era nada suyo. Lo que no he llegado a saber es si el padre de Daniela estaba al tanto y aprobaba dicha decisión. Pero si no fue así, si ella lo hizo sin él saberlo, él podría haber solicitado la custodia de su nieto posteriormente desde Honduras. Y hasta donde sé, nunca lo ha hecho.

—No me sorprendería que lo supiera y hubiera aceptado el dejarlo aquí —comenta Brayan—. Tal vez incluso pensó que así el niño tendría una vida mejor.

—¿De veras, Brayan? —pregunta Luis molesto—. ¿De veras crees que lo habría hecho de buen corazón?

—Ya me conoces, Flaco, no me gusta pensar mal de las personas

—le responde encogiéndose de hombros, con Luis no pudiéndose creer lo ingenuo que puede llegar a ser su amigo.

—El padre de Daniela no me interesa. ¿Dónde está Daniel?

—Daniel permaneció un tiempo en un hogar de acogida para niños huérfanos aquí en Austin. Cuando contaba con algo más de cuatro años fue trasladado a Houston, a otra institución similar, debido a la falta de espacio en la anterior. Según los registros actuales, debe estar allá todavía, ya que no consta en el sistema que haya sido adoptado ni acogido por ninguna familia en particular.

—¿Nadie lo adoptó, nunca?

La pregunta de Luis genera un triste silencio en la sala y a través del teléfono, al pensar que el pobre Daniel ha crecido sin tener a nadie que le abrace, que le quiera. Alguien con quien jugar, incluso con quien discutir…quizás ha crecido pensando que nadie en el mundo se preocupa por él y ni le quiere.

—La situación es compleja. Por lo que sé de adopciones, los casos que involucran a niños inmigrantes suelen ser particularmente difíciles. Más aún cuando, como en el caso de Daniel, sí que existen familiares pero han sido deportados. Siempre queda la duda de si los familiares volverán algún día para reclamar al niño. La gente no quiere complicarse la vida, por eso son los niños que menos se adoptan y acogen.

—Mierda…—resopla Luis atusándose el pelo, nervioso—. A mí me resbalan los demás, yo solo quiero encontrar al chico. ¿Podés pasarme la dirección? Mañana mismo me voy para allá.

—Sí, claro que puedo. Pero quería comentarles algo…

—Tú dirás.

—Entiendo perfectamente la complejidad del sistema cuando tienen que ver con inmigración y con menores. La burocracia en este país no lo pone nada fácil. Imagino que el plan, Luis, es presentarte en la casa de acogida y alegar que eres el tío de Daniel.

—Sí, eso es.

—Tienen protocolos estrictos y te pedirán pruebas concluyentes antes de dejarte siquiera verlo, mucho menos llevártelo contigo.

—Tengo todos mis documentos y los de mi hermano —explica moviendo las manos de forma nerviosa—. Traje las partidas de nacimiento, mis documentos de identidad, ¡hasta fotografías de nosotros con Daniela! Traje todo lo que pude encontrar…

—Bien hecho, amigo, has sido listo. Pero déjame explicarte, eso no va a ser suficiente para que acepten que eres su tío. Lo más seguro es que necesiten una orden de un juez para que se pueda hacer una prueba biológica que demuestre el parentesco.

—¿Un juez? ¿Debo conseguir una orden de un juez? ¿Y cómo contacto con uno? —se pregunta a sí mismo, confuso.

—Por eso quería ofrecerles, si os parece bien, el acompañaros. Si hay temas legales de por medio, puedo ser de gran utilidad. Como bien saben, no tengo miedo de pelear por lo que es correcto, y además, me defiendo mejor con el idioma si hay que discutir en términos legales.

—¿Harías eso por ayudarme? —le pregunta Luis conmovido por su ofrecimiento.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Siempre pensé que el hijo de mi amiga estaba en algún lugar viviendo con su abuelo o algún otro familiar. Nunca me imaginé que lo habrían dejado atrás de esa manera. Así que por ella, por mi gran amigo Raúl y, por supuesto, por el pequeño, estoy más que dispuesta a facilitar que se reúnan.

RAÚL
Febrero 2020

Después de lo que ocurrió con Daniela, todo se estropeó. Yo me convertí en una especie de muerto en vida: no quería comer, no podía dormir, mis pensamientos me castigaban constantemente por lo que pasó y por no haberme dado cuenta de que ella necesitaba ayuda. Ella ya no estaba entre nosotros, mi futuro era todo negro y no veía una luz de salida.

A mi hermano le pasaba un tanto de lo mismo. Andaba siempre con la cabeza gacha, la mirada triste, cargando con la culpa del fin de Daniela. Y para rematar, las dudas sobre el chiquito le invadían y martirizaban. ¿Qué si finalmente el niño era suyo? Empezó a visitar la casa del padre de Daniela para ver al bebé. Aprovechaba las horas en las que el hombre trabajaba para no toparse con él, y a escondidas, con solo la madrastra sabiéndolo, pasaba ratos con el niño. Sí, ella no puso impedimento, estaba claro que lo que buscaba era que Raúl aceptase su paternidad y se hiciera cargo de él, siendo así una carga menos para ellos.

Y, de forma inevitable, como era de esperar mi hermano se encariñó del pequeño. Veía en sus ojitos ligeramente rasgados algo de su madre, y el tono de su piel era bien parecido al de él mismo. El bebé, un niño bien bonito y alegre, sonreía cada vez que mi hermano aparecía; el pequeño Daniel se tiraba a sus brazos, sólo quería estar con él.

El padre de Daniela se enteró de las visitas en el momento en el que mi hermano se armó de valor y fue a hablar con él para decirle que había decidido hacerse cargo del bebé. El hombre, que odiaba a mi hermano a morir, ya que consideraba que era el culpable de que su hija se hubiese dejado vencer por la depresión, le soltó que si quería llevarse al chico tenía que probar legalmente que era el padre, esto es, hacerse alguna prueba de paternidad. Eso implicaba dinero, dinero para contratar a algún abogado y hacerlo legal, al igual que la prueba en sí, que también costaba dinero. Un problema que añadir a la ya de por sí difícil vida que llevábamos.

Esa época, además, las cosas en la casa se pusieron bien feas. En apariencia todo se había calmado porque Raúl volvía a vivir con nosotros y aquello frenaba a mi tío y a sus ataques de ira cuando estaba borracho, ya que Raúl no le permitía que se descargara conmigo. Pero entonces llegó la crisis: hubo una inspección en el trabajo y nos *botaron*[78] de un día para otro; estaba claro que en los

restaurantes a los primeros que echan son a los que trabajan en negro, sin contrato, y esos éramos nosotros.

Buscamos trabajo durante semanas, pero no había nada que hacer. El gobierno estaba poniendo las cosas difíciles para los inmigrantes y ya no era tan fácil buscar algo estable aunque fuese en negro. Y eso tuvo como consecuencia que las cosas en la casa fuesen a peor: mi tío nos exigía la plata por la habitación y la comida, y no tuvo reparos en decir que si no traíamos dinero, nos íbamos de la casa. Raúl se enfrentó a él, le echó en cara que cómo podía hacernos eso estando las cosas como estaban y siendo el hermano de nuestra madre. Pero aquello, más que hacerle reflexionar, le enojó más, y nos amenazó con que si no traíamos plata de la manera que fuera, nos denunciaría a inmigración. Y con Raúl ya siendo mayor de edad, eso implicaba que lo deportarían. Eso sí sería nuestro fin.

Lo que ocurre en circunstancias así, lo que le ocurría a muchos chicos como nosotros que no tenían el respaldo de unos padres junto a ellos, es que toca acudir a gente poco recomendable y ofrecerles nuestros servicios para hacer cualquier trapicheo y conseguir algo de plata con ello. Llegó un momento en que estábamos tan apurados que ya no nos importaba qué hacer. Así fue como, huyendo de las maras de Honduras, acabamos metidos en otro tipo de mafia: los coyotes que cruzan gente desde México a Estados Unidos.

Nos bajamos hasta McAllen, cerca de la frontera. Más que una ciudad estadounidense parecía un pedazo de México. Caminar por sus calles era como estar en un pueblo mexicano, donde veías casas típicamente americanas entremezcladas con otras mucho más pobres en la misma calle, algo típico al otro lado de la frontera. En el centro abundaban las tortillerías y tiendas de trajes de quinceañeras. Aunque había gringos, estaba todo plagado de mexicanos. No era de extrañar, el puente de Reynosa por el que se pasaba a México estaba apenas a diez minutos en carro, había mucha gente que entre semana trabajaba en Estados Unidos y en fin de semana o en las fiestas pasaban al otro lado. Era una de esas "ciudades santuario" donde los inmigrantes estaban más protegidos aun siendo ilegales, ya que la policía solía hacer la vista gorda, no solían parar a la gente pidiendo los papeles. Así, pasar de México a Estados Unidos por el puente era bastante fácil si sabías cómo dar una buena mordida. Y además, era la primera ciudad con la que las personas que cruzaban el Río Grande para pasar a Estados Unidos se encontraban. Como cuando lo hicimos nosotros mismos bajo las órdenes de aquellos desgraciados, ahora éramos nosotros parte de aquel maldito negocio.

Nuestro "trabajo" comenzaba allí, y en principio era sencillo. Con una troca con espacio para unas ocho personas, nos mandaban a una

dirección concreta en McAllen. Era una casa donde nos esperaban un par de coyotes que nos metían las personas que tenían que cruzar la segunda frontera, en Falfurrias, en la troca. Porque ese era el punto crítico, la aduana en Falfurrias, un pueblo a una hora de McAllen que era la frontera real, donde se acababa la ciudad santuario, donde las patrullas americanas trabajaban realmente impidiendo la inmigración ilegal. Si realmente querías llegar a Estados Unidos, alcanzar Houston, Austin o Dallas, tenías que pasar por allí. Muchas de aquellas personas, al igual que nos pasó a nosotros, tienen familiares en las grandes ciudades y necesitan llegar hasta ellas para poder empezar sus nuevas vidas. Y para ello, se pagaban grandes cantidades de dinero.

Esta gente había pagado una buena suma por papeles falsos. Unos papeles que cuando nos los enseñaron, creí que era una broma, porque parecían hechos por un niño, no valían para nada los seis mil dólares que habían pagado. Nosotros también llevábamos documentos falsos para poder pasar sin problemas, pero los nuestros, al estar trabajando para ellos, sí que eran convincentes. En el mío decía que yo me llamaba José Canales y que tenía diecinueve años.

La primera vez salió bien. Llevábamos con nosotros a seis hombres de distintas edades, desde un chavo de nuestra edad hasta un hombre que debía rondar los cincuenta. Raúl era quien conducía, y debo decir que demostró tener nervios de acero. Durante todo el trayecto desde McAllen hasta Austin mi cuerpo temblaba de pies a cabeza, más aún cuando llegamos a la aduana y nuestra troca se puso a la cola de carros que esperaban a que les dieran el paso. Había agentes de la patrulla fronteriza por todas partes, con sus uniformes verdes y sus armas, llevando muchos de ellos perros antidroga que olisqueaban los bajos de los carros en busca de material ilegal. No dejaban pasar a nadie directamente, hacían parar uno a uno a todo el mundo y les hacían preguntas, a casi todos les pedían los papeles. Por eso mismo estaba nervioso, pensaba que nos iban a descubrir enseguida, y no sabía qué hacer para no delatar mis nervios mientras la troca iba avanzando lentamente, así que iba con un libro entre las manos, simulando leer. Pero Raúl no parecía afectado en absoluto, demostró en todo momento ese punto de madurez del que yo carecía.

Al llegar nuestro turno, un tipo ancho con gafas de sol y en uniforme se puso junto a la ventanilla del conductor que Raúl abrió con un temple envidiable, saludando al agente de buenas maneras mientras le pasaba nuestros pasaportes falsos.

—Buenos días, agente —le dijo en inglés con el tono de voz templado.

—Buenos días. ¿Qué vienen a hacer aquí? —preguntó el agente mientras miraba los documentos para, a continuación, meter la cabeza

por la ventanilla y observar las caras de los hombres allí presentes y que debían estar igual o más nerviosos que yo.

—Trabajo, agente —le dijo tranquilamente, con la voz firme—. Vamos a trabajar a Austin, en las obras de la autopista I-35.

El agente ojeó de nuevo, uno a uno, todos los pasaportes y, tras asentir sin añadir nada más, nos dejó pasar. Aquello me pareció increíble, porque para mí era obvio que aquellos papeles eran falsos, pero ¿qué sabría yo? Así, nuestro primer trabajo fue un éxito, cobramos sin problemas y pudimos saldar parte de la deuda con nuestro tío. Pudimos empezar a ahorrar para traer de vuelta a nuestra mamá, y además, Raúl iba a usar una parte para pagar las pruebas de paternidad del pequeño Daniel.

Pero la tranquilidad nos duró poco. Tuvimos que prepararnos para hacerlo de nuevo porque el precio que debíamos pagar a los coyotes para nuestra mamá llegaba casi a los diez mil dólares. Y la segunda vez todo salió rematadamente mal. Aquella vez llegaron cinco tipos, y hubo uno que desde el principio, desde el momento que salió de la casa en McAllen y se dirigió a la troca, no me dio buena espina. No es que dijese o hiciese nada en particular, pero algo en su actitud me hizo ponerme en guardia. Era un tipo de más de treinta años, con bigote cortado a ras del labio y enormes ojos saltones. Y aunque con sus ademanes intentaba mostrar calma, aquellos ojos que recordaban a dos enormes huevos decían lo contrario. Se lo dije a Raúl, le dije que aquel tipo no me gustaba, que tenía un mal presentimiento y que no iba a salir bien.

—Flaco, no puedes pensar eso porque el tipo tenga los ojos tan grandes como dos bolas de billar. No va a pasar nada —me dijo mientras colocaba su mano en mi hombro para tranquilizarme.

La escena se repitió en Falfurrias. Un agente nos paró y nos pidió la documentación. Yo de nuevo iba con un libro entre las manos y mientras, Raúl hablando con el agente, parecía controlar la situación. Y todo parecía ir bien, hasta que otro agente que rondaba por allí, uno de los que llevaban perro, se acercó hasta nuestra troca. El animal comenzó a olisquear, cada vez con mayor intensidad, empezando a ladrar mientras se erguía y apoyaba sus patas en la puerta de Raúl, haciendo que mi hermano tuviese que retroceder, el perro asomando su cabeza al interior de la troca y ladrando hacia donde se encontraban los hombres allí sentados. Los agentes, entonces, nos dijeron que abriéramos las puertas traseras del auto. Las abrimos, el perro subió junto con el agente y se puso a olisquear a los allí sentados como loco hasta parar justo en la bolsa que llevaba el tipo de los ojos saltones. El agente con el perro bajó con la bolsa y se la enseñó a su compañero: encontraron drogas dentro de la bolsa, paquetes marrones

con droga que el hombre llevaba de contrabando.

—¡Chinga a la madre! —dijo entonces el tipo de los ojos saltones— ¡Nos van a detener! ¡Dale gas!

—¿Qué? —fue lo único que conseguí decir, presa del pánico.

—¿Están sordos o qué? —gritó de nuevo el tipo con fuerte acento mexicano, sacando entonces un arma que llevaba escondida en el cinto, apuntando a Raúl con ella—. ¡Dale a la pinche troca, que nos van a detener!

Los otros hombres se pusieron nerviosos también, éramos dos críos rodeados de hombres presas del pánico. El tipo que tenía la pistola seguía gritando a Raúl, bailando el arma junto a su cabeza, para que arrancara la troca y rompiera la barrera policial a la fuerza.

Y lo hizo. Dudó, miró el volante, luego a mí con una cara de terror que jamás olvidaré, porque no era más que un muchacho de dieciocho años que no se daba cuenta realmente de lo que estaba haciendo, y todo por sobrevivir.

Raúl puso en marcha la troca y aceleró. Todo fue muy rápido, en apenas unos segundos estábamos rodeados por agentes, varios de ellos se pusieron a lo lejos de frente a la troca, sus armas apuntándonos con ellas. A la vez, el tipo se inclinó, sacando el brazo por la ventanilla y comenzando a disparar a los agentes.

—Flaco…

Fue lo último que escuché, después comenzaron a escucharse disparos y me agaché presa del pánico. Raúl recibió dos tiros, ambos en el pecho. En mi mente se quedó clavada la expresión de su rostro y lo que sus ojos me transmitieron: un terror infinito ante la muerte inminente, una vida que se le escapaba con leves bocanadas de aire que poco a poco dejaba de poder tomar, su cuerpo teniendo extraños espasmos mientras la sangre manaba de por aquellos agujeros en su pecho. Y un último intento por hablar, agarrando mi brazo, llamándome mientras yo gritaba su nombre y lloraba al ver que se iba y yo no podía evitarlo:

—Flaco...mi hijo...

Murió allí mismo, junto a mí, su cabeza en mi regazo, la sangre que emanaba de su pecho empapándome la ropa, sus ojos abiertos ya sin ver. Mi hermano se había ido.

Tercera Parte

LA PROMESA

CAPÍTULO XII
Houston, año 2030

Tres horas de viaje. Eso es lo que marcaba Google Maps como tiempo entre Austin y Houston viajando en coche; y efectivamente, es lo que tardan. Una de las mejores cosas que tiene el país son sus carreteras, largas y con pocos desvíos, con el asfalto en condiciones y estaciones de servicio cada pocas millas, lo que hace que viajar por las autopistas de Texas sea cómodo. No se puede comparar en absoluto con las carreteras de su Honduras natal: tortuosas, muchas sin asfaltar, con la vegetación campando en sus bordes. Y aunque no lleguen a parar ni siquiera a tomar un café, se agradece el que, una vez metidos en la autopista, el viaje prácticamente sea en línea recta.

Habían salido a las siete de la mañana por expreso deseo de Luis, ya que había calculado que así llegarían alrededor de las diez a Houston, hora más que suficiente para que el centro de acogida estuviese abierto al público y sus oficinas en pleno funcionamiento. Y así lo habían hecho; habían quedado con Clarissa en su lugar de trabajo en el centro de Austin, ya que su casa particular quedaba demasiado al norte y la de Brayan demasiado al sur, con lo que las oficinas eran un buen punto intermedio. Y desde allí, tomando dirección este, tres horas de coche les separaban de Houston.

Durante el trayecto, con Brayan al volante, Luis de copiloto y Clarissa sentada detrás, aprovechan para ponerse al día con sus vidas. Así, Clarissa se abre a ellos y les cuenta su propio infierno, aquel matrimonio por conveniencia y expreso deseo de su madre que consiguió marcarla de por vida y que había ayudado a enfocar su destino en ayudar a mujeres inmigrantes, ya que eran las que más abusos sufrían de una manera u otra.

De igual manera, Luis les cuenta lo que Clarissa no sabía, ya que no tuvieron tiempo de hablar a partir del desenlace de su historia en los Estados Unidos: el por qué y cómo fue deportado, y cómo ha sido su vida a partir de entonces. Tanto Clarissa como Brayan callan para escuchar, en silencio como tumbas, escuchando de primera mano aquella historia que al menos ella no llegó a entender en su momento. Se le pone la piel de gallina y se le humedecen los ojos cuando Luis narra el cómo Raúl murió en sus brazos, el trauma que le generó el que la sangre de su propio hermano le empapara y sus últimas palabras, su petición de que cuidara del pequeño.

—Entonces, finalmente, Raúl estaba dispuesto a asumir la

paternidad—solloza Clarissa, teniendo que sacar un pañuelo de su bolso para secarse las lágrimas y arreglar el maquillaje corrido en sus ojos.

—Sí, estaba más que dispuesto. Ya había hablado con un abogado para informarse de lo de la prueba de paternidad. La idea era que, con el dinero que sacáramos de aquel viaje, pagaría lo de la prueba, y el resto lo enviaría a nuestra mamá. A ella le quedaba poco para poder volver a pagar a un coyote.

—Debo admitir que durante un tiempo, me sentí realmente molesta con Raúl. Ignoraba que estaba visitando al bebé. Pensé que se había desentendido totalmente de él, y eso me dolía, sobre todo por mi amiga. Ella no se merecía eso.

—No, no se lo merecía. No se merecía nada de lo que sufrió.

Esta última frase, pronunciada por Brayan, consigue que los tres asientan al unísono, con sus pensamientos centrados en Daniela, la dulce y buena Daniela, que no había hecho daño a nadie pero a la que la vida le había dado una paliza de muerte.

—¿Y cómo lo haremos al llegar allá? Lo digo por saber y no meter la pata, por organizarnos...—le pregunta Brayan directamente a Clarissa viendo que les queda poco para su destino final.

—Imagino que en el centro no nos permitirán ver al niño de buenas a primeras. Antes hay que hablar con el director del centro en persona. Ayer logré conversar con él y le pude poner un poco en antecedentes. Pero creo que será más efectivo si, una vez allí, le explicamos la historia de sus padres, la razón por la que el niño está solo en el país, y los motivos de Luis para querer verlo.

—¿Crees que funcionará? —le cuestiona Luis mirándola con ojos temerosos.

—Creo que por simple bondad humana debería de funcionar, por lo menos para que nos permitan verlo. Son numerosos los casos de niños de aquella época que, por una razón u otra, fueron separados de sus padres o de sus familias y se quedaron solos en este país, sin nadie que se ocupase de ellos, ocupando plazas en casas de acogida que se vieron abarrotadas. Esa fue precisamente la razón por la cual el centro de acogida donde Daniel estaba en Austin se vio desbordado, lo que llevó a su traslado a Houston. Supongo que, siendo tantos los casos, cuando finalmente aparecen familiares, debe ser un alivio para los encargados de los centros, saber que hay una posibilidad para que esos niños crezcan en un entorno familiar.

—Ojalá tengas razón —dice Luis mirando a un punto indeterminado del horizonte a través del parabrisas—, porque no pienso irme de aquí sin que me dejen llevarme a Daniel conmigo. Lo prometí.

DEPORTADO
Texas y Honduras, Febrero 2020

Nos detuvieron a todos. Nos pusieron los grilletes y nos metieron en una troca de la policía, llevándonos a un centro de detención, o quizás era una comisaría, no sé muy bien cuál es la diferencia. Una vez allí nos registraron a todos en su sistema, tomándonos huellas y fotografías. A los hombres que habían detenido junto a mí se los llevaron a prisión, de ellos no supe más. Conmigo las cosas fueron distintas, por ser menor de edad.

En ese mismo centro me pusieron en una celda; no me mezclaron con los hombres adultos, sino que me separaron aparte. Y lo agradecí, agradecí el estar solo en aquella celda, porque en la soledad de aquel pequeño espacio pude llorar a mi hermano, cuya vida se había desvanecido sobre mí, sobre mi abrazo.

No llegué a estar allí ni un día. Me sacaron sin que yo opusiera resistencia, ni siquiera preguntaba, ya que me había quedado estancado en una especie de estado de shock. En mi mente estaba clavada la imagen de Raúl desangrándose, estático con los ojos abiertos.

Desde allí me trasladaron a un centro de detención de menores, prácticamente era acabar en el mismo lugar donde había empezado mi aventura americana. Aunque este lugar no era exactamente como el resto de centros de detención donde nos metían nada más cruzar la frontera. Aquel sitio era peor, nunca imaginé que algo así pudiese existir, superando a la hielera, a la perrera y a algunas de las cosas que vi durante la caravana. Sería el equivalente a una cárcel para menores, todos críos al igual que yo, algunos metidos allí por cosas tan simples como el robar comida para poder comer. Pero otros en cambio era tipos peligrosos metidos en bandas, algunos de ellos drogadictos, gente de lo peor. En los meses que estuve allí vi cosas horribles, desde palizas hasta violaciones en grupo a algunos de los chavos. Y los guardas miraban a otro lado.

Yo me salvé de todo aquello por pura suerte, por una vez en mi vida el ser hondureño me sirvió para algo positivo. Dentro del centro, las pandillas se dividían por nacionalidad. Resultó que los hondureños no eran muy numerosos, porque la nacionalidad dominante allí era la mexicana. Por ello, cuando llegué allí, cuando se corrió la voz de que habían detenido a un nuevo hondureño, los de mi país que estaban retenidos me recibieron con los brazos abiertos, poniéndome bajo su protección. El precio que tuve que pagar por aquello fue muy alto, demasiado. A mí nunca me pasó nada grave, alguna pelea y poco más,

pero tuve que ser testigo de atrocidades contra otros chavos en silencio, sin poder decir nada si no quería acabar mal. Fue pura supervivencia, la supervivencia del más fuerte a costa del más débil, pura ley de la selva. Y eso no es algo de lo que me sienta orgulloso, ya que es durísimo para una persona con un mínimo de principios y, en pocas palabras, de alma, ver cómo se denigraba a muchachos simplemente por vivir al otro lado de una frontera, unos pocos metros de tierra que decidía si eras protegido o destrozado como persona. Al final, sin quererlo, me sentí como se debe sentir un chavo dentro de una mara, obligado a seguir órdenes, no opinar y callar.

Me asignaron una abogada, una mujer especializada en casos de inmigrantes menores de edad. Al principio no me gustó, era una mujer morena bastante seca en el trato y con un acento difícil de entender cuando me hablaba en español, era demasiado directa y poco empática. Pero, ¿saben?, luego resultó ser mi ángel de la guarda. Con el tiempo comprendí que su actitud era su forma de protegerse emocionalmente, levantaba un muro entre ella y los chicos de los que se ocupaba y así evitaba el involucrarse demasiado, porque si lo piensas bien, si te pones en su pellejo, debe ser para volverse loco tener que lidiar todo el día con casos como el mío.

Al contarle mi situación, el por qué me había vuelto inmerso en todo aquello, alegó ante el juez que fui utilizado en el contrabando de personas sin ser plenamente consciente de la gravedad al ser menor de edad. Y funcionó; tras varios meses esperando entre las paredes de aquel infierno en tierra, el juez dictó mi deportación de regreso a Honduras.

Como regalo de cumpleaños, al llegar a la mayoría de edad me mandaron de vuelta a Honduras. La derrota de la vida frente a los sueños. Así ocurrió, un mazazo inesperado que derrumbó todo lo que ilusamente había deseado, y es muy triste el pensar que no era algo tan descabellado, o algo tan exclusivo que solo unos cuantos selectos en el mundo podían acceder a ello: sobrevivir.

El regreso a mi país en aquel avión fue como cuando repatrian un cadáver de vuelta a su casa para ser enterrado. Algo así sentía yo: muerto en vida. Aún respiraba, incluso podía hablar, pero aquel último año había matado al joven Luis y ya no me importaba si el destino daba una pequeña vuelta de tuerca más para apagarme del todo. Y yo no era el único que tenía esos sentimientos. El avión en el que me metieron al deportarme estaba saturado de derrota, de almas vencidas, éramos hombres que volvíamos con la cabeza gacha por haber fallado en nuestro empeño. La veintena que estábamos allí éramos todos hombres deportados desde cárceles en Estados Unidos.

El viaje culminaba en Tegucigalpa, en el aeropuerto Toncontín; apenas fueron unas siete horas, pero no pronuncié ni una palabra en todo el trayecto. Ni yo ni casi ninguno de ellos, bastante teníamos cada uno con nuestra historia personal. En mi caso, llevaba la muerte de mi hermano sobre mis hombros, era algo que me pesaba tanto que creía que nunca podría levantar cabeza. Era curioso, aquel era mi primer viaje en avión; nunca lo hubiese imaginado así porque la supuesta emoción ante la nueva experiencia fue sustituida por el deseo de que aquel armatoste de metal cayese del cielo y acabase conmigo. Quería volver con ellos, con mi hermano, con Daniela, los tres juntos como solo un año atrás, cuando aún no habían comenzado los malos tiempos, cuando aún nos reíamos al caminar, cuando el futuro se presentaba brillante y prometedor.

Al llegar al aeropuerto, las autoridades nos esperaban. Fue bajar de aquel avión, poniendo mis pies de vuelta en suelo hondureño, y sentir el golpe de calor sofocante con el que había crecido y que, con todo aquel tiempo fuera, parecía que mi cuerpo había olvidado, porque en pocos minutos empecé a sudar. Los oficiales de allí nos esperaban, nos repartieron en tres furgones policiales sin muchas explicaciones, nosotros sin ánimo de preguntar a dónde nos llevaban. En aquellos momentos solo podía pensar en mi madre, en si sabría que estaba allí, en si se habría enterado de lo de Raúl, en si ella y María estarían bien.

El trayecto fue bastante corto, apenas pude ver nada del paisaje de la capital, donde nunca antes había estado y que no llegó a asombrarme, seguramente por las circunstancias. Nos llevaron a unas dependencias policiales, haciéndonos esperar en un largo pasillo con sillas duras como piedras y paredes grises desnudas y cuarteadas, un ambiente sombrío como triste bienvenida. Pensaba que me llevarían a la cárcel; nos iban llamando uno a uno, metiéndonos en una sala donde un policía repasaba los historiales mientras otros dos hacían guardia a nuestro lado. Los cuatro tipos que entraron antes que yo salieron esposados, atravesando el largo pasillo en toda su longitud y perdiéndose en la distancia junto con los policías que les acompañaban. Pero ese no fue mi caso; aquel policía de rasgos profundamente indígenas leía los informes sobre mí y que ni yo mismo sabía qué decían, alzaba su mirada hacia mí y volvía a mirar aquello.

—Entonces te metiste en asuntos de tráfico humano en la frontera…—me dijo, sin esperar realmente una respuesta, por lo que no me molesté en dársela—. Y por lo que veo, en ese momento eras menor.

El hombre me miró y clavó sus pequeños ojos en forma de pez en mí, y yo, medio ausente, acabé asintiendo.

—Imagino que te viste obligado a ello, seguramente por tu hermano…Raúl —dijo tras buscar en los papeles y cerciorarse de su nombre.

—No, no fue así —reaccioné en ese momento—. Necesitábamos la plata para sobrevivir, lo decidimos entre los dos.

—Mirá, la cosa está sencilla. Puedo dejarte ir, alegando que eras menor y estabas bajo el cuidado de tu hermano, y que él fue quien te metió en esto. O te mando para la cárcel un par de años, y allá vas a encontrar tipos que estarán más que felices de tener un chavo como tú para pasar el tiempo. La decisión es tuya, vos decidís.

Me dejaron en libertad, y yo me sentía avergonzado por ello. Había aceptado la oferta del oficial, ensuciando el nombre de mi hermano Raúl para evitar a prisión. Me consolaba pensar que él habría querido que aceptara aquel trato. Pero me quemaba el ensuciar su nombre, el que su recuerdo quedara como el de un delincuente, un cualquiera que había caído en su ansia de avaricia, cuando lo único que hizo fue intentar que sobreviviéramos. Así que deshice el camino por aquel pasillo eterno, pasando bajo la inquisidora mirada de los compañeros de avión que aún esperaban su veredicto, totalmente desmoralizado.

¿Qué me hizo reaccionar? La visión de mi viejita. Al cruzar las puertas de aquellas dependencias sin nada más que mi documentación, sin saber qué iba a hacer o a dónde iba a ir, un grito desgarrador que pronunció mi nombre en la distancia y que reconocí al instante me requería: mi madre, a una decena de metros, me esperaba. Corrí, me lancé en sus brazos y me hundí en su abrazo, derrumbándome en ese momento, cayendo de rodillas mientras mi madre me cubría de caricias y besos. Y hubiese querido morir así, en aquel abrazo cálido que me cobijaba y que tanto había echado de menos, que tanta falta me había hecho.

Había transcurrido más de un año dese aquella última vez, cuando nos separaron al ser apresados en la frontera. Pero ella se había echado encima más de diez años, el mundo la había castigado una y otra vez, sin descanso, cada nueva arruga que plagaba su rostro equivalía a una cicatriz en su maltrecho corazón. Las canas que habían decorado su oscura cabellera y que antes no estaban la mostraban como una mujer madura y ajada, pero la realidad era que mi mamá aún no había llegado a los cuarenta. Estaba tan rota, tan maltratada, que cuando nos reencontramos y mi cuerpo quedó bajo su abrazo, siendo ella la que temblaba como un pajarillo, supe que yo era lo único a lo que ella se aferraba para seguir viviendo. Su abrazo me lo transmitía, me lo pedía, me decía “tira de mí, protégeme, cuídame, ámame...porque yo ya no puedo”.

Tegucigalpa. Mi madre y mi hermana tuvieron que abandonarlo todo y esconderse allá. Me llevaron al departamento donde mi madre

vivía con su nueva pareja. Sí, las cosas habían cambiado mucho. Cuando ella y María fueron deportadas, pasaron unos días en El Progreso, pero no tardaron en huir a la capital, ya que allí pasarían más desapercibidas. Según las noticias que les comentaron los amigos, las maras volvieron al barrio haciendo una especie de censo de quién estaba y quién no. Algunos deportados acabaron en sus manos, pagando sus deudas pendientes.

¿Y qué solución había para dos mujeres que se habían quedado solas? Tegucigalpa, era una buena alternativa, ¿quién las buscaría allí? Llegaron sin casi nada, sin conocer a nadie. Estuvieron dos días caminando por sus calles con una pequeña bolsa con sus pocas pertenencias buscando trabajo. María encontró trabajo en una maquila, donde mi madre consiguió quedarse de cocinera y limpiadora. Allí estuvieron unos meses trabajando en el turno de noche, descansando de día en una habitación que les dejaron en el mismo local. Y allí mi madre tuvo la suerte de conocer a Gustavo, el señor que conducía el camión que les llevaba las bebidas. Y digo suerte con mayúsculas, porque aquello no era vida para mi madre. María también pudo encauzar su vida al poco tiempo: se casó con un pretendiente que le salió, uno de los capataces de la maquila. Ella le quería pero no estaba enamorada, aquello no era amor como el que todos los que hemos estado enamorados conocemos. Pero aquel chico le ofreció el matrimonio como vía de escape de la triste vida que estaba llevando. No tuvo muchas opciones mi hermana.

Quizás no me hiciese gracia que mi madre rehiciese su vida con un tipo que a saber, al igual que no me hacía gracia que mi hermana se hubiese casado por desesperación, pero tanto Gustavo como el marido de mi hermana eran buenos hombres que querían a sus mujeres y cuidaban de ellas. No podía pedir más.

Gustavo me recibió con los brazos abiertos, y aquello supuso una dura lucha interna para mí. Porque aquel hombre, al fin y al cabo, no era mi padre, a pesar de que mi verdadero padre llevase años sin querer saber nada de mí. Pero aquel hombre era un ángel hecho persona. No solo me abrió las puertas de su casa sin pedir nada a cambio, sino que me dio su cariño y comprensión desde el principio. Resultó que él conocía a gente que había intentado cruzar la frontera, algunos con éxito, otros sin él como nosotros. Entendía nuestro dolor por la pérdida de Raúl y en última instancia de forma indirecta de Carlos por culpa de las maras, porque dos de sus tíos sucumbieron a aquella vida en su San Pedro Sula natal.

Gustavo me acogió y me recomendó en su empresa para que me dieran trabajo. ¿Me estaría viendo Raúl desde algún sitio? Si fuese así, debía de estar muy decepcionado, viendo cómo había acabado,

descargando cajas de bebidas, levantándome a las cinco de la mañana y acostándome a las ocho de la noche, sin más vida que esa.
Me dije que no, que no quería esa vida, que no quería acabar como Gustavo. Y lo digo desde todo el respeto, porque aquel hombre, al enamorarse de mi madre, nos salvó. Pero no me veía con cuarenta años conduciendo una troca desvencijada por cuatro duros, quería algo más.

Gustavo me dio un consejo: "Ahorra la mitad de tu salario, y cuando tengas suficiente, estudia. Y es curioso, pero era lo que el cuerpo me pedía. Había estado todo aquel tiempo en los Estados Unidos sin poder aprovechar la oportunidad, aunque lo intenté. Raúl tampoco. En mi mente surgía una pregunta, "¿Y por qué no?". ¿Por qué no intentarlo desde allá, desde el centro neurálgico del país? Si era lo suficientemente aplicado, lo suficientemente bueno, podría conseguir por lo que tanto habíamos luchado y sufrido, la muerte de Raúl tendría un sentido.

En un año yendo a clase por las mañanas, trabajando tardes y parte de las noches, acabé la secundaria. Conseguí entrar en la universidad becado y me puse a estudiar programación, que por una parte me gustaba y por otra era una profesión en alza en aquellos momentos. Me convertí en un estudiante ejemplar, tal y como debería haber sido en Estados Unidos si me hubiesen dado la oportunidad. No salía, apenas tenía vida social, solo estudiaba y trabajaba. En aquellos años, ni siquiera tuve novia. El recuerdo de Daniela todavía me martirizaba, soñaba con ella, en mi alma todavía sentía la onda expansiva de su rechazo. Y ella, enamorada de mi maravilloso hermano, decidió quitarse la vida al no poder tenerlo. Estuve con chicas, sí, con bastantes de hecho, pero mi corazón estaba cerrado en banda. Creía que nunca me volvería a enamorar, así nunca más volvería a sufrir.

El verano previo al último año de carrera me fui con un compañero hasta Roatán, para trabajar de camarero en un hotel durante la temporada alta. Fue allí donde conocí a mi esposa, Andrea, la mujer que ha salvado mi vida en todos los sentidos. Aquel verano ella estuvo allí solo diez días, pero nos enamoramos. Ella volvió a su país, México, y comenzamos una relación a distancia, hablábamos todas las semanas gracias a Internet. Pasó todo el año así, hablando en la distancia, cada vez más enamorados y más echándonos de menos.

Acabé la carrera siendo el número dos de mi promoción. Con ello no tardé en encontrar trabajo, aunque como todo en Honduras, no estaba muy bien pagado. Podría haberme independizado, pero decidí ayudar a mi madre y a Gustavo, con lo que la mitad de mi nuevo sueldo se lo daba a ellos. Aun así, no estaba contento. Se me había quedado clavada la espina de salir de allí, de aquel país de hermosos

paisajes naturales moteados con pobreza extrema y peligros tras cualquier esquina. Estados Unidos ya no era una opción, por mi historial tenía vetada la entrada durante diez años. De todas maneras, no me apetecía volver allí, donde tanto sufrí, donde no me querían y me sentía rechazado.

Así que, tras unos meses ahorrando, me armé de valor y volé hasta México para reunirme con Andrea. El miedo que tenía ante el reencuentro se desvaneció en el momento en el que nos vimos en el aeropuerto, donde ella vino a recogerme, y nos fundimos el uno en los brazos del otro, besándonos tras tantos y tantos meses de ausencia.

Pasé el verano siguiente allí. Fue el tiempo más feliz de mi vida, y supe que no quería que acabara nunca. No me lo pensé dos veces: le pedí matrimonio allí mismo, en el jardín de su casa, delante de sus padres, y ella aceptó. Fue a su lado cuando por fin mi vida tomó un rumbo y empecé a ser feliz.

CAPÍTULO FINAL
Houston, año 2030

Aparcan frente al edificio diáfano y amplio, de paredes marrones, que prácticamente ocupa toda la manzana. Cuando Brayan para el motor del coche, Luis inhala profundamente, intentando así calmar los nervios.

Han conseguido llegar hasta el centro de acogida poco antes de las once de la mañana. Está ubicado al noroeste del corazón de Houston, una enorme urbe que se hace interminable cuando la atraviesas. Allí, a pocas calles de una de las autopistas que cruzan el centro, se encuentra el edificio. Está rodeado de edificios de viviendas unifamiliares, algunas ya con años, aunque la mayoría parecen de nueva construcción, y es adyacente a una iglesia cuya fachada está coronada por una cruz y que pertenece a la diócesis católica de la ciudad. Según lo que han encontrado al investigar por internet el centro, además de ayudar a familias necesitadas, se ocupan de niños huérfanos. Como el caso de Daniel.

Luis recorre con la mirada toda la cuadra. La presencia de la iglesia, pequeña y acogedora por fuera, por alguna razón le brinda cierta calma; el pensar que el pequeño, si ha crecido allí, debe haber estado rodeado de valores cristianos. Él no es muy devoto después de lo que la vida le ha castigado, pero no deja de pensar que hay una serie de valores indispensables para un niño. Y Daniel no ha tenido a nadie junto a él para enseñárselos.

—Ayer pude hablar un poco por teléfono con el director. En teoría está al tanto de la historia en general, se lo comenté por encima —explica Clarissa colocando los brazos en jarras, resoplando ligeramente—. No voy a mentir, es un asunto delicado. Él es nuestra primera barrera, así que creo que es mejor si yo llevo la palabra.

—Sí, será lo más eficiente. ¿Verdad, Luis?

Luis solo logra asentir, pero permanece mudo. Sus amigos le observan, esperando a que reaccione. Sin embargo, en ese momento, una lucha interna le mantiene paralizado.

Ha llegado hasta allí, lo que llevaba tantos años esperando. Hay algo que tira de él, como si alguien le tendiese la mano y le animase a ir rápidamente hasta la entrada a buscar a su sobrino. Pero a la vez, es como si algo o alguien le cogiese de la camisa y tirase de él en dirección opuesta para frenarlo; llámese lógica, llámese miedo, llámese desconcierto. No sabe lo que se va a encontrar, cómo será el niño, y el pánico le invade.

Brayan, como siempre, parece leer sus pensamientos, y coloca la

mano en el hombro de su amigo, dándole ese pequeño empujón que necesita:

—¿Vamos, Flaco?

Clarissa también se percata de la parálisis de Luis, de esas últimas dudas que acaban de asediarle y le frenan en el paso final.

—Hey, Luis, ¿qué pasa?

—Necesito unos minutos, eso es todo.

Debe prepararse, prepararse tanto para el sí como para el no. No sabe cómo será el pequeño, si se parecerá a Daniela, si se parecerá a Raúl o si no será como ninguno de ellos. Y eso le preocupa, no porque eso le condicione para salir huyendo, porque él hizo una promesa y va a cumplirla sí o sí, está decidido. Pero teme su propia reacción cuando lo tenga delante, esa reacción que no puede predecir y que surgirá cuando vea su cara por primera vez en diez años. Aunque tenga toda la buena voluntad del mundo, no va a poder controlar los sentimientos que se generen en sí mismo cuando lo conozca por fin. Y por otra parte teme la reacción del chico, al que todo el asunto le va a pillar de nuevas ya que no tiene ni idea de quién es él. Y con casi once años, ya no es un niño pequeño.

Se enciende un cigarrillo y se aleja unos pasos de sus amigos, quienes esperan junto al coche aparcado. Luis da un pequeño paseo, rodea la cuadra alrededor del centro, observando sus paredes, sus ventanas, la verja en la parte posterior, tratando vislumbrar a algún niño. Y su caminar le devuelve momentáneamente a la caravana. Siente que Raúl camina a su lado, sonriéndole, hablándole de los sueños que van a cumplir, del dinero que van a ganar, de las novias americanas que van a tener. De la casa que comprarán, de las bonitas mujeres con las que se casarán. De que cuidarán a su mamá y que tendrán muchos niños, y serán capaces de darles el futuro tranquilo y seguro que ellos no tuvieron. Y recuerda su promesa, la promesa de cuidar a Daniel. En las últimas semanas antes de su muerte, Raúl se había acercado al pequeño, y estaba dispuesto a criarlo como su hijo. Esa es la única verdad que realmente importa: es su sobrino, y ya ha vivido demasiado años solo.

Tras tragar saliva pesadamente, se gira y vuelve con paso firme, convencido y seguro, hasta donde le esperan sus amigos.

—Vamos —les dice al llegar a su altura, haciendo un gesto con la mano para que le sigan.

Se acercan a la puerta principal y tocan al timbre. Una mujer les abre, y enseguida Clarissa le explica que necesitan hablar con el director, quien les está esperando. Con una sonrisa amable, coge el auricular del teléfono que descansa en el mostrador de la entrada y hace una llamada. Después de hablar unos segundos con alguien al

otro lado de la línea, nada más colgar, les guía por un pasillo lateral hasta llegar un despacho.

Una vez allí, son recibidos por un señor estadounidense de mediana edad, con cabello rubio y ojos azules intensos. Su sonrisa es cálida mientras les estrecha la mano a los tres.

—Muchas gracias por atendernos, señor Dickinson —le saluda Clarissa en inglés.

—Douglas, por favor, prefiero que me llamen por mi nombre —les responde el hombre en español con un curioso acento.

—¡Habla usted español! —ríe Clarissa.

—En una zona como Houston, con tantos latinos, es necesario hablar español, es una ventaja.

—Claro, claro, lo entendemos —le da Brayan la razón.

—Y bien, ya me mencionó usted ayer que están interesados en establecer contacto con el niño Daniel Mendoza, pero me gustaría que me explicasen bien la historia. Usted dice que es su tío, ¿no es así?

—Sssí —responde Luis nervioso—, soy su tío, y era muy amigo de su madre.

—Como ustedes comprenderán, no conocemos nada de la historia de los padres de Daniel, salvo que ambos fallecieron. Si realmente son ustedes quienes dicen ser, y espero que no se tomen mal mi desconfianza, me podrán dar información y mostrar pruebas de ello.

Entonces, Clarissa y Brayan dirigen sus miradas hacia Luis. Este, tomando aire para cobrar fuerzas, comienza a narrarle su historia.

. . . .

—...y así fue como llegué a Austin hace tres días. No tenía ninguna información sobre Daniel, ni una dirección, absolutamente nada. Yo pensaba que seguía viviendo allí con su abuelo, el padre de Daniela. No tenía ni idea de que lo habían deportado.

—Ninguno lo sabíamos —matiza Clarissa.

—Y gracias a Clarissa, quien ahora es abogada y se especializa en ayudar a inmigrantes, hemos logrado localizarle.

El señor Dickinson les escucha atentamente, dando ligeros asentamientos con la cabeza a cada frase que añade Luis, digiriendo toda la historia poco a poco. Cuando acaba, necesita unos segundos en los que se pinza el entrecejo con los dedos mientras cierra los ojos, pensativo.

—Ojalá sea usted su tío, señor Mendoza, ojalá. Pero solo con lo que me cuenta no podemos estar seguros.

—Lo sé. Pero estoy dispuesto a hacerme todas las pruebas que sean necesarias.

—Yo puedo ocuparme del aspecto legal, señor Dickinson, si es

necesario —interviene Clarissa—. Tengo contactos, puedo conseguir una orden judicial para agilizar el proceso.

—Eso, de todas maneras, tardará un tiempo, ¿lo han pensado?

—Tarda unas dos semanas, ya lo he averiguado, y tengo el dinero suficiente para pagarlo —alega Luis, algo alterado.

—Verá, Luis, debo pensar en el bienestar de Daniel. Usted pretende ver al niño, crearle la ilusión de que es usted su tío, pero, ¿y si la prueba sale negativa? Usted sabe que, según lo que me ha contado, eso podría ocurrir. Ojalá no sea así, señor Mendoza, pero está esa posibilidad.

—Debe usted entender que yo se lo prometí a mi hermano, señor. Y Daniela era...yo la quería muchísimo. Mi esposa y yo estamos de acuerdo en hacernos cargo de él de todas maneras, aunque finalmente no fuese mi sobrino.

—Eso no es tan fácil, si ustedes viven en México. Si finalmente son familia, el proceso no llevará mucho tiempo, quizás menos de un mes. Pero si no es así, El niño no puede salir del país hasta que sea adoptado, y los trámites pueden alargarse entre uno y dos años.

Luis deja caer la cabeza hacia delante por su propio peso, vencido. ¿Qué más necesita este señor para dejarle ver al niño? ¿No comprende la importancia de la promesa que hizo?

Levanta la vista y la cruza con Clarissa, que ofuscada aprieta los labios y niega ligeramente, no hay nada que ella pueda hacer. Hasta que es Brayan quien se yergue en su silla y habla con voz firme.

—Yo y mi esposa queremos acogerlo en nuestro hogar en San Marcos.

La frase sale de su boca con seguridad, sin titubeos, con un Brayan erguido y con la mirada fija en el hombre.

—¿En su hogar? —pregunta el señor Dickinson.

—Sí. Mi esposa Emily y yo somos ciudadanos estadounidenses y vivimos en San Marcos. Ella trabaja como enfermera, yo soy mecánico. Tenemos dos niños de tres y seis años. Ambos éramos amigos íntimos de los padres de Daniel, y desconocíamos por completo esta situación. Si lo hubiésemos sabido, le puedo asegurar que no lo habríamos permitido. Hemos estado hablando, y estamos dispuestos a cuidar de Daniel el tiempo que sea necesario hasta que se pueda ir con su tío Luis.

A Luis le tiembla el labio inferior, y tras mirar a su amigo con los ojos anegados de lágrimas, se ve obligado a bajar la vista para secarse con el dorso de la mano e intentar ocultar sus emociones, aunque todos son conscientes de ellas.

—Eso...eso es maravilloso —dice el señor Dickinson conmovido —. Lo que ocurre es que eso también lleva un proceso, pero si usted está dispuesto a brindar su casa y su apoyo familiar, el proceso será

mucho más ágil.

—Entonces...¿podemos ver a Daniel? —pregunta Luis de nuevo, nervioso.

—Está bien —dice el señor Dickinson, todavía titubeando un poco —. Dejaré que sea usted, Luis, quien hable con él. Pero por favor, no le dé falsas esperanzas. Todavía no, hasta que estmos seguros.

El señor Dickinson se pone en pie para llevarles hasta donde se encuentra el niño. Al levantarse ellos también, Luis no puede evitarlo. Se gira y abraza con fuerza a su amigo del alma, llorando en su pecho mientras los dos se funden en un sincero abrazo, ante lo que Clarissa tiene que hacer el esfuerzo de no llorar.

—Los niños ahora mismo están o en el jardín o en la sala de juegos. Daniel estaba allí hace un rato, jugando con unos Lego. Le encantan las piezas de construcción.

Siguen al hombre por otro pasillo, pasan por varias puertas abiertas donde ven niños y niñas de distintas edades. Algunos están jugando, otros están dibujando, y hay risas y lágrimas mezcladas en el ambienten. ”Qué hermoso trabajo hacen aquí”, piensa Luis mientras observa a su alrededor.

Llegan hasta una amplia sala con suelo enmoquetado decorado con dibujos y llena de mesas y juguetes. Hay varios niños por allí, y a un lado, rodeado de piezas de Lego de colores, hay un niño sentado solo. Luis pasa la vista por la sala y no hace falta que el señor Dickinson le diga quién es. Simplemente, al posar sus ojos en el niño, Luis lo reconoce.

Reconoce los ojos ligeramente rasgados de su madre. Daniel es delgado y alto, su piel es más clara que la del propio Luis, más tirando al tono que tenía su hermano. Y esa mecha, esa mecha rubia que se curva sobre su frente y que contrasta con el resto del cabello, de color castaño. La forma del rostro, la sonrisa en un momento dado, los gestos...tiene ante sí a la viva imagen de su querido hermano, con la única diferencia de esos ojos tan característicos en Daniela.

Luis sonríe. Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca una fotografía: la fotografía de los tres juntos, Daniela, Raúl y él mismo. El señor Dickinson lo ve, mira la imagen y asiente, dándole así permiso.

Luis se acerca al el niño, que le mira curioso.

—Hola, Daniel, ¿Puedo sentarme contigo? —le dice con el mejor inglés que le sale.

Luis se sienta junto a él y comienza a hablarle. El niño parece indeciso, mira con desconfianza al señor Dickinson, quien le sonríe para tranquilizarle. Y en ese momento Luis le muestra la fotografía:

—Yo era amigo de tu mamá, Daniela. Mira, tengo una foto de

ella…

El niño abre los ojos al máximo y se acerca hasta Luis, pegándose a él. Cuando Luis le tiende la fotografía, el niño la toma, clavando su mirada en ella.

—…y este de aquí es Raúl, tu papá. Y yo…yo soy tu tío, Luis. He venido a conocerte.

El niño, con la imagen en sus manos, sin soltarla, comienza a temblar y a llorar, a lo que Luis se une llorando también y lo abraza con ternura. Daniel reacciona refugiándose en su regazo, buscando esa protección y calor que nunca ha tenido.

—Espero que de verdad sea su tío —dice el señor Dickinson por lo bajo, algo nervioso.

Brayan, mirando al chico, en el que también ha reconocido la mezcla perfecta entre sus amigos, sonríe tranquilo.

—No se preocupe, señor Dickinson. Ya no hay dudas.

EPÍLOGO

Desde que la primera caravana partió desde San Pedro Sula el 13 de Octubre del año 2018, se han contabilizado más de media docena de caravanas anuales procedentes del llamado Triángulo Norte Centroamericano, esto es, El Salvador, Guatemala y Honduras.

El pico migratorio más significativo tuvo lugar a lo largo del año 2019, en el cual cerca de un millón de personas fueron detenidas en la frontera sur de los Estados Unidos; más de la mitad de ellas procedían de Honduras y Guatemala.

De los detenidos en 2019, más de 76,000 eran menores no acompañados. En otras palabras, eran niños que habían viajado solos o que, al llegar a la frontera, fueron separados de sus familias. El número de menores detenidos en la frontera sin supervisión adulta ha ido incrementando con los años, llegando a ser detenidos casi 130.000 niños en el año 2022. Estos niños, como los de la historia, pasaron a formar parte del ORR (Oficina de Reubicación de Refugiados), encargada de proporcionarles asilo hasta encontrar un adulto que pueda hacerse legalmente responsable de ellos. Pero ese adulto no siempre llega, y muchos de estos niños quedan en completo desamparo, huérfanos en el país de los sueños.

Eso son los datos conocidos. Luego tenemos los niños que viajan solos y que desaparecen en el camino, de los que nunca más se vuelve a saber nada.

Y está el dolor de sus familias, que arriesgan lo que más quieren en el mundo con la esperanza de que puedan disfrutar de una vida mejor.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia surge de mi necesidad de denunciar y dar a conocer al mundo los sufrimientos que muchos migrantes enfrentan en sus esfuerzos por salvar sus vidas y buscar un futuro mejor para sus seres queridos.

A lo largo de la última década, con mis cinco años viviendo en el valle de Texas, entre Pharr y San Juan, y después los cinco siguientes en Austin, he tenido la suerte de trabajar con maravillosos jóvenes inmigrantes, en su mayoría latinos. Chicos y chicas extraordinarios que me han enseñado lo que significa luchar, lo que es llorar debido a circunstancias tremendamente duras y valorar las cosas que verdaderamente son importantes. Que se han desahogado conmigo o entre la seguridad de las cuatro paredes de mi clase, ya que siempre intento que mi clase sea un pequeño refugio. Y os puedo asegurar que algunos de ellos lo necesitan.

Aunque quizás no lo parezca a simple vista, he tardado cinco años en escribir esta historia porque lo he hecho con el mayor de los cuidados. Empecé a considerar la idea tras el primer año siendo profesora de estudiantes procedentes de las caravanas que partieron en octubre del 2018 desde Honduras. A partir de esa fecha, cada vez llegaban más estudiantes; después de la primera caravana hubo muchas más, todavía las hay. Sin embargo, las condiciones para ellos no cambian. Y me pregunto si el resto del mundo sabe lo que estas personas deben soportar.

Espero que me perdonen por la libertad que me he tomado al contar ciertas experiencias, lo he intentado hacer de la forma más elegante, respetuosa y cariñosa posible. Por ello he creado esta dramatización con personajes ficticios, para que nadie se sienta directamente señalado. Pero es fundamental denunciar y dar a conocer. Porque yo era la maestra, pero eran ellos los que me estaban enseñando una lección de vida.

Este libro está dedicado a mis valientes alumnos y a sus familias.

Os llevo en el corazón.

gemma.m.azuarescritora@outlook.com

GLOSARIO

[1] *Jefa = madre*
[2] *Güirros = niños*
[3] *Maquila = fábrica*
[4] *Mara = pandilla*
[5] *Carro = coche, vehículo*
[6] *Chupos = policías*
[7] *Coger = mantener relaciones sexuales*
[8] *Mota = marihuana*
[9] *Tomados = borrachos*
[10] *Cobija = manta*
[11] *Pisto = dinero*
[12] *Coyote = traficante de personas*
[13] *Potra = partido de fútbol*
[14] *Nieve = helado*
[15] *Lempira = moneda de Honduras*
[16] *Puro = porro*
[17] *Tenis = zapatilla deportiva*
[18] *Chamarra = chaqueta*
[19] *Grama = césped*
[20] *Catracho = hondureño*
[21] *Chavo = muchacho*
[22] *Carnal = amigo íntimo*
[23] *Pisto = dinero*
[24] *Güiro = bebé, niño pequeño*
[25] *Chino = rizado*
[26] *Compas = amigos*
[27] *Felpa = golpiza, castigo corporal*
[28] *Jamar = beber*
[29] *Patojos = chicos*
[30] *Flexiar = esnifar pegamento*
[31] *Quetzal = moneda de Guatemala*
[32] *Medias = calcetines*
[33] *Gringo = persona procedente de Estados Unidos*
[34] *Maje = equivale al "tío" o "tú" que se utiliza de forma informal en España.*

[35] *Qué onda = equivaldría a "¿Qué pasa?" o "¿Cómo estás?"*
[36] *Bro = hermano*
[37] *Ma = diminutivo de "mamá" o "madre"*
[38] *Cartel = organización criminal*
[39] *Chance = oportunidad*
[40] *Ponerse bravos = enojarse, molestarse*
[41] *Ahuevo = equivale a "por supuesto", "claro que sí"*
[42] *Chigüines = niños*
[43] *Levantones = secuestros*
[44] *Cachucha = gorra con visera*
[45] *Playera = camiseta*
[46] *Bato = tipo*
[47] *Jalar = tirar, estirar*
[48] *Madriza = paliza*
[49] *Chilera = impresionante, genial*
[50] *Patojos = niños*
[51] *Botar = tirar, malgastar*
[52] *Concreto = material de construcción*
[53] *Levantadores = coyotes encargados de recoger a los migrantes al pasar la frontera*
[54] *Huasteca = región de México*
[55] *Morras = muchachas*
[56] Vato = hombre
[57] *Chamacas = niñas, jovencitas*
[58] *Volado = suerte, azar*
[59] *Madreado = desgastado*
[60] *Bulla = ruido*
[61] *Chambear = trabajar, funcionar*
[62] *Clima = aire acondicionado*
[63] *Abarrotes = comestibles*
[64] *Hacer la vida de cuadritos = hacer la vida difícil*
[65] *Raza = gente*
[66] *Cuerote = cuerpazo*
[67] *Güero = de piel o cabellos claros*
[68] *Putazo = puñetazo, golpe*
[69] *Chamba = trabajo*
[70] *Jinetera = prostituta en Cuba*
[71] *Pinguero = prostituto masculino*
[72] *Yumas = turistas extranjeros*
[73] *"Hola, buenas tardes" en inglés.*
[74] *Panas = amigos*
[75] *En los restaurantes de cadena rápida, carretera interna por la que se hace el pedido de comida y se recoge sin tener que bajar del coche.*
[76] *Mordida = soborno, en México. Dinero que se suele dar a cambio de*

hacer la vista gorda.
[77] *Faja = cinturón*
[78] *Botar = tirar, despedir*